todo lo que quiero

ISABEL P. MORENO



Tentación

Publicado por:



info@editorialtentacion.com

© 2024, **Isabel P. Moreno**
© 2024, de esta edición: Editorial Tentación

Editores
Elena García González y Joan Adell Lavé
Cubierta
Claudia Muñoz
Maquetación
Verónica Espinosa
Corrección
Rocío García

Primera edición: Septiembre de 2024
Depósito Legal: B 15219-2024
ISBN: 978-84-128245-5-1
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Ámate y cree en ti, es lo más hermoso que harás en la vida. Pero nunca olvides que no estás solo.

El amor debería sonar como

West Coast **de Imagine Dragons.**

Capítulo 1



—La Navidad en Madrid es preciosa.

—Si yo no te digo lo contrario, solo que hay mucho *influencer* y postureo por aquí y por allá. Y a mí eso no me va.

—Ay, Gin, que molondra eres, *joia*. Verás que bien lo vamos a pasar aquí, chiqui.

La miro y termino sonriendo ante sus morisquetas. Cuando ve que me río, me da con la punta de la lengua en la mejilla y luego, la muy marrana me sopla encima.

—¡Celeste! Si la yaya te viera ya te habría dado una colleja.

Mi prima suelta una fuerte risotada y se coloca una mano en la boca para detener la risa, porque cuando empieza a ponerse floja no hay quien pare su ataque crónico. Recompuesta, o casi, pero me vale que no esté carcajeándose sola en plena calle, coge el equipaje que he traído y la mete en el maletero de su Mercedes descapotable AMG no sé qué más, ni papa de los detalles del coche porque a mí con que me lleve a los sitios me vale.

Pero a ella le gustan, entiende y disfruta con el ruido del motor de un buen aparatito. Así los llama ella, no yo. Este se lo compró a principios de año, como autorregalo por la mierda de 2021 que había pasado. Así que creo que este año está yéndole mejor, al menos, sigue con el mismo.

—Escucha, escucha —me dice al tiempo que arranca.

Cierra los ojos y goza el momento como si fuese el polvazo de su vida, quizá sea lo que le falte. Luego los abre y sube el volumen de la radio cuando

suena *Bichota* de Karol G. Ella sabe que me encanta y que me motiva muchísimo, y lo ha utilizado a su favor.

—No pueden con mi pum-pum —digo entonando al ritmo de la música.

Entre risas, Celeste canta a grito pelado conmigo y nos lleva hasta la zona en la que tiene su casa. «Pues sí que lo gana bien esta con las desgracias amorosas de otros», pienso en cuanto entro por la puerta.

—¿Te gusta? —me pregunta emocionada, pero yo solo puedo mirar el ventanal que da hacia la calle.

—Es alucinante, gurú del amor. —Pone los ojos en blanco ante mi broma y la sigo adonde quiera que me lleve por este *pisón*, porque la palabra piso se queda pequeña.

Recorre un precioso pasillo decorado con un mueble de hierro y cristal con un jarrón negro, aunque no sé para qué lo tiene ahí si no le gustan las flores. Nunca ha tenido una en casa porque dice que en su trabajo ve a montones de hombres regalándoselas a sus parejas después de haberle contado en sus sesiones individuales que ha tenido una aventura con una amiga, compañera o cuñada. ¡Cuñada! Hay que ser mamarracho. A ver, que está mal con quien sea, pero con tu cuñada es demasiado, por no hablar de ella que…

—Gin, ¿en qué piensas? ¿Echas de menos a Frankfurt?

Ayyy, mi cuchi que se ha tenido que quedar con la yaya porque la antirresponsabilidades de mi prima no ha querido que me lo traiga. Me lo imagino con su disfraz navideño de elfo y me lo comería a besos.

—Ahora que me lo has nombrado, sí. Mira que eres malaje. Con lo que me ha costado despedirme de él y vas tú y…

—¡Pero si solo van a ser unos días!

Me pongo la mano en el corazón, ¡ay, lo que me ha dicho la insensible! Aunque, qué esperarme de ella, si cobra por escuchar a parejas rotas.

—Celeste, tráete un canario de la abuela o algo a casa y empieza a cuidar a otro ser vivo, aparte de a ti misma, porque estás de un despreocupado que no puedo contigo —le replico.

—¡Vete al *peo*! Tú eres demasiado sensiblera. Todavía recuerdo cuando cogiste un cangrejo en la playa que empezaba a enterrarse en la orilla porque te

creías que se estaba hundiendo y te cogió el dedo con la pinza.

Me enseña otra habitación —ya es la segunda— aunque no he prestado atención a qué había dentro de la otra; y voy a decirle que tan solo tenía ocho años en ese recuerdo cuando me abre la puerta de la tercera estancia y aparece un dormitorio con una mezcla de tonos claros y oscuros en la decoración.

—¿Acabo de reservar una *suite* presidencial sin saberlo?

—¡Hala, serás burra! Como si vivieras en un cuchitril, con un piso a pie de playa que tienes.

Pienso en mi pisito de planta baja frente a la preciosa playa de Santa María del Mar que tanto me gusta, y ansío que sea verano para poder disfrutar de las vacaciones con una cervecita o un tinto de verano, la tortilla de patatas recién hecha y una rica ensalada de pasta. ¡Y, después, un buen mojito! Me encanta y me pone los dientes largos pensar en esta estación, así que le quito mi maleta de las manos y la dejo al pie de la cama.

Me tumbo de un pequeño salto y caigo boca arriba. El colchón y el edredón son buenísimos, qué calentito tiene que ser cuando me coloque además mi pijama de borreguito esta noche.

—Oye, Gin. —Celeste se tumba junto a mí y la escucho reírse un poco hasta que se pone de lado. Yo hago lo mismo y contemplo esos ojos tan bonitos que tiene—. Tenía pensado que saliéramos hoy para celebrar que has llegado, pero necesito escribir un último informe antes de las vacaciones.

—No pasa nada, termina tu trabajo que yo me pongo a leer y luego pido algo para cenar. —Mi prima frunce el ceño—. ¿Qué?

—No quiero jorobarte un viernes por la noche en Madrid porque yo tenga trabajo. ¿Por qué no sales tú un ratito?

—Hombre, ¿porque no quiero perderme? Mínimo que me enseñes la zona, así, un vistacillo rápido.

—¿Cómo te vas a perder? Tampoco es que te fuese a mandar al quinto pino, iba a recomendarte un restaurante aquí cerca, vamos, justo aquí al lado.

Achino los ojos, «esta no se traerá a los pacientes a casa, ¿no?», pienso. ¿A que acabo de adivinar el tipo de tratamiento que hace mi primita?

—¿Tus terapias tienen finales felices? —pregunto mordiéndome el

carrillo.

—Normalmente sí, ¿por?

Alzo las cejas, esta chica es tonta, lo que yo te diga.

—Celesteeee…. —Me parto de la risa y ella, al fin, cae en la cuenta.

—¡Ginebra! ¡No había pensado de ese modo! Claro que no hay esa clase de final feliz. ¡¿Te has vuelto loca?!

—Quizá deba ser el cliente quien te lo dé.

—¡Ginebra! ¡Para! No necesito finales de esos.

—¿No? ¿Es que follas mucho?

—Bueno, no es que me falte, la verdad —responde haciéndose la inocente.

—Pillinaaaa, te has venido a Madrid y te has soltado la melena.

—Por favor, estás fatal. Ya sabes por qué me vine.

Eso nos corta un poquillo el rollo, pensar en Celestino nunca es del agrado de ninguno de nosotros, así que me siento en la cama y la agarro de la mano para que se incorpore también.

—Dime cuál es ese restaurante que ahora nos vamos a ir a cenar.

—Acabo de decirte que tengo que redactar un informe para que mañana…

—Cállate ya, anda. Cenaremos y luego te bebes los cafés que te hagan falta y lo redactas.

—Pero, Gin, eso es muy poco profesional.

—¡Pues genial, entonces! Cuanto más prohibido se siente, más se disfruta. ¡Así que a cenar se ha dicho!

Abro mi maleta y saco unos vaqueros, un jersey blanco, mis botas negras preferidas y lo dejo todo sobre la cama.

—Oye, Gin.

—¿Mmm?

Saco el neceser donde traigo el maquillaje que suelo usar, mi perfume favorito y…

—Te he echado mucho de menos este año también. Me alegro de que estés aquí otra vez.

Me giro hacia la tontorrona que alega no ser sensiblera y me acerco a ella para abrazarla justo cuando siento que los ojos me pican.

—Oh, haría lo que fuera por ti, cielo. Y vendré siempre. Donde tú estés...

—Ahí estaré yo —termina la frase por mí.



A las diez de la noche estamos frente a la puerta de La Pirámide, un restaurante que si desde fuera ya pinta caro, imagínate como será por dentro. Sin embargo, Celeste me ha casi obligado a venir aquí y no al bar de al lado donde anunciaban unos buenos bocadillos de calamares. Pero si ella quiere cenar aquí, pues lo haremos, tampoco es que le haga ascos a ninguna comida porque tengo buena boca; lo que no me gusta es el *glamureo* que desprende este localucho que seguro pertenecerá a un ricachón que no sabrá ni el dinero que gana.

En fin, que si me como un bocadillo de calamares fritos en un aceite que a saber desde cuando no se cambia, me como un buen chuletón. Para qué mentirnos. Caminamos hacia la puerta y me fijo en todos los detalles, hasta el picaporte de la puerta es de lujo. «Puag, vomito», me digo en silencio. Celeste se mueve como pez en el agua, con ese pantalón negro que se ha puesto a conjunto con un jersey de cuello de tortuga del mismo color, y el abrigo largo *beige* que se ha colocado encima, por supuesto bien combinado con su bufanda y sus guantes.

Nada que ver con mis botas de suela alta, mis pantalones vaqueros oscuros de campana y el jersey blanco con el cuello tan gordito y ancho que caben cuatro pescuezos más. Mis guantes son negros, simples pero calentitos, de esos con los pulgares y los índices aptos para escribir en el móvil, y llevo también un gorro blanco con un pompón. Ella está hecha para este tipo de vida en la ciudad, yo para una más tranquila, más de playeo y relajación máxima frente al mar. A excepción de cuando juego al Uno con mis amigos, ahí pierdo los papeles al recibir una carta con un *+4*.

—Aquí tienen su mesa, señoritas.

Parpadeo, ¿ya estamos en la mesa? ¡Guau!, sí que hablo conmigo misma bastante tiempo…

—Gracias —le dice Celeste, que se ha sentado en una de las sillas y me mira con cara rara porque aún estoy de pie.

—Ay, perdón. Gracias. —El camarero asiente con educación y se va, y yo aprovecho para inclinarme hacia mi prima—. Es bastante bonito. Y que tengan Imagine Dragons como música de ambiente le suma mil puntos.

—Como puede ser que tengas gustos tan extremistas.

—Soy así de extraordinaria.

Bromeamos un rato entre nosotras, hasta que se me ocurre una idea cuando el camarero vuelve a nuestra mesa.

—¿Qué desean tomar, señoritas? —Demasiado pijerío. No me malinterpretes, quiero decir… ¡Demasiado pijerío!

—Para mí una botella de agua, por favor. —Le levanto el labio a mi prima y esta me da una patada con la punta de su finito tacón en la espinilla. Mañana tengo un buen moratón.

Esta me la paga.

—De entrante puedes ponernos dos chupitos, por favor.

—¡Gin! —se queja Celeste muerta de la risa y entonces a mí se me escapa una carcajada en un volumen demasiado alto.

—¡Eso es! Mejor dos *gin-tonics*, por favor —bromeo a consecuencia de su llamada de atención.

—¡El informe, Gin! —A Celeste se le escapa otra risa floja y ya no puedo evitar reírme como quiero.

—He venido a disfrutar, primita —me limito a decir—. Y eso haremos estos días.

Capítulo 2



Hemos pasado este puente visitando cada rincón de Madrid. Hemos visto el musical del Rey León, el Museo del Prado, la Plaza de España… Y todos estos maravillosos lugares con el ambiente navideño —que ya se empieza a notar por cualquier parte— que tanto me gusta y que a Celeste le encanta. Uno de los motivos, por cierto, por el que ella suele coger sus vacaciones en diciembre.

—Estás muy guapa, por fin cambias los jerséis grandes por este ajustadito.

Miro hacia abajo, mi vestimenta ha variado bastante esta noche. He pasado de los vaqueros y el jersey de lana a una falda de tul negro, un top de manga larga de color vino, botas de tacón fino y un abrigo largo de color perla, esto último es un autorregalo del viaje.

—Sí, bueno, suelo arreglarme, ¿sabes? Solo que elijo el momento para hacerlo.

Celeste se ríe y se coloca sus guantes y su bufanda antes de empezar a apagar las luces. Yo agarro mi bolso de brillo, también divino, como mi conjunto.

Es nuestra última noche y queremos dedicarla a pasarlo bien, así que hemos decidido ir a cenar al mismo restaurante que fuimos cuando llegué: La Pirámide. Me gustaría poder preguntarle al propietario el motivo del nombre, porque la decoración y el estilo del restaurante no dice mucho. Por no hablar de que un grupo como Imagine Dragons —que me resulta tan cañero, a pesar de sus preciosas letras— sea la música ambiente del lugar. A mí me encanta, soy superfán del grupo y disfruto del momento mientras suenan. Me transmiten mucho sus canciones e incluso me erizan la piel. Pero de verdad que no imaginaba que un local así, con la decoración tan repipi y adinerada, lo tuviera sonando por los altavoces.

No nos hace falta transporte para ir al restaurante, pero sí tenemos que

coger luego el metro para ir a la discoteca y después un taxi para volver a casa. Paseamos por las calles —más o menos durante diez minutos— decoradas, ambientadas y mojadas de Madrid. Hay un hombre tocando la guitarra mientras canta con un estilo peculiar y, mientras algunas personas lo graban, otras le siguen el ritmo. Nosotras echamos un vistazo rápido y continuamos nuestro camino, pues hace un frío que pela.

Un poco más tarde estamos en la ostentosa, elegante y pija —como no— puerta del restaurante y veo aparcado justo en la misma entrada un BMW serie 8 de un color rojo muy llamativo. No, no me sabía el modelo, eso me lo ha chivado mi prima. Hay mucho revuelo en la calle y bastante gente esperando para poder entrar.

—¿Cenamos en otro sitio? —le pregunto cuando nos colocamos entre el gentío.

—No, esperaremos. Tenemos reserva.

—Celeste, ¿has visto la de gente que hay aquí? Si parece la cola en las oficinas del Inem. –Mi prima achina sus ojos claros. Es guapísima la tía, con su pelo liso, rubio y esa carita tan fina y bonita—. ¿Qué? No me digas que no llevo razón.

Se pone de puntillas para mirar por encima del montón de cabezas que tenemos delante y yo observo a mi alrededor. No puedo creer que tantas personas piensen que merezca la pena hacer esto en pleno diciembre por un restaurante. Y mucho menos me creo que yo sea una de ellas.

—Celeste, vámonos a otro. —Pasa de mí y mueve la mano para que la deje en paz sin girarse. Pero yo insisto—: Hay mucha gente.

—No te repitas, que no me convences.

—No me gustó el vino —miento como una bellaca, porque vaya vino rico.

—Por el amor de Dios, no me seas mentirosa.

Doy un paso hacia ella y zapateo un poco en el suelo antes de volver al ataque.

—No me gusta la música.

Escucho una risa a mis espaldas, me giro un segundo para comprobar quién osa reírse sin invitación y me encuentro con un hombre alto, con la barba recortada y un abrigo largo, que está como inspeccionando la zona. Me mira con algo de superioridad un instante y me vuelvo para no darle la importancia que él seguro cree que tiene y que yo sé que no merece. Me acerco a Celeste y esta me observa un momento.

—¿Me has escuchado? —Afirma y sonríe con malicia.

—Te encanta Imagine Dragons, sobre todo el vocalista.

Sonrío como una idiota. A ver, puf, ¿hay alguien a quien no le guste Dan? Veo de reojo al risitas de turno y, como última opción, le digo a mi prima con un tono de lloriqueo que bordo:

—Hace mucho fríooo, Celeste. —Pongo un pucherito para que se ría y suelto riéndome—. Se me van a congelar las bragas, joder. Ten compasión por mis Victoria Secret, hazme el favor.

—Te quedas conmigo —rebate ella con los ojos como platos, aguantando la risa que le hará perder la fachada de «se hace lo que yo diga» que intenta mantener.

—No. Pensaba pasarlo muy bien esta noche y no creo que con eso congelado pueda hacerlo. Mira por mi vida sexual.

Celeste se parte y el tipo de antes también, aunque ahora está algunos pasos delante. Vuelvo los ojos cuando me mira, ahí, para que vea lo pesado que me está pareciendo y alza una ceja y, bueno, me da igual, la verdad. Me centro de nuevo en Celeste, pero entonces otro hombre serio, con cara de pocos amigos y un pinganillo en su oreja izquierda, se detiene frente a nosotras. Por un momento, creo que nos va a echar de la fila, incluso las personas de alrededor miran cuchicheando.

—¿Qué te ocurre? —le pregunta Celeste recolocándose el bolso.

—Acompáñenme dentro, señoritas.

—¿Por algún motivo en especial?

Abro la boca estupefacta ante la rebeldía inusual de Celeste, la pacífica de la familia. Al parecer, escuchar la mierda de los demás te vuelve una chulita de cuidado.

—No le haga caso. —Nos excuso con la mejor cara que puedo poner en este momento. Coloco mis manos en la espalda de mi prima y la empujo hacia la puerta—. Se le ha congelado el cerebro con el frío.

Celeste me pone mala cara, pero ni caso, no pienso desaprovechar la oportunidad de pasar antes que toda esa gente desesperada por comer en el dichoso restaurante La Pirámide. Vaya nombre absurdo. Seguro que el dueño es rico, viajó a Egipto y por eso bautizó el negocio así.

—Por aquí, por favor.

Nos quedamos un segundo paradas, observando al *maître* que ha hecho aparecer de la nada a un camarero para que se haga cargo de nosotras y que nos invita a caminar hacia una zona que parece bastante cara. Muy diferente a las otras veces que hemos venido. Al principio, pienso que debe ser una broma o algo, pero se vuelve de cara a nosotras y nos hace un gesto para que vayamos

con él, así que eso hacemos.

—¿Y si nos hace algo raro? —susurra mi prima y yo me encojo de hombros.

—Bueno, como mucho acabaremos siendo cena de primera para algún rico de primera.

—¡Gin! —exclama en voz baja y entre risitas.

—Disfruta, Celeste, hemos tenido potra y ya está.

—¿Les gustan las vistas?

Nos giramos hacia el pobre al que le ha tocado guiarnos y abro la boca alucinada. ¿Hemos subido una escalera? Miro hacia atrás y ¡sí!, pero ¿cuándo? Vuelvo la cabeza hacia delante y, aunque solo sea una primera planta, los ventanales están colocados de manera perfecta para que haya una visión increíble de la Gran Vía, que se observa abarrotada de gente y con un tráfico bastante activo. Es preciosa.

—Nos encanta. —Echo un vistazo a Celeste y esta asiente de acuerdo conmigo.

El hombre nos deja a solas y, poco después, aparece una camarera que nos toma nota de la bebida y la cena con mucha simpatía. En un par de minutos aparece de nuevo con una botella de vino y nos sirve.

—¿Os reuniréis todos para la cena de Navidad?

—Los de siempre, ya sabes. —Le doy un buen sorbo al Rioja que se mueve en mi copa.

—La abuela, Frankfurt, Jorge y tú, ¿no?

La conversación empieza a costarme un poco más, no me gusta sacar el tema. Cuando llegue el día pues llegó, pero no me apetece marearme la cabeza con problemas antes de que aparezcan.

—Sí. Bueno y tú, claro.

—Ya, bueno, pero sabes a qué me refería.

—Sí, lo sé, la familia no va a ir. Ya lo sabes, hace mucho que no vienen y tú sigues preguntando lo mismo todos los años.

Mi prima apoya la barbilla en sus manos y mira a la calle. Se crea un silencio entre nosotras, que para nada es incómodo, y sé qué está pensando. ¿Ves?, por eso creo que a los problemas hay que darle importancia cuando ocurren.

—Cele, no es noche de pensar. Es noche de pasarlo bien.

—Lo sé, lo sé. Es que hace mucho que no voy allí.

—Desde el año pasado, te recuerdo que vienes una vez al año.

—Ya, pero…

Muevo la mano para que se calle. No puedo dejar que siga por ahí.

—Escúchame, fuera padres de mierda, exnovios gilipollas y tonterías de familia que brotan en plena época de Navidad. No sé qué le da a la gente con sacar todos los trapos sucios en estas fechas. —Le relleno la copa dos dedos más de lo normal y se la doy para que beba—. Trágate los problemas por esta noche, escucha Imagine Dragons y deja que cene tranquila el riquísimo chuletón que viene en nuestra dirección.

La misma chica de antes, junto a un compañero, nos trae la cena: una ensalada para compartir, una buena pieza de carne para mí y revuelto de bacalao para mi prima.

—Está bien, te haré caso por una vez.

—¡Anda! Como diría la yaya: «Mis plegarias han sido escuchadas».

Celeste suelta una risotada y se esconde el pelo detrás de la oreja.

—La echo de menos.

—Lo sabemos, cariño, pero Navidad es la época más segura para que puedas bajar.

Mi prima aprieta un poquito los labios y los mueve a un lado antes de probar su cena. Después, mastica despacio y me dice evitando mirarme:

—Está buenísimo. —Baja la vista al plato y, como sé lo que ocurre, la dejo en silencio el tiempo que necesita. A continuación, añade—: Después te voy a llevar a una discoteca que te va a encantar.

—¿A dónde? —pregunto degustando la cena.

—Ya lo verás, te va a gustar.

La miro desconfiada y, en cuanto le saco el nombre del sitio, lo busco en internet. Imagínate mi cara al leer que es una discoteca que se ha convertido en el punto de encuentro de un público exigente y exclusivo. Vamos, ¡pijerío del bueno!

Capítulo 3



Vamos, lo que yo decía. Peeeero, debo reconocer que es una pasada la discotequita esta. Tiene un ambientazo increíble, la música es de *reggaeton* y a mí este estilo me alegra las noches de fiesta; y encima es tan grande que, aunque hay un montonazo de gente aquí, hay espacio suficiente para todos.

Lo primero que hacemos es colocarnos en la barra y captar la atención del camarero para que nos sirva dos buenas copas acompañadas de nuestros primeros chupitos de Jäger. Nos bebemos estos y cogemos nuestras copas de balón para irnos al centro de la pista. Ahí empezamos a bailar, movemos las caderas, nos contoneamos hacia abajo cuando la canción lo requiere e incluso compartimos baile con algún que otro guapísimo entrometido.

Hacía tiempo que no salía. A ver, suelo hacerlo, pero me encanta salir con Celeste, nos entendemos muy bien. Siempre nos hemos llevado genial y sabemos lo que pensamos cada una con solo una mirada. Así que por mucho que salga por allí, nunca es como cuando estoy con ella.

—¿A que te ha gustado este antro de billete?

Subo las cejas y suelto tal carcajada que, si la música no estuviese a punto de romper los altavoces, más de una persona se habría girado para mirarme.

—¿De qué? —pregunto gritando y sin dejar de moverme.

—Vamos, Gin, es lo que has pensado al buscar el nombre de la discoteca en Google. —No sé de qué forma la miro, pero vuelve a gritar—: ¿¡Crees que no lo sé!? Te conozco de toda la vida, petarda. Sé que lo has buscado.

Vuelvo a reírme y me dejo llevar, permito que la música se haga con mi cuerpo y cierro los ojos para bailar al tiempo que bebo un sorbo de mi copa. El sonido retumba en mis oídos y los cuerpos de la gente empujan cuando se mueven. Y, al pasar entre nosotras, también. Mira que la discoteca es grande, pues nada, lo que le gusta a la gente apretujarse.

—¡Oye! Voy a por otras dos. —Celeste señala la suya por la mitad y le aúpo el vaso a la boca—. Que no se diga, madre. Bébete eso de una vez y dame el vaso.

—Dos horas más y estamos para el arrastre.

Divertida, le doy con mi cadera en la suya y observo a dos buenorros que pasan algunos metros delante de nosotras. Tienen pinta de importantes, aspecto altivo, serios y unos rostros que parecen fuera de lo normal.

—Si me arrastra aquel moreno que va para allá con pintas de magnate, me bebo las copas que sean necesarias del garrafón este.

—¿Quién? —pregunta intentando encontrarlo.

—Tú, como siempre, tarde. ¡Ya nada! Voy a por esas copas.

Sin dejar que me responda, pues no permitirá que me vaya hasta encontrar a los dos pibones que le he dicho, me meto entre la gente y pongo los vasos en la barra para hacerme un huequito abriendo los brazos.

Bailo, no dejo de hacerlo, aunque esté aquí. Las luces verdes, rojas y azules se mueven por todo el local y en el escenario donde pincha el DJ sale humo blanco cuando le da al botón mágico. Debo reconocer que me sorprende este lugar, pues me esperaba otra cosa. Creo que tengo que empezar a dejar de juzgar antes de conocer.

—¡Perdona! —llamo la atención de una chica monísima que está sirviendo copas y me hace un gesto dándome a entender que ahora está conmigo.

Espero escuchando la música, bailoteando y observando. Algunos se meten mano ahí en medio de todo el mundo, otros sudan como si estuvieran corriendo un maratón e incluso me percato de la bolsita que saca un tío de su bolsillo y se la entrega a una pijita que, al parecer, solo es fachada.

Me giro para ver si la chica puede atenderme y me hace otro gesto para que espere. Así que eso hago, me apoyo en la barra y bicheo a mi alrededor a ver si encuentro algún cuadro del que hablar luego con Celeste.

Pero lo que más llama mi atención son los dos hombres de antes. Están apoyados al final de la barra, hablando de manera animada con la camarera —que debería estar atendiéndome— y con otra más. El moreno, ah, sí, uno es moreno y otro rubio. No tienen nada que ver. El moreno tiene todo el rollito de Chino Darín, con ese pelo oscuro y ondulado, la barbita y… ¡Espera! ¿Ese no es el de la fila del restaurante que tanto se reía al escucharme? ¡En fin! A lo que iba, que el tío no se corta un pelo al toquetear a la muchacha y ella parece de lo más encantada. Vamos, anda que no tiene cara de felicidad al recibir esa caricia en el hombro y cuando le coge la barbilla haciéndola reír. Aunque bueno, a mí habría que verme al recibir ese roce de tal monumento… Lo que me pasa es que soy

muy *lenguarona* y todo lo cotilleo, pero nunca lo hago con malas intenciones. Juradito.

De repente, el pijito moreno con pintas de magnate desvía la mirada hacia este lado de la barra y siento cómo me observa directamente. Por suerte, es una milésima de segundo, porque la camarera que tiene desatendida la barra le coge la cara entre las manos y lo hace sonreír de una forma que ¡madre mía!

—Perdona, ¿quieres algo? —¡Pero bueno! Menudo bomboncito de ojos azules y pelo castaño ha aparecido en el puesto de su compañera. Pestañeo con toda la gracia que sé que tengo y le pido dos copas—. Te invito a un chupito —me dice el chaval, que tendrás varios años menos que yo. Vamos, le echo unos veintidós o así—. ¿Qué te gusta?

—Lo que me deje buen sabor de boca. —Me aventuro a contestar.

—¡Hecho!

El chico, tras guiñarme un ojo y sonreír de forma picarona, se marcha a un lado a por unos vasos y la botella. Cuando vuelve, segundos después, llena dos vasitos y, tras echar una mirada extraña detrás de mí, desaparece. Pero ¡¿qué cojones…?!

—¡Oye! —Ni siquiera me mira y eso me pone de mala leche, será…—. ¡Niñato! —Estoy que echo humo. No me puedo creer semejante plantón, pero, bueno, al menos tengo dos chupitos gratis. Al momento, observo atónita cómo una mano grande, bastante varonil y con un buen reloj negro y dorado, coge uno de los vasitos y me giro dispuesta a defender ese robo—. ¿Qué coño haces?

El tipo, que no es nada más ni nada menos que el monumento moreno del otro lado de la barra, me sonríe de medio lado con unos labios bien perfilados. Parpadeo cuando me tiende el otro vaso y, sin decir nada, me invita a tomármelo con él.

Busco a mi prima con la mirada, a ver si me van a secuestrar o drogar, y la muy pava no se entera. Pero ahí está la tía, subiendo los pulgares a unos metros de nosotros mientras mueve las caderas al ritmo de un remix de *Yonaguni* de Bad Bunny. Si lo dice Celeste… Asiento levantando los hombros y cojo el vasito. Contemplo al tipo a los ojos y, al mismo tiempo, doy el trago. ¡Menuda réplica del Chino! Aunque este moreno está mil veces más bueno.

—No creo que ese niño te deje buen sabor.

Se me seca la boca y, cuando se acerca un poco más, no tardo en descubrir dónde se fue toda la humedad. «¡Me cago en la leche!», maldigo en silencio.

—Eso solo puedo decidirlo yo. ¿No crees?

—*Touché* —responde al segundo. Pongo los ojos en blanco y voy a

darme la vuelta para ver si el *niño* me pone dos chupitos más y así le llevo uno a mi prima, pero entonces el enterado este de turno me coge del antebrazo. Al mirarlo, casi me da miedo. Vaya cara, está serio y con un gesto de póker que no puede con ella—. ¿Por qué no pruebas algo mejor? —me pregunta casi en un gruñido y no sé a qué viene todo este chiste.

—¿Tú eres ese algo mejor? —No se inmuta, pero, por favor, es obvio que es por él y me río—. ¡No! Dios, no eres para nada mi tipo.

Miento como una buena bellaca porque este hombre es el tipo de cualquiera. Pero si es verdad que esas pintas de chulito adinerado no van conmigo.

—Pues tú si eres el mío.

Me tiemblan hasta los pelillos del nacimiento del pelo. Dos cosas: o llevo mucho tiempo sin ligar o me he conformado siempre con cualquier cosa. Estoy a punto de responderle una de las mías —ohhh, claro que sí—, pero aparece el otro monumento. Estos dos juntos son como si dos maravillas del mundo se hubiesen personificado o algo así. ¡Menudo par!

El rubiales se pone a su lado, me mira unos segundos —casi chillo de emoción al percatarme que tiene un cierto aire a mi Dan querido, al vocalista de Imagine Dragon— y le dice algo al oído. Después, sonríe de forma misteriosa y señala a su derecha para que el moreno mire. Este lo hace, y yo también. Allí están las dos camareras, bailando en la pista y haciéndoles señas para que vayan con ellas. Incluso yo me quedo boquiabierta. ¿Por qué yo no puedo mover el culo así?

—Ya hablamos, Reina.

Me coge un mechón de pelo entre sus dedos y, alejándose, deja que se escape entre sus yemas. No le quito la vista hasta que está con las otras dos y entonces me acerco a Celeste.

—Eso en mi pueblo es una pedazo de escena de telenovela.

Me río *flojita perdía* a lo que dice y me dejo guiar hasta la pista por ella. Bailamos de nuevo sin parar, intento no mirar allí cuando me siento intimidada de la forma más tonta, pues no creo que esté pendiente de mí teniendo a dos mujeres dispuestas para ellos. Pero tampoco es que me detenga a descubrirlo y evito mirarlo.



A las cinco de la mañana estamos bastante contentillas. Al tercer chupito de «sorpréndeme» dejamos de pedirlos y nos quedamos con las copas, si no íbamos a llegar con una papa a casa que cualquiera.

Paro de bailar un momento para descansar porque aunque estemos en pleno diciembre aquí hace un calor horroroso y estar haciendo tanto ejercicio desenfrenado no ayuda.

—¡Yo me lo tiraba!

Ojeo sorprendida a Celeste, desde luego ya está demasiado pasada y no le riega bien ahí arriba.

—Pues tíratelo tú, no te digo.

—Ah, no, no. Me refería a que si fuera tú, me lo tiraba.

—¡Anda, coño! Pues si fuera tú, yo me callaba, mona.

—Vamos, chiqui, pásalo bien esta noche con ese guapo que viene hacia aquí.

—¿¡Qué!?

Casi no me da tiempo a decir nada porque tengo al mismo de antes justo delante. Me mueve el dedo índice para que me acerque a él y mi prima me da el empujoncito que yo finjo necesitar.

—¿Bailas conmigo? —me pregunta al oído echándome el pelo hacia atrás.

La canción *Enchule* de Rauw Alejandro suena y no necesita que le responda. Simplemente coge mis caderas y hace que nos movamos a un ritmo tan lento como sorprendente. No imaginaba a un hombre que parece tan cortante y aplastante bailase tan sensual. Pero bueno, una sorpresa más que me llevo esta noche.

—Eres preciosa, lo sabes, ¿verdad?

—Se te da del carajo regalar los oídos, lo sabes, ¿verdad?

El moreno me mira con un brillo de diversión en los ojos y me mueve a su antojo. Sensual, despacio, pegaditos, me empuja un poco hacia abajo y me hace subir apretada a su cuerpo. Tengo la boca seca, sequísima, y el corazón tan acelerado que podría darme un infarto en este momento. Es evidente que ambos notamos la subida de temperatura entre los dos. ¡Por Dios! ¡Si no deja de toquetearme y yo no hago otra cosa que permitírselo!

—¿Salimos de aquí? —me propone mirándome a los ojos y haciéndome círculos muy peligrosos con el dedo en un lado del cuello—. Me gustaría enseñarte qué más se me da del carajo, Reina.

¡Sí, sí, sí! Pero ¡no, no, no! Imposible, he venido con Celeste, no puedo irme. Levanto un dedo para que me disculpe y me voy con ella pitando.

—Quiere follar.

Mi prima grita eufórica. Ni que fuese con ella.

—¿Y dónde está el problema? —Hace un gesto de incomprensión y le explico que no quiero dejarla sola—. Bah, Gin, tíratelo anda, que yo de aquí no

me voy a mover.

—¿Segura? —En realidad, me muero de ganas.

—Segura.

Le doy un beso, un abrazo y quedo en verla aquí. No quiero tardar demasiado, un polvo rápido y para casa.

Me vuelvo hacia el moreno y, con una decisión desconocida en mí, me acerco y lo beso con ganas ahí en medio. Debo decir que no tarda en recibirme, me coge una nalga y casi la acapara toda con su mano, me empuja aún más hacia su abultado pantalón y me lame la oreja poniéndome cardíaca.

—Quiero comerte, Reina.

Capítulo 4



Cruzamos la discoteca cogidos de la mano y me siento bastante bien. Quiero decir —cuidado que esto no es una novela romántica— que con bien me refiero a que me gusta dejarme llevar. Saber que voy a disfrutar de una noche loca con un hombre guapo, adulto y bastante respetuoso, aunque en apariencia altivo, me hace sentir bien. Es como si estuviese a punto de disfrutar de lo prohibido y esa adrenalina del momento me pone a mil.

Llegamos a un garaje bajo la discoteca que parece privado que solo dispone de unas pocas plazas de aparcamiento. Algo me dice que debe ser para socios o gente muy íntima. Ya decía yo que sus pintas de magnate no eran casualidad. El tipo se detiene en medio del lugar y me coge la cara entre sus manos para besarme con posesión. Me aprieta las mejillas y acapara mis labios todo lo que puede. Lo que me pone más cardíaca de lo que ya estoy.

Yo toco lo que puedo: sus hombros, sus brazos, enredo mis dedos en su pelo y le arranco un gemido ronco. Mmm, qué sensual. Como respuesta me coge al vuelo y me hace rodearle la cintura. Cuando me doy cuenta estoy con la espalda apoyada en un coche y las luces se encienden cuando le da al mando para abrirlo. Me deja en el suelo de nuevo, se sube al asiento, lo echa hacia atrás y, sin que me lo pida, me adelanto a él sentándome en su regazo. Vuelve a besarme y, poco después, se detiene para que cojamos aire, niega con la cabeza varias veces y se lame los labios antes de volver a besarme agitado. Yo estoy en el cielo, ¡sí!

Acelerado, baja el cuello de mi top, que me protege esa zona del frío, y se tira a por él mordiéndolo y besándolo con desesperación. Me alegra no parecer desearlo solo yo. Esto es un alivio. Se deshace del top y, sin dejar de mirar mis pechos, se desabotona la camisa. Paseo mis manos por su torso duro y

definido sin dejar de disfrutar también con la vista. Él camina con sus dedos índice y corazón por mi vientre, sube a mis pechos y baja las copas del sujetador poco después.

Eh… oye, oye, no me juzgues. Ya sé que lo he puesto de pijo antes, pero menudo pijo.

—Estás muy rica, Reina.

Ahogo un jadeo, me pone mucho que me llame así y más acompañándolo con ese cumplido. Me muevo sobre su regazo y disfruto de lo excitado que está. Dentro del coche solo se escuchan nuestras respiraciones y la ropa al ser lanzada. Cuando me quiero da cuenta, con más dificultad de la que se ve en las películas, nos hemos quedado en ropa interior.

—Déjame verte bien —susurra y con su dedo índice me empuja hacia el volante. Llevo mis dedos al centro de mi sujetador y lo sorprendo presionando el botoncito para abrirlo. Él sube las cejas y lo abre hasta quitármelo al completo. Ni siquiera me preocupa que puedan vernos, los cristales son tintados y además solo hay un par de vehículos más aquí abajo. Lo que me ha corroborado antes que este lugar tiene que ser de socios o algo. Si no es él el propietario también—. ¿Eres siempre así? —Me muerde un pezón y me pellizca el otro con los dedos.

—N…no.

—¿No? —Sigue dale que te pego a mis pezones, poniéndolos duros y erectos hasta que me escuecen—. No estoy de acuerdo.

—No me conoces de nada. —Me cuesta hablar, sus dientes mordisqueando mis pechos me tienen la garganta seca.

—Me ha bastado un rato contigo para saber que eres de armas tomar. Como a mí me gustan.

¡Madre mía, estoy en la gloria! No puede haber nada mejor que esto. Con los niveles del deseo disparados, apoyo las manos en sus fuertes y duros hombros y me subo un poco invitando que se deshaga de mi tanga turquesa.

—Te toca. —Gimoteo.

Unos segundos después percibo su piel contra la mía y un cosquilleo alucinante me recorre todo el cuerpo. Sin tiempo que perder, cojo un envoltorio

plateado de mi bolso, lo rasgo sacando un preservativo y se lo coloco con tranquilidad.

—Uf, qué delicia —susurra exhalando y me sujeta de la cintura alzándome un poco antes de empezar a guiarme hacia abajo—. Hazlo tú.

No puedo negarme a su petición y termino de sentarme sobre él sintiendo la presión en mi vientre y cómo mi estrechez se hace a su grosor. Con parsimonia me balanceo, lo disfruto y exprimo todo lo posible antes de aumentar el ritmo. Me deja al mando, deja que me mueva en círculos, de arriba abajo, de atrás adelante. Y me gusta que me mire con los ojos tan brillantes, se nota que le pongo y eso me sube la autoestima a mil. Coloca sus manos en mi trasero y, por unos momentos, me mueve a su gusto, más fuerte de lo que yo lo hago e incluso me da un tortacito en la nalga que me gusta más de lo que yo misma sabía.

—Ay, sí. —Me muerdo el labio deseosa y gozo del placer que estoy sintiendo.

—Tienes una voz muy sensual cuando susurras.

Captura mis labios con urgencia, se yergue en el asiento y cruzo los pies en el hueco que ahora hay entre su espalda y el respaldo. Estamos muy pegados, muy unidos y eso hace que todo sea más intenso. Y me hace perder el control. Cómo sus manos se mueven con ansia por mi piel desnuda, la insistencia de su cuerpo por estar acoplado al mío y sus labios besando y arrastrándose por mi cuello me dejan sin aire.

Estamos bastante rato dándonos placer, dentro de toda la movilidad que nos permite el coche. El moreno me toca por donde se le antoja y me pasa la lengua por todas las zonas de mi cuerpo a la que tiene fácil acceso.

—Reina, voy a correrme —murmura entre dientes un tiempo después.

Sonrío algo altiva y me acerco a su boca semiabierta por la respiración para pegar la mía. Entre ella, cuela la lengua y lame mis labios.

—Te lo perdono por donde estamos.

Suelta una risa ronca y aprieta la mandíbula. Me levanta y me hace girarme con tanta facilidad que me asombra. Ahora le doy la espalda y tengo el pecho apoyado al volante. Tengo que aguantarme con las manos para no tocar el claxon con el peso de mi cuerpo.

—Si estuviésemos en una cama no dormirías en toda la noche —me jura clavándose duro en mí.

—¡Ah! —Sus caderas chocan contra mí con ganas.

—Lo tienes todo, bonita.

Con la respiración entrecortada aguanto mi peso en el aire todo lo que puedo para recibir sus empujes desde abajo mientras juega con mi clítoris entre sus dedos. Esto es una locura. Ahora la intensidad aumenta cuando muevo también mis caderas y lo escucho gruñir como un animal hambriento. Noto el inicio del cosquilleo en mi centro ardiente y dejo que empiece a surgir un orgasmo tan intenso que seguro arrasará con mi cuerpo.

—Sí, sí, ¡sí! —Quiero contenerme, pero necesito… ¡Ah! Dios…

—Uf, joder qué culo tienes. Es perfecto. —Me concentro en mi placer escuchando las obscenidades que me dice entre jadeos. Mi cuerpo se tensa, los dedos de los pies se me contraen y experimento una explosión maravillosa por todas partes que se apodera de mi mente—. Así, Reina, joder, sí.

Me muerde el hombro y me lame la columna vertebral con una lujuria que me cierra el estómago. Sigo moviéndome, no paro, no quiero, ni siquiera puedo. Mi cuerpo necesita sentirlo, yo necesito un poco más. Esto ha sido demasiado bueno y no quiero terminarlo ya. Pero entonces un gruñido de lo más *sexy* se escapa de su garganta de nuevo, me pasa sus dedos por las caderas y me agarra la carne de los muslos para terminar de experimentar lo que parece ser un orgasmo tan increíble como el mío.

Unos minutos más tarde aún estamos así, recuperando el ritmo normal de nuestras respiraciones, y creo que va siendo hora de ir moviéndome. Me subo con cuidado y me vuelvo sobre su regazo como puedo. Ahora que ya no estoy deseando tirarme a su cuello y mi cerebro parece cobrar vida, me estremezco al observar su cuerpo desnudo, de verdad que es digno de ver. Tiene unos ojos marrones precioso, almendrados, y con un toque rasgado para morirse.

Es divino se mire por donde se mire.

—¿Te ha gustado? —me pregunta quitándose el preservativo y guardándolo en un compartimento para tirarlo después, supongo. Sería raro que se lo quedase. Imagínate que guarda todos los que utiliza, ¿sería muy perverso, no? Bueno, y marrano también…—. ¿Me escuchas? —insiste mordiéndome con

delicadeza el lóbulo de la oreja.

—Sí, sí. —Me retiro un poco, algo que no parece encantarle, y cojo mi ropa—. Pero tengo que irme.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Alguien te espera en casa?

«Buah, vaya truco viejo para ligar…», pienso.

—No es de tu incumbencia.

—Está bien. No quiero saberlo.

Se acerca y me besa con calidez, coloca una mano en mi cuello e intensifica el beso metiendo su lengua para inspeccionar mi boca de nuevo.

—Solo quiero descansar para mañana.

—¿Puedo saber para qué?

Lo observo unos segundos mientras juega con un mechón de mi cabello, aún está desnudo cuando yo ya tengo el top y la ropa interior puesta. Para dejar de tentarme, cojo su camisa y se la doy, me muevo y me coloco en el otro asiento donde termino de vestirme. Me mira algo extrañado, pero no dice nada.

—He de coger un avión para regresar a casa.

—¿No eres de Madrid? —pregunta, interesado, girándose hacia mí y acariciando mi labio inferior con el pulgar antes de volver a besarme. «Tiene que dejar de hacer eso… no es buena idea», pienso, pero no le digo nada, solo niego con la cabeza.

—De Cádiz. Solo he venido de vacaciones con mi prima —respondo sin dar muchos detalles. Tampoco es que le importen a un desconocido por muy bueno que esté.

—¡Cádiz! Suelo ir mucho a lo largo del año por trabajo —explica sonriendo—. Y además tengo una casa en Zahara de los Atunes.

—¡No me digas!, con lo bonito que es —exclamo emocionada, aunque nunca he ido.

—Quién sabe, quizá nos veamos por allí.

Pienso en ello y no sé qué me hace sentir. Por un lado, estaría genial

disfrutar de este sexo frente a la playa en una noche de verano. Pero, por otro, no creo que sea buena idea involucrarnos. Tal vez se debería quedar en este momento y ya. Aun así, no quiero ser grosera, además ¿cuáles pueden ser las probabilidades de que volvamos a vernos?

—Claro, quién sabe. —Tras un silencio que no sabría catalogar decido poner fin a este espectacular encuentro—. Bueno, creo que es hora de irme. Ha sido un…

No puedo terminar, sus labios acaparan los míos otra vez y mi voz se ahoga en su boca. Me atrae desde la nuca hacia él, me aprieta la zona con los dedos y su respiración se descompasa. Yo solo estoy aquí para recibir este beso y enredar encantada mis dedos en sus ondulaciones oscuras, apretando mi cuerpo al suyo todo el tiempo hasta que el beso termina.

—Ha sido un placer… —Espera que le diga mi nombre, pero lo mejor es no hacerlo. Mi silencio debe bastarle porque me guiña un ojo y me dice—: Ha sido un placer, Reina. Yo soy Guzmán.

—Igualmente, Guzmán.

Nos bajamos del coche tras varios besos rápidos y, sin saber por qué, me agarra de la mano todo el trayecto hasta que me deja con Celeste. Nuestra última despedida es un buen beso que me deja con ganas de más.

—¡Menudo morreo! —grita mi prima por encima de la voz de Karol G. con su *Bichota* que suena a todo volumen por la discoteca—. Cuéntamelo todo, pero ya. Necesito saber qué se siente con ese hombre dándote lo tuyo. No debe ser igual de satisfactorio que te dé el estirado de su amigo. ¿Lo has visto?

Me giro hacia donde están y ya los encuentro acompañados de dos mujeronas sentadas a su lado. Dejo de mirarlo para observar a su amigo. Parece calculador, frío y pedante. Pero que el tío está bueno no se puede discutir. Tiene una buena complexión y una mirada muy fiera. Y creo, a diferencia de Celeste, que debe ser interesante.

—Don estirado seguro que es pene lápiz.

Suelto una carcajada estruendosa. Me meo. La cojo del brazo y la pego a mí antes de empezar a caminar hacia la salida de la discoteca.

—Vámonos, anda, que voy a contarte todo con pelos y señales.

Mi prima accede y yo llevo la vista una última vez al lugar donde está él. Sus ojos caen sobre los míos y, tras regalarle una sonrisa, salgo de la discoteca con Celeste colgada de mi brazo.

Capítulo 5



Un día más voy dirección al instituto para solucionar un problema nuevo. Agarro furioso el volante del coche y aprieto los dientes con fuerza para intentar contener la ira. Ni siquiera mi grupo de música favorito de fondo consigue distraerme. Ya tengo muchas cosas en la cabeza a diario como para que la profesora de Camila me llame para informarme de su expulsión. Estoy hasta los huevos de este descontrol de vida que llevamos por su culpa. Está desatada y, por más que hablo con ella, no hay modo de que entienda que debe obedecerme y comportarse como la adolescente de casi diecisiete años que es.

Yo también sufro con toda esta mierda. Nos ha tocado crecer demasiado pronto, por desgracia, y si yo fui capaz de afrontar hace seis años la crianza de una niña de once, ella debe poner también de su parte. Le doy todo lo que necesita, todo lo que puedo para que sea feliz. ¿Por qué cojones me lo pone tan difícil?

Dejo el coche en una plaza vacía y me bajo echando humo para cruzar los aparcamientos del instituto y entrar en el recinto como alma que lleva el diablo. Llego a la sala del director y llamo con dos toques antes de abrir. Al entrar, estiro con cautela las mangas de mi jersey y lo saludo.

—Buenos días, vengo por Camila Romero, de cuarto.

—Buenos días. Ahora mismo la hago llamar para… —Lo hago callar levantando la mano.

—No, no lo haga. Dígame solo a mí qué ha ocurrido y cuántos

días tendrá que estar en casa.

El tipo me mira bastante mal, normal después de mi falta de educación, pero ahora mismo no estoy yo para mirar detalles.

—Su hermana se ha saltado dos clases para estar con un compañero. Una profesora los ha encontrado… —explica el director a la vez que se mueve el cuello de la camisa con incomodidad— muy acaramelados.

Observo a mi alrededor. La profesora con la que tanto he hablado, y que es su tutora, no sabe qué decir. El director espera una respuesta y yo solo deseo ir a buscar a esa cría desagradecida y dejarle claro un par de cosas.

—Está bien, cumplirá el castigo. ¿En qué clase está ahora? —pregunto mirando al hombre alto, vestido con chaqueta y pantalón, que está sentando detrás del escritorio.

—¿Para qué, señor Romero?

—La recogeré y me la llevaré ya. Tengo que organizar varios asuntos y no puedo volver en tres horas —sentencio y estoy a punto de volverme, pero la profesora me lo impide.

—No creo que sea buena idea interrumpir la clase, debería dejarla terminar.

Me giro hacia ella. Me importa una mierda lo que haya habido entre nosotros, no estoy para gilipolleces y no pienso irme sin Camila.

—Ya, bueno. —Doy un paso hacia ella y veo cómo se hace más pequeña—. Creo que, en parte, la suma de dinero que pago al mes me permite este tipo de acciones en caso de emergencias. —El director se pone en pie y está a punto de contradecirme, pero entonces continúo —: Tal vez deba cambiar a Camila de instituto —amenazo mirándolo.

Hay un silencio momentáneo y, tras una mirada de odio por parte de la *señorita* —así le gustaba que la llamase— y el director, este dice:

—No es necesario. De hecho, creo que podríamos reducir la expulsión.

Sonrío en mi interior, el poder del dinero lo llaman. Pero no estoy de acuerdo. Esa niña necesita más severidad y se perderá las clases.

—No, se merece el castigo y estará…

—Dos semanas —termina por mí el director.

—Dos semanas —suspiro yo.

Aún más cabreado que antes, salgo del aula de dirección. Estoy que ardo por dentro. Esa niña va a acabar conmigo, va a terminar con la poca paciencia que me queda y va a conseguir que nuestra relación sea aún peor de lo que ya lo es.

Llego a la clase donde pone 4ºA en una placa pegada en la parte de arriba del marco de la puerta y llamo con los nudillos, respirando al tiempo que no escucho a nadie permitirme entrar. Abro y el profesor al que le toca aguantar esta clase cargada de hormonas, rebeldía y un uno por ciento de ganas de tener un buen futuro, cambia la cara al verme.

—Camila Romero, está aquí su…

Hago un gesto para que se calle y entro en la clase. Los críos me miran y veo a mi hermana muy enfadada. Se pone de pie y va a protestar, pero me adelanto:

—Vamos, recoge tus cosas, te han expulsado.

A Camila se le queda la piel aún más pálida de lo que ya la tiene y mira a su alrededor. Entonces, veo que comparte mirada con el chulito de turno. Si tuviese su edad ya le habría dado su merecido por haber puesto sus manos sobre ella. Y me da igual si mi hermana quería o que tenga dieciséis años, no pienso ocultar lo enfermo que me pone mirar a ese niñato a la cara.

—Vamos, date prisa que algunos tenemos que trabajar y hacer algo por la vida.

—¡Ya voy!, ¿vale? —se atreve a responderme y, claro, algunos compis se ríen; pero entonces yo solo tengo que mirarla y ella agacha la cabeza. Unos minutos después me he despedido del profesor y voy con ella hacia el coche. Caminamos en silencio, ni una palabra entre

nosotros y eso me duele tanto que me enfurece—. Ha sido la profesora de turno, ¿verdad? Es una chivata de cuidado.

—¡Camila! ¡Joder! —Exploto en un instante y percibo el calor en la cara—. ¿Qué cojones es lo que te ocurre, niña? ¿Es que no sabes comportarte? ¿No puedes mirar por alguien más que por ti?

—Olvídame, ¿vale? No pedí nada de esto, así que…

—¡Cállate la boca y sube al puto coche! —vocifero fuera de mí. Me reta con la mirada y abro la puerta del acompañante de mala gana—. Tienes todo lo que cualquier otro crío podría desear. ¿Por qué te comportas así? —Aguardo agarrando el borde de la puerta y ella sube enfadada. Cojones no nos faltan a ninguno. Es más, creo que nos sobran. Suspiro angustiado, sin saber qué más hacer, pero necesitando que nos tomemos una tregua—. Camila, tienes que…

—¿Por qué no me dejas en paz de una vez? ¡Lo único que deseo es haber tenido una familia! ¡Así que no! No tengo lo que cualquier crío desearía. ¡Y encima me tocas tú!

—¿Disculpa? —pregunto entre indignado y dolido, muy dolido—. ¿Qué te pasa conmigo?

—Que estás aquí y ellos no. Eso me pasa.

Me deja sin palabras. Me afecta demasiado y me duele el alma por escuchar eso de ella. Sé que no estamos pasando nuestro mejor momento, pero tampoco imaginé que pensara así sobre mí. Cierro la puerta del coche y lo rodeo para subirme. Arranco el motor y, sin mediar palabras, empiezo a conducir. Rumiar lo que acaba de decir pasa a intensificarse y se mezcla con una ira que me hace parar a un lado y mirarla con un cabreo monumental.

—Dame el móvil.

—¿¡Qué!? —exclama exaltada.

—¡El puto móvil, Camila! Y en cuanto lleguemos a casa olvídate de todo lo que funcione con internet, a no ser que te haga falta para estudiar. Y, a partir de ahora, tendrás a alguien contigo todos los días

que te mantendrá a raya cuando yo no esté.

—Pero… no es justo.

—¿No es justo? —Me río como un lunático. Expulso aire por la nariz y digo entre dientes—. El puto móvil, Camila. No te lo repito más.

Accede unos segundos después y lo cojo en cuanto me lo tiende. Compruebo que no vienen vehículos y salgo del mío, tiro el teléfono al suelo y lo piso hasta que lo hago añicos. Ella grita muy sorprendida. Cuando subo al coche de nuevo le devuelvo el móvil, la escucho maldecir y jurarme las peores palabras que habré oído en mi vida.

—¡Te odio, Guzmán! Y voy a odiarte el resto de mi vida.

Capítulo 6



Como cada domingo voy a visitar a mi abuela a su casa en Getares. Estoy a un viaje de una hora y veinte minutos más o menos. Si por mí fuese viviría muchísimo más cerca de mi piso. Un «puerta con puerta» de toda la vida. Debido a la distancia tenemos una tradición que nunca nos saltamos y es la de pasar todos los domingos juntas. A pesar de esta costumbre, siempre que puedo tiro para allá.

Hace frío, llevo la calefacción a tope y he tenido que limpiar los cristales por dentro con un trapo que siempre llevo en la puerta del conductor para estas ocasiones. Del cristal de atrás ni te hablo, pues hace años que la luna térmica se estropeó. Aunque qué más le puedo pedir a mi Seat Ibiza de más de quince años. Bastante bien va, la verdad.

Sí, tengo que admitir que más de una vez me ha dejado tirada, pero, por suerte, conozco a Fer, el dueño de un taller cerca de la casa de mi abuela. Así que siempre que he tenido un percance lo he llamado y me ha solucionado el problema. Él es otro que se une al club de mi abuela y cada vez que tiene que ayudarme a repararlo intenta venderme la moto de que me cambie de coche. ¡Pero yo no renuncio a mi Manolito ni muerta! Así lo llamo. El primer día que empezó a emitir ruiditos, decidí que debía dirigirme a él con algún nombre teniendo en cuenta que parecía tener vida propia. Celeste bromea cuando suenan los ruidos, le hace gracia pensar que son lamentos de la vejez.

Frankfurt lloriquea de vez en cuando en la parte de atrás, dentro del monísimo y más que acondicionado transportín en el que va siempre que viajamos. Mi abuela se lo tiene de lo más cuqui y le mete dentro mantitas hechas por ella para que no pase frío, como si pudiera con esos chalequitos que le confecciona. Pero, en fin, ella es feliz así.

—¿Qué te pasa, amor? —me contesta con un ladrido y bajo un poco el volumen de la música—. ¿Tienes ya ganas de bajar? Ay, mi cuchiiii, ya no te queda nada.

Y no le miento, llevamos recorrido casi todo el trayecto y estaremos a unos quince minutos de Getares. Mi abuela vive en una de las casitas que hay a pie del paseo marítimo y a Frankfurt le encanta que lo suelte y correr por ahí. Aunque lo que más le gusta es la playa, como a mí. Vuelvo a subir la música y mi canción favorita de Imagine Dragons resuena por todo mi Manolito. Canto *Birds* a todo pulmón y disfruto de la letra y de su significado junto a las demás que escucho en lo que queda de camino.

Bajo la cuesta que da a los aparcamientos de la zona y lo dejo en el primer hueco libre que veo. Apago el motor, me coloco la bufanda, los guantes y mi chaquetón bien abrigado y le pongo la correa a Frankfurt para que salga del coche. Antes de entrar en casa, doy un corto paseíto para que haga sus necesidades y después me dirijo al paseo marítimo. Enseguida me encuentro a amigos de la infancia y no tardamos en fundirnos en un abrazo al volver a vernos. Me alegro de saber que la vida los trata bien, y eso que siempre que vengo nos contamos lo mismo, pero me alegro igual. Varias casas antes de la de mi abuela veo a Fer salir de la suya y lo saludo.

—¿Cómo está don Manuel? —se mofa antes de darme dos besos en las mejillas.

—Déjate de coñas, que va de maravilla. No ha vuelto a pararse desde…

—¿Hace un mes? Guau, se está superando.

Suelto una carcajada sincera, siempre sabe cómo hacerme reír. En realidad, sabe mucho de mí y lo utiliza para hacerme sentir bien cuando estamos juntos. Esa era una de las razones por la que permití que nuestra relación, ya rota, se alargase más de lo necesario. Pero bueno, terminamos bien y ahora nos llevamos mucho mejor que antes.

—Oye, la última vez fue a principios de enero. Hace más de un mes —aseguro echando un vistazo a Frankfurt para comprobar que ya ha llegado a la puerta de mi abuela.

—Pensaba que hacía mucho menos. —Sonríe de oreja a oreja—. Tendré que volver a examinarlo, ¿no?

Seguimos caminando, despacio, y esta vez la que sonríe soy yo. Fer es ese exnovio con el que me llevo *demasiado* bien. Cada uno tiene su vida, no hablamos ni nos reprochamos nada, pero sí que nos acostamos alguna que otra vez cuando a ambos nos apetece. Sé que es un error, yo no quiero nada serio con él, pero nos entendemos en la cama y prefiero disfrutar del sexo con alguien a quien conozco. Pero soy consciente de que debemos dejar de tener estos encuentros fortuitos y quedarnos solo con la buena sintonía que hay entre nosotros. Y estoy a punto de rechazar la proposición cuando Juanito, otro de nuestra infancia, sale de su casa.

—*Illo, pisha*, venga que llevo más de una hora esperándote.

—¡Ya voy, *cojone*! —grita Fer levantando la mano.

Alzo también la mía para saludarlo y este hace lo mismo al verme. Como despedida, recibo un «ya lo vamos viendo» y un guiño de ojo antes de mover su cuerpo hasta su amigo. Sigo caminando y abro la puerta de hierro que hay antes de la entrada a la casa de mi abuela y toco el timbre. Frankfurt salta y ladra a la espera de que nos abran y monta una fiesta cuando la yaya le da la bienvenida. Acto seguido, tras recibir varias caricias y haberse tirado boca arriba para disfrutarlas, sale pitando al salón donde suele encontrar a Jorge con sus amigos.

—Ay, mi niña bonita, ¡cuánto tiempo sin verte!

Dejo que mi abuela me abrace y me achuche un rato y, cuando puedo respirar, la abrazo yo a ella. Le doy varios besos por toda la cara y, al soltarla, se ríe de manera escandalosa. Cuando la bienvenida se ha acabado, me da la espalda y entra en la casa. Yo la sigo y la observo: lleva un pantalón oscuro, una chaqueta de punto encima de un jersey abrigadito y el pelo recogido en un moño bajo.

—He preparado un buen puchero para el almuerzo. Tienes ganas, ¿verdad?

—Hombre, yaya, un buen caldito en pleno febrero nunca viene mal.

—¡Ya decía yo! —Se ríe y, antes de entrar en la cocina, se gira hacia mí —. Después, te echo un poco en un táper y te llevas a tu casa.

Todavía riéndome por sus gestos, entro en el comedor y me encuentro a mi primo con su mejor amigo.

—¿Jugando al GTA?

Jorge me mira y suelta una carcajada alegre al verme. Se levanta y me agarra entre esos brazotes grandes que tiene por el deporte y me levanta del suelo a modo saludo. Él es el hermano pequeño que nunca tuve y el biológico de Celeste. Tiene veinticinco años recién cumplidos y es el tercero de los nietos de Anacleta, nuestra abuela paterna. La misma que nos ha criado a todos cuando nos quedamos solos.

—¿Te unes, Gin? —me pregunta Rodri, el mejor amigo de mi primo, y niego con la cabeza a lo que me propone. Conozco a todos los amigos de mi primo desde que eran unos niños, pero él siempre ha estado con Jorge y es parte de la familia.

—Uf, no, no. Que me pongo y luego no sé parar, y he venido a ver a mi abuela.

—En eso llevas razón, a veces olvido que la afición por los videojuegos nos viene de ti.

Me río con ganas, es verdad. Años atrás, cuando aún no salía con Fer, nos pasábamos las noches de verano jugando sin límites a la Play. Mi yaya asoma la cabeza por el arco que conecta la cocina con el salón y Rodri se levanta, se sacude el pantalón y le propina un beso en la mejilla.

—¿Te quedas a comer? —le pregunta.

—Hoy no puedo, Anacleta, mi abuela ha organizado una reunión familiar. Pero esta semana me vengo un día.

—¡Ay!, estoy aburrida de decirte que me llames…

—¡Ana! —gritamos terminando nosotros tres la frase, haciéndola reír.

El amigo de Jorge sale de la cocina y cierra tras despedirse de Frankfurt. Contenta por estar aquí, con mi pequeña pero gran familia, le rodeo los hombros a mi abuela y la atraigo hacia mí.

—Sabes que a Rodri le encanta escucharte, y sabe demasiado bien que te gusta el nombre de Ana.

—Tu madre se pasó de la raya llamándote así, yaya —se burla Jorge cogiendo un trozo de bizcocho recién hecho y saliendo de la cocina.

—Como castigo le dejaré que coma todo el bizcocho caliente que quiera, así se cagará como los mirlos.

—¡Abuela! Eres malvada —digo riéndome.



Jorge no pasó la mañana en el baño, ni mucho menos. De hecho, pasamos toda la mañana charlando sobre los vecinos, acontecimientos que eran interesantes para la yaya y sobre la universidad. Jorge está estudiando Derecho, bueno, más bien está terminando la carrera. Sí, cuando terminó el graduado escolar, se fue a trabajar porque su situación familiar le afectó demasiado y, cuando cumplió los veinte años, como dice Anacleta —pero que ella no sepa que a veces la llamo así —, decidió encaminarse. Y ahora está terminando los estudios y en unos meses se irá a vivir con su hermana a Madrid. Otro que se nos va y mi abuela y yo nos quedamos solas en Cádiz. Pero bueno, al menos son felices. Aunque, a ver, yo me quedo aquí porque amo mi ciudad, soy muy dichosa y no me veo viviendo fuera.

El puchero nos sentó este mediodía de fábula y nos sirvió para entrar en calor antes de salir a pasear con mi cuchi. A mi abuela le encanta soltarlo por la playa y verlo correr cuando le tira algún palo. A mí, lo que más gracia me hace, es ver cómo les ladra a otros perros y cuando estos se acercan a jugar u olerlo sale corriendo cagadito de miedo.

Ahora estamos sentadas en una silla de la cocina, con la chimenea encendida y una taza de café bien caliente. Son casi las seis y ya se va notando la caída del sol, aunque todavía está fuera.

—¿Cómo te va en el trabajo?

—Muy bien. Ahora estamos preparando la fiesta para carnavales. Queremos hacer un baile para que los papis puedan venir a ver a los niños.

—Cuanto me alegro, Ginecita. —Mi abuela a veces me llama así desde que tengo uso de razón y seguro que desde mi nacimiento—. ¿No te sientes sola en tu casa?

¡Buah! El tema salió a la luz. Ella siempre hace lo mismo. Como se siente contigo en la cocina café en mano, te saca el patrón entero. Doy un sorbo al mío y dejo la taza sobre la mesa.

—¿Cómo puedo estarlo si estoy con Frankfurt? —Doy unas palmaditas y

mi perro, vestido con un chalequito azul, se sube encima.

—Ah, sí. Espero que me deis muchos nietos. —Arrugo la cara ante lo vomitivo de la conversación y mi abuela me hace un gesto como diciendo: «por ahí voy», y deja también su taza sobre la mesa para mirarme de esa forma en la que se presiente que se viene una charla—. Ya sabes a qué me refiero cuando te hablo de eso, niña tonta. Estás sola en la ciudad, tu primo y yo estamos muy lejos, solo quiero que estés acompañada.

—Yaya, ni siquiera llego a los treinta, no pasa nada por estar sola. Ni a esta edad ni a ninguna. Además, llevo soltera menos de dos años, déjame disfrutar.

Mi abuela frunce el ceño y se echa hacia atrás, nada conforme con lo que le digo.

—¿No has conocido a nadie que te haya hecho sentir algo diferente? —comenta y suena muy muy esperanzada—. ¿Ni una mirada diferente? ¿Una palabra diferente?

De pronto, eso me hace echar la vista atrás y el apelativo «Reina» resuena en mis oídos más de lo que me gustaría. Debo reconocer para mí que fue una experiencia brutal que volvería a repetir mil veces, que me encantaron aquellos besos y, por supuesto, la copia de Chino Darín mejorada. Muy mejorada. Pero eso es agua pasada, un revolcón con un magnate de lo más buenorro. Nada más.

¿He vuelto a tener un sexo tan bueno? Para nada, ni de lejos. ¿He sentido el mismo pellizquito en el estómago como con él? Negativo. Pero es una idiotez rememorar una y otra vez un encuentro que no va a volver a suceder. Ni siquiera sé si él vendrá de verdad algún día a Cádiz en verano para visitar Zahara de los Atunes, donde tendrá el *chalet* de lujo que podrá permitirse gracias a sus restaurantes. Ah, sí. Ya descubrí, gracias a las redes sociales, que es el dueño de los dos La Pirámide de Madrid y que aquí en Cádiz tiene otro. El destino llevó fotos suyas al explorador de mi Instagram, no pude contenerme y me metí en su perfil para ver las apenas cien fotos que tenía publicadas. Por supuesto, corroboré una vez más lo guapísimo que es.

Suspiro sumida en mis fantasías y, cuando creo que me voy a sumergir en los mundos de Yupi, me concentro de nuevo en mi abuela. Ya me mira con ese ojo crítico suyo y si quiero escapar de su vuelta al tercer grado, tengo que poner fin a la visita. Y es lo que hago con la excusa de no llegar muy tarde a casa.

—Está bien, vete por hoy. —Acepta mi beso y me da otro antes de despedirse de mi perro sin levantarse de al lado de la candela—. A ver si puedes venir antes del domingo que viene.

—Por supuesto, lo intentaré.

—Lo sé, pequeña. Que tengas una buena semana.

—Te quiero, abuela, despídeme de Jorge.

Unos minutos después, Frankfurt vuelve a estar en su transportín y enciendo el motor junto a la calefacción para regresar a casa. En el momento en el que el *bluetooth* del móvil se conecta a la radio sobrepuesta del coche, empieza a sonar *On top of the world* de Imagine Dragons y, como siempre que suena mi grupo favorito, conduzco animadita hasta casa. Claro que, después de la conversación con mi abuela, acabo pensando un poco en la increíble sorpresa de que al ricachón de Madrid y a mí nos guste tanto la misma música. Nunca había conocido a nadie con quien compartir mi pasión.

En fin, casualidades de la vida, supongo.

Capítulo 7



Me muerdo de forma inconsciente la uña del dedo índice observando la pantalla de mi ordenador, desde donde mantengo una conversación por videollamada con Álex y Connor.

—¿Crees que esta decisión va a cambiar a Camila?

—No lo sé, pero tengo que hacer algo. Esta cría me va a hacer perder la cabeza y no puedo estar sentado viendo como echa a perder su vida. —Me reclino en mi sillón blanco de piel, cómodo y de ruedas, que preside el despacho de mi ático. Son las doce de la noche y no puedo dormir, y eso es lo que ha provocado esta llamada. Aunque nunca lo reconozca, estoy algo inquieto y no sé si estoy haciendo lo correcto—. Álex, tú eres padre, ¿qué harías en mi situación?

Este hace un gesto con la boca, pensativo, y luego sube las cejas como si hubiese llegado a un acuerdo consigo mismo.

—Nora todavía tiene poco más de tres años, su carácter es bastante tranquilo. Aunque quién sabe cómo será con la edad de Camila. Pero creo que estando desesperado como lo estás tú, y si no estuviese con Dana, seguro que intentaría algo como lo que vas a hacer. Como último recurso.

Por el gesto de Connor sé que no está del todo de acuerdo. Coge un vaso ancho que tiene sobre la mesa de su salón y le da un trago a lo que, con toda probabilidad, puede ser un Jhonnie Walker etiqueta verde, y pienso que eso es lo que me hace falta a mí en este momento. Una pena que mañana me espere un viaje largo y bastante duro con Camila.

—No sé, tío. Necesito encontrar una solución. Y si eso conlleva irme al sur del país un tiempo, es lo que haré.

—Y qué mejor momento para hacerlo que en la expulsión de Camila —apunta Connor.

Álex abre los ojos ante eso y se echa hacia adelante. Está sentado en una de las banquetas de madera que tiene en su enorme cocina de la casa que compró cuando Dana se quedó embarazada.

—¿La han expulsado? —pregunta, atónito.

—Sí, dos semanas.

—Joder, está claro que tienes que hacer algo.

—¿Te parece poco irse a vivir a Zahara de los Atunes? —ironiza Connor dándole otro sorbo a su bebida.

—¿Y qué harás con los dos restaurantes de Madrid? —se preocupa Álex levantándose y caminando por su casa.

—Eso no es problema, para algo tengo a mis encargados y administrativos. Mi equipo se encarga de eso, yo solo tendría que viajar cuando fuese necesario, igual que he hecho hasta ahora.

La Pirámide es una especie de herencia familiar. El primer restaurante fue de mis padres, ellos mismos lo levantaron bajo el nombre Romero y Martínez y lucharon por él durante décadas. Vine a enterarme que era mío cuando mi padre… cuando tuve que hacerme cargo de Camila y decidí darles a mis padres lo que no pudieron llegar a tener nunca. Le cambié el nombre por La Pirámide, con un significado bastante personal para mí, y trabajé —y sigo haciéndolo cada día— para estar donde estamos: encabezando la lista de los mejores restaurantes del país. Antes yo era el chef, siempre me ha gustado la cocina y mi padre decía que había heredado ese don de mi madre. Pero con la crianza de Camila, se me torció todo bastante y pasé a dedicarme solo a la parte ejecutiva. Me hice con los mejores chefs del país e incluso he podido hacerme con alguno de Londres, gracias a Álex y Connor.

Claro que desearía volver a la cocina. Sí, está muy bien ganar

dinero e ir siempre bien vestido, pero a mí me gusta cocinar, que la gente se deleite con lo que yo elaboro y es un sueño que me encantaría poder disfrutar en un futuro. Quizá cuando Camila asiente la cabeza de una vez.

—Entonces espero que te vaya bien y este experimento haga que tu hermana piense mejor las cosas. —Agradezco las palabras de Álex y sonrío como puedo mirando su recuadro en la pantalla.

—Siempre puedes enviarla conmigo, te lo he dicho mil veces.

—No pienso enviarla a Londres, Connor, y mucho menos contigo. No te ofendas; pero eres demasiado serio, solitario y algo estricto para educar a una cría de dieciséis años.

Este sube el vaso ante la cámara y se bebe lo que le queda de alcohol.

—No me ofendo, hombre.

Álex suelta una risa y al final tengo que sonreír. No se molesta porque es la pura verdad. ¿Cuándo fue la última vez que Connor sonrió? Quiero decir, es un tío de putísima madre y el mejor amigo que se puede tener, pero para nada es apto para la educación de una adolescente. Además, no pienso alejarme de mi hermana, es mi responsabilidad y somos la única familia que tenemos.

Veo el reloj y me doy cuenta de que son casi la una de la mañana, tengo que irme a la cama si quiero ser capaz de afrontar la guerra que me espera mañana con mi hermana al explicarle que nos mudamos al sur. Eh… no, aún no lo sabe. Pero otra pregunta de Álex hace que me quede un rato más.

—¿Sabes que no hay institutos en Zahara de esos que te gustan a ti para Camila?

Abro los ojos como platos, ¡¿qué?!

—¡La hostia! —exclamo confundido.

—No, no hay. —Connor confirma después de teclear en el ordenador. Me rasco el cuello incómodo, ¿cómo demonios se me ha

pasado informarme de eso? Cierro los ojos unos segundos y vuelvo a abrirlos—. Buscarás una casa en Cádiz, ¿no? —Se me adelanta y a veces detesto que me conozca tanto.

—Sí —afirmo rápido.

—¿Cómo no has estudiado eso antes?

Sé que lo dice a bien, pero, de repente, me molesta esa pregunta de Álex. Aprieto un puño fuera de la cámara, reconozco que últimamente mis nervios están desquiciados.

—¿Cuándo? Si no tengo a Camila haciéndome la vida imposible por un lado, tengo la gestión de los restaurantes por otro, no tengo tiempo de nada.

—Ni siquiera folla desde hace ¿cuánto? ¿Dos meses? —Connor solo se ríe para joder y es ahora cuando muestra esa sonrisa terrorífica que solo un tipo como él puede mostrar.

—No me jodas, ¿dos meses, Guzmán? ¿No es eso mucho para ti, galán?

—Bastante diría yo, sí. —Termino sucumbiendo al juego de Connor porque es verdad, es mucho para mí y no es que lo esté llevando del todo bien.

—Si no te conociera, diría que te quedaste pillado de aquella morena.

Mis ojos se mueven hasta Connor y no puedo evitar fruncir el ceño. No me quedé pillado de nadie. Ni siquiera pienso en ella, ni en lo sorprendente que me resultó que fuese la misma mujer a la que dejé entrar en mi restaurante tras escuchar cómo deseaba irse de allí. No, desde luego no creo haberlo hecho desde aquella noche.

«Mentira», me digo a mí mismo. Vale, reconozco que alguna que otra vez he recordado a conciencia esos labios rellenos y tentadores, sus pechos juguetones y cómo suspiraba cada vez que la besaba sobre su suave piel…

—¿Por qué creo que no me contáis nada? —Lloriquea Álex. Y

agradezco que interrumpa mis pensamientos.

—Porque no lo hacemos, estás muy ocupado con tu familia feliz y los hoteles —suelta sin más el taciturno del grupo.

—Connor, el día que te enamores me reiré de ti hasta el último momento de mi vida —amenaza Álex, antes de mirar hacia un lado. Dana aparece en la pantalla, con una barriga bastante notoria fruto de su segundo embarazo y por el que todos estamos muy contentos.

—Hola, chicos. Me alegro de veros, espero que pronto sea en persona.

Nosotros la saludamos de vuelta y le dice a Álex que se vayan a la cama porque mañana tienen algunas reuniones. Eso me hace ser consciente de que todos tenemos que trabajar, pues mañana es jueves. Así que decido poner fin a esta conversación antes de que terminemos hablando de quien no debemos. Suficiente para que ahora yo no pueda hacer otra cosa que pensar en ella y saber que me voy a mudar a su ciudad. Tampoco olvido que medio quedamos en vernos si iba allí en algún momento. Desde luego estaré encantado de enseñarle mi casa en Zahara de los Atunes. Bueno, y mi dormitorio con ventanales hacia el mar.

—Llámame mañana cuando encuentres casa y estés en Cádiz.

Parpadeo al escuchar a Connor y me doy cuenta de que he estado sumido en mis pensamientos lo suficiente para que Álex se haya desconectado sin darme cuenta. Asiento y coloco el cursor sobre el icono rojo.

—Claro, mañana hablamos. Gracias por todo, tío.

Unos segundos después, el silencio en mi despacho me inunda. Pienso un momento en lo que va a pasar mañana y no puedo evitar notar una presión en el pecho al imaginar lo furiosa que estará conmigo mi hermana, otra vez. Pero es por su bien y solo me queda pensar que algún día será consciente de ello.



Necesito un café o quizá dos o tres. No voy a ser capaz de sobrevivir al viaje con la furia de Camila haciéndome la vida más difícil un día más sin la suficiente cantidad de cafeína en el pellejo.

—No me puedo creer que quieras arruinarme la vida de este modo.

Lo que me faltaba por escuchar. Arruinarle la vida. Puf, estoy hasta los mismísimos huevos de todo ya. Pero no grito, no estallo, este es el momento en el que pienso en esas madres del instituto que me han dado algún que otro consejo como: «los adolescentes son complicados, intenta entenderla». Menos mal que a estas alturas del curso he logrado escolarizarla en Cádiz. Nada que un buen puñado de billetes no pueda solucionar.

Así que ahora me encuentro sentado en mi cómodo, bonito y caro —muy caro— BMW que Camila está ensuciando con esas Converse —que siempre lleva— apoyadas sobre el borde del asiento, intentando entenderla. En realidad, creo que mi frustración sobre su actitud en el coche viene solo por el estrés de nuestra vida, porque nunca he sido materialista y jamás me ha importado que se coma o se beba en mis coches, soy de los que piensan que hay que disfrutarlos.

Pero mi hermana no disfruta de él, solo intenta destrozarlo y llamar mi atención. Y con cada minuto que paso con ella aquí dentro, menos paciencia estoy teniendo. Y eso que he decidido que viajemos en coche para poder estrechar lazos y ver si nos va como en la película de Goofy e hijo, absurdo para mis treinta años, lo sé, pero estoy desesperado.

—¿Le pagaste al director para que me expulsara y pudiéramos mudarnos?

Conduzco con toda la tranquilidad que debo, observo los retrovisores y por fin un cartel nos indica que estamos fuera de Madrid. Esta mañana ha sido digna de cualquier programa televisivo de convivencia forzada, Camila ha soltado por su boca todo lo que le ha dado la gana y ha insultado a mi persona como ha querido. Pero no le he dicho nada porque sé que es fruto de la vida que le ha tocado vivir desde bien pequeña.

Aunque esa excusa empieza a tocarme las pelotas.

—Seguro que es eso, ¿es lo que haces con el dinero de nuestros padres?

Aprieto con fuerza el volante y no puedo contener las palabras en mi garganta ni un momento más.

—El dinero de nuestros padres dejó de ser de ellos cuando yo seguí levantando el negocio familiar. Y no me ha hecho falta pagarle a nadie para conseguir tu expulsión, eso lo has conseguido tú solita de putísima madre faltando a clase para meterte mano con el chulo de tu amigo.

Escucho que ahoga una exclamación ante la sorpresa de mis palabras, incluso a mí me ha dolido decir algo así. Pienso que va a defenderse, pero mi discursito ha conseguido un silencio irrompible.

Capítulo 8



Esta mañana he cargado el coche con material para manualidades. Mis peques y yo estamos decorando la clase con temática carnavalesca y estamos haciendo disfraces con materiales reciclados. Ya hemos terminado cuatro, uno quiere ser un pavo real, otro un dinosaurio, una de las niñas quiere ser un camión y otra quiere ser una flor.

Lolito, el niño más nervioso y gracioso que he conocido en mi vida, viene —con toda la gracia y arte que puede tener un cuerpecito de seis años— cargando varios retales de colores, trozos de cartulina y un ovillo de lana colgándole de las manos.

—*Maesta*, me voy a poner aquí. Laura no me *eja*.

Reprimo una sonrisa, ¡es tan tierno! Le dejo el asiento libre en mi escritorio y voy a la mesa de Laura. Para su corta edad tiene bastante carácter y lidera a más de un compi. Así que le pido que evite apartar a un compañero o reírse de alguna compañera, eso no está bien. Con algo de arrepentimiento en el rostro, se levanta y va a pedirle perdón a Lolo, así dice que lo llama todo el mundo y eso mismo me explicó su madre cuando la conocí. Veo cómo se dan un beso y ella lo ayuda a coger las cosas para que se mude de nuevo al pequeño conjunto de mesas verdes en el que están.

—*Maesta*, que me voy *ota ve*. —Sonrío encantadísima y me agacho cuando me mueve la mano en un gesto para que lo haga. Se acerca a mi oreja y me dice—: Laura me ha pedido *pedón*, así que…

Sube los hombros en un gesto muy gracioso y sigue caminando hasta sentarse con los otros cinco compañeros. No tardan en estar riendo y haciendo bromas como si no hubiese pasado nada. Yo vuelvo a mi sitio y continuo las

manualidades disfrutando del mejor trabajo de mi vida.

A la hora del recreo, estoy en el centro del patio junto a María, mi compañera.

—¿Cómo lleváis las manualidades? —Le da un sorbo a su café sin dejar de revisar la zona.

—Bastante bien. ¿Y vosotros?

—Hemos terminado casi todas las banderas de Andalucía y los carteles de las provincias. Ahora estamos haciendo folletos para invitar a los padres que puedan al desayuno de pan con aceite y azúcar.

En el colegio nos han repartido las festividades por clases y a algunas nos han tocado los carnavales y a otras el día de Andalucía. Pienso un poco y luego digo:

—Este año cae en martes, ¿no?

María asiente y se sube un poco las gafas de pasta negras que le quedan tan bien sobre la nariz. Es un gesto por costumbre, ni siquiera se le resbalan.

—Sí, así que lo celebraremos el viernes que viene porque el lunes es el día de la Comunidad Educativa y se hace puente hasta el día uno.

—Ajá, menudo final de mes.

—Y que lo digas, yo pienso hacer una escapadita o alguna otra cosa. ¿Tienes pensado algo?

—No, pero ya se me ocurrirá qué hacer.

Y digo la verdad, no había pensado en esos días. Incluso me contengo en reconocer que no me acordaba.

—Bueno, con que tengas claro que mañana salimos, suficiente.

La miro de reojo y sonrío. María siempre tiene un plan y, como es evidente, pues no espero menos de ella, ya tiene planeada nuestra noche del viernes. Yo más que encantada, nunca vienen mal unas copas después de una semana de trabajo.

La sirena del recreo suena avisando que tenemos que entrar, así que María agrupa a su clase y yo tengo a la mía formando una fila en la que hablan y

ríen. Vamos entrando y supervisando a los niños. Una vez pasamos por su puerta y sus alumnos han entrado en esta, me dice:

—Y antes podemos cenar en La Pirámide, a ver si pillamos mesa.

Entra en su aula y yo tengo que seguir el camino hasta la mía. Los niños vuelven a coger las cosas y se ponen manos a la obra un rato más. Para cuando me siento en mi silla y dejo las manos sobre el escritorio ya he pensado en Guzmán más de lo que desearía. Su restaurante aquí en el centro es muy conocido y es tan bueno como los de Madrid. Sí es verdad que cuando fui a Madrid en el puente de diciembre no tenía idea del restaurante, para qué mentir, pero desde aquellos días no he dejado de ver o escuchar cosas sobre La Pirámide. De hecho, fue María quien me descubrió el restaurante de aquí y me arrastró, igual que hizo Celeste, hasta allí para que cenáramos. Pero jamás reconoceré que, a pesar de saber que sería imposible verlo, me llevé gran parte de la noche buscándolo. Qué idiota.

Me levanto sobresaltada de mi escritorio, no pienso dedicarle mis pensamientos a un hombre que no volveré a ver más, y voy a las mesas para ayudar a mis niños con los disfraces, aprovechando la ocasión para estar entretenida. Pasamos las dos horas que quedan de clase entre risas y bromas que me llenan el corazón.



A las cinco y media de la tarde, me pongo mis mallas de deporte y una camiseta de manga larga. Le coloco a Frankfurt un chaleco amarillo con corazones blancos que la yaya le hizo hace tiempo y le pongo el arnés para irnos a hacer algo de deporte a la playa.

Salgo del edificio en el que vivimos y bajo las escaleras que tengo justo enfrente. Suelto a Frankfurt en cuanto tocamos la arena de la playa dándole a la vez al Play de mi lista de Spotify. Esta vez la primera en sonar es *Miénteme*, de TINI y María Becerra, yo no soy de las que tiene varias listas con cada tipo de género musical. Para nada, yo tengo un cóctel e igual que estoy con un *perreote* de sábado noche, estoy escuchando algo como *Bad Liar* de Imagine Dragons. Que, por cierto, la añado a la cola porque ahora se me ha antojado. Estiro varios minutos antes de empezar a trotar mientras mi perro corretea por la arena. Hace bastante frío, es una auténtica locura salir a correr con estas temperaturas vestida así, pero adoro el deporte y correr me ayuda a destensarme, por eso siempre

intento tener hueco para practicarlo.

En cuanto acelero, Frankfurt ya ladra y empieza a adelantarme, esperándome después a unos metros de distancia. La gente le dice cosas cuando nos cruzamos con quien hace deporte como nosotros o solo ha salido a pasear. Algunos perros se paran a juguetear con él y cuando soy yo quien lo adelanta, da un acelerón y me pasa varios metros de nuevo. Así pasamos nosotros las tardes, siempre que no vamos a tomar un café con María o me quedo en casa a leer un libro o ver una serie porque está lloviendo. Por suerte, estamos a punto de que el clima cambie de forma radical y tengamos sol y playa para aburrirnos.

Disfruto del viento helado que me da en la cara, ahora que la llevo acalorada por la carrera, y admiro el paisaje conforme voy avanzando. La luz del sol da en el mar, que está algo bravo hoy. Las olas llegan a la orilla y dejan algunas algas cuando vuelven de regreso adentro. Frankfurt se acerca a la orilla, pero, en cuanto el agua empieza a subir, sale huyendo despavorido. Tengo que reírme al verlo. Cómo disfruta de la playa, se pone muy contento siempre que venimos y eso me hace feliz. Lo adopté cuando tenía un añito, era pequeño, negro y orejoncete. El tipo que lo tenía antes lo había echado a un contenedor metido en una bolsa de plástico. Cuando me puse en contacto con la protectora de animales que publicó la noticia y me dieron el visto bueno para la adopción, fui ese mismo día a por él. Me explicaron que el mamarracho que lo tenía se dedicaba a la cría ilegal de esta raza —Teckel—, al parecer tenía una parejita de cuatro años amarrada en casa solo para eso. Desde luego, consiguieron quitárselos y, por lo que sé, una familia los adoptó a los dos.

Las personas pueden llegar a ser tan crueles…

Frankfurt se acerca a mí con un palo más grande que él y detengo la carrera para jugar un rato. Me agacho, lo parto para que le sea más fácil recogerlo, y se lo lanzo lo más lejos que puedo.

—¡Vamos, cuchi!

Sí, Frankfurt no es solo Frankfurt. Para mí es *cuchi*, para Celeste *cuqui* —porque ya ella de por si es muy… cuqui— y para la yaya es *ñiño*, tipo: «Ay, mi *ñiño*, ¿dónde está lo más bonito?». En fin, que cada uno lo llamamos de la forma cariñosa que nos apetece y él se pone igual de contento que si lo llamáramos piedra con ese tono de amor y juego que siempre se utiliza en esas ocasiones.

A continuación, corre hacia a mí, suelta el palo y espera que lo lance de

nuevo. Y así estamos cerca de cinco minutos hasta que reanudo el deporte y corro en dirección opuesta a la que íbamos antes. Nos lleva un buen rato llegar a la zona en la que vivimos y me detengo con las manos en los costados. Descanso un momento, observo que son pasadas las seis y media de la tarde, y empiezo a subir las escaleras para ir a casa a darme una ducha caliente. Le pongo la correa a Frankfurt en la mitad de estas y empiezo a notar el frío ahora que estoy sudada.

Sigo con los auriculares, así que escucho cómo me cambia la canción justo cuando un coche, que me suena bastante, se detiene en doble fila delante de mi edificio y del que sale un hombre, que también me suena bastante, discutiendo con lo que parece una adolescente colérica. Me escondo de inmediato, maldiciendo para mis adentro por mi malísima suerte, y no saco el ojo de la escena. Eso sí, un auricular sí me quito porque hasta hoy no sé leer los labios. Me encuentro lejos, pero tampoco es que haya el suficiente ruido en la calle como para que no oiga los gritos de esos dos. Estoy bastante concentrada en escuchar con claridad lo que hablan, pero soy muy consciente del escalofrío que me recorre la columna al observar al hombre alto, de espalda ancha y vestido con vaqueros y jersey que intenta poner calma a la niña que va con él. No tengo que aclarar que el escalofrío no es por el sudor del deporte, ¿verdad? Aun así, no puedo evitar pensar que tengo delante de mis narices y de mi casa el mismo BMW en el que tuve el mejor sexo de todos los tiempos y al causante de ese increíble orgasmo.

Me cago en mi estampa

Capítulo 9



—Sube de una maldita vez al apartamento y coge la habitación que más te guste, Camila.

—Oh, pero ¿tengo opción de elegir algo en esta absurda decisión que has tomado por mí?

Mi hermana está esperando a que le responda, que entre en su juego y nos enzarcemos en una discusión en plena calle, pero no voy a compararme con una niña, así que lo único que hago es subir al coche e irme al lateral del edificio para meterlo en el garaje. Cuando aparco en la plaza que me corresponde, saco las dos maletas que quedan en el maletero y subo al ascensor para marcar la novena planta después. He alquilado el último piso porque estoy acostumbrado a vivir en áticos y, aunque no es uno, este apartamento consta de tres dormitorios, dos cuartos de baño, salón, cocina y un buen balcón. Creo que está bastante bien.

El ascensor no tarda demasiado en llegar y se abre ante un rellano con tres puertas decorado con plantas y cuadros abstractos. E incluso hay un mueble tipo recibidor debajo de la ventana que da luz al rellano. Aunque, por las horas que son, ya no hay mucha luz natural. Camila no está fuera, pero la puerta de uno de los pisos está abierta y no ha podido ser otra que la descerebrada de mi hermana la que ha tenido semejante imprudencia teniendo en cuenta que no conocemos a nadie aquí.

—He cogido la más grande. Total, para lo que estás en casa te

vale con la mediana.

La observo salir del apartamento y voy tras ella para detenerla, ¿dónde se cree que va?

—¿Has deshecho las maletas?

—Voy a la playa. —Me desafía con esos ojos verdes entornados y cargados de resentimientos.

Pero se ha acabado el consentimiento por mi parte. No me he mudado a la otra punta para que esto siga igual. Sin mediar palabra la atraigo hacia el interior, cierro la puerta y la conduzco a su nuevo dormitorio sin soltarla del brazo.

—Hazlo, por favor. Ahórrame algo de trabajo.

Resopla a conciencia y da un portazo tras entrar en el cuarto. Dejo escapar el aire y me vuelvo al salón, donde subo las persianas, descorro las cortinas y abro las ventanas para que se airee la estancia. Me doy el lujo de salir al balcón disfrutando de esta leve tregua que me da el silencio de mi hermana y observo el paisaje. Veo la playa, el horizonte del mar y el cielo en toda su amplitud. Empieza a ponerse anaranjado viéndose espectacular con el agua. Si en febrero ya me parece precioso, no sé qué me parecerá en pleno verano.

Aunque, hablando de verano, seguro que lo pasaremos en Zahara de los Atunes. En realidad, intentaré irme allí todos los fines de semana que pueda, empezando por la semana que viene. Aquella casa la compraron mis padres hace más de veinticinco años cuando vinieron a uno de sus viajes vacacionales y ahora quiero que mi hermana la disfrute conmigo todo lo que no ha podido hacer con ellos.

Barro la calle con la mirada, observando las zonas. Descubro una escalera de bajada a la playa a unos metros del edificio, también que casi todas las partes bajas de los edificios son locales comerciales, excepto algunos como este. No hay demasiado tráfico ni ruido, otro punto a favor.

Con el aire frío dándome en la cara, pienso con tranquilidad en esta decisión. No sé si mis padres estarían contentos conmigo, si

pensarían que me estoy equivocando o si creerían que el comportamiento de Camila es normal. Pero me gusta pensar que, aunque hubiesen solucionado el problema de una forma u otra, estarían orgullosos de mí. Por instinto, llevo la vista al cielo. No soy creyente ni muchísimo menos, pero lo hago de todas formas imaginando que así puedo hablar mejor con ellos cuando me frustro y me siento solo. Como en este momento.

Aquí no tengo a nadie, sí a Camila, pero ella me odia. He dejado mi zona de confort para venir aquí por ella, por nosotros, he empezado de cero para probar suerte y tengo la esperanza de que nuestra relación mejore. Echo de menos a mi hermana pequeña, esa que me veía como su héroe y me adoraba por encima de todo.

—¡Guzmán!

Y cada día deseo que esa niña vuelva y se deshaga de este Gremlin que quiere hacerme la vida imposible.

Regreso al interior del apartamento y cojo las maletas para dirigirme a la habitación que me ha dejado. Está bastante bien, no tiene un pequeño balcón como la de ella, pero, como me ha dicho, para el tiempo que estoy en casa no me importa. Dejo el equipaje sobre la cama soltando un largo suspiro y la abro.

—¿Me estás escuchando?

—¿Cómo no? Tu voz es bastante chillona, es imposible no hacerlo.

Siento su mirada en mi nuca, pero prefiero no girarme y encontrarme el desprecio en sus ojos. Creo que por hoy es suficiente, mañana volveré a ser el Guzmán de siempre.

—¿Qué vamos a cenar? —pregunta con lo que parece un tono más calmado.

—Pide lo que te apetezca, Camila.

—¿Estás seguro?

—Sí, no pienso seguir discutiendo contigo. Por hoy es suficiente.

—Pediré pizza entonces. Voy a buscar algo en internet. —Se hace un silencio en el que sé de qué se ha dado cuenta y dice—: Ah, pero…

—Coge el mío solo para buscar eso, después vuelves a dejarlo donde está.

Sale de la habitación sin decir nada. Aprovecho el tiempo para guardar toda mi ropa, dejando un lado del amplio ropero para mis trajes y camisas. Saco ya el que voy a utilizar mañana para ir al restaurante del centro, quiero conocer a los empleados en persona. Una vez lo he dejado todo preparado, compruebo que son las ocho y media de la tarde y decido darme una ducha, que me hace falta. Ha sido un día muy largo y bastante duro, así que un buen chorro de agua caliente me vendrá muy bien.

Cojo un pantalón de chándal gris, una sudadera verde, la ropa interior y unas zapatillas. Necesito ponerme cómodo. Lo dejo todo sobre el lavabo y me desvisto sin perder el tiempo. El calor me va destensando y a mi cabeza acude de todo un poco.

Incluso llego a pensar en esa mujer. «Connor no tendría que haberla nombrado anoche». Me es inevitable no hacerlo ahora que me he mudado a su ciudad. Menuda casualidad, quién me lo iba a decir. Pero así son las cosas y ahora que estoy cerca de ella, aun sin saber siquiera su nombre, no puedo dejar de imaginar cómo sería volver a verla. Me pareció bastante guapa, exquisita más bien. Tenía unos labios muy carnosos, tentadores, unos ojos rasgados de un tono marrón oscuro que la hacía una imagen peligrosa y bastante dulce a la vez. Muy contradictorio, lo sé, pero esa mujer parecía mitad ángel mitad demonio.

Y no hablemos de su cuerpo, uf, eso sí que fue delicioso. Una figura espectacular, con un trasero pomposo y unos pechos pequeños pero perfectos para mis manos. Su cintura era estrecha y sus caderas anchas me parecieron tan curvadas y apetitosas que, si tuviese la oportunidad, la recorrería con mis labios sin ninguna prisa.

Me gustan mucho las mujeres, darles y que me den placer. Pienso que son el ser más seductor y sensual que pueda haber. He de reconocer que he conocido a muchas, pero ninguna me ha hecho sentir

lo mismo que ella en solo una noche. Me tuve que obligar varias veces para prestarle atención a la camarera que aquella noche estaba muy interesada en mí. Aunque, si soy sincero, nunca tengo problemas para ligar. Pero, aunque la camarera —de quién no recuerdo el nombre— era atractiva, no tenía nada que ver con aquella mujer de pelo oscuro de la que no podía despegar la mirada.

Sobresalía de todos, era como si allí solo estuviese ella. En cuanto la reconocí, después de haberla visto en la fila para entrar en el restaurante, tuve la necesidad de besarla y hacerla mía. Y ahora no puedo dejar de pensar en lo mismo. No sé si fue su físico o su forma de ser, tan arrolladora y demandante, lo que me dejó hipnotizado, pero estoy deseando volver a verla.



A las nueve y media llaman al telefonillo automático, y el sonido rompe el absoluto silencio que había en el apartamento. Camila no ha salido de su habitación desde que entró en la mía para saber qué cenaríamos.

—¿Diga?

—Soy el repartidor, traigo dos pizzas que han encargado.

—Sí, te abro. —Estoy a punto de colgar cuando escucho al tipo exclamar que no puede subir, que tengo que bajar—. ¿Y por qué? —pregunto nada contento con eso.

—No voy a dejar la moto sola.

—¿No es tu trabajo? —insisto observando por el rabillo del ojo que mi hermana sale al balcón.

—Colega, no tienes empatía. ¿Qué te supone bajar?

Cierro los ojos buscando tranquilidad, segundos después cojo la cartera y las llaves, pero antes de salir me asomo al lado de mi hermana, viendo a tamaño casi de hormiga al repartidor vestido con ropa roja y blanca. Camila me observa y, por un momento, no noto que me odie y eso me da algo de paz.

—Ahora vuelvo.

Mi hermana asiente sin hablar y salgo del apartamento. Subo al ascensor y, una vez dentro, me paso una mano por el pelo mientras espero a llegar abajo. Cuando se abre escucho el ladrido de un perro tras la puerta de la derecha. Abro el portal, pero el «colega» tiene las pizzas en la moto y salgo para acercarme a él.

—Son veintitrés euros —dice entregándome las dos cajas de cartón.

Le doy treinta y va a darme la vuelta, pero levanto una mano para que se detenga y lo miro a los ojos sin un ápice de amabilidad.

—Por las molestias que te has tomado, campeón.

Sin esperar a saber qué me va a decir, me giro para volver a entrar y, en el movimiento, me percato de un perro negro asomado a la ventana con rejas que debe ser del bajo. Este ladra varias veces al verme, pero saca la lengua poco después y me da la sensación de que espera que lo acaricie. Y eso hago. La ventana está algo alta, pero llego bien a tocarle la cabeza con cautela y ver lo contento que se pone. Debe ser un cachorro, se le nota en la cara. Ladra de nuevo con ganas cuando me despido para entrar y lo último que escucho antes de que se cierren las puertas del ascensor es a una mujer gritar con tono de autoridad:

—¡Frankfurt!

El perro se calla y me descubro riendo por el nombre. El momento me ha servido para relajarme un poco y descubrir después que Camila parece darme una tregua: ha puesto la mesa para la cena, y eso mejora mi estado.

Por un instante creo que quizás esto no haya sido tan mala idea venir a Cádiz.

Capítulo 10



Es viernes por la noche, lo que quiere decir que toca salir de copas con María. Y, además, cenar en dicho restaurante… Si antes no me volvía loca la idea, ahora que lo he visto en la puerta de mi casa mucho menos. ¿Y si me lo encuentro? ¿Y si me busca? ¿Y si quiere que volvamos a acostarnos? Y, lo que es peor, ¿y si digo que sí otra vez?

—Creo que estás exagerando, Gin.

Me sobresalto al escuchar a Celeste, por un momento había olvidado que llevo casi dos horas en una videollamada con ella. No podía arriesgarme a encontrarme con el magnate sin antes tener un ataque de histeria con mi prima y mejor amiga.

—¿Es que no has entendido que vive en mi zona? Bueno, en mi zona no, en mi mismo edificio o en el de al lado. No exagero para nada.

—¿Y qué? Si no quieres nada con él no debe importarte. Pasa y punto.

La observo remojar algo que parecen hierbajos. Están en la cocina, preparando algunas de esas cenas repugnantes que suele hacerse. Va con un pijama rosa con perritos dálmatas como estampado. Muy ella, aunque por su carácter también podía llevar uno rojo y cubierto de peligrosas llamas.

—¿Que pase del pavo más buenorro y *sexy* que he visto en mi vida? —Frunzo el ceño al tiempo que subo el labio superior en una mueca de desagrado —. Tú estás como una regadera. ¿Quién en su sano juicio lo haría?

Celeste detiene el cuchillo con el que se ha propuesto hacer papilla las hierbas verdes. Me observa a través de la cámara, con esos ojos suyos tan claros, y deseo que esté aquí. Igual que lo estaba cuando éramos pequeñas y hasta que

cumplió los dieciocho. Pero luego pienso en por qué se marchó, lo bien que está en Madrid y se me pasa. Solo quiero que sea feliz. Ha sufrido mucho.

—Entonces, ¿de qué te quejas, chica?

—¡De la vida, que a veces es muy perra! ¿Por qué aquí? ¿Por quéééé? —Sigo lloriqueando como una cría hasta que escucho a mi cuchi ladrar de nuevo. Salgo de mi habitación y lo veo con medio cuerpo por fuera de la reja de la ventana, ladrando y dando saltitos con la parte de atrás. Lo siguiente es una mano acariciarle la cabeza y sonrío. Pero cuando la mano desaparece, lloriquea y ladra enloquecido—. ¡Frankfurt!

Cuando se mete dentro me mira, lo cojo para dejarlo en el salón y vuelvo a mi habitación, mirando el vestido morado que me voy a poner esta noche. Es ajustado, hasta medio muslo. Las mangas son largas, de campana, la parte del pecho se ajusta simulando un corsé y el escote es en forma de corazón. Pronunciado y muy redondeado. Me gusta. Me visto, dejando a Celeste a un lado de la cama mientras termina de prepararse un sándwich vegetal. Estiro del dobladillo de la falda deslizándolo por encima de las medias negras que me he puesto.

—Pero ¿qué me dices? —exclama Celeste con la boca medio llena. La miro y está observándome—. Estás para comerte. ¡Qué bien te queda ese color!

Con una sonrisa, camino al espejo. Pues sí. Hace un contraste muy *sexy* con mi tono de piel bronceadito —que es más por herencia que por el sol de la playa, pero todo influye— y mis rasgos oscuros, como mi pelo y mis ojos. Para terminar de completar el conjunto, me coloco las botas de tacón con plataforma que he decidido ponerme porque es lo mejor que he comprado nunca. Casi siempre hace mucho viento aquí, pero la noche está calmada y he decidido dejarme el pelo suelto, suerte que apenas me roza los hombros.

—Gracias, corazoncete mío. Espera aquí, que voy a ponerme el pintalabios.

Celeste aprueba y da otro mordisco a su cena. Me reprimo a la hora de suspirar, joder, la pobre necesita salir más. No es que yo sea el alma de las fiestas, pero me apena verla un viernes por la noche en casa por su reticencia a estas cosas. A veces no me creo que, cuando estamos juntas, consiga convencerla de socializar.

Tiene amigos allí, pero nadie es capaz de hacerla cambiar de pensamiento

cuando algo se le mete en esa cabeza. Es dura de mollera. En el cuarto de baño, cojo una de mis barras de color neutro y mate, y me pongo un poco de tono marrón. Sutil, solo lo justo. «Ahora, sí», pienso al mirarme al espejo.

Justo me llega un mensaje de María y me dice que me ha pedido un taxi para que me recoja en casa y que debe estar al llegar. ¡Ya me pongo nerviosa!

—Celestina, me tengo que ir —comento entrando en mi habitación e inclinándome para coger el ordenador portátil.

—Que no me llames así, burra. Con lo bonito que es mi nombre, a pesar de donde viene.

«Celestino Cazorla», pienso en ese hijo de… No, la yaya no tiene culpa, pero pienso en él y me hierve la sangre. Aun así, respiro.

—Llevas razón. Como decía, tengo que irme. Mañana hablamos, ¿vale? Hasta mañana, te quiero.

—Te quiero, loqui.

Su cara desaparece de la pantalla y cierro el ordenador. Meto a Frankfurt en el salón, cierro las ventanas, bajo las persianas y le lleno el comedero y el bebedero. Lo acaricio unas quinientas veces, le grito palabras de amor con voz chillona y empalagosa otras tantas y, tras un beso en su pequeña cabecita de orejas largas, me voy. El taxi está esperándome en la puerta así que no dudo en subir. Le indico la dirección y en menos de veinte minutos estamos en el centro, en la parte antigua. Le pago al conductor y, al bajar, me encuentro a María esperándome en la entrada de una de las callejuelas estrechas con adoquines.

—¡Qué guapa! —me dice acercándose a mí y dándome un beso.

—Fíjate la que habla.

—Bah, un trapito, tía. No es para tanto.

Observo el conjunto que lleva de pantalón ajustado y acampanado con un top sugerente, todo de color negro. Encima un abrigo y el bolso colgado de su hombro derecho. Lleva su larga melena en una altísima coleta que estira un pelín sus bonitas facciones latinas. Es guapísima. María llegó de Brasil con su familia cuando tenía diez años. Apenas se le nota ya el acento, pero esos rasgos preciosos y de modelo están ahí, evidentemente.

—Anda, vamos a cenar que me ha costado una barbaridad coger mesa.

—Asiento e intento poner una sonrisa. La verdad es que no me apetece mucho. Solo el cartel encima de la impoluta puerta del restaurante anunciando La Pirámide me deja sin aliento. «¿Y si está aquí?», pienso de pronto; pero me obligo a caminar, pues María me insta con poco disimulo a que camine y casi la veo entornar los ojos en mi dirección—. María Da Silva —anuncia, esperando a que el hombre trajeado que hay en la puerta la encuentre en un listado.

¡Por el amor de Dios! ¿Qué es esto? ¿Una fiesta privada en Las Vegas o Hollywood? El hombre de piel morena, ojos negros como la noche, pelo oscuro y unos hombros y brazos que me chiva lo que le gusta el gimnasio, nos deja pasar tras una blanca y perfecta sonrisa. Otro chico nos acompaña a la mesa y una vez sentada me encuentro ridícula ante tanto pijerío.

«Yo no sirvo para esto», me digo.

—¿Ensalada para las dos? —me pregunta mi amiga y afirmo con un movimiento de cabeza—. ¿Vino? —Asiento otra vez.

Una mujer se acerca a nosotras varios minutos más tarde y se va con la bebida apuntada. Un poco después, aparece con dos copas relucientes y vierte en ellas la cantidad exacta de la bebida color sangre, cuyo aroma empieza a colarse por mi nariz. Pasa otro rato hasta que vuelven y se llevan el pedido de la comida. A los quince minutos, nuestra mesa está servida con una ensalada, dorada al horno para mí y un salteado de setas con verduras para María. Me gusta esta comida, bueno, me gusta todo. Pero no sé cómo lo hago que siempre que salgo con mi prima o María echo en falta una buena hamburguesota del Burger King.

—Tengo unas ganas de que termine la semana… Siempre que hay fiestas el colegio es un caos —comenta y asiento, lleva razón.

—No puedo discutírtelo, pero ¿y sus caritas? —Pincho con mi tenedor un poco de ensalada.

—Creo que es lo único que hace que soporte al resto del profesorado. ¿Por qué hay tantas víboras entre nosotros?

Doy un buen sorbo de vino, agudizando el oído y pillando de refilón *West Coast* de, como no, Imagine Dragons. ¿Puede ser más romántica esta canción? Me dejo llevar, escucho algo sobre el rollo que tuvo María con Ernes, el profe de Educación Física de los peques, y cómo le petaba el móvil a mensajes. O algo así. Pero también me fijo en la letra. No puedo evitar pensar en ese magnate. Temo, pero ansío a la vez, que aparezca por alguna parte del restaurante

supervisando el trabajo de sus empleados. Conociendo sus gustos musicales, siempre que escucho mi grupo favorito me es imposible no pensar en él. Pero lo peor no es eso, lo peor es que cuando la canción es más romanticona me imagino sus manos en mi cuerpo de nuevo, su lengua recorriéndome la columna como hizo aquella noche, sus mordiscos en mi hombro… Ese hombre es tan sensual que ha debido dejar a más de una suspirando por él durante mucho tiempo.

—En fin, que era obvio que la de Lengua sabía igual que yo que Ernesto la tenía enorme. Y eso me jodió mucho.

Abro los ojos, sorprendida, y no puedo borrar de mi cabeza lo bastante rápido las imágenes del supuesto enorme pene de mi compañero. No te digo que no sean imágenes muy lujuriosas, pues Ernesto es un bomboncito, pero no me gusta de ese modo. Lo conozco desde hace dos años.

—¿Pedimos la cuenta? —pregunto al ver nuestros platos vacíos.

—Sí, vale. Son más de las once. En lo que viene el taxi y llegamos allí, son casi las doce.

«¿Que ha pasado ya tanto tiempo y no me he dado cuenta?», pienso después de lo que acaba de decir mi amiga.

—Entonces vamos a pagar.

María alza la mano y dos o tres minutos después una camarera se acerca a nosotras.

—Su cena ya está pagada.

María se sorprende, pero a mí se me congela cada uno de mis huesos y de mis músculos. «Está aquí», me digo. Sé que ha sido él porque no ha podido otra persona. No hay nadie más en la ciudad que nos pagase una cena así. Por lo que nadie más, a excepción del dueño de estos restaurantes con el que me acosté hace unos meses y que ahora vive aquí, ha podido hacerlo.

«Está aquí».

«Está aquí».

«Está aquí».

—¿Eso cómo va a ser? ¿No te has confundido? —insiste María.

Yo me estoy colocando el abrigo negro que he cogido para hoy, sin dejar

de barrer la zona con la mirada en su busca. ¿Dónde carajos está? Hombre alto, atlético, con traje, moreno y mirada oscura. Pero nada, no está. Por un momento, cuando mi amiga ha desistido y nos dirigimos a la puerta para poner rumbo al bar, pienso en que quizás esté equivocada. Distraída, espero que nos abran la puerta.

—Hola, Reina.

El cuerpo me vibra. Esa voz, ese *Reina*. Me fijo en el tipo que nos ha abierto la puerta, vestido con un impoluto traje gris y camisa blanca, tapando ese magnífico y duro cuerpo. Tiene el pelo al natural, ni engominado ni despeinado, y unas muy cortas y sexis ondulaciones bien colocadas. Sus pupilas me recorren con un brillo que no estoy para nada preparada a soportar. No al menos de un tío al que no conozco, por supuesto. Mi tajante silencio hace que sus ojos estén algo más oscuros, parece molesto, y su media sonrisa se ha vuelto fina y firme.

¿Qué hago? Huir. Y esa penetrante y demandante mirada suya me quema en la nuca incluso cuando, veinte minutos después, el taxi nos deja frente a la discoteca. ¿Y si, por casualidades de la vida, varios kilómetros de distancia no son suficientes?

Capítulo 11



Los días aquí pasan rápidos, Camila se lo curra para hacerme la vida más difícil cada jornada y el restaurante me ocupa demasiado tiempo. Bueno, eso y la posibilidad de extenderme y abrir otro por la ciudad.

Por suerte, estuvimos en Zahara todo el puente y nos vinimos ayer por la tarde. Camila parecía contenta de estar en la playa, sobre todo en una casa que fue de nuestros padres. Los echa mucho de menos, lo noto, y ojalá me dejara acercarme para consolarla.

Por desgracia, mi hermana aún no quiere que lo haga. Por lo tanto, intento protegerla desde la lejanía.

—¡Guzmán!

Me giro un poco en el pasillo del gimnasio, al que me apunté poco después de mudarme a la ciudad, para ver a la rubia que se acerca a mí al trote. Ha salido de la clase de yoga para saludarme, así que lo menos que puedo hacer es ser respetuoso.

—Macarena. No te había visto.

Sonríe de forma tonta, es decir, con los ojos entrecerrados sobre mi cuerpo, y se mira el escote de manera fugaz. Sí, sí, como lo digo. No es que yo no haya mirado, la verdad.

—Anda, reconoce de una vez que es difícil no verme. —Suelta una risa que intenta hacer sonar de forma… ¿cómo decirlo? Ah, sí: demasiado empalagosa. Yo le sonrío como sé que le gusta a este tipo de mujeres y ella se acerca un paso más, pegando sus tetas a mi bíceps.

Echo un vistazo hacia abajo y luego a sus labios curvados, me da que tiene algo que decir, fijo—. ¿Por qué no salimos este fin de semana?

Y lo dijo.

—Claro, ¡por qué no!

En serio, ¿por qué no? Estoy hasta los huevos de no follar. Joder, antes me sobraban y ahora tengo que aceptar esta absurda petición para acabar entre esas dos tetas que se esconden tras el sujetador deportivo. Le vale mi respuesta y se da la vuelta para irse. Se me van los ojos detrás, esas mallas le hacen un culo de vicio, joder. Estoy necesitado, mucho. Si no, no estaría yendo tras ella y cogiéndola del brazo para acercarla a mí.

—¿Puedes mostrarme dónde está el almacén? Necesito material para las máquinas.

¿Es que me he visto un tutorial de ligue para críos? Absurdo, pero ella se lo toma como un coqueteo. Sus ojos claros parpadean y me agarra del antebrazo para tirar de mí hacia la puerta de salida de emergencias. Se cierra tras nosotros y señala a mis espaldas con un dedo.

—Es ahí.

Doy un paso sujetándola por la cintura para que se enganche a mí. Su lengua poco más y me llega a la garganta, pero me la suda. Estoy frustrado, no dejo de pensar en ella. Estoy convencido de que mi polla salta debajo de mis pantalones por lo que pienso e imagino.

Mis manos recorren la espalda fina y semidesnuda de Macarena. El sujetador deportivo es de un rosa bastante llamativo, las mallas son demasiado cortas y dejan a la vista su barriga y gran parte de sus piernas. Demasiado accesible… pero puede valer. La tengo dura como una puñetera roca, necesito deshacerme de la tensión ya. Abro la puerta con la mano a mi espalda, la apoyo cuando estamos dentro y cierro. No hay mucha luz, tampoco es que haya encendido la bombilla que cuelga, pero hay una pequeña ventana que es más que suficiente.

Cuanto menos vea, más puedo imaginar.

No hace falta que me deshaga del puto sujetador, los pechos de la rubia que tengo entre mi cuerpo y la pared me dan en la cara y me llevo un pezón a la boca en medio segundo. Uf, desearía que fuesen otros, pero estos me valen ahora. Y este puto pensamiento me jode, y más después de que saliese corriendo del restaurante. Pego mi erección contra ella. Gime, gime y vuelve a hacerlo. Se deshace de mi camiseta sin mangas azul y empieza a tocar mi pecho. Sus manos recorren mi estómago, mis costados y mis pectorales. Noto una presión en el cuello y me aparto rápido.

—¿Qué haces? —No puedo entender que alguien adulto siga jugando a eso de los chupetones. Lo odio. Mucho más si viene de un puto polvo momentáneo.

—Lo siento, me apetecía chuparte.

Abro los ojos y me noto parpadear. ¿Qué? Intento concentrarme en lo que es esto, un juego para liberar lo que llevo aguantado desde la última vez que follé. Que viene siendo… espera que cuento… desde el puente de diciembre, en efecto. ¡Hostia puta! «Venga ya, joder», me regaño en silencio. Enfadado y frustrado por lo que ocurrió en la salida de mi restaurante hace casi dos semanas, me deshago con prisa de mis pantalones y de los de Macarena. Noto mi punta ahí, pero entonces echo las caderas hacia atrás para separarme de forma ridícula.

—No tengo condones aquí —susurro cada vez más enfadado.

La rubia está desnuda delante de mí. Debería pensar que es perfecta, con pocas caderas, huesos pequeños, pechos bien redondos, y un culo que puedo coger con mis dos manos. Incluso debería babear cuando se coloca de rodillas delante de mí, pero nada.

—Ya te dije que quería chuparte. —Esta confesión ya me debería tener los testículos tensos. Estoy fatal.

Voy a coger a la chica por los hombros para disculparme por no poder terminar, pero cuando me doy cuenta noto un tirón a lo largo de mi erección. Miro hacia abajo y su cabeza está moviéndose de atrás hacia adelante. Cuando noto la lengua, cierro los ojos. Me conformaré con esto.

Ya no veo a la rubia. Todo está negro tras mis párpados, pero eso dura poco porque empiezo a visualizar a la mujer que me dejó tirado hace unas noches cuando volvíamos a vernos después de tres meses. Llevo mi mano a su cabeza de manera inconsciente y la muevo. Dios, estallo las caderas contra su boca mientras la escucho lamentarse. Sigo, sigo y sigo. Imagino que sube la cara y me mira con esos ojos café con los que me miró en mi coche. Recuerdo su espalda lisa, recorrer su columna, agarrar esas caderas que entonaban su perfectísimo cuerpo. Mi límite es imaginarla ronroneando entre nosotros, gimiendo por el disfrute que le produce hacerme esto y me llega el orgasmo. Agarro el pelo que tengo entre mis dedos y me muevo con toda mi necesidad. Para mi desgracia abro los ojos antes de tiempo con la desesperación de que mi imaginación se haga realidad. Cuando bajo la mirada, encuentro a la rubia con las manos entre sus piernas abiertas. Sé que se está tocando y eso debería ponerme cardíaco. En cambio, solo necesito cerrar los ojos de nuevo para derramarme fuera. Creo que le mancho el pecho, pero no iba a correrme en su boca. No pienso hacer eso con cualquiera.

Estoy de pie con mi mano envolviendo mi miembro hasta que consigo controlar mi respiración y darme cuenta de lo que acabo de hacer. No es normal en mí esto. ¿Por qué no me he contenido? Podría habérmelo hecho en la ducha al llegar a casa o qué sé yo.

—Ni una palabra de esto. ¿Entiendes?

Me echa una mirada seria mientras se viste, yo hago lo mismo tras limpiarme con mi bóxer y se atusa el pelo al terminar.

—Por supuesto que no, ¿por quién me tomas?

Escucho que suelta una risa y observo cómo se larga dejándome allí. Me contengo al callar por quién la tomo. Niego con la cabeza, me pongo la camiseta y guardo poco después mi ropa interior en el bolsillo de mis pantalones cortos de deporte.

Salgo del gimnasio media hora más tarde después de darme una ducha y emprendo el camino hasta casa. Oteo la playa cuando salgo de una de las calles y pienso en lo idiota que soy. Macarena podría haberme hecho olvidar a cualquier mujer y yo solo pensaba en ella.

Incluso se me escapa una carcajada ronca. ¿Todo esto se debe al desajuste emocional que tengo? Debe ser, no puede ser otra cosa. Y no voy a permitir que las emociones me cieguen, pues es una mujer más. Hay miles.

Cuando unos minutos después llego a casa, puedo ver a mi hermana bajar las escaleras que dan a la playa antes de entrar en el edificio. Voy a los ascensores y pulso el botón del noveno. Abro la puerta del piso y echo en el cesto de la ropa sucia la que he utilizado esta tarde. Quiero volver a darme una ducha, de hecho, iba directo a hacerlo, pero he recordado que Camila sigue sin teléfono y me inquieta que esté abajo sola. Además, esta mañana cuando la he dejado en el instituto la he notado un tanto nerviosa; por lo que salgo del cuarto de baño y vuelvo a bajar.

El sol está cayendo, así que he pensado que haría frío fuera y le he cogido una de mis sudaderas. Bajo las escaleras y la veo sentada en la arena, mirando el mar. Me acerco despacio hacia ella, observando su pelo moviéndose con el viento. Se parece mucho a nuestra madre, incluso se sienta como ella.

Suspiro, notando la tensión en el centro del pecho. Cuando estoy a su altura, me acomodo a su lado y le tiendo la sudadera. Para mi sorpresa, la coge y se la pone. Sonrío sin poder evitarlo.

—No se está tan mal aquí. —La observo el perfil, tiene los ojos fijos en el mar. Ansío abrazarla, acunarla entre mis brazos como siempre he hecho. Pero me odia, ella misma me lo recuerda todos los días. Así que le doy espacio. Después hago un movimiento con la cabeza, aun sabiendo que no me mira, y me pongo de pie—. No subas tarde, hace frío.

Me limpio la arena que haya podido quedar en mis piernas y me doy la vuelta para regresar al edificio. Hago la misma operación que antes: entro en el ascensor y subo al noveno. Pero esta vez voy directo a la ducha. Me limpio bien, no pienso repetir un encuentro como el de hoy en mi vida. Yo no hago esas cosas, yo me las llevo a un hotel, con velas, vino —aunque a mí no me gusta— y sábanas delicadas.

Me paso la mano por el pelo mojado, frustrado por la idea de que

haya cometido semejante locura por las ganas que tengo de volver a vivir un momento tan salvaje como el de aquella noche en mi coche. Algo que no había hecho antes tampoco, pero en aquel momento me sentí libre. Y ella se me antojó tanto que me trajo sin cuidado el lugar.

—Mierda —murmuro con el agua cayéndome por la cara.

Dejo de pensar, al menos en esa mujer, y termino de ducharme. Me seco con la toalla y me visto más rápido cuando escucho la puerta del piso abrirse y cerrarse. Salgo y me encuentro con Camila en el salón.

—Hola —me dice y casi pienso que pueda estar poseída. La saludo y me acerco a la cocina, tengo que preparar algo de cena.

—Has subido pronto, ¿no?

—Sí, bueno. —Encoge los hombros en un gesto de indiferencia, sin mirarme—. Hacía frío y tengo algunos deberes. —Asiento cuando me mira y me sorprendo al escucharla de nuevo—. He conocido a una vecina, tiene un perro muy mono. Me ha invitado a acompañarla a la playa por las tardes. —¿Camila sociabilizando? Apruebo contento, espero que sea el comienzo de algo. Pero tardo en responder, creo, porque se incorpora en el sofá y continúa—: Si te parece bien, claro.

Parpadeo.

—Por supuesto. —Me detengo ante mi rapidez y pienso—. Bueno, no la conozco. Tendré que confiar en ti hasta que lo haga. Por favor, Camila, no hagas que me arrepienta.

—No lo haré.

Veo cómo se echa hacia atrás y saca de la mochila que tiene a los pies del sofá un cuaderno y su estuche. Solo cuando se sumerge en sus estudios me giro hacia la cocina abierta que se conecta con el salón. Por primera vez en años, una sensación familiar me recorre el cuerpo mientras saco los alimentos para hacer la cena y me hace muy feliz.

Capítulo 12



—Ginebra, trae la Fanta del frigorífico que tu primo ha puesto la mesa a la mitad, hija.

—¡Voy! —grito desde la cocina.

Voy del fregadero a la nevera para coger la botella, la coloco sobre la mesa y lleno el vaso de Jorge y el mío. Me echo la tela —confeccionada a mano — que cubre la mesa del comedor de mi abuela sobre las piernas. No está haciendo tanto frío, pero todavía aprovechamos el brasero un poco más.

—Chiquillo, ¿tampoco te has traído las servilletas? Hoy estás *acarajotao*.

Mi primo resopla y se levanta para ir a por ellas. Está más callado que nunca y eso me extraña bastante porque siempre está bromeando, haciéndole arrumacos a mi abuela o chinchándola para hacerla soltar alguna de sus burradas. Me pregunto si habrá suspendido algún examen o le ha pasado algo con la chica esa con la que sale a veces.

Cuando Anacleta se vaya a recoger «su loza», como ella dice, aprovecharé para preguntarle qué le pasa. Me meto una cucharada de potaje de garbanzos en la boca, mi abuela hace de comer como si fuese profesional y sus cocidos nunca vienen mal. Sobre todo, teniendo en cuenta cuánto me gusta comer, pero lo mal que se me da cocinar.

—Jorge, ¿qué te pasa hoy, hijo?

Mi primo clava sus ojos claros, como los de su hermana, en la yaya y parece que va a decir algo, pero niega un poco con la cabeza. No ha dejado de darle vueltas a la comida desde que ha llegado del trabajo. Trabaja en un kebab los fines de semana para pagarse los estudios y algún que otro día salteado en el

taller con Fer.

Me parece que no va a decir nada cuando le da un trago al refresco.

—Me queda un día largo. Hoy llegaré tarde a casa, abuela.

Sin más, con la mirada felina de Anacleta sobre sus movimientos, se levanta con el plato y se va a la cocina. No me da tiempo a decir nada cuando ya se ha despedido dispuesto a marcharse. Intercambio una mirada cómplice con nuestra abuela y me levanto también, saliendo de la casa con Frankfurt siguiéndome los pasos.

—¡Jorge! —Se gira para mirarme y doy un acelerón hasta ponerme a su lado—. ¿Qué te pasa?

Mi primo se detiene y mira a su alrededor antes de hacerme un gesto para que nos sentemos en el poyete por el que hemos saltado a la arena de la playa mil veces cuando éramos niños. Me fijo bien en su cara, se ve algo cansado y su corte de pelo está desaliñado, desatendido. Raro en él también. Se mete las manos entre las piernas y cruza los tobillos.

—Estoy agobiado, Gin.

—¿Por qué? —Me preocupo mucho porque es como si fuese mi hermano pequeño—. ¿Puedo ayudarte?

Hace un viento helado, pero, cuando se detiene, el sol calienta un poco más que en las últimas semanas de febrero. El calorcito sobre mí hace que me cosquillee la piel y el aroma de la sal marina se cuela por mi nariz de forma maravillosa. Jorge vuelve a llamar mi atención.

—No, es sobre la universidad y eso. —Se fija en mí unos segundos, pero vuelve a clavar sus bonitos ojos en el mar.

—¿No te va bien o qué? ¿Tengo que morderle el pescuezo a alguien?

Me mira con los ojos abiertos, con las pupilas pequeñísimas por la luz del sol, asombrado por lo que le digo. Pero, al menos, le he arrancado una carcajada.

—Tengo veinticinco tacos, Ginebra. Nada de mordiscos.

Nos reímos juntos. Celeste y yo solíamos decirle eso en el colegio cuando alguien se metía con él, y eso que no nos llevamos casi nada de edad; soy un año mayor que él nada más. Su hermana, en cambio, lo es dos años. Pero

daba igual. Y sigue dando igual, no importa la edad que tengamos, siempre daremos un mordisco por uno de nosotros a cualquiera que se atreva a hacernos daño.

—No es nada de eso. —Continúa moviendo las piernas.

—¿Entonces? —pregunto moviendo el culo para pegarme más a él, sonrío cuando me pasa un brazo por los hombros.

—El fin de carrera se acerca y cada vez me da más pena dejar sola a la yaya.

Cojo aire. Son decisiones que debemos tomar si queremos conseguir lo que deseamos, pero, aun así, entiendo su posición. Tuve una conversación similar a esta con Celeste hace casi diez años. Éramos unas crías entonces, pero intenté hablarle como me habría gustado que lo hubiese hecho mi madre conmigo y como sé que a ella le habría gustado que le hablase la suya. Y ahora, en el mismo lugar, le hablo a Jorge como se merece. Como el hermano que siento y siempre sentiré que es para mí.

—Es un cambio muy drástico, las cosas como son. Pero tienes que hacerlo, es tu futuro y sabes que en cuanto te vayas me la llevo a casa conmigo. No voy a dejar que esté sola, y nosotros nos veremos tanto como podamos.

—Ya, si sé que contigo está bien. Pero ha sido nuestra madre toda la vida, me duele dejarla atrás. No quiero que sienta que la estoy abandonando. —Ya noto cómo se me cierra la nariz cuando se me acumulan las lágrimas en los ojos y me pongo frente al viento para que se me sequen—. Gin. —Lo miro con el corazón encogido—. Os quiero más que a mi vida, no quiero que penséis que…

Lo interrumpo abrazándolo y Frankfurt se pone como loco a ladrar al vernos. Lo estrecho contra mí y las manos de Jorge me aprietan los costados. Aspiro su aroma, ese olor a perfume y jabón que tanto lo caracteriza. Entierro la cara en su cuello y niego al saber que voy a llorar. Me separo de él sorbiendo por la nariz.

—Te quedan unos cinco meses aquí. Vamos a disfrutarlos como la familia Cazorla sabe hacerlo y como los nietos juerguistas que Anacleta ha criado.

—¿Quieres decir saliendo de fiesta? —inquiere algo más motivado.

—Exactamente —afirmo con una sonrisa en los labios cogiendo a mi perro en el regazo—. El viernes te recojo y te vienes el fin de semana conmigo.

—¿Y la yaya? —pregunta rascándose la nuca.

—Para mi piso también. ¿Qué te crees?

Nos reímos con ganas, seguro que está pensando en la que nos liará la matriarca cuando se lo contemos. Pero no vamos a hacerlo hasta última hora. Algo más tranquilo, mi primo consulta la hora en el móvil y se levanta, ayudándome después con su mano. Dejo a Frankfurt en el suelo y le doy un abrazo para despedirme de él.

—Que tengas buena tarde en el trabajo —digo mirándolo y él asiente.

—Mándame un mensaje cuando estés en casa. Y cuidado con la carretera.

Observo cómo empieza a caminar hasta girar a la derecha para llegar al kebab que no está muy lejos de aquí. Cuando no lo veo, le silbo a mi cuchi y vuelvo a entrar en casa notando como la chimenea caldea toda la estancia.

—¿Qué te ha dicho mi niño? —Noto la preocupación en la voz de mi abuela, pero es normal. Somos como sus hijos.

—Nada, solo está *agobiaete* con la universidad.

Recojo el pan que está aún sobre la mesa y las pocas cosas que quedan para llevarlas a la cocina. Mi abuela me sigue de cerca, con una manta verde tapa a Frankfurt, que se ha tirado en su cama frente a la candelita, y después se pone a mi lado en la encimera. La observo de reojo mientras guardo el pan en la bolsa de tela que tiene de toda la vida.

—Ese molondro no quiere coger mi dinero. ¿Te lo puedes creer? —comenta indignada y reprimo una sonrisa.

—¿Será porque es adulto y quiere ser más independiente?

—¿Y el suyo? —insiste—. ¿Por qué no coge ese?

—Abuela, no es su dinero —contradigo frunciendo el ceño, algo molesta por esa mención—. Es de su padre.

—Mi nuera, que en paz descanse, dejó bien clarito que el dinero era de sus hijos. Y ninguno quiere cogerlo.

Cierro los ojos. Aunque me duela esta conversación con ella, no puedo dejar de comprender que Celestino es su hijo y el único que le queda vivo. E imagino, pues no lo sé porque no soy madre, que tiene esperanza en él y no ve del todo lo malnacido que es.

—No quieren el dinero de Cele. —Intento no ser muy brusca al responder—. Tienes que entenderlos. Dales tiempo, quizá sea lo que necesiten —suspira y acaricia la medalla con la imagen de la Virgen del Carmen que cuelga sobre su pecho. Lo respeto, aunque no lo comparto—. ¿Café? —pregunto para cambiar de tema y ella afirma.

Preparo la cafetera y los vasos. Ella se sienta en la silla arrimándose la cesta de mimbre a su lado para sacar la lana y las agujas. Se pone en el regazo el trozo que tiene empezado y se coloca las gafas de cerca. Se escucha el crepitar de los leños en la chimenea, las agujas entre ellas, la respiración de Frankfurt y el café cayendo por la cafetera. En armonía, como siempre que estoy en casa, me pongo frente a ella. Con ganas de disfrutar de esta tranquilidad y paz que me da estar con mi abu…

—Si tuvieses novio y me dieras bisnietos no tendría que hacerle tanta ropa a Frankfurcito.

Y aquí viene el fin de esa tranquilidad y paz.

Mi abuela me mira por encima de las gafas y vuelvo los ojos. No puede ser.



Por la tarde, a eso de las siete, llego a mi piso. Dejo el coche en el garaje y salgo con Frankfurt a la playa. Allí me encuentro a la niña que conocí hace unos días, Camila se llama, y la invito a pasear conmigo. Juega con mi perro, le tira palos y lo hace correr.

Claro que sé quién es. No se me olvida una cara nunca y, además, ella misma me contó que se había mudado con su hermano a la ciudad; aunque, cito textualmente, «espero que solo sea temporal, he dejado a mis amigos en Madrid». No voy a mentir diciendo que escuchar de ella que es la hermana pequeña de Guzmán no me removió algo. Oír su nombre de nuevo me hizo pensar en nuestro «momento» en su coche y en el reencuentro en la puerta de su restaurante. Fue nefasto y, sin saber por qué, pienso disculparme si algún día lo

veo.

—Quiere conocerte —comenta al volver a tirar el palo por los aires.

La sangre se me congela en las venas y, en consecuencia, abro los ojos más de lo que debería. «¿Qué dices, niña?», pienso, y me entran ganas de soltarlo en voz alta, pero no es lo propio, la verdad. Así que sonrío y me trago lo que sea que estoy notando.

—¿Y eso por qué? —pregunto sentándome en la arena. Ella hace lo mismo a mi lado y juega con Frankfurt.

—Bueno, nuestra relación no es fácil y le comenté que había hecho una amiga. Así que, como tampoco tengo teléfono, se queda más tranquilo conociéndote.

Subo las cejas, entiendo su posición. Aunque me hace pensar en sus padres, por supuesto, no pregunto al respecto y voy a evitar ese momento todo lo que pueda. Seguro que después de mi feísimo gesto al volver a vernos tampoco tiene tantas ganas de hablar conmigo. Así que, por ahora, dejo el encuentro en el aire.

—Es normal que se preocupe. Uno de estos días lo conoceré.

—Gracias —dice con una sonrisa.

Hay un silencio entre nosotras, pero se está bien, me agrada su compañía y escuchar lo que me ha estado contando estos días… es como si nunca lo hiciese con nadie. Poco a poco, he ido sabiendo cosas de ella, como que tiene dieciséis años, que iba a un colegio privado en Madrid, que la han expulsado y que se le dan muy bien los números. Pero apenas habla de su hermano, no me cuenta nada que hayan compartido desde que están viviendo aquí y eso me hace preguntarme muchas cosas.

—¿Me dices la hora?

Parpadeo al oírla, sí que es verdad que no tiene teléfono, y saco el móvil del bolsillo de mi cortavientos para mirar la pantalla.

—Las ocho menos cuarto —digo, y se levanta. La observo bien y me fijo en que no tiene nada de su hermano.

—Será mejor que me vaya antes de que Guzmán llegue a casa. Además, mañana tengo examen. —Le acaricia la cabeza a Frankfurt para despedirse y me

dice adiós con la mano mientras empieza a trotar en dirección a la escalera—. ¡Deséame suerte! —exclama a lo lejos.

Sonrío levantándome también, empieza a hacer fresco. Ya no veo a Camila y, mientras subo para ir al edifico, no puedo evitar mirar la calle. Saber que puede llegar en cualquier momento me pone nerviosa sin querer, y más cuando descubrí que viven en el mismo edificio que yo. Cabeceando me dirijo al portal y me encuentro absurda al echar un último repaso a la esquina de la calle, por si acaso.

Capítulo 13



Estos días en el restaurante he tratado con todo el personal, al que solo había visto de forma virtual, pero la única que se ha preocupado por mí y mi comodidad entre el equipo ha sido Vanesa: la gerente que mi departamento de Recursos Humanos contrató.

También he conocido a León, un tipo de mi edad con el que he coincidido en la cafetería en la que desayunamos y que está al lado de La Pirámide. Aunque con él paso muchísimo menos tiempo: solo los escasos diez minutos del café, de la cortísima charla que solemos tener sobre mis días aquí y su trabajo como autónomo en su pequeña empresa de Marketing y Publicidad. Tiene la oficina en su casa, pero todas las mañana baja a desayunar para tener una especie de rutina. Más de una vez le he dicho que si tuviese la mía entendería por qué voy a tomar café para escapar un rato de ella. Él se ríe y me repite una y otra vez la suerte que tengo. Incluso hay momentos en los que pienso que es verdad, pero luego me río en silencio. Bah, mi vida es una mierda, joder. Se mire por donde se mire.

Ahora estoy sentado en una de las mesas que Vanesa ha colocado de forma meticulosa en la parte de arriba el día que se abrió este restaurante hace casi dos años. Tengo un ventanal a mi lado, pero no miro ahí, sino a ella organizando al personal para poder abrir en breves momentos. Veo mi reloj para comprobar que no me equivoco y, en efecto, son las doce menos cuarto de la mañana. Apoyo la mejilla en la mano derecha hecha un puño y sigo mirándola, en realidad, no creo que encaje demasiado aquí. Quizás debería preocuparme un poco más a partir de ahora de las gestiones del departamento de Recursos

Humanos.

Tiene imagen, eso sí. Es bastante elegante, camina recta e irradia ganas de trabajar, de seguir superándose; pero es demasiado fría, estricta y mandona. Mis padres nunca habrían aprobado a esta mujer, eso es evidente.

Pensar en ellos me hace ponerme tenso, tengo que recordarme que no están, que su sueño se esfumó hace años junto a su primer restaurante familiar. Ahora solo está La Pirámide y no puedo pasarme los días martirizándome por hacer cosas que mis padres nunca hubieran hecho. Porque, por mucho que me gustaría poder tener algún día un restaurante junto a la mujer a la que ame y con nuestros apellidos para seguir con el legado que mis padres empezaron, y que yo decidí no continuar tras sus pérdidas, ahora solo está La *jodida* Pirámide.

—Y el último toque… —empieza a decir Vanesa subiendo los diez escalones que separan la planta baja de la primera, que tiene forma de balcón interior. Lleva un mando plano en la mano y pulsa un botón hasta que suena la música. Me sonríe y yo le sonrío a ella—. Hacer sonreír al jefe.

La veo sentarse junto a mí, observando cómo su pelo liso le cae por los hombros y apenas le roza las clavículas. Es alta y tiene unas piernas larguísimas con los tacones de aguja que trae todos los días. Aparto la mirada cuando su mano roza la mía, que está abierta sobre la mesa. La muevo hacia un lado para separarla de la suya, no le gusta.

—Y bien, ¿todo listo? —pregunto cogiendo el mando de la mesa.

Hay un silencio en el que clava sus ojos marrones en los míos y se echa el pelo hacia atrás, un pelín indignada. Pero, ¿qué espera, que la tire sobre la mesa y le pague en carne su buena labor? No se me ocurriría.

—Como siempre, Guzmán.

Le he repetido al menos diez veces, casi a diario desde que la conozco, que prefiero que me llame por mi apellido, no quiero que los empleados crean que tenemos algún trato íntimo y mucho menos que ella misma se lo crea. Pero nada, es tan arrogante que se atreve a

utilizar mi nombre siempre. Suspiro ante eso, algún día me pondré en serio y dejará de hacerlo.

—Perfecto.

Me levanto de la silla cuando vuelvo a mirar la hora en mi reloj y compruebo que quedan cinco minutos para la una del mediodía. Me quedo de pie, mirándola, tiene que levantarse para que pueda pasar y, tras unos segundos observándome desde abajo, lo hace. No deja de mirarme en el proceso y frunzo el ceño cuando la tengo cara a cara. Paso por su lado cuando da varios pasos atrás y me dirijo a la escalera.

—Oye. —Me giro un poco sin dejar de bajar y se coloca a mi altura—. ¿Tienes planes el viernes? —Subo una ceja, inconsciente, justo cuando llego a final de la escalera y niego con la cabeza—. Oh, pues podríamos salir.

La idea me tienta, pues parece que hace una eternidad que no salgo. Pero quizá mis pensamientos no vayan por el mismo camino que los suyos, y lo corroboro cuando me toca el bíceps. Me rasco la barbilla incómodo por si alguien la ve.

—Lo vamos viendo. —Uno de los camareros abre la puerta y chasqueo la lengua como si eso nos hubiese interrumpido—. Hay trabajo. Ocupe su puesto, señorita López.

Su mirada se vuelve tirante, gira sobre sus talones para ir hacia la cocina y dejo escapar el aire antes de salir por la puerta.

El recuerdo de aquella mujer mirándome y yéndose sin dirigirme la palabra me hace apretar la mandíbula. Me molestó muchísimo que hiciera eso, esperé otra reacción cuando nos volviéramos a ver. Sí, estoy de nuevo pensando en ella… Me apoyo en el marco de la puerta de cristal del portón del restaurante. ¿Qué esperaba que pasara en realidad? No nos conocemos, ha sido absurdo creer que sería de otra forma. Cojo aire y lo suelto despacio, tengo que dejar de pensar en ella.

—Oye, Guzmán.

—¿Sí?

—En julio es nuestro segundo aniversario, sería ideal ir pensando cómo se celebrará.

—Ya se irá viendo, señorita López.

Hago una mueca con la boca al pronunciar su apellido y veo la agenda que tiene en las manos. El aniversario es el catorce de julio, pero siempre se celebra el día siguiente.

—La fecha siempre es la misma, en todos mis restaurantes. Este año será igual, pero aún es pronto para eso.

—Solo quedan cuatro meses —insiste viniendo detrás de mí.

—En ese tiempo pueden pasar muchas cosas.

—Cuatro meses no es nada, mucho menos en una ciudad del sur. Julio es verano y el verano en Cádiz trae mucha vida, lo que reduce la posibilidad de organización de una fiesta si el ayuntamiento llena el cupo.

Observo a los camareros ultimando detalles y voy hacia la puerta que hay al lado de los servicios, que está cerrada con llave y da a mi despacho. Me detengo, Vanesa también lo hace. No suelto el pomo y me giro hacia ella.

—Señorita López, no voy a decidir qué hacer en julio, pero tampoco cuatro meses antes. Así que deje la agenda y ocúpese del restaurante que ya hay clientes.

No espero a que siga con el tema, abro y cierro con llave detrás de mí. Me paso una mano por el pelo y las luces se encienden en cuanto me detectan. Programo el encendido para unas seis horas o así y tomo asiento en el cómodo sillón negro que acompaña a mi escritorio de madera. Lo mandé a decorar hace una semana, esto era una habitación enorme y vacía que los empleados utilizaban para la escoba y demás.

Enciendo la pantalla de mi ordenador y me fijo en la hora una última vez antes de sumergirme en el trabajo. Tengo documentos que leer y reuniones programadas, así que lo primero que hago es abrir el correo y leer cinco nuevos; luego abro la aplicación para

videoconferencias y vuelvo a los mensajes hasta que en mi móvil suena la alerta de «reunión en cinco minutos». Me levanto y me miro en el espejo que mandé colgar en la pared de la puerta, junto al pequeño cubículo con retrete y ducha que terminaron hace unos días. Me acomodo el cuello de la camisa, me anudo bien la corbata y estiro las mangas de mi chaqueta en el tiempo exacto. Cuando me acomodo en el sillón doy a confirmar la videoconferencia.



Salgo del restaurante a las siete menos cuarto de la tarde. Me paso por un sitio antes de ir a casa y llego casi una hora y media más tarde de lo normal. Dejo el coche en el garaje del edificio y me asomo a la escalera que da a la playa antes de subir, pero Camila ya no está allí. Cuando me giro para ir al edificio, la veo entrar en el bloque con una mujer y un perro, no les veo la cara, pero reconozco a mi hermana.

—¡Camila! —Cambio mi ritmo al trote cuando la vislumbro mirar a través del cristal del portal.

Abre la puerta y, cada vez más cerca, veo que se despide de la mujer mirando en dirección a lo que sé que es el bajo donde vive el perro al que acaricio la cabeza siempre que lo veo asomado en la ventana. Para cuando llego a la puerta y apoyo la mano en ella para que mi hermana la suelte, ya está sola.

—Hola —me dice de forma suave y eso me relaja un poco el nudo que se me forma siempre que regreso a casa.

—Hola, perdona que haya llegado tan tarde hoy.

Camila mueve la cabeza y con ello su pelo dorado. Se parece tanto a nuestra madre…

—No te preocupes, Gin ha estado conmigo todo el rato. Hemos corrido un poco, bueno, ella más bien, yo solo he jugado con su perro.

—Frankfurt, ¿no? —pregunto mientras llamo al ascensor y disfruto de esta charla entre hermanos.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes? ¿Ya la conoces? —La emoción en su voz me hace sonreír. Enseguida, entramos en el ascensor y pulso el botón que nos lleva a la novena planta.

—No, no tengo el gusto. Pero un día la escuché gritarlo.

—Ah, sí, es que es un cachorrillo. Gin dice que lo adoptó porque su antiguo dueño lo maltrataba y el pobre estaba fatal. Es una chica supermaja y cariñosa, creo que os llevaríais bien.

La observo hablarme y el corazón me va tan rápido... Hacía tantísimo que Camila no se relajaba conmigo que es como si fuese una alucinación. Me mira porque no le respondo y asiento con la cabeza.

—Entonces tendré que conocerla cuanto antes.

—¡Ay, sí! —exclama emocionada saliendo antes que yo del ascensor—. Podría ser este sábado, ¿puedes? Es que el domingo ella siempre va a ver a su abuela, tienen como una especie de tradición.

Dejo las cosas sobre la barra de la cocina que da al salón y me apoyo para mirarla.

—¿Una tradición?

—Sí. —Se sienta en el taburete frente a mí—. Es que su abuela es mayor y vive a una hora y algo de aquí. Va a verla siempre que puede, pero nunca puede saltarse los domingos.

Vaya, eso es bastante bonito. Dice mucho de esa tal Gin. Ginebra, me imagino. Un nombre curioso y que no he escuchado nunca, a excepción de esa película que empezó a ver mi hermana y le quité al medio minuto. El protagonista tenía por apodo una letra, ¿J? No, era… ¿S? En fin, no sé, pero no era una peli para ella.

Sigue hablándome un poco más de su nueva amiga y yo me empapo de su alegría. Hacía demasiado que no dejaba salir a esta Camila que tanto quiero. Aunque, a pesar de nunca reconocérselo en voz alta, quiero a cada una de las Camila que mi hermana experimente en la vida. Contento, saco la bolsa que tengo en el maletín y que contiene lo que he comprado al salir del trabajo. Está muy feliz y,

haciendo un inciso en el «tema Gin», me ha comentado que ha sacado un ocho y medio en Biología. Parece que todo se está poniendo en orden. Cuando le doy la bolsa y ve en su interior, abre los ojos alucinada.

—¡¿Me has comprado un móvil?! —grita sorprendida sin dejar de darle vueltas a la caja. Sonrío y me mira sin parpadear. Por un momento deseo que se levante y me abrace, pero me conformo con la sonrisa que me regala antes de decirme—: ¡Muchas gracias! De verdad… no sabes lo contenta que estoy.

Ella sí que no tiene ni idea de lo feliz que soy yo en este preciso momento.

Capítulo 14



Hace calor y mi cuerpo se eriza cada vez que el sol me da de lleno. Cierro los ojos disfrutando de la temperatura en mi rostro mientras espero a que Jorge vuelva al coche. Como le dije el domingo pasado, he venido a recogerlos y llevo el maletero cargado de macutos y a mi abuela charlando con Frankfurt en la parte de atrás. A mi primo se le ha olvidado coger unos zapatos y lo espero con el motor ya encendido. Por fin va a disfrutar de un fin de semana libre, hace siglos que no le dan uno en el kebab ese en el que le explotan.

—¿Quién va a estar todo el finde con la yaya? —Frankfurt le ladra en respuesta a mi abuela y ella ríe.

Abro un ojo cuando escucho la puerta del acompañante y abro el otro cuando Jorge se sienta a mi lado.

—Ahora sí —me dice con una sonrisa pilla en los labios.

—Anda, hijo mío, que siempre hay que esperarte —lo regaña la yaya y este suelta un resoplido.

Me pongo en marcha al instante, pues es más de una hora de viaje y como estos dos empiecen a picarse ahora ya no paran hasta llegar a la ciudad. Subo un poco el volumen de la radio, doy la vuelta en el espacio libre que hay en los aparcamientos, subo la cuestecita y salgo de Algeciras.

Mientras ellos charlan, o más bien medio discuten, presto atención a la carretera, pensando en mis cosas y disfrutando del viaje. Hablan de quién puso la última lavadora, mi abuela defiende que fue ella y mi primo la chincha diciéndole que está perdiendo la cabeza y que fue él quien la puso. Al momento, veo una mano arrugada con una esclava dorada en la muñeca aproximarse a la

cara de mi primo y hago una mueca con lo que escucho luego. ¡Auch!, ha tenido que doler.

—¡Anacleta! —se queja mi primo con la mejilla izquierda un tono más colorada de lo que debe.

—¡Ah! Pero ¿que quieres otra?

Está a punto de hacerlo, no hay nada que le guste menos a mi abuela que la llamen por su nombre y le digan vieja. O que lo insinúen, que viene siendo lo mismo.

—Vale, vale. —La observo por el espejo retrovisor y ella clava sus ojos marrones en los míos—. Yaya, estoy conduciendo, no debes tortearlo mientras tanto. Espera a que lleguemos a casa.

—Gin, tía, ¿de qué vas? —Jorge se gira hacia nuestra abuela—. Tienes que entender que tengo veinticinco años, deja de pegarme así.

Veo que ella da un respingo y pone las manos sobre su regazo, indignadísima.

—¡Vamos! Cualquiera que te escuche cree que te estoy pegando todo el día.

Mi primo entorna los ojos, pero no dice nada. Vuelve a su posición inicial y decide dejar el tema por imposible, sabe que no va a darle la razón ni aunque con eso evite que *esterique* la pata, como ella dice. Suelto una carcajada ante la situación, pero la dejo a medias cuando veo sus miradas. Sin embargo, eso no me impide sonreír cuando sé que no me miran.

De repente, hay un silencio absoluto, solo se escucha el ronquido de mi perro. Se sienten bien, este tipo de silencios, digo. Cuando estás acompañada de las personas correctas y sabes que todo va bien, el silencio no es ningún tipo de problema.

Llegamos a mi piso sobre las seis y cuarto de la tarde, pero son casi las siete cuando mi abuela y Jorge terminan de poner sus cosas. Mi apartamento no es muy grande, pero tiene una habitación de invitados y será la que utilizará mi abuela. Le he dicho a Jorge que puede dormir conmigo, pero se ha adueñado del

sofá cama del salón. Por suerte para él lo cambié hace menos de un año y es mucho mejor que el anterior. Estoy segura de que con el antiguo acabaría clavándose los hierros en la espalda.

—¿Ya te has acomodado en tu habitación? —le pregunto a mi abuela cuando sale del pasillito que da al que va a ser su dormitorio y al cuarto de baño.

Se sienta a mi lado en el sofá y le pide a Jorge que le traiga un vaso de agua de la cocina. Podemos verlo desde la ventana interior que descubre esa parte del piso, es rectangular y coge casi todo el ancho de la pared.

—Sí, he guardado la ropa. —Me doy cuenta de que observa la foto familiar que reposa sobre el mueble de debajo de la tele. Sonrío un poquito antes de que me mire—. Qué bonito lo tienes todo siempre.

Suelto una risita. Cada vez que viene me dice lo mismo, reconozco que me gusta tenerlo cuqui y me esmero en los detalles. Por ejemplo: la funda de los sofás —tengo uno de dos piezas y otro de tres— es del mismo color gris perla que las fundas de efecto relieve que cubren las sillas de la mesa del comedor. Los cojines de los sofás son lisos en tonos marrones y las lámparas del techo y la que tengo en el lado del sofá que da a las ventanas de la calle son un conjunto que compré en Ikea.

—Gracias, yaya. Ya sabes que me encanta decorar.

—Sí, claro que lo sé —afirma ella con un tono jovial en la voz. Se levanta y coge el marco de la foto que muestra a mis padres y a mí felices—. A tu madre también le gustaba mucho. Todavía recuerdo cuando os poníais mano a mano con la decoración de Navidad en casa. —Suspiro, los echo mucho de menos. Aunque hayan pasado veinte años desde que no están, jamás dejaré de añorarlos—. A mi Eusebio le encantaba esas fechas, era un fanático de las Navidades. Mi pobre Eu…

No sé qué cara tendré, pero Jorge le quita el marco de las manos con delicadeza.

—¿Vamos a sacar a Frankfurt? —me pregunta y mi abuela rechista por lo bajo, pero la hago levantarse.

—Vamos, yaya, ponte una chaqueta abrigadita y nos tomamos una taza de leche calentita en la cafetería de Mariana.

Pone los ojos en blanco, será jodía. Me acabo riendo y cojo mis cosas; mi

primo ya le ha puesto el arnés y la correa a Frankfurt y ha abierto la puerta. Mi abuela es la siguiente en salir, la última yo, que cierro la puerta con llave. Levanto la mirada cuando escucho una voz conocida saludarme y me encuentro a Camila, para entonces ya tengo el pulso a mil. Por si él estuviese acompañándola… Pero, como siempre, está sola.

—Hola, Cami.

Lleva el pelo en una coleta alta y observa a mi primo de reojo. Este la mira, pero aparta la vista con rapidez y me avisa de que paseará a Frankfurt mientras hablo.

—Vengo de la playa, estaba esperando por si bajabais. Pero viendo que no, me he subido. Guzmán estará al caer.

De pronto, me entran las prisas. Le pongo una mano a mi abuela en la espalda y le doy un empujoncito leve para que camine.

—Lo siento, Camila. He ido a recoger a mi abuela y a mi primo para pasar el finde y se me ha hecho muy tarde. —Sonrío e ignoro la forma en la que me observa mi abuela—. Pero esta semana nos ponemos al día.

Cuando creo que va a andar, Anacleta se pega al suelo y me regala una mirada hostil antes de sonreírle a la adolescente que parece mi nueva amiga.

—Chiquilla, no seas maleducada y preséntanos. —Mira a Camila, que está delante de nosotras intentando ocultar la gracia que le hace la situación—. Yo soy Ana, encantada de conocerte, cielo. ¿Vives aquí?

Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco. Y también por no agarrar a mi abuela como buenamente pueda y salir pitando de aquí antes de que aparezca el magnate buenorro.

—Me mudé hace poco con mi hermano. Soy de Madrid.

—¡Ay! ¡Qué alegría tener personas de fuera en nuestra tierra! ¿Y te gusta la gente? ¿La playa? —Mi abuela se calla unos segundos y la mira como si fuese a traficar con algo—. ¿Y la mojama?

—¡Abuela!

Camila se parte de la risa y a mí me suben hasta los colores. Pero qué puedo decir de una mujer de setenta y cuatro años que se ha criado entre pesqueros.

—No me gusta, lo lamento, Ana —responde Camila entre risas—. Pero a mi hermano le gusta mucho.

No sé qué me sorprende más, si escuchar por primera vez que lo llama hermano, y que eso le ha provocado un tic en el rostro, o saber algo nuevo del magnate. Mi abuela junta las manos en un sonido de emoción que me huele a chamusquina.

—Tengo que conocerlo. Le voy a dar la mojama más buena que ha probado nunca.

«Estas dos se llevan demasiado bien y eso que solo se conocen desde hace menos de cinco minutos», pienso esperando que se acabe pronto la conversación y podernos ir de aquí.

—Pues Gin tiene una cita con él.

En cuanto Camila dice eso a mi abuela se le transforma el rostro. Su sonrisa es tan amplia y está tan curvada que podría estar poseída por el ente de la película *Smile*. Hasta yuyu me da.

—No se refiere a una cita como tal, que nos conocemos, abuela.

Esta va a decir algo, pero Camila la interrumpe con un sonido de desacuerdo.

—Ah, no, eso no. Hace mucho que Guzmán no tiene citas así. Quiero decir que quiere conocerla porque sabe que paso tiempo con ella. —Vuelve a hacer un gesto de disgusto—. No podría soportar que él tuviera algo contigo, quiero tener algo que él no.

Eso me produce tanta lástima por su situación como una punzada en el centro del pecho al entender qué quiere decir. El corazón me va más rápido y, aunque incluso me retumba en los oídos, escucho que le suena el móvil. Creía que no tenía.

—Es Guzmán. Ya está en casa. —Respiro un poco, ha subido desde el garaje—. Pero sale esta noche, así que quiere que suba para hablar de las clases y vernos antes de que se vaya.

Sube los hombros sin ganas y me duele mucho cómo habla de su hermano. ¿Por qué lo esquiva tanto? Solo me hizo falta una tarde con ella para descubrir la rabia que siente hacia él y que intenta ocultar con ese tono suave

suyo al hablar.

—¡Maravilloso! —suelta mi abuela. Nada, ella a lo suyo—. Que salgan juntos, y tú y yo nos quedamos a ver una peli.

Esta mujer es una lianta de las buenas, vamos. Lo que me faltaba ya por escuchar. Formo una sonrisa como puedo porque tengo los músculos de la cara tan tensos que me cuesta hasta moverlos.

—Camila tiene dieciséis años, tendrá otros planes para un viernes por la noche. Y, como has escuchado hace escasos minutos, no conozco a su hermano, ni él a mí, por lo que no voy a salir con él esta noche.

—Ah, por mí no te preocupes, no tengo amigos aquí. Y a Guzmán no creo que le importe que vayas.

No puedo más con esta presión y me meto en mi piso. Voy a mi dormitorio, agarro un cojín y grito hundiendo ahí la cara, zapateando como una desquiciada en el suelo. Un instante después, salgo cerrando de nuevo con llave. Cuando me giro, mi abuela y Camila me miran sorprendidas. No me han oído, eso seguro, aunque mi comportamiento ha sido raro. Pero con Anacleta como abuela solo hay dos opciones: o descargar la frustración que te provoca de alguna forma o callarle la boca de una buena vez. Y esta última no entra en mis planes. Así que…

—¿Estás bien? —me pregunta Camila con cuidado.

—Claro, solo he ido a por agua —miento.

Mi abuela me escanea, la muy viva sabe que miento pues me ha criado, pero no dice nada y se lo pasa por el forro. Porque ahí vuelve a estar esa sonrisa que da miedo y se gira hacia Camila.

—Entonces, ¿no es tan mal plan que nos quedemos haciendo un bizcochito y viendo una película?

Camila niega con una sonrisa y yo quiero soltar un bufido. Jorge se asoma a la puerta con el perro y Camila lo mira cuando lo escucha hablar.

—¿Os queda mucho?

Mi abuela hace un gesto con la mano ignorándolo.

—Ginecita, dale tu número para que su hermano lo tenga. Así te dice

dónde quedáis.

Abro los ojos como platos. ¿Es que está mujer ha perdido la vergüenza? Me vuelve a latir el corazón tan fuerte que todavía no salgo a la calle por el infarto que me va a dar. Maldigo porque Camila ya tenga móvil.

—Claro, lo apunto.

Me fijo en ambas, ¿es que estas dos estaban predestinadas a juntarse? Suspiro agobiada, pero no me queda otra que hacerlo. Ella teclea conforme me escucha y me avisa que lo ha grabado en sus contactos. Incluso me envía un mensaje con un «Hola!».

—¿Contenta? —Me dirijo a mi abuela.

—No sabes tú cuánto, chiquilla. —Camila nos regala una sonrisa y, tras otro sonido de notificación desde su móvil, nos dice que tiene que irse—. Que no se te olvide hablar con tu hermano.

—No, ahora se lo cuento, Ana.

Clavo los ojos en el ascensor donde está subiendo la chiquilla rubita que ha sido cómplice, sin saberlo, del plan de emparejamiento de mi abuela. Como si esto fuese *Mujeres y Hombres y Viceversa*. ¡Qué horror!

—¿Has perdido la cabeza? —le digo nerviosa y enfadada, aunque más nerviosa que enfadada.

—*Cheee*, ojo con cómo me hablas —me advierte empezando a andar hacia la calle—. Y no tiene nada de malo, ya has oído a la niña. A su hermano no le importará.

—No voy a tener nada con ese hombre, lo sabes, ¿no?

Voy tras ella y aguanto la puerta cuando la suelta.

—Querrás decir que no volverás a tener nada, ¿no?

—¿Perdón? —Parpadeo atónita. Pero qué…

—Ginecita, llevo veinte años criándote. Solo había que ver tu cara cada vez que esa niña hablaba de su hermano.

Me la toco por inercia, ¿seguiré teniendo cara de lela? «Vamos, Ginebra, que ya eres grandecita», me digo. Bah, ni que a mí me importase la voz de mi

conciencia. Mi primo está al otro lado de la calle, junto a la bajada hacia la playa, y vamos hacia allí. Mientras tanto, intento asimilar qué acaba de pasar.

—Lo que sea, yaya. —No doy detalles, pero ¿para qué voy a negarle algo que sabe que ha pasado?—. Pero ya la has oído, no soportaría que su hermano y yo… —Muevo las manos como si así pudiese entenderme. Al ver que se hace la tonta, suelto el bufido que tantas ganas tenía de liberar—. No y punto.

—Todo lo estás hablando tú —dice a escasos metros de Jorge.

—Menos mal. —Mi primo me da la correa y acaricio a Frankfurt—. ¿Qué ha pasado?

Mi abuela se engancha de su brazo y le cuenta la movida.

—¿Tienes amiguito? —bromea girando la cabeza hacia atrás para mirarme y vuelvo los ojos siguiéndolos en el paseo.

—No —respondo tajante. Jorge suelta una carcajada y cuchichea con ella haciéndola reír también. Sí, aunque se maten la mayor parte del tiempo, se entienden a la perfección—. Dejad de hablar de mí —digo desde atrás, pero ellos, nada.

El camino se alarga diez minutos más hasta que llegamos a la cafetería. Jorge abre la puerta, haciendo un arco con su brazo para que pasemos. Mi abuela lo hace primero y cuando estoy a la altura de la cara de mi primo, me detiene.

—Parece que esta noche salimos a tomar «ginebra».

Lo miro y arrugo los labios, frustrada por esta encerrona y por el chiste malo. Le doy con la punta de mis zapatillas de deporte en la espinilla y entro en el local escuchando cómo se queja. Cuando se sienta se rasca la zona, pero estoy tan nerviosa por esta noche que no puedo ni reírme.

Capítulo 15



Han pasado casi dos horas desde que Camila me contó lo que le pasó en el vestíbulo del edificio y aún no me lo puedo creer. ¿Cómo que una señora me ha cargado el muerto de salir con su nieta, a la cual no conozco de nada? Así, de manera literal, fue lo que le pregunté a Camila, ella se encogió de hombros y me dijo que ese era mi plan del viernes, que se iba a duchar y volvía a bajar para hacer un bizcocho con Ana, la supuesta señora mayor.

Y ahora estoy delante del espejo, abotonando la camisa azul oscuro que queda por fuera del *joggpant* de color *beige* que llevo puesto. Me gusta usar camisas aunque no vaya al trabajo, pero prefiero utilizar otro tipo de pantalones más informales y cómodos cuando estoy en mi tiempo libre. Me miro una vez más, peino un poco mi pelo rebelde y cojo una chaqueta. Cuando salgo al salón, mi hermana ya está duchada y cambiada de ropa, aunque sigue llevando el pelo recogido en la misma coleta de esta mañana. Está centrada en su móvil, por lo que le pongo una mano en el hombro para que me preste atención.

—Aunque dices que esa señora se encargará…

—Ana, Guzmán, se llama Ana. —Asiento con la cabeza.

—Aunque Ana te haya dicho que se encarga de la cena, coge el táper del bacalao al roquefort que hice anoche y que hoy no has probado. Hay suficiente para las dos. Si no le gusta, pide algo a nuestro restaurante.

—Tu restaurante, querrás decir.

Estiro el cuello y afirmo otra vez, pero no digo nada. No voy a discutir con ella. Saco la cartera del bolsillo y le doy cincuenta euros.

—Por si necesitarais algo.

—Dudo que nos vendan harina de repostería un viernes pasadas las diez de la noche. Pero si insistes...

La observo unos segundos, pensando qué decirle para dejarle claro que deje de vacilarme. Pero vuelvo a callarme. He optado por la ignorancia hacia sus insultos, a ver si así se aburre y deja de hacerlo. El problema empezará como no consiga resultados.

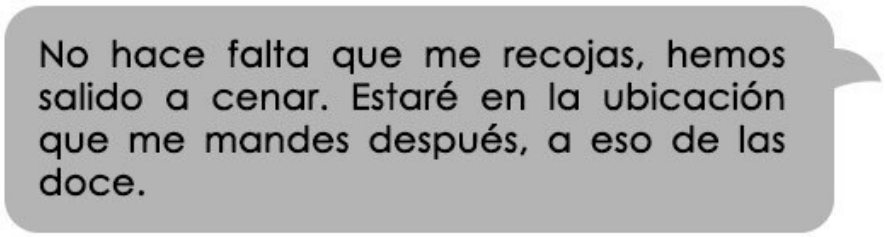
—Tienes la ubicación activada en el móvil, como vea que la quitas, te lo escondo. Sé educada con Ana y amable, por favor.

—¿Te das cuenta de que tengo casi diecisiete años? —Ya noto en su voz que está irritada, pero camino hacia la puerta y la abro. Aunque detengo el paso cuando la escucho decir—: Deja de tratarme como a una niña.

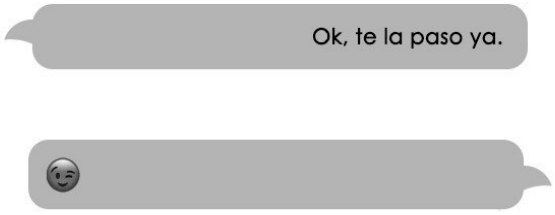
—Cuando dejes de comportarte como una.

Sin más, cierro la puerta del piso y me meto en el ascensor. Pulso la planta baja, quiero pasar por casa de esa mujer para agradecerle cuidar de Camila. Y, de paso, recoger a Gin.

Justo cuando pongo un pie en el rellano de abajo, me llega un mensaje de ella. Le escribí cuando Camila me dio su número explicándole que no había problema si se unía a la fiesta, pero que iba con algunos amigos y entendía si se echaba para atrás. A lo que me respondió: «Buena sería mi abuela si ve que no he ido. Y tampoco está la noche para pasarla escondida en la playa hasta que sea una hora razonable para llegar a casa después de un buen jolgorio. Así que no intentes deshacerte de mí». Debo reconocer que solté una risa que me sorprendió hasta a mí al imaginarla en tal situación, y también por su astucia. Me detengo y leo:



Había pensado invitarla y que así conociera a Vanesa y a León —no pensaba ir a solas con la gerente de mi restaurante—, pero veo que ya tiene planes. Además, ¿«hemos»? Camila no me ha dicho que iba con alguien más.



Guardo el móvil en el bolsillo delantero de mi pantalón y toco el timbre del piso. El perro empieza a ladrar y escucho a una mujer ordenarle que se calle. Pero no lo hace, claro. Cuando la puerta se abre aparece una señora bajita, con el pelo recogido en un moño, arrugas de expresión tanto en los ojos como en la boca —lo primero que pienso es que debe estar riéndose siempre—, vestida con ropa alegre y unos ojos oscuros que me escanean de arriba abajo.

—¡Virgen santísima! ¡Pero qué guapo *ere shiquillo*! Ven *pa' ca* que te dé dos besos, hijo —Me coge la cara entre las manos y me planta uno en cada mejilla. Luego me mira con una sonrisa demasiado pilla—. Mi Ginecita ha salido ya con su primo, pero me ha dicho que te vería después.

Me quedo un rato en silencio, asimilando la que me espera esta noche y la efusividad con la que esta mujer, sin conocerme, me ha tratado. Después de unos segundos, descubro que me gusta. Es simpática y parece cariñosa, hacía mucho tiempo que no sentía esta sensación tan hogareña. Quizá a Camila no le venga tan mal la compañía de alguien como Ana. Sonrío y es ridícula la tirantez que noto

al final de los labios.

—Sí, en eso hemos quedado, señora…

—No, no, no. De señora nada, guapo. Mi nombre es Ana.

Parpadeo un momento.

—Solo quería ser educado —explico agachándome a saludar a Frankfurt para que así deje de ladrar y lloriquear llamando mi atención.

—Hablándome por mi nombre también eres educado. Aquí somos muy calurosos y familiares. —Sonrío y me levanto, viendo cómo el perro desaparece dentro. Ana sigue mi mirada y se coge las manos—. Te invitaba a entrar, pero esta niña mía es tan rara que mejor dejo que sea ella la que te invite a ver el piso.

Joder, esta mujer va a saco. No sé con quién correré más peligro, si con Vanesa o con esa tal Gin. Espero que no sea algún tipo de cita a ciegas, ya tengo suficiente tiempo ocupado con el trabajo y mi liosa vida como para enredarme con una mujer.

—Oh, no se moleste —le aseguro y recuerdo a qué venía en realidad—. Yo solo quiero agradecerle que se quede con mi hermana. Estamos solos aquí y encontrar a alguien como usted siempre viene bien. Con el tema del piso… —La mujer me hace ojos y estira los labios hacia arriba terroríficamente feliz. Y eso es el empujoncito que me hacía falta para aclararle lo que no va a pasar—. No va a haber un momento en el que su nieta me invite a pasar porque no va a haber nada entre su nieta y yo. Comprende eso, ¿verdad?

Puedo estar pareciéndole un idiota o un estúpido, pero en cuanto me ha dicho eso me ha hecho pensar que esto es una encerrona. Ana me mira igual que cuando me abrió la puerta: de arriba abajo y sin dejar de sonreír. Da un paso hacia mí para ponerme una mano en el hombro y decirme con una gracia que me gusta bastante:

—Ay, *shiquillo*. No escupas *p'arriba* que *to* cae en la frente. —Hace el gesto de darse con la punta de los dedos sobre las cejas y me cierra la puerta tras guiñarme un ojo.

Un ojo, ¡me ha guiñado un ojo! Suelto una risotada lunática aquí solo y camino hasta el ascensor, del que salgo cuando vuelve a abrirse en el garaje. Le doy al mando del coche y se encienden las luces. Con una sonrisa en los labios arranco el motor y, cuando voy a enviarles un mensaje a León y a Vanesa diciéndoles que ya voy al restaurante, en el móvil veo de nuevo el guiño que me envió la tal Gin y la sonrisa se me esfuma al recordar lo que Ana cree que va a ocurrir esta noche entre su nieta y yo. En cuanto la conozca, pienso dejarle bien claro que no va a pasar nada entre nosotros.



Sobre las diez y veinte llego al restaurante, decidí que cenáramos en La Pirámide porque quería que León probase la comida, pues me contó que nunca había venido. Cuando entro, Vanesa ya está sentada a la mesa y se levanta al ver que subo la escalera. Lleva un escotado vestido negro, ajustado y de manga larga. Sus labios, estirados y abiertos en una sonrisa, brillan con el pintalabios.

—Guzmán, estás muy guapo hoy —dice cuando uno de los camareros deja la botella de vino que habrá pedido ella sobre la mesa.

Rechino los dientes, odio este comportamiento suyo. Le sonrío de vuelta pero no le doy dos besos, solo utilizo la educación justa con ella.

—Gracias, Vanesa.

—Hola.

Una voz masculina me salva de tener que decir algo más y me giro para ver a León. Le doy la mano con ganas, este tío me cae bien.

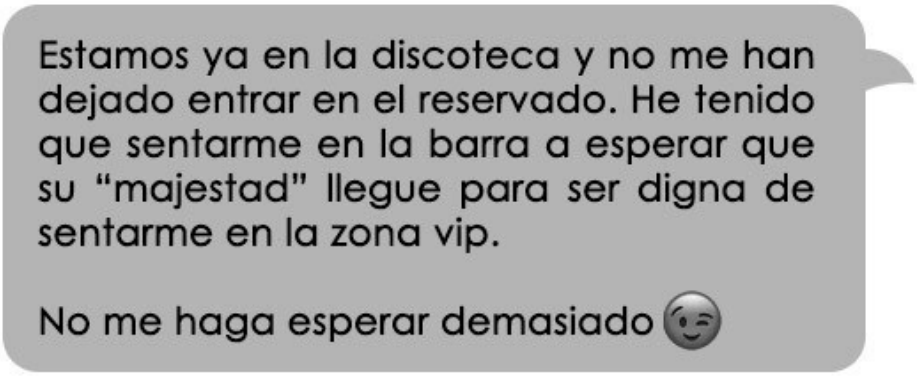
—Hola, soy Vanesa. ¿A quién tengo el gusto de conocer?

Me doy cuenta de la cara de León cuando esta se le acerca y le da los dos besos que no ha podido darme a mí. Y lo entiendo, esta mujer, por muy bonita que pueda ser, es demasiado agobiante para cualquiera. Le hago un gesto como diciéndole «ahí te dejo entre los leones» y me pongo a disfrutar del divertido momento. Ellos también lo hacen cuando Vanesa cree que le ha preguntado suficientes cosas al

pobre hombre y pedimos la cena: algo variado para que mi invitado pueda probar un poco de casi todo lo que tenemos aquí.

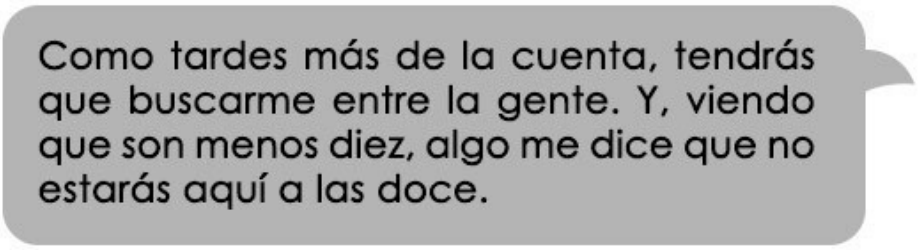
Pasamos una velada tranquila, aunque un poco aburrida, si no fuese por las bromas de León, que me recuerda un poco a Ana, se me habría hecho muy larga. Comparten la misma chispa. Nada que ver con Vanesa, que ni la botella de Rioja que se está pimplando casi sola le hace quitar esa cara seria que lleva siempre. Digo *casi sola* porque León solo se ha tomado una copa, él es más de cerveza —como yo— y a mí el vino no me gusta; pero, por mi trabajo, me ha tocado aprender enología.

El teléfono me suena sobre las doce menos cuarto de la noche, lo saco del bolsillo y leo el mensaje que me ha enviado la tal Gin. Me percato de que no tiene mi número guardado, a pesar de llevar todo el día hablando conmigo, pues no me sale su foto de perfil.

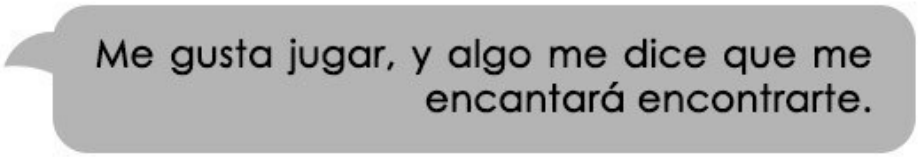


Suelto una carcajada y me gano unas miradas por parte de mis acompañantes. Pero no me importa, tecleo divertido para responderle a esta mujer que cada vez me intriga más.





Releo el mensaje, hacía mucho que una mujer no me divertía tanto con un puñado de mensajes. Esta vez reprimo la risa y tecleo de nuevo, dejándome llevar por las cervezas que me he tomado y las copas que nos han traído después de la cena.



Me quedo un rato con el móvil en la mano, a la espera de una respuesta tan atrevida o más que la mía. Pero no llega. No le doy importancia, aunque sí que me hubiese gustado que me escribiera de nuevo, y me levanto para irnos con unas extrañas ganas de encontrar a esa mujer. Después, salimos a la calle y nos subimos al coche que ha venido a recogernos.

Capítulo 16



Cuando llegamos a la discoteca miro la hora en mi reloj y sonrío cuando veo que pasan de las doce de la noche. Cabeceo divertido y camino hasta la entrada junto a León, Vanesa nos guía. En la puerta hay dos seguratas y a la derecha está la fila para acceder, bastante larga, por cierto.

—Vanesa Sastre —dice al acercarse a uno de los hombres. Estos revisan en un móvil y nos dejan pasar—. Gracias, encanto.

En cuanto la puerta se abre, la música sale a la calle, pero retumba en mis oídos una vez estamos dentro. Barro la zona con la mirada en busca de Gin, pero me doy cuenta de que no sé cómo es. Decido ir al reservado y allí hablarle, así que los tres pasamos entre la gente hasta llegar a la parte de arriba. Nuestra zona está rodeada con una cuerda roja. Una chica vestida de negro abre la parte frontal y nos invita a sentarnos en los sofás de piel. La mesa de cristal está limpia, pero la camarera no tarda en traernos las copas y dos cuencos: uno con frutos secos y otro con gominolas.

—¿Quieren pedir por copas o por botella? —nos pregunta por encima de la música.

—Botella —digo sin esperar a qué dicen los otros dos.

Ellos asienten y la chica se va cuando le pido una botella de Bombay Sapphire Premier Cru. Me apoyo en el respaldo y dejo los brazos ahí. La camarera vuelve enseguida, abre la botella y nos sirve las copas de balón con hielos, alcohol y tónica. Para cuando doy el primer

sorbo he mirado al menos cinco veces a la pista. Me regaño al recordar que no sé cómo es su cara. Eso no reprime mis ganas de bajar y buscarla, pero me contengo un rato más por si llega algún mensaje suyo. Tengo en cuenta que no me respondió al último que le envié.

—Oye, ¿por dónde vivís? —pregunta León y me echo hacia delante para beber de nuevo.

—Por Extramuros. —Creo que era así.

—Yo en el centro. ¿Tú dónde, León? —quiere saber Vanesa a la vez que bate sus pestañas demasiado y este sonríe.

—Cerca de La Pirámide.

—Ah, pensaba que trabajabas cerca del restaurante. —Su voz ya descubre las copas de vino de la cena y la media copa que se acaba de beber.

—Bueno, también. Tengo la oficina en casa —explica él.

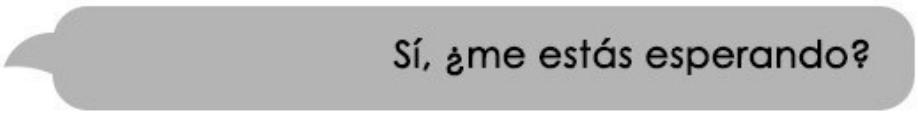
—Vaya, qué afortunado. Pues algún día tendrás que enseñármela, ¿no?

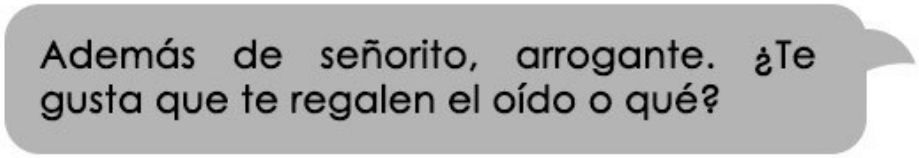
Subo las cejas y ni siquiera sé por qué me sorprendo. Me echo hacia atrás cuando Vanesa vuelve a enredar a León y saco mi teléfono del bolsillo con la intención de escribirle a Gin, pero descubro que se ha adelantado y no me había enterado.

Interesado abro el mensaje y sonrío.

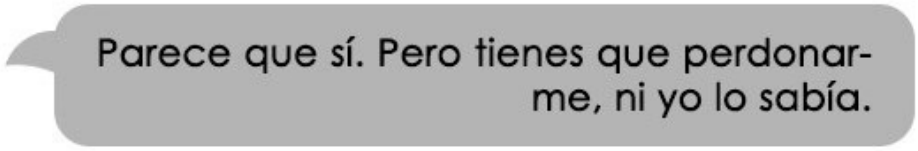


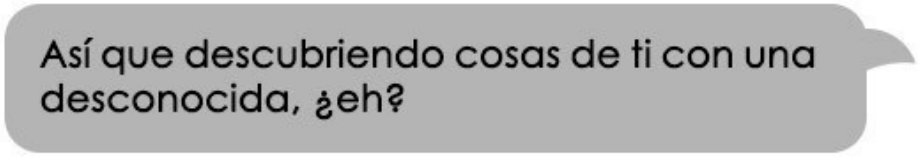
No sé, pero que esté esperándome, aún sin conocerme, me incita a ir a por más.



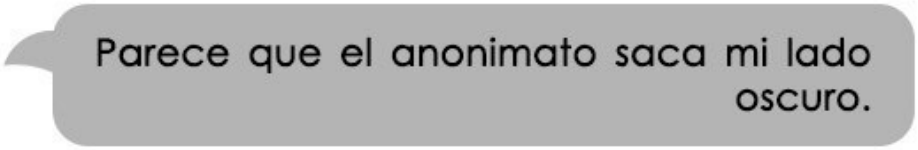


Suelto una carcajada. Cojo la copa de la mesa sin quitar ojo a la pantalla y tecleo una respuesta. Doy un buen trago y le doy a enviar.





Me mojo los labios y me río de nuevo. Estoy segurísimo de que si esta conversación la estuviésemos teniendo cara a cara ya la habría besado.

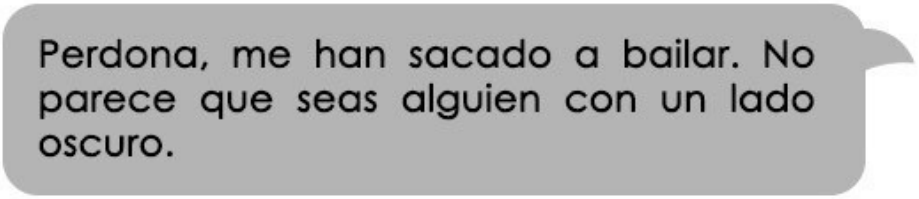


Debajo de su nombre aparece que está escribiendo pero desaparece el aviso y deja de estar en línea. Me quedo esperando un poco, pero una mano sobre mi pierna llama mi atención.

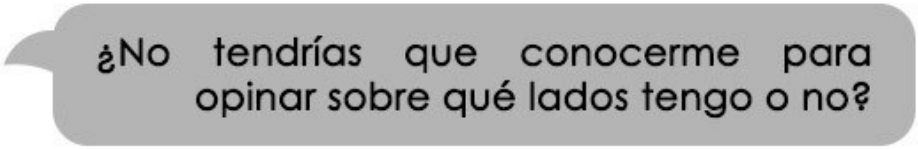
—¿Estás aburrido? —Vanesa está demasiado echada sobre mí.

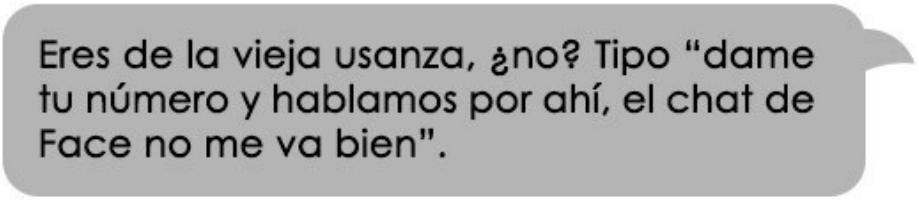
Guardo el móvil y desvío la mirada hacia León, pero está muy ocupado comiéndole la boca a un chaval mucho más joven que nosotros. Un descubrimiento que ha tenido que dejarle muy claro a Vanesa que no irá a ver su oficina. Me obligo a no reírme. Creo que, para

ser una mujer con un carácter como el suyo, pide demasiado. Incómodo, quito su mano de mi pierna cogiéndola por la muñeca. Me observa frustrada, parece que no está siendo su noche. No le digo nada, solo apuro lo que queda en mi copa y me sirvo otra. Noto una vibración en el pantalón, quería enterarme cuando me escribiera de nuevo, y saco el teléfono para desbloquearlo.



Observo de reojo a León, que sigue a lo suyo. Levanto la cabeza al percatarme de que Vanesa se ha levantado y está bailando con un tío. Bajo la cabeza de nuevo al móvil y tecleo.





Me río con ganas y me termino esta copa también. Debo reconocer que me está gustando demasiado este juego y parece que la chica es interesante e inteligente. Me gustan sus respuestas y ya llevo dos copas bien cargadas y media hora en la discoteca. Me apetece comenzar con la búsqueda del tesoro.



Comienzo a bajar la escalera hasta la pista y el móvil vibra en mi mano.





Me meto entre la gente, no sé a quién busco, pero eso no evita que lo haga. El móvil vuelve a avisarme de un mensaje.



Me detengo en medio de la gente, que baila, salta y se toca a su antojo. Noto que me empujan, pero no me importa, estoy bastante entretenido con esto.



No tengo ni puta idea de por qué, pero me la imagino bastante *sexy*. Miro a mi alrededor y me sorprende no encontrar a demasiadas mujeres con una prenda igual. Aunque sí que hay las suficientes como para saber quién es sin haber visto su cara antes.

Sí, ¿me estás esperando?

Un poco más largo, pero lo llevo recogido en una cola.

Vuelvo a barrer la zona con la vista, pero, al no encontrar a la persona que se supone que busco, empiezo a moverme. Llego a la parte de la barra, hay muchísima gente aquí.

¿Me encuentras?

Lo reconozco, me pone estar a la caza de una mujer con la que llevo toda la noche tonteando. Y no puedo evitar imaginar su pregunta escrita dicha por su voz, que en mi cabeza es sensual y juguetona. Cada vez tengo más ganas.

Si te hubiese encontrado ya lo sabrías, créeme.

La excitación y la sorpresa me recorren el cuerpo a la vez con lo que estoy leyendo en este instante.

Entonces encuéntrame ya. No he cambiado tanto.

Ahora es cuando no me muevo, leo el mensaje al menos cinco veces diciéndome una y otra vez que he tenido que leer mal. Porque como no me esté equivocando esto solo puede significar una cosa. De repente, un relampagazo de energía me mueve del sitio y me pongo a buscar. Es una locura, tiene que serlo, pero, de pronto, sé a quién tengo que encontrar. Entonces no tardo en hacerlo. Está justo como cuando la conocí la primera vez, mirándome desde el otro lado de la barra. Me quedo paralizado, ¿he estado hablando con ella toda la noche sin saberlo?



Maldigo cuando la mujer que está a pocos metros de mí coge su móvil y teclea, me llega un mensaje nuevo cuando sube la cabeza para volver a clavar su mirada en la mía.



«¡Joder, joder, joder!», exclamo en silencio.

Bloqueo mi teléfono y lo guardo en el bolsillo del pantalón. Apoyo un codo en la barra, por momentos la gente se interpone entre nosotros, pero no impide que nos miremos. Aguardo, pensando. He bebido, pero soy consciente de que he conocido a su abuela y de que ella es la misma mujer que pasa las tardes con mi hermana.

Tomo aire, lo suelto cuando veo que se ha movido. Aunque no debería, me incorporo para ver si la veo. Menudo idiota. Voy a dejarme caer en la barra de nuevo cuando la encuentro entre la gente, pero más cerca esta vez. Un recuerdo de que vive en mí mismo edificio y nunca me lo he imaginado me cruza por la cabeza. Me vibra el móvil y lo saco de mi bolsillo sin dejar de mirarla.



La entiendo demasiado bien para no conocerla. Pero, por mucho que me molestase que me diera un plantón así sin darme oportunidad de hablar siquiera, no pienso dejar que se vaya ahora que parece receptiva.

Dejo el móvil en el bolsillo sin responderle y me muevo después de unos segundos, mirándola. No recordaba que fuese tan bonita. Me abro paso entre la gente y voy por detrás hasta que la veo apoyada en la barra con la mano alzada. Recorro con los ojos su cuerpo con detenimiento, cómo el pantalón vaquero negro se le ajusta a la cintura y a su trasero, cómo el top blanco le deja al descubierto la parte baja de la espalda. Incluso, cuando se gira para mirar al otro lado, vislumbro un tatuaje. No recuerdo que aquella noche se lo viera, aunque, en realidad, estaba muy ocupado en otra cosa.

De un momento a otro se gira con un vaso de chupito en cada mano, pero no me importan una mierda. Yo solo puedo mirar esos ojos oscuros que brillan cuando las luces led dan en ellos. Y odio reconocer que estoy demasiado excitado, intrigado y hechizado como para largarme y dejarla ahí tirada con la disculpa pintada de la forma más atractiva que he visto jamás en un rostro. Me acerco hasta acortar la distancia y la miro desde arriba. Quiero besarla.

«Mierda, Guzmán», me digo.

—¿Te hace el chupito de la disculpa?

Tiene que hablar muy alto para que la escuche, pero, aun así, su tono dulce y alegre me llega a la perfección. No digo nada, solo asiento y ella me da un vaso. Me lo llevo a los labios sin apartar la mirada de los suyos, que abrazan el borde del vaso de manera exquisita. Mientras me lo bebo, me percato de nuevo de que ella, la misma con la que me acosté aquella noche, es Gin.

Gin, Gin, Gin. Llevo muchos días escuchando hablar de ella. Me

entra la risa, pero es que estoy alucinando.

—¿De qué te ríes? —me pregunta quitándome el vaso de la mano, rozando así sus dedos con los míos.

Sé que tengo que reaccionar y aprovecho el tiempo que ella está de espaldas a mí para regañarme mentalmente. Cuando vuelve a mirarme, me digo que tengo que hablar algo. No vamos a estar toda la noche mirándonos y flipando. Me agacho un poco para estar cerca de su oído. Serán cosas mías, pero me parece que da un pasito más hacia mí. Me mojo los labios, mirando su oreja adornada por una argolla plateada y no puedo pensar en otra cosa que en lamérsela. Cierro los ojos buscando autocontrol. Pero entonces el estribillo de una canción salta entre nosotros y ¡joder! cómo me pone que me mire justo cuando dice eso de «miénteme, haz lo que tú quieras conmigo»…

Contemplo su boca y noto mi propia saliva acumularse en la mía. Busco su muñeca para agarrarla con fuerza y doy un tirón de ella para pegarla a mí. Detengo el choque empujando mi pelvis y miro hacia abajo para disfrutar de sus pechos aplastados contra mí. Le pongo una mano en la nuca, noto lo acelerada que tiene la respiración. Casi tanto como yo. Le hago cosquillas con mis dedos en la nuca y la atraigo hacia mí, besándola por fin.

Es ridículo, no debe ser normal querer besar tanto a una semidesconocida. Pero, ¡hostia puta!, su saliva con la mía es la mejor mezcla que he probado nunca. Sus labios no tardan en abrirse para aceptarme y meto la lengua en su boca para enredarme con la suya. Está ardiendo. Suelto su muñeca y pongo mi mano sobre la piel desnuda por el corto top que lleva. La atraigo aún más hacia mí, enterrando los dedos en su piel. Percibo su respiración saliendo con fuerza por su nariz y como sigamos así…

—¡Gin!

Una voz masculina nos hace separarnos y toda la magia se esfuma. Ella se ha separado con la misma rapidez que yo, lo que viene a molestarme bastante, la verdad. Aunque nada comparable con el tipo que nos ha interrumpido y que se acerca demasiado, pero no me meto. No soy nadie para hacerlo.

—Jorge, él es con quien vamos a salir esta noche —le explica ella y que no diga mi nombre también me molesta.

¿Es que no se acuerda o qué? Hasta donde yo recuerdo, se lo dije. No como ella. El chaval me mira y me tiende una mano.

—Soy Jorge, el primo de Gin. Encantado y disculpa que nuestra abuela te haya obligado a esto.

Le devuelvo el saludo. Ella nos mira, como si esperase que nos cayésemos bien. Y no veo por qué no, no parece mal tipo. Desvío los ojos de los suyos despacio, sin ninguna prisa.

—¿Vamos al reservado?

Intento ignorar lo que veo en su mirada cuando lo digo y empiezo a andar. Les doy paso al llegar a la escalera, primero pasa su primo y luego ella. Me muerdo el labio y echo la cabeza hacia atrás al quedar con su precioso culo en mis narices. El pantalón se le aprieta cada vez que sube un escalón y las imágenes de nuestro encuentro en mi coche van directos a mi entrepierna.

«Guzmán…», me advierto en silencio.

Capítulo 17



—Bueno, eso de que no pasó nada…

Vuelvo los ojos y me pongo la sudadera amarilla pastel por la cabeza.

—Es que no pasó nada, fue un beso.

—¡Ja! —Se ríe mi prima—. Si el beso hubiera sido igual al que te dio en Madrid, ya te digo yo que hubieseis terminado en su coche de nuevo.

Me recojo el pelo en una coleta y me subo la cremallera del pantalón vaquero oscuro que me he puesto para llevar a la yaya y a Jorge a su casa. Me acerco al móvil, que está colocado en los cojines de mi cama para poder ver a Celeste mientras hablamos por videollamada.

—Fue igualito. Pero me pareció que estaba en *shock* como para ir más allá de un beso y, además, tu hermano nos interrumpió.

—Ese cabeza de chorlito —murmura desde el sofá de su salón.

—Casi mejor, Celeste. —Miro la pantalla y tiene cara de «estás loca, tía»—. ¿Qué? Sería un lío, ¿vale? Vivimos en el mismo bloque, nos veríamos demasiado y además…

—Y, además, ¿qué?

—Está su hermana.

—¿Qué le pasa?

Pienso en Camila y en lo que dijo el viernes por la tarde. Es evidente que tiene problemas con su hermano, por no decir familiares, porque no me ha

nombrado a sus padres ni una vez. Y eso que me ha contado mucho sobre ella y Guzmán. Dejó muy clarito que para ella sería horrible que su hermano y yo tuviéramos algo y, confieso que le estoy cogiendo cariño como para hacerle algo así por un polvo pasajero. Aunque sea el polvo de los polvos.

Suelto un bufido mirando al techo, ¿por qué tiene que ser todo tan complicado?

—Que no quiere que su hermano y yo tengamos nada.

—Ni que fuese a estar con vosotros en la cama. —Frunzo el ceño al mirar la pantalla y ella hace un gesto de sorpresa—. ¿Qué? A ver, ¿por qué tiene que enterarse la niña?

Suelto otro bufido, pues lleva razón. ¿Por qué iba a enterarse? Pero… ¡¿qué?! ¿Por qué pienso siquiera en la posibilidad?

—Celeste, no pienso complicarme así la vida con mi vecino.

—No me digas que no tiene su morbo tirarte a tu vecino. Tipo «hola, vengo a por sal y… ¿un polvazo?»

—¿Qué, vecino, vienes a por harina o qué? —digo siguiéndole el rollo a mi prima.

Ella suelta una carcajada que me obliga a sonreír, aunque no quiero, pero eso no hace que no vuelva a fruncir el ceño de nuevo.

—Gin, lo digo en serio.

—Y yo, Celeste. No va a haber nada entre nosotros, ni siquiera voy a volver a verlo más de lo necesario. Y ahora tengo que colgar, voy a dejar a tu hermano y a la yaya en casa —suelta un suspiro aburrido y pone cara de enfadada antes de tirarme un beso.

—Cuidado en la carretera. Te quiero.

—Te quiero.

Observo un rato la pantalla bloqueada de mi móvil, pensando en lo que hemos hablado. No puedo alejar a Camila por acostarme con Guzmán, no cuando algo en mi interior me dice que soy la adulta con la que más se sincera y habla desde sabrá Dios cuándo. Aunque eso no lo hace menos agobiante, por llamarlo de alguna forma, ¿por qué siempre todo se me hace complicado?

Salgo de la habitación y veo a mi abuela y a mi primo esperándome con sus maletas en la puerta.

—¿Ya has terminado la charla? Un poco más y entramos a buscarte —comenta la yaya poniendo los brazos en jarra.

—Ya sabes cómo son de cotorras —le dice Jorge uniéndose al momento.

—¡Pero bueno, vaya dos! —exclamo haciéndome la ofendida.

—Bueno, niña, date prisa y vete ya a por el coche que te esperamos fuera.

Antes de salir de casa, me aseguro de dejar todas las persianas bien bajadas, salimos todos, cierro la puerta con llave y le pongo a Frankfurt su correa. Ellos me esperan en la calle mientras yo bajo al aparcamiento. Una vez aquí, subo a mi cuchi al asiento de atrás y lo ato con su arnés de seguridad. Cuando me aseguro de que está todo bien, me pongo en el lugar del conductor y arranco el motor. Un rugido detrás de mí me llama la atención y miro por el espejo retrovisor, encontrándome con el dichoso coche rojo. Se dirige hacia su plaza y el corazón se me acelera de forma dolorosa. Me pongo nerviosa de inmediato, reculo y giro hacia la izquierda para poder abandonar el lugar. Menos mal que la yaya no está, seguro que me haría parar y saludarlo.

Es inevitable pasar por su lado, pues la salida está por allí, pero evito mirarlo. Justo cuando lo estoy haciendo, él sale de su coche y lo observo de reojo. Está de pie junto a la puerta abierta y no sé cuánto tiempo me mira porque me largo de allí sin pensarlo.



Ya en casa de mi abuela se ha unido a tomar café la abuela de Fer y, tras dejar sus cosas y las de Jorge, estamos sentadas en la mesa de la cocina con la puerta del patio abierta, aprovechando que los rayitos del sol todavía calientan.

Mi primo ya se ha ido al kebab, ese trabajo que, junto con sus estudios, va a quitarle el pellejo, así que he tenido que sufrir el tercer grado que mi abuela me hace todas las semanas —aunque haya pasado conmigo estos dos últimos días— añadiendo a una detective septuagenaria más.

—Gin, ¿entonces todavía sigues soltera? —Parpadeo ante la pregunta de

Juana y afirmo con la cabeza—. ¿No te estarás cambiando de bando, no? Mira que ahora los jóvenes sois muy modernos.

Vuelvo a parpadear e incluso diría que se me ha abierto la boca ante lo que estoy oyendo.

—Juana, no seas tan antigua. Y si así fuese, ¿qué? —apunta mi yaya, y creo que sigo con la boca abierta.

—Nada, Ana, solo que no lo entendería. Si hasta hace dos años estaba enamoradísima de mi Fer…

Yo casi perdono este tipo de comentarios por venir de una abuelita, pero eso no quiere decir que vaya a quedarme a seguir escuchando. Me pongo en pie y dejo mi taza en el fregadero.

—Me voy a dar un paseo —anuncio irritada por lo que estoy escuchando.

Ellas no me prestan atención. Mi abuela está muy metida en la causa de abrirle la mente a su amiga. Le silbo a Frankfurt para que salga conmigo y cierro la puerta. Mi perro no tarda en correr a la playa y lo sigo con tranquilidad sin quitarle los ojos de encima. Aunque está muy bien enseñado, no deja de ser muy joven y me da miedo que pueda irse. Llego hasta la arena, no hay nadie porque ya son pasadas las siete y hace fresco. Pero eso no le detiene, puesto que corre y corre con la lengua fuera. Las orejas se le van hacia atrás y, de vez en cuando, suelta un ladrido feliz. Entonces hace un giro inesperado y sale disparado en dirección contraria a la que iba —en concreto hacia mi izquierda, la zona de los aparcamientos— y el corazón se me desboca.

—¡Frankfurt! —grito y salgo a correr detrás. «Ay, por Dios, que se me pierde», pienso angustiada—. ¡Frankfurt, ven, amor! No se detiene, corre y corre y a mí cada vez se me hace más larga y agonizante la distancia entre los dos. Sube la escalera que está a unos metros de la casa de mi abuela y yo los escalones de dos en dos tras él. Cuando creo que todo está perdido, me lo encuentro saltando sobre Fer.

—Pero bueno, ¡hola! —Se ríe cuando mi perro le da un lametazo y clava sus ojos verdes en mí—. Te ha hecho correr, ¿no?

Lo pone boca arriba en sus manos y le acaricia la barriga.

—Joder, qué susto. —Se me escapan algunas lágrimas.

—Me habrá olido —dice pasándome el pulgar por el pómulo—. Ya sabes que me adora.

—Sí, el *jodío* te quiere más de lo que debería.

Ambos nos reímos bajito y suelta a Frankfurt en el suelo. Respiro tranquila al saber que no se irá, pero empiezo a moverme hacia la playa. Estoy más segura si va cerca de mí. Fer me acompaña y bajamos los escalones hasta que pisamos de nuevo la arena. Nos quedamos mirando el agua, aunque yo voy más pendiente del diablillo este, que no deja de rodearnos con ladridos y carreras.

Las olas rompen a unos metros de mí y el sonido de estas junto al olor en el ambiente me calma muchísimo.

—¿Cómo está Manolo?

Sonrío sin girarme.

—Sigue quejándose, pero no ha vuelto a dejarme tirada.

—Mucho mejor, le hice un buen chequeo la última vez. Debería durar hasta el verano, al menos esa es mi esperanza.

—Yo me conformo con que termine el mes, Fer.

Lo escucho reír y lo hago yo también, aunque esta vez me giro para mirarlo. Y casi que no lo hubiera hecho porque está… mirándome… muy fijo. Muy cerca. Me percato de sus ojos verdes moviéndose por mi cara y en sus hombros anchos bajo esa camiseta gris del taller, imagino que vendrá de allí porque tiene el mono abierto y caído hasta la cintura. Hay que ver lo que le gusta su trabajo, aunque sea domingo siempre está trasteando con los coches o atendiendo algún compromiso.

Da un paso hasta mí con su pelo negro corto como siempre, la barba bien recortada para el poco tiempo que tiene y ese olor a perfume mezclado con el de la gasolina. Y ya el corazón no se me acelera.

—Gini. —Cierro los ojos un segundo, dos quizá, esa forma tan íntima de llamarme… Cuando los abro está muy cerca—. Me alegro de volver a verte.

—Fer….

Es lo único que puedo decir antes de sentir su boca sobre la mía,

aplastando mis labios en un beso superficial al principio. Me sujeta la cintura y me cuesta seguirle. En otro momento lo habría hecho, siempre nos ha gustado escabullirnos a la oficina de su taller, pero hoy no.

Ya no.

Pongo las manos sobre su pecho, despacio, y me retiro un poco de él.

—Fer, no… Creo que no deberíamos seguir así, no es sano para ninguno de nosotros. Hace dos años que rompimos.

Me suelta igual de despacio que yo antes y deja caer los brazos a cada lado de sus costados. Me mira serio, indescifrable, y odio estar haciéndole daño. Otra vez.

—Lo siento, Fer, no quiero.

Alza una mano, haciendo que me calle y me acaricia la mejilla igual que lo hacía cuando estábamos juntos.

—Llevas razón, soy idiota.

No, Fer, no eres idiota. Para nada, eres un amor, pero…

—No tu amor, ni hoy ni hace dos años.

Se ríe de forma amarga y se me clava en medio del pecho. Cierro los ojos y cojo aire. Joder.

—Ya sabes que siempre te quise. Pero cambié y nuestra relación cambió.

—Gini, está bien. —Me pone una mano en el brazo y me lo aprieta con cariño, sonriendo de medio lado—. Todo está bien. No va a cambiar nada, seguiré chequeando a Manolo, solo que esta vez me tendrás que pagar en efectivo o tarjeta. —Me mira superserio, pero sus labios vuelven a curvarse y suelto una carcajada.

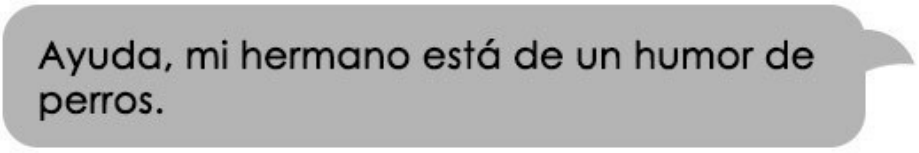
—Eres idiota. —Le doy un manotazo en el codo, se encoge de hombros y lleva su vista hacia el mar.

—Pero tu amigo. —Asiento con una sonrisa y observo también las olas.

—Sí, eso seguro.

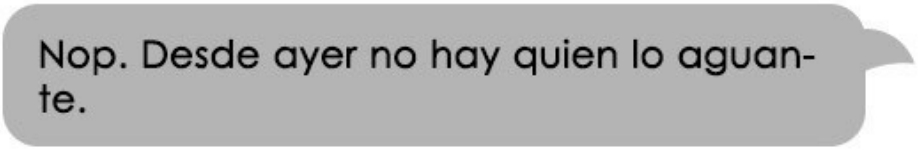
Nos quedamos así hasta que un escalofrío me recorre el cuerpo y sé que

ha llegado la hora de irme, mañana tengo que trabajar y aún nos queda un camino de una hora. Cuando me despido de Fer y subo a casa de mi abuela junto a Frankfurt, me suena una notificación en el móvil. Ya en la puerta, lo saco del bolsillo trasero de mi vaquero y veo que es un mensaje de Camila. Lo leo.

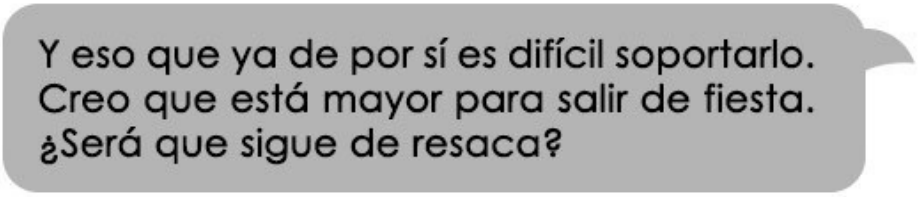


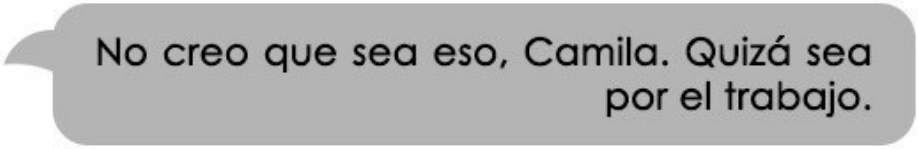
Sonrío en silencio y ni siquiera sé por qué. Tecleo, algo agobiada.



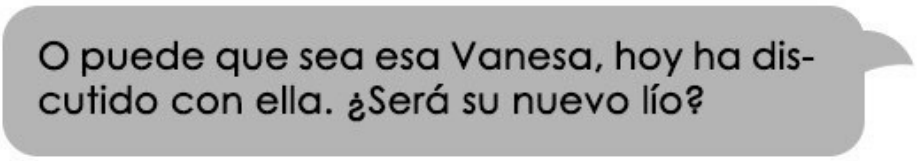


Vaya, qué casualidad. Pero seguro que es por otra cosa, no tiene sentido que sea por haberme visto. Ni por descubrir que era yo. Ni por habernos besado. No tiene por qué. ¿Cuáles son las probabilidades? Me llega otro mensaje.

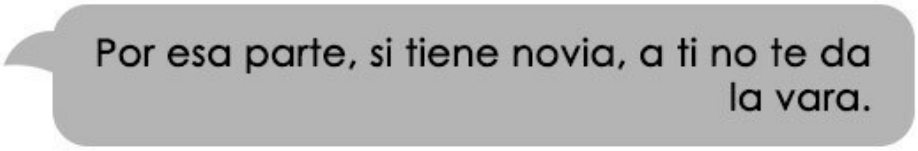




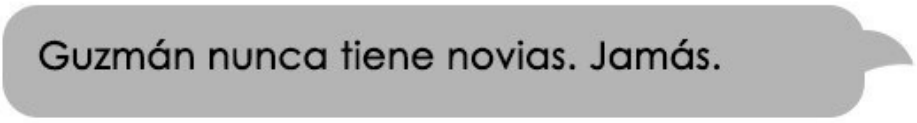
Entro en casa de mi abuela para recoger mis cosas y preparar a Frankfurt. Me despido de ella con muchos besos y abrazos y salgo unos diez minutos más tarde. Por suerte, Juana ya se ha ido. Camino algo más deprisa hasta el coche, arranco y leo el mensaje que me envió Camila antes.



Parpadeo y el mensaje me afecta más de lo que debería. ¿Vanesa? Vanesa, Vanesa… ¿Por qué me suena? ¡Ah, ya! La morena que estaba con nosotros en el reservado. Desde luego que se lo comía con los ojos y no parecía que se alegrase de mi compañía. Tecleo lo primero que se me ocurre, quiero irme a casa y olvidarme de Guzmán y sus líos.



Estoy a punto de dejar el móvil en el bolso cuando vuelve a sonar mi móvil. Esta vez no sé qué responder.



«Bueno, es un alivio», me digo en silencio, pendiente de la oscura carretera. Si no tiene novias, significa que lo de la discoteca está más que olvidado por su parte. Así que por la mía, también.

Capítulo 18



Me duele la cabeza horrores, como si un martillo estuviese golpeándome el cráneo sin descanso. Me quito las mantas de encima y me dispongo a asearme, vestirme y peinarme. Me recojo el pelo en un moño y utilizo un pantalón negro acompañado por un jersey del mismo color, aunque me pongo encima una chaqueta morada. Me abrigo hasta las orejas porque es muy temprano y yo no dejo de tener frío ni en pleno verano. Le coloco a mi cuchi su chalequillo y lo saco para que haga sus necesidades antes de irme a trabajar.

Cuando volvemos, la casa huele a café porque he dejado la cafetera funcionando. Lo primero que hago, tras quitarle el chaleco a Frankfurt y la correa, es llenar una buena taza. Me tomo un ibuprofeno también, a ver si se me alivia el dolor, y desayuno apoyada en la ventana que da al salón. Miro el reloj, las ocho en punto, por lo que me pongo a recoger. Dejo la cama de mi cuchi cerca del sofá, me aseguro de que tenga su ración de pienso en el comedero y bastante agua, cojo mis cosas y cierro bien después de despedirme de él. De ahí, bajo hasta el garaje, me subo al coche, meto la llave y… no arranca.

«No, no, no», me lamento en silencio. Vuelvo a intentarlo y el pobre está a punto, pero nada. «Mierda, mierda, mierda», maldigo. Saco la llave, respiro hondo, expulso el aire y pruebo de nuevo. Lo único que recibo de Manolo es un ruido fatigoso y un parpadeo de luces que me hace pensar que se ha quedado sin batería. Apoyo la cabeza con demasiada fuerza en el volante y toco el claxon, pero es el golpe en la ventana lo que me asusta de verdad y levanto la cabeza de forma abrupta encontrándome con Guzmán asomado y con los nudillos dándole al cristal.

«No puede ser verdad», pienso.

Estudio la idea de bajar la ventanilla para ver qué quiere —sí, la de mi coche aún es de esas que se suben y bajan con manivela—, pero teniendo en cuenta que son las ocho y media pasadas y voy a llegar muy tarde, me bajo para ver si pillo rápido el transporte público.

Estamos muy cerca, no se ha movido ni un milímetro, y es él quien rompe el silencio ya que no puedo hablar.

—¿Problemas con el coche? —Su voz es firme y muy varonil. Hasta me cosquillea en la piel.

«Estoy perdiendo la cabeza», me aseguro en silencio.

—Sí.

Él asiente una vez. Me fijo en sus anchos hombros percatándome, de repente, que viste un traje que debe ser muy caro y que le queda fenomenal. Es muy guapo y atractivo, mucho, de hecho.

—¿Necesitas que te lleve?

Está tenso en su sitio, con las manos cogidas delante de él mirándome con detenimiento. ¿Quiere llevarme en realidad?

—No te preocupes, puedo coger un taxi.

Chasquea la lengua, para mi sorpresa, y lo acompaña con un gesto de desaprobación.

—Vamos, Ginebra, deja que te lleve. —Mi nombre escuchado de su boca me deja sin aliento. Y él lo nota, nota que me he sorprendido y ha fruncido un poco el ceño al no saber qué ha pasado. Me muerdo la mejilla y afirmo sin hablar, creo que si hablo, podría llorar. Aunque le he dicho que sí con la cabeza, da un paso hacia mí—. Oye, ¿he dicho algo que…?

—¡Ya podemos irnos, Guzmán! —La voz de Camila me hace dar un salto por el susto y me alejo de su hermano. Aunque ha sido más porque ha estado a punto de cogerme la cara para que lo mirase que por su repentina presencia—. ¡Gin! Buenos días.

—Buenos días, Cami.

Guzmán deja de prestar atención a su hermana y me observa a mí. Parece confundido, pero se mueve deprisa y camina hacia su coche.

—Vamos, chicas.

—¿Vienes con nosotros, Gin? ¿Por qué?

—Camila, siéntate tú detrás —dice Guzmán justo cuando voy a abrir la puerta trasera. La chiquilla nos mira a los dos y niega con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque es donde debes sentarte si viene alguien.

Me siento mal y bien. Es una sensación absurda tener a Guzmán queriendo que me siente delante, pero es incómodo presenciar a dos hermanos en el inicio de lo que parece una guerra.

—Me quiero sentar delante.

Me cuesta pensar que es un comportamiento normal por parte de Camila, porque no lo es. Cualquiera hubiese hecho caso a lo que su hermano le habría dicho, pero ella lo desafía hasta que noto que él aprieta la mandíbula. Y hago lo primero que se me ocurre.

—Guzmán. —Tarda unos segundos, pero clava sus ojos oscuros en mí y me tiembla la garganta. Veo el desconcierto en su rostro otra vez, pero lo ignoro —. Está bien, puedo sentarme detrás. No pasa nada.

Sigue mirándome un poco más, tan intenso, tan serio, que me podría haber hecho sentir intimidada; pero, todo lo contrario, me veo tentada, observada y alterada. Sus ojos viajan rápido hacia arriba y hacia abajo por la parte de mi cuerpo que el coche no me tapa y se mete dentro. Dejándome con el corazón acelerado para todo el día.

Me giro hacia mi derecha al notar que me observan, y Camila tiene el rostro visiblemente molesto. Aunque sonríe antes de entrar en el coche. Cuando Guzmán arranca, la música empieza a sonar. Su hermana resopla, la escucho a la perfección, y me siento mal por él. Sobre todo porque se ve obligado a mirar por el espejo retrovisor para pedirme disculpas con la mirada. Pero yo le quito importancia levantándole el dedo pulgar y diciéndole con los labios: «¿Está de broma? Dan es lo más». Se ríe en silencio, me parece una sonrisa muy bonita. Y las arrugas que se le forman por ello al final de sus ojos también.

Y cómo se le relaja el rostro, más.

—¿Nos vamos ya?

La pregunta, nada amable, de Camila lo hace apartar la mirada y sale del garaje. Conduce con tranquilidad, aunque me doy cuenta de que está algo agobiado, pero no sé por qué. Cuando su nariz se abre más de la cuenta me echo un poco adelante y, por el lado de la puerta —el mismo que ella no ve— me aventuro a ponerle una mano en el hombro. Sus ojos viajan al espejo de nuevo y se clavan en los míos.

—¿Pasa algo? —pregunto cuando se detiene en un semáforo en rojo y casi gruñe. Niega con la cabeza, sin dejar de mirarme otra vez, y pasan unos segundos cuando me responde.

—Son menos cuarto, no quiero que llegues tarde al colegio. Quizá tendrías que haber cogido el taxi.

«¿Está preocupado por mí?», me ilusiono y me doy una colleja mental al descubrirme riendo como una niña. ¿Y cómo sabe que trabajo en un colegio? Imagino que se lo habrá dicho su hermana. ¿Y por qué ella entra a las nueve y no antes como debe ser?

Niego con la cabeza y él sigue mi movimiento. Me aventuro y le doy un apretón en el brazo, eso le provoca una reacción en la cara que me obliga a quitar la mano de una vez.

—No te preocupes, hablaré con el director —digo resuelta.

—Está verde, Guzmán. —Su voz nos interrumpe, vuelvo a echarme hacia atrás y Guzmán se centra de nuevo en la conducción.

Camila no nos mira, casi parece que lo está evitando. Yo la observo, su comportamiento deja mucho que desear y no tiene nada que ver con la chiquilla que me acompaña a la playa. ¿Por qué? Pero antes de que pueda responderme a mí misma, el coche vuelve a detenerse frente a un instituto que conozco muy bien. ¡Madre mía! Si es el que está justo al lado de mi cole.

—Yo también me bajo aquí.

Guzmán asiente, no me sorprende teniendo en cuenta que me ha traído sin siquiera preguntarme dónde trabajo. Y pensando que Camila ha sido quien se lo ha contado, tiene sentido, pues fui yo quien le dijo que su nuevo instituto estaba al lado del colegio donde soy profesora. Pero últimamente no estoy donde tengo que estar y hay cosas que no recuerdo.

Ella se baja avisándole que no la recoja después de clase porque va a

quedar con unas niñas para estudiar y mira hacia atrás para despedirse de mí. El coche se queda en silencio cuando cierra la puerta y miro a Guzmán sin poder evitarlo, recordando lo que hicimos aquí hace unos meses.

—Bueno… eh… tengo que…

—Sí, claro. Tienes que trabajar, ¿no?

—Sí.

Salgo del coche sin decir nada más y respiro de forma absurda. «Dios, tengo que dejar de sentirme así con él delante», me digo. «No puede afectarme tanto».

—Oye, Ginebra. —Otra vez. Cierro los ojos, escuchando cómo se baja él también, y los abro—. Lamento el comportamiento de mi hermana.

Lo observo un momento, parece cansado y no sé por qué, pero se le ve raro así. Como si no fuese su estado habitual.

—No pasa nada. Imagino que no quiere que invadan su espacio. —Suelta un risa amarga y frustrada.

—Eso es seguro, sobre todo yo.

Quiero decirle que me hago una idea y que su hermana me ha hablado horrores de él, pero algo me dice que Camila solo está exagerando las cosas. Y, en cambio, me escucho decir:

—¿A qué hora sales del trabajo? —De inmediato, me sorprendo conmigo misma, y él también está bastante sorprendido—. Bueno, perdón. Qué entrometida. Será mejor que me vaya.

Empiezo a caminar porque no dice nada, pero entonces, me coge del codo y me gira hacia él.

—¿Te parece bien que te recoja cuando salgas del colegio? —Asiento sin poder dejar de mirar sus ojos, su pelo ondulado, su condenada boca y esa barba casi imperceptible que cubre su masculina mandíbula. Sus labios, rosados y varoniles, se curvan hacia arriba y me suelta el agarre—. Nos vemos luego, Reina.

Uf. Uf. Uf.

Desde luego me vuelve loca que me llame así.



¡Me han echado! Bueno, en realidad, no; pero en mi defensa diré que no esperaba que la fecha llegase tan pronto. Hiperventilo en el pasillo cuando el director y el subdirector se quedan al otro lado de la puerta de la jefatura de estudios.

—Gin, nos apena muchísimo esto, pero Lourdes se reincorpora en dos semanas. Te mandaremos los documentos reglamentarios y el fin de contrato.

Esas han sido las palabras que el director ha utilizado para darme la noticia a las dos menos diez. ¡¿Y ahora qué hago con mi vida?! Me giro en el pasillo sobre mis talones y camino despacio, como sin vida, hasta mi aula. La que dejará de serlo en unos días. Gimoteo sin poder evitarlo. Frente a la puerta escucho a los niños repetir las frasecillas que he dejado escritas en la pizarra, seguro que el profe de guardia se las está repasando como le he pedido, y mi corazón se encoge. Mis niños, mi aula, mis actividades, mis compis… Mis cafés a todo correr, mis charlas con María o Ernes en el patio del recreo… «No llores. No llores. No llores», me digo una y otra vez antes de mirar la hora en el reloj que hay colgado en la pared. Respiro hondo y cojo el pomo de la puerta. Cuando la abro, el barullo de mis alumnos me llega a cada poro de mi piel.

—¡*Maesta*! —grita Lolo en cuanto pongo un pie en la clase—. Hemos leído y yo el *pimeo*.

Sonrío de oreja a oreja y me pongo de cuclillas justo cuando suena la sirena, pero aun así él está mirándome y no pierde su sonrisa.

—Eres superlisto, Lolo, y seguro que vas a leer muy rápido cuando termines el curso. —Le acaricio el pelo y lo animo a recoger sus cosas—. Pórtate bien en casa, peque.

Observo a los niños ponerse sus mochilas y los guío en fila hasta la puerta. Los padres ya están esperando fuera y entran todos a la vez al patio. Como todos los profes, espero a que cada familiar recoja al peque al que ha venido a buscar y, echando un ojo a la zona, veo a Guzmán junto a su coche. Aunque sabía que vendría a recogerme, me sorprendo al verlo.

—Pst, pst. —Oteo a mi alrededor buscando ese sonido, desviando la mirada del hombre que me espera fuera porque es evidente que no es él quien lo emite—. Pst, pst. —Escucho de nuevo. Me giro por completo y me encuentro a

María, junto a la fila de sus alumnos, haciéndome señas para llamar mi atención. Cuando consigo encontrarla me hace un gesto gracioso como diciendo «por fin te das cuenta» y me echo a reír—. ¿Ese no es el tío del que saliste corriendo aquella noche en La Pirámide?

Doy un pasito hacia ella sin quitar ojo a los niños.

—Sí, mi coche no arrancaba esta mañana y se ha ofrecido a traerme.

—Y a recogerte, parece. —Me dedica una mirada pícara y si no fuese porque una madre requiere su atención, me habría dicho algo muy típico de ella.

Regreso a mi lugar y, aunque no tengo ganas de nada después del mazazo de hace apenas diez minutos, me encuentro sonriendo cuando me fijo de nuevo en Guzmán al otro lado de la valla esperándome. Espero no estar metiéndome en un lío.

Capítulo 19



Esta mañana no me había dado cuenta de lo guapa que iba. De lo bien que le sienta ese pantalón negro y la chaqueta morada, cómo se le intensifica la mirada cuando la desvía alguna que otra vez hacia aquí.

El pelo recogido deja a la vista su rostro. Tiene los pómulos un poco definidos, el contorno de la cara también y la nariz, tan pequeñita y puntiaguda, le queda perfecta sobre sus labios gruesos y bajo esos ojos grandes que tanto me están mirando. Gin es una preciosidad. Ver la sonrisa que tiene en la cara cada vez que se despide de un niño la hace más bonita aún.

Me recuesto en el coche para esperarla y me quedo mirándola mientras tanto. Tiene gracia, hace unas semanas salió corriendo de mí, literalmente, hace unas noches volvimos a besarnos y hoy la traigo y la recojo del trabajo. Me pongo rígido. «Imbécil. Esto no puede consolidarse ni de coña, no puede ir más allá de una diversión», me digo a mí mismo. Saco mis gafas de sol del bolsillo de mi chaqueta y me las pongo para seguir esperándola, pues el sol me molesta bastante. El colegio se va vaciando, entonces llega el momento en el que se despide de sus compañeros y comienza a caminar hacia mí. ¡Menudo meneo de caderas!

—Hola —saluda cuando la tengo delante.

No la conozco, pero diría que está menos alegre que esta mañana, y eso que parecía frustrada por el tema del coche. Me pregunto qué le habrá pasado.

—Hola. —Le abro la puerta del coche invitándola a entrar. Luego lo rodeo y me subo también—. ¿Te llevo a casa? —Aprueba en silencio. Estoy a punto de preguntarle qué le pasa, pero por cómo se ha apoyado en la ventanilla, diría que no es buena idea ahora mismo. Tardo unos segundos en dejar de mirarla y después, salgo a la carretera. Cuando llegamos a nuestro bloque de pisos, estaciono a un lado de la acera, solo he salido para recogerla y debo volver al restaurante—. ¿Todo bien en el colegio? —Asiente de nuevo sin decir nada, como si así pudiera mantenerme callado. Pero estoy criando a una adolescente, sé que sí es algo. Suelto el volante y le pongo una mano en el brazo—. Ginebra, ¿estás bien?

Ella me mira y le cambia la cara. Se le arruga la frente un poco, la nariz se le encoge un poquito y sus labios se curvan hacia abajo. ¿Va a llorar? La observo con detenimiento, me parece percibir un tono verdoso en sus iris cuando les da el sol. Cojo aire y, no sé por qué, pero le acaricio la nuca con la yema de mis dedos. Juraría que la he oído ronronear cuando ha cerrado los ojos con mi contacto. «¿Es normal que me haya gustado?», me pregunto un tanto confuso. Entonces los abre clavando la mirada en la mía. Sin poder evitarlo, desvío la vista a sus labios porque estamos jodidamente cómodos así. Aquí, en mi coche. Yo con el codo apoyado en su respaldo acariciándole la nuca y ella moviendo el cuello sutil para hacer presión contra mis dedos, y solo pienso en besarla.

—Tengo que dejar el colegio.

Parpadeo algo confundido. Me muevo en mi sitio, pero sin dejar de tocarla.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros y no me pasa desapercibida la forma en la que coge aire para no desmoronarse.

—Estoy cubriendo una baja y la profesora vuelve en dos semanas.

Se moja los labios, acto seguido se muerde el inferior mientras se estruja los dedos en su regazo. Dejo de acariciarle la nuca y muevo mi

palma hasta su mejilla, rozándole el pómulo con el pulgar.

—Pero podrás seguir siendo profesora en el mismo colegio en otro momento, ¿no? —Afirma varias veces y su cara se mueve en mi mano. No puedo dejar de tocarla y eso empieza a preocuparme.

—Pero tiene que haber plaza libre u otra baja. Me han dicho que me llamarán, pero hasta entonces…

Se le corta la voz y yo solo tengo la absurda necesidad de que se encuentre un poco mejor. Aunque sé que no está bien sentir esto porque no puedo darle la estabilidad que quizá ella pueda necesitar. Pero eso no evita que haga presión con mi mano y levante su cara para que me mire.

—Oye, tranquila. Ahora duele, pero se calmará. Y seguro que vuelven a llamarte, solo he tenido que verte en el patio con los críos ¿cuánto, diez minutos? para darme cuenta de lo bien que se te da.

Lo digo en serio joder, se ve que le encanta su trabajo.

—Gracias —susurra mojándose de nuevo los labios.

¿Puede parar? ¿Y puedo yo dejar de tocarla y rozarle la cara con esta necesidad más que palpable?

La acaricio a conciencia, arrastro el dedo por su piel cálida, muevo la palma por el borde de su mandíbula y juego con la punta de mis dedos en su nuca. A ella parece no molestarle en absoluto, ni parece tener prisa por bajarse e irse a su casa después de la jornada de trabajo y haber recibido esa noticia. Al contrario. Parece estar muy a gusto aquí, conmigo tocándola todo el tiempo.

Dejo escapar una exhalación cuando gira la cara buscando mi mano y apoya los labios sobre mi muñeca. Me muevo hacia ella, atraído por su cara medio tapada con mis dedos y veo sus ojos clavados en los míos. No puedo resistirlo más, solo un beso. Solo será un maldito beso.

Gin no se mueve, espera a que siga acercándome y puedo oler su perfume, el olor de su piel, su aliento. Gira la cara para apartar los labios de mi muñeca y mirarme de frente, suelta un aire ahogado por la boca dejando entreabiertos sus bonitos labios. Su nariz y la mía se rozan,

tengo los ojos abiertos el tiempo suficiente para ver cómo ella cierra los suyos, despacio, dejando sus largas pestañas casi rozándole la piel de debajo.

Voy a besarla. Y estoy muy enfadado por lo que me hace sentir. Ladeo un poco la cara y cierro los ojos cuando noto el roce de sus labios con los míos. «Joder», maldigo. Aspiro sobre ellos y…

—¡Mierda! —La oigo exclamar y abro los ojos de golpe—. Qué susto.

—¿Qué? —pregunto sujetándola por la cintura y atrayéndola hacia mí para poder besarla de una maldita vez y quitarme esta ansiedad.

—Te está sonando el teléfono. Retumba por todo el coche.

Parpadeo extrañado, no me había dado cuenta y eso que parece un estruendo. Me separo de ella y lo cojo. Al comprobar que es Vanesa aprieto los dientes y, cuando me giro, pillo a Gin leyendo el nombre.

—Será mejor que me vaya ya. Parece que tienes cosas que hacer. —Se mueve rápido y abre la puerta antes de que pueda reaccionar—. Gracias por traerme, Guzmán.

Cierra tras bajarse y yo no consigo moverme hasta que la veo abrir la puerta del portal. Entonces, me bajo también.

—Oye, Ginebra.

Se gira y me mira como si esperase algo, o como si le hubiese sorprendido.

—¿Sí?

—¿Quieres que cenemos juntos? —«¿Qué? ¿Esta es tu forma de alejarte, Guzmán?», me reprendo. Abre los labios y los cierra, como si fuese a decir algo, pero no encuentra la forma de hacerlo. Además, tendría su lógica que me rechazara—. Si quieres, claro. —Me escucho hablar de nuevo, pero ¿qué me pasa?—. Para que no estés sola en este momento… Que no es que piense que estarás sola… Ni siquiera sé por qué lo insinúo…

—Está bien, Guzmán. Déjalo o te dará un cortocircuito. —Se ríe —. Ni que me estuvieras pidiendo una cita —suelta una risa que relaja el ambiente.

—No, claro que no. Solo unos amigos que cenan.

—Sí, justo eso —asiente y sonríe—. Te espero en mi casa entonces.

Dejo que entre y me quedo en la puerta como un pasmarote. Unos segundos después me muevo, tengo que ir al restaurante.



A las nueve de la noche estoy recibiendo un pollo de mi hermana que me tiene perplejo.

—¡Es que no me parece! —Observo como va de un sitio a otro en el salón, indignadísima con la idea de que cene con Ginebra. Ha sido contárselo y los ojos se le han salido de sus órbitas—. ¡Es que no! —Se detiene y me clava la mirada, que comparte con nuestra madre—. ¡Es la primera amiga que he hecho aquí! ¡No es justo que te la estés tirando!

—¡Camila! —Mi voz es tan grave y destila tanto enfado que vuelve a quedarse quieta en medio del salón—. No voy a permitir que me hables así. ¡Estoy cansado de tu comportamiento! Solo es una amiga que necesita compañía. ¡Y no tengo que darte ni una explicación más!

Salgo del piso echando humos y me meto en el ascensor sin comprender a qué ha venido esta discusión. Se ha puesto como una furia cuando se lo he dicho, estaba fuera de sí. Me está consumiendo tanto que cada día me reconozco menos. Para cuando me doy cuenta he llegado al bajo y tengo que salir antes de que se me cierren las puertas de nuevo. Delante del piso de Gin, me coloco bien la sudadera negra con capucha que me he puesto después de darme una ducha, no me parecía propio aparecer con el traje del trabajo.

Tras veinte segundos, abre la puerta.

—Hola —susurra al mirarme con esas largas pestañas.

Parpadeo varias veces antes de saludarla en respuesta para entrar en el mismo lugar donde hace unos días juré que no entraría.

Capítulo 20



Me pongo a un lado para que pase y cierro la puerta cuando lo hace. Va muy informal vestido, con una sudadera negra y unos pantalones anchos marrones. No podría elegir cómo me gusta más, si así o luciendo uno de sus trajes caros hechos a medida. El caso es que está buenísimo de las dos formas y eso es un grave problema.

—Tienes un piso muy bonito —comenta mirando a su alrededor y se agacha para acariciar a Frankfurt.

—Gracias.

Me echa una mirada y vuelve a centrarse en el perro, que ya está tirado panza arriba disfrutando de las caricias en la barrigota. Vuelvo los ojos, es un mimoso. Me quedo de pie, balanceándome sobre mis talones observando la escena, cuando Guzmán vuelve a ponerse recto y clava su mirada chocolate en mí.

—¿Estás mejor? —Asiento porque sí que lo estoy, pero me he tomado dos copitas de vino para calmar los nervios y la pena y si hablo se me escapará una lágrima—. Me alegro —asegura contundente.

—Gra-gracias. ¿Quieres tomar algo? —pregunto para cambiar de tema, dándome la vuelta para entrar en la cocina.

—Iba a traer vino, pero Camila me ha formado la de Dios y se me ha olvidado en casa. Voy a por él.

—No. —Se vuelve hacia mí y le enseño la botella que no está entera del todo—. Si me haces el favor de acercarme una copa de ese mueble, te sirvo y me cuentas qué ha pasado. —Hace un gesto extraño y me concentro en eso—. ¿Qué

pasa? —pregunto intrigada.

—No quiero parecer desagradecido, pero no me gusta el vino.

Abro mucho los ojos, sorprendida. Eso no me lo esperaba y no sé por qué, si no le conozco de nada. Me muevo rápido, aunque no voy a ningún sitio.

—¿Te apetece ginebra? —le ofrezco cuando recuerdo que tengo en la despensa. Guzmán levanta un poco las cejas y mueve la cabeza hacia un lado en un movimiento casi imperceptible. Se me eriza la piel—. Tengo una botella en la… —comento nerviosa, y él sonríe.

—Ya, ya, te he entendido.

Tras asentir como una adolescente frente a su *crush*, voy a la cocina, le echo hielo a un vaso grande, unos dedos de alcohol y cojo una lata de tónica. Cuando vuelvo estamos en silencio, él está muy ocupado observando cómo me lleno mi copa de vino. Al terminar, tapo la botella con el corcho y la dejo a un lado, algo me dice que me la voy a terminar. Aunque algo también me dice que no es muy buena idea.

—¿Chinchín? —Sostengo la copa a su altura y la choca con la suya poco después. Me enseña una sonrisa increíble y da un sorbo con tranquilidad.

—¿Vamos al sofá? —pregunta tras paladear la bebida.

Trago saliva asintiendo. Estoy muy nerviosa, más de lo que debería estar. Me sudan las manos y el corazón se me va a salir por la boca.

—¿Qué ha pasado con Cami? —Consigo desviar su mirada de mí y deja la copa despacio sobre la mesa.

—Así la llamaba mi padre, ¿te lo ha dicho? —«¿Llamaba?», me pregunto. Niego con la cabeza varias veces, sintiendo como se me remueve algo dentro—. Tenía la esperanza de que fueseis tan amigas como para que te hablase de nuestros padres.

Por un momento sufro, se nota el dolor en su voz al hablar de esto. Me acerco un poco para tocarle el bíceps y saltan alarmas en mi cerebro. «¡Stop! ¡S.O.S.! ¡S.O.S.! ¡Como no sueltes ahora mismo su brazo no respondemos de nuestros actos!», me grito en silencio. Lo hago, evidentemente.

—Solo me ha hablado de la mudanza, el instituto y poco más.

Guzmán bebe un poco de su copa riéndose de forma amarga.

—¿No te ha hablado de lo capullo que soy?

Afirmo de forma suave. Sus labios vuelven a moverse hacia arriba, jamás he visto una sonrisa más triste que esta. Eso me lleva a volver a poner mi mano sobre su brazaco irresistible, apetecible, duro… «¡Basta!», me exijo. Lo que digo es que vuelvo a mostrarme demasiado… ¿cariñosa? No puedo ser más tontaina.

—Si te consuela, no pienso que seas tan capullo. —Me escucho decir y agarro mi copa para darle un buen sorbo.

Cuando la dejo sobre la mesa, los ojos de Guzmán han cambiado al mirarme y ahora diría que parece hasta divertido. Y eso se me expande en el pecho.

—Me consuela un poco —acaba diciendo varios segundos después con una gran sonrisa.

Suelto una risa y eso parece ser lo que termina de relajar el ambiente. Uf, menos mal. Bastante tenso estaba ya después del beso y ese casi beso del coche como para añadirle tirantez.

—Bueno. —Doy unas palmadas y me mira—. ¿Qué te apetece cenar?

—¿Quieres que prepare algo?

—¿Sabes cocinar? —Me doy con el dedo índice en la barbilla—. ¿O moriré intoxicada?

Suelta una carcajada, le echa un vistazo a la botella de vino ya empezada y la señala con el pulgar.

—Seguro que el alcohol en sangre quema las toxinas. —Río otra vez, hacía mucho que no lo hacía tanto.

—¿Sabes? —digo cogiendo nuestras copas y dándole la suya, la coge sin decir nada y sin dejar de sonreír—. Esto es una tontería, pero seguro que nos ayuda. Bébetela de un trago. —Me mira como si estuviese para el encierre—. ¡Vamos! Seguro que lo has hecho alguna vez, nosotros siempre lo hacíamos antes de entrar a una discoteca.

Guzmán empieza a beber tras unos segundos, yo hago lo mismo con el vino. Ambos sentimos el escozor del alcohol y dejamos las copas en la mesa. No

le digo nada al ver los dos dedos de líquido que no se ha bebido. Me levanto animada y enciendo el altavoz que guardo en el mueble que hay debajo de la tele.

—Vaya, la noche promete —bromea Guzmán al verme.

Me quedo de pie al lado del sofá, conectando el dispositivo a mi teléfono y después busco una canción. Levanto la mirada para decirle algo, pero encontrarme con la suya clavada en mí me deja muda. Parpadeo varias veces y me obligo a concentrarme en lo que hacía. Hablo sin mirarlo.

—Pondría nuestro grupo favorito, pero esta es una noche de desfogue y olvido de penas. Así que musiquita perrota para el cuerpo.

—¿Perrota? —indaga entre risas rellenando mi copa.

—Ajá —respondo concentrada en mi labor.

—¿Puedo ponerme otra copa?

Me sobresalto al tenerlo tan cerca de repente y lo miro cuando la música empieza a sonar en mis manos, observando más de cerca lo guapo que es. Voy con él a la cocina para enseñarle donde están las cosas y para que así pueda hacerlo luego sin pedirme permiso. En el salón suena *Calma* de Pedro Capó y Farruko. Esta canción me recuerda mucho al verano y me encanta escucharla. Me apoyo en la encimera, mirando cómo Guzmán se sirve.

—¿Pizza? —Me mira y se apoya también. Está muy cerca de mí.

—¿No cocino? —quiere saber, extrañado. Me río cruzando los brazos mientras niego con la cabeza.

—En las noches de desfogue no se hace comida. Eso lo dejamos para la próxima.

—¿La próxima? —pregunta dando un sorbo a su bebida. Al momento, hago un gesto con los labios, tipo «quizá». Y suelta un ruidito *sexy* al reírse.

—Creo que nos vendrán bien algunas noches de alcohol.

—Está bien.

Nos quedamos en silencio sonriendo como idiotas. Mi corazón se desboca y me muevo.

—Voy a pedir, suelen tardar en venir —informo.

—Sí, claro. ¿No te gustarán las pizzas con piña, verdad?

Hago un movimiento dramático y eso lo divierte.

—¿Crees que estoy loca o qué? —Vamos al salón y cojo el folleto del menú que guardo en uno de los cajones.

—Algo sí. —Me giro hacia él y le doy con el papel en el brazo.

—¡Oye! No me insultes de este modo en mi propia casa. —Suelta una carcajada muy masculina agarrándome las muñecas.

—Reconozco que me gusta.

Vale, le gusta mi personalidad. No es tan raro, mi abuela asegura que soy graciosa. No… no tiene que ser nada raro. Veo sus manos sujetándome, algo se contrae en mi estómago, y me acojono.

—Es normal, mi abuela dice que tengo mucha gracia.

Por un momento no reacciona, pero luego se ríe y me suelta para apoyar la espalda en el respaldo del sofá. Para distraer mi cabeza y dejar de notar el corazón palpitar a todo volumen, cojo el teléfono y pido una pizza familiar con cada mitad diferente.

Capítulo 21



La cena estaba de escándalo. El vino también. A estas alturas, con la botella casi vacía, una vuelta a la lista de reproducción de Spotify que tengo para cuando me arreglo para salir de fiesta y dos copas más que lleva Guzmán después de la cena, no puedo parar de reír y hablar.

—¿Me estás diciendo…? —Me ahogo, mi cuerpo se mueve hacia el suyo ante la agitación de mi risa. Me apoyo en su brazo para ponerme derecha—. ¿Me estás diciendo que te dan miedo los gatos? —Él también se ríe, pero enseguida se esfuerza en parecer serio.

—No me dan miedo, solo que no me fío de ellos. Tuve una experiencia aterradora cuando era un crío.

Me río más fuerte y me coloco en el sofá como los indios, acercándome más, bastante interesada.

—Cuéntamelo ahora mismo —vacila un momento, pero, tras dar un sorbo a su copa, se acomoda a mi lado.

—Mi madre tenía un gato persa cuando yo apenas tenía siete años. Era macho y se llamaba Lunar. —Sonríe nostálgico y eso hace que me duela el corazón sin entender por qué. Entonces, algo cambia en sus ojos—. El caso es que siempre había sido muy tranquilo, pero un día cuando estaba haciendo los deberes del colegio, de repente, el gato se abalanzó sobre mí y me arañó el cuello y el pecho. Desde entonces, no he vuelto a tener uno.

Me habría descojonado porque percibo la risa empujar hacia arriba. Pero la tristeza que ha dejado ver por un momento en su tono de voz hace que se pierda en el fondo de mi garganta. Parece que ambos hemos perdido familia

cuando aún éramos demasiado jóvenes.

—A mi madre también le gustaban los gatos. —Me escucho decir, pero me callo enseguida. Nunca suelo hablar de ellos, y menos con un desconocido. Parece que lo nota y hace un movimiento que ya ha repetido varias veces conmigo y que me calma de forma aterradora—. Perdona, no suelo hablar de ellos.

Los dedos de Guzmán bailan en mi nuca y me acercan a su cuerpo.

—No pasa nada, te entiendo —afirma sin dejar de mirarme, de tocarme y de atraerme hacia él—. A mí también me cuesta, pero contigo parece que es fácil hablar.

Nos encontramos mucho más cerca que antes, que estábamos cada uno en un extremo del sofá. Ahora nos situamos casi en el centro y me está gustando mucho cómo huele el alcohol en su aliento y cómo se mezcla con su perfume. Trago saliva, me retuerzo un poco las manos y luego apoyo las palmas en mis rodillas inclinándome hacia él. Sé que esto es una locura, sabía que beber tanto con él aquí llevaría a un final que no debería pasar. Para colmo, no debería haber dejado que hace horas cambiase mi móvil por el suyo y pusiera su música. ¡Está cargado de Imagine Dragons! ¡Y a mí este grupo me toca el corazón! No es que la canción sea triste, para nada. Es *West Coast* la que suena, el problema es que es preciosa. La letra es increíble y está haciendo estragos en este momento dentro de mí. Guzmán mira mis manos, mi cuerpo, mi movimiento y sus dedos parecen clavarse en mi piel.

La verdad es que quiero más. Mi boca se está secando más de lo que estaba antes a causa del vino. Mueve su otra mano y empieza a subirla por mi muñeca, mi antebrazo, el codo, el bíceps, el hombro y el cuello. Pone justo el pulgar sobre mi garganta cuando no puedo evitar tragar saliva. Observa el movimiento y hace un gesto como de incredulidad. Ya, lo entiendo. Pero eso no hace que nos detengamos ni que él deje de atraerme ni que me mueva en el sofá y acabe sentada encima suyo. Coge aire y lo suelta despacio cuando sujeta mi cara entre sus manos y me acomodo sobre él. Percibo un calambre en mi sexo porque sus manos me agarran de las nalgas fuerte y me arrastran más hacia su erección.

—Voy a besarte, Reina —jura a unos milímetros de mi boca y ni siquiera me da tiempo a asentir o decir algo. Porque, a ver, tampoco es que haga falta.

Sus labios, cálidos y seguros, se estrellan contra los míos. Solo son unos

segundos, porque después su lengua abre mi boca y se hace con ella. Yo estoy cerrando las piernas a su alrededor —como puedo— moviéndome despacio sobre él.

Gruñe bajito y suena a satisfacción pura. Sus dedos juegan en el borde de mi camiseta y se van abriendo camino debajo de la tela para rozar mis caderas. Me estremezco y eso lo empuja a deshacerse de ella en un segundo. Debería sorprenderme, pero tengo tantas ganas en el cuerpo y tanto vino en las venas que no puedo. Me pierdo en el deseo cuando me besa el escote, me toca el estómago, la espalda y todo lo que puede. Ansiosa, me deshago también de su camiseta y cuando ambos no tenemos nada que nos cubra arriba nos miramos un momento en silencio.

Quizá podríamos parar, parece que nos caemos bien y si nos involucramos de esta forma el sexo acabará estropeando lo que sea que tengamos o podamos tener. Pero ninguno piensa hacerlo, porque vuelve a apoderarse de mi boca y aumento la fricción contra su erección. Cuando llevamos demasiado tiempo así, me pongo de pie frente a él que me observa desde abajo. Tarda apenas unos segundos en levantarse para volver a besarme. Volvemos a separarnos y me gusta lo desaliñado que se ve así. Tiene el pelo revuelto porque, al parecer, me gusta tirar de sus ondulaciones. Ahogo un grito cuando me coge al vuelo.

—¿Y tu habitación? —me pregunta excitado besándome de nuevo.

—Detrás —respondo, en el mismo estado y besándolo también.

Abre la puerta como puede y luego noto mi edredón frío contra mi espalda. Sus besos marcan mi cuerpo y no puedo dejar de tocarlo. Sus anchos hombros, sus brazos, el torso duro y definido… Mis uñas se arrastran por la piel de su espalda y eso le gusta. Mi sujetador vuela y sus labios absorben uno de mis pezones. Suelto un gritito de satisfacción.

—Me encanta cómo ronroneas —murmura moviéndose a mi otro pezón. Ya me dijo algo parecido aquella noche que nos conocimos.

Juega con mis pechos todo el tiempo que desea, a la vez que percibo el tironcito que me advierte que está deshaciéndose de mis vaqueros. Le gusta lo que ve, me lo dicen sus murmullos, aunque no los entienda. Me quita también la ropa interior, pero no tengo frío al estar desnuda de nuevo frente a él.

—Qué rica. —Lo oigo decir observándome.

Eso me hace excitarme sobremanera y me abro de piernas para él. Sus ojos corren a los míos y no necesito decirle nada para darle permiso. Aunque lo detengo cuando ya tiene su mano sobre mi estómago y la cara cerca de mis muslos.

—Quítate la ropa, Guzmán.

Traga saliva y obedece de forma encantadora. Tengo sudores al ver cómo su dureza se alza frente a mí con masculinidad. Brillante, dilatada y hambrienta. Peligrosamente hambrienta.

Dejo de pensar al notar su saliva fría en mi ardiente sexo. Me pellizca los pezones todo el tiempo, me muerde el clítoris, me introduce la lengua todo lo que puede, me absorbe, me sopla, su saliva me resbala, mis piernas no pueden abrirse más y sus ojos no se apartan de los míos. Nunca había sentido lo que siento con él. Me transmite seguridad saber que le gusta mi cuerpo, que le excita tenerme así de entregada y expuesta para él. Me hace sentir poderosa, delicada, *sexy* y deliciosa.

Lo sé, es una locura, pero es lo que me hace experimentar entre las sábanas. Lo único que debo contener es que no salga de aquí, de la cama.

Mi agitadísimo clítoris está empezando a vibrar y el magnate buenorro acaba de añadir un par de dedos a la ecuación. Cierro la boca cuando ya he soltado un vergonzoso gemido, pero noto cómo su dedo índice, que jugaba hasta hace unos instantes con uno de mis pezones, me la vuelve a abrir y lo succiono arrastrando mis labios por él. Mis ojos bajan hasta su cara y me hace un gesto que me deja claro que no quiere que me calle. Aumenta la velocidad del movimiento de su lengua sobre mi salvaje centro de terminaciones nerviosas e introduce sus dedos cada vez más rápido.

—Sí, Guz-Guzmán, sí… sí —gimoteo y me muevo nerviosa al advertir el orgasmo. Se aparta un momento.

—Córrete en mi boca, Reina. ¿Vale?

Asiento sin dejar de mirarlo y llevo mi mano a su pelo. Mis caderas suben y bajan y el calor se acumula en mi vientre. Mis rodillas se flexionan más cuando él saca el dedo de mi boca y vuelve a entretenerse en mis pechos. Ya lo noto. Me recorre todo el cuerpo, me deja descargas por cada centímetro, tiemblo y no puedo dejar de mirar cómo me come y me mira extasiado. Me froto en su boca y algo se rompe en mí cuando el orgasmo arrastra con toda la frustración de

este de día de mierda.

Cuando se ha llevado todos los restos de mi éxtasis con la lengua, trepa por mi cuerpo y coge uno de los preservativos que hemos dejado sobre la cama. Va a ponérselo, pero lo detengo. Se lo quito de la mano y lo rasgo, pero no se lo pongo. Agarro su enorme erección, resbalo las manos hasta su base y subo. Vuelvo a hacerlo y, cuando la tengo abajo, lamo el glande. Contiene el aliento y mi entrepierna vuelve a agitarse. Lo quiero dentro. Me recreo en jugar con él, sentada en el borde de la cama mientras me observa desde arriba. Lo lamo algunas veces más, pero luego abro la boca y me la meto entera. Cierro los ojos ante la satisfacción y me encanta que ponga una mano en mi nuca para acariciármela con la yema de los dedos. Empiezo a mover la cabeza, adelante y atrás, arriba y abajo, succionando.

—Madre mía, Gin. —Me gusta cómo dice mi nombre en según qué situación. Mueve las caderas y ahora me folla la boca—. Qué boquita tienes. Qué bien lo haces, joder.

Las embestidas son cada vez más duras y nuestras respiraciones más descompasadas. Llega un momento en el que la saca y me quejo. Tengo las mejillas ardiendo y la saliva ya empezaba a escaparse por las comisuras.

—No pienso correrme en tu boca —dice empujándome hacia la cama.

Se pone el condón y se tira sobre mí. Me besa el mohín de mis labios con una risa ronca y cargada de deseo. Sus manos abren más mis piernas y se coloca en mi entrada sin dejar de escanear mi cara, como si no quisiera perderse mi reacción. Noto cómo mi interior grita por tenerlo dentro. Roza mi labio inferior con el pulgar cuando introduce el glande dentro de mí, después un poco más, y más, y más, hasta que estoy llena por completo y ambos soltamos un suspiro. Mis dedos se enredan en su pelo y empieza a moverse despacio.

—Guzmán… —gimo.

—Al menos no esta noche —promete embistiéndome con dureza. Y ni siquiera me paro a pensar que sus palabras aseguran que habrá una próxima vez.

—Guzmán, no dejes de moverte. —De mi boca se escapa un grito y mi cuerpo se destensa. Otra vez.

—No pensaba hacerlo. —Suelta una risa casi evidente—. Me estoy volviendo loco follándote.

Me excitan mucho las cosas que me dice y lo atraigo para besarlo. Me gusta su contacto.

—Me encanta lo que me haces. —Entra y entra. Sale y entra. Nuestros cuerpos chocan y nuestros dientes se rozan con la fuerza de los besos. ¿Qué nos pasa?—. Guzmán, no puedo más. —Y es verdad, entra tan dentro y sus movimientos son tan ardientes que experimento un orgasmo otra vez. Aunque este es más fuerte.

—Córrete para mí otra vez, Reina, vamos. —Me embiste con fuerza. Noto cómo tu coño me absorbe.

Clavo las uñas en sus hombros y me dejo llevar cuando me estruja mi nalga derecha, separándome de la cama. Me pega más a su cuerpo y su pelvis se estampa contra la mía. Ambos convulsionamos y mis jadeos y sus gruñidos resuenan por toda la maldita habitación.

Unos segundos después está sobre mí besándome con delicadeza. Mi cuerpo no rechaza su peso para nada.

—Brutal de nuevo —murmura sobre mi boca.

Me gusta esta intimidad, sus caricias y cómo me está mirando. Pero cuando la euforia y el colocón de éxtasis empieza a menguar, me asusto. No deberíamos intimar tanto. Dijimos que sería una noche de amigos, además Camila me odiará si se entera y algo me dice que soy el único adulto en esta ciudad que le cae bien. Me muevo bajo Guzmán y me río. Qué idiotez.

—Bueno, eh… —No quiero decirlo, pero será lo mejor para los dos. Ya lo dijo su hermana, no tiene novias. Y, además, se lo dijo a la yaya, no tendría nada conmigo, así que es mejor poner distancias y aclarar que esto solo es sexo —. Deberíamos vestirnos.

Guzmán arruga el ceño un poco, tan confuso con esto como yo. Pero, de inmediato, cambia y se incorpora. Seguro que piensa igual. Solo sexo.

—Sí. Además, debería volver a casa, Camila está sola y son… —Mira el reloj de la mesita de noche y silba—. Las cuatro de la mañana.

«Y es lunes», me recuerdo mentalmente.

Nos vestimos en silencio, le doy permiso para usar el baño cuando me lo pide y me tomo ese tiempo para calmar mi pulso y aclarar la cabeza. Después,

vamos al salón.

—No te preocupes, yo recogeré —le aseguro cuando tiene intención de coger las copas medio vacías de la mesa.

—Vale.

Por un momento no hacemos nada, pero entonces se mueve y se dirige a la puerta. Veo que va a salir cuando algo en mi interior me empuja a detenerlo.

—Oye, Guzmán. —Se gira levantando las cejas por inercia, invitándome a seguir—. Espero que esto no afecte a nuestra amistad.

No sé por qué, pero es como si en su cara viera que no le gusta del todo lo que le digo. Pero, aun así, no me contradice.

—Por supuesto que no, es solo sexo, ¿no?

Ay, dicho en voz alta y por él molesta más que en mi cabeza y por mi parte. Pero, al fin y al cabo, es lo mejor para todos.

—Sí, solo sexo. Gracias por esta noche.

—Lo mismo digo, Ginebra.

Y ahí está de nuevo, esa forma tan fría de decir mi nombre. Pero es lo mejor, sí. Solo sexo entre Guzmán y yo.

Capítulo 22



Llegó el día. Hoy tengo que despedirme de mis alumnos, de mi clase, del colegio donde he pasado tantos momentos buenos, de mis compis… Llevo todo el fin de semana pensando en este momento, llorando cuando no me daba cuenta e imaginando cómo serán mis días sin ir allí.

Ni siquiera las atenciones de anoche de Guzmán consiguieron relajarme. Y eso que sabe muy bien cómo desestresarme… No me malinterpretes, no ha surgido el amor en estas dos semanas. Solo hemos quedado para charlar, contarnos cómo nos ha ido el día, para ir a la playa o para tomar un café alguna tarde que ha llegado antes del restaurante. Hablamos como amigos, nos aconsejamos como amigos. Y en la cama nos entendemos y disfrutamos, pero sin ataduras.

A Camila no la veo tanto; al parecer, ya se ha integrado y queda con amigos, por lo que solo pasa pocas tardes conmigo y Frankfurt. Alguna vez ha coincidido con su hermano pero, como si no soportase su existencia, se ha ido y nos ha dejado allí solos. Cuando veía la lástima en sus ojos chocolate, esos tan bonitos que se calza el jodío, me arrimaba a él sentados en la arena y charlábamos sobre ellos; aunque no se ha abierto del todo en lo referente a sus padres y no sé muy bien qué pasó. Pero bueno, yo tampoco he hablado de mi familia. El caso es que, poco a poco, empezamos a entendernos mejor, a vernos más y lo paso muy bien con él. Celeste dice que aquí «hay tomate» y yo no dejo de recordarle que ni lo hay ni puede haberlo. Está claro, y cada día me demuestra más que con él nunca habrá nada.

Desde la primera noche que nos acostamos en mi piso no ha vuelto a ser romántico ni tan cariñoso en la cama. No me llama Gin cuando estamos teniendo sexo y mucho menos Reina. Desde aquel momento soy Ginebra. Y debo

reconocer que no me gusta el tono rígido, frío y distante con el que suena.



Me pongo las zapatillas de deporte y una chaqueta vaquera sobre el jersey de hilo color camel que he elegido esta mañana. Cojo mis cosas tras dejar a Frankfurt atendido y cierro con llave al salir. Entro en el ascensor y ya vuelve a ocurrir: me tamborilea el pecho. Pero esta mañana bajo al garaje sola, no veo a Guzmán ni a Camila. Me subo a mi coche, Fer vino a mirarlo al día siguiente de que no me arrancase y lo reanimó. Me dijo, cachondeándose, que le daba como un mes de vida o incluso menos. Y, desde entonces, estoy contando los días. Lo que me faltaba ahora sería pagar la letra de un coche cuando me acabo de quedar sin trabajo…

Cuando salgo a la calle el sol cruza el cristal y me impacta el brillo en los ojos. La primavera cada vez se nota más en el ambiente y no solo porque la mayoría de mis alumnos están con alergias, sino porque hay más vida en la calle, no hace tanto frío y en la playa se está de escándalo la mayoría de las tardes. Dejo el coche en una plaza de aparcamiento y me bajo agarrando el bolso contra mi cuerpo. Ahora el colegio está en silencio, como siempre que llego y me reúno con María y Ernesto en la puerta.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —Mi amiga me da un abrazo rápido.

—Supongo que bien. —Me encojo de hombros—. Este día tenía que llegar.

—Parece que fue ayer cuando empezaste aquí —recuerda Ernesto.

—Lo sé. Aunque, ahora que me voy, esto parece muy lejano. —Mi voz es más débil que hace unos instantes, pero ninguno hace un comentario al respecto.

—Seguro que vuelven a llamarte. —María intenta animarme y Ernesto disfruta mirándola—. No han dejado de hacerlo.

—Ya. —Chasqueo la lengua—. Aunque ojalá me dieran una plaza para siempre.

Ellos estaban aquí cuando llegué y ya tienen una fija. De los tres, soy la única interina.

—Todo llega, tranquila —asegura mi amiga y se mueve las gafas—. Venga, animémonos. Hoy es tu último día, pero debemos estar contentos.

Por los niños, lo sé. Los cuales empiezan a aparecer poco a poco y, cuando nos damos cuenta, el patio está lleno de ellos y sus familiares. Cada profesor se coloca para hacer las filas pertinentes y vamos entrando en orden. El último curso en entrar es sexto de primaria, los más mayores.

El camino hasta mi clase se hace lento. Enciendo las luces antes de que mis alumnos entren y, después, se van acomodando mientras dejo las cosas en el escritorio para ayudarlos a ponerse en sus sillas. Ellos me cuentan lo que han hecho en su fin de semana y yo aguanto las lágrimas como una campeona. Lolo, mi Lolito, se acerca a mí y me regala una rosa hecha de papel. Debajo hay escrito un mensaje con su letra, aunque me doy cuenta de que algunas vocales o consonantes son de un adulto, que dice: «Para mi profesora preferida. Te quiero, *maesta*». Me emociona muchísimo y me sale una risa entre lágrimas —una que pensaba que estaba conteniendo mejor— al leer su *maesta*. Sé que hay que corregirlo para que escriba y hable bien, pero es tan suyo que hace que el mensaje sea mil veces más emotivo y personal. Me acuclillo para abrazarlo, puede que le esté estrujando sus gafillas de pasta azul. Cuando se queja y veo que los demás se acercan ya no hay quien controle mi llanto y me siento llena, completa y con el corazón feliz.

Cuando sé que debo darles la clase, los animo a sentarse y me seco las lágrimas. Empiezo a cantar el abecedario mientras voy a mi silla y ellos a las suyas y, al momento, me siguen la canción. Al terminarla, empiezo una tarea nueva. Una vez los he dejado haciendo cositas, reviso mi móvil. «Qué idiota, ¿de verdad pensaba que iba a preocupase por cómo estaba pasando la mañana? No somos tanto», me digo. Furiosa por mis pensamientos —y estos impulsos absurdos que tengo que empezar a concienciarme para quitármelos de la cabeza— dejo mi teléfono en el bolso y me concentro en mis niños.

Apenas quedan unos minutos para la hora del recreo cuando María entra en mi clase y me pide recoger a los peques y llevarlos al salón de actos. Al parecer, se ha programado una charla de imprevisto y debemos acudir sin falta. Le pido a mis alumnos que cojan sus desayunos y hagan una fila de dos para ir allí. Salimos de la clase con María contándome el progreso de sus niños y en la puerta del salón de actos nos encontramos a Ernesto y al subdirector.

—Hola, Ginebra. ¿Te ha comentado María algo sobre el tema? —me pregunta este último, que echa un vistazo a la puerta cerrada del salón y niego

con la cabeza—. Bien, pues entonces podemos entrar en cuanto suene la alarma.

Escucho barullo dentro, por lo que me extraño que debamos esperar, pero no comento nada. En cambio, me concentro en los niños, hablo con ellos cuando empiezan a aburrirse. Pasan cinco minutos hasta que la sirena suena y los peques se revolucionan. El subdirector abre la puerta y, Ernesto, María y mis pequeños entran delante de mí. Cuando lo hago yo las luces están apagadas. No me da tiempo a acostumbrarme a la oscuridad cuando la música empieza a sonar y las luces se encienden. Todos los allí presentes gritan al verme y muchos papelitos de colores saltan por los aires. La música es idea de María. ¿*Me rehúso* de Danny Ocean?, es cosa de ella, seguro.

Estoy tan concentrada en dar las gracias y abrazar a mis compañeros, que tardo unos minutos en ver el cartel hecho a mano y lleno de colorines colgando del techo. *Eres la mejor profesora, te estaremos esperando, Gin.* No dejo de llorar y alguien me da un pañuelo sin darme cuenta, después viene un ramo de flores y me quedo estática al ver quien lo sostiene.

—¿Qué-qué haces aquí? —pregunto quitándome el pañuelo de la nariz. Va a responder, pero María lo interrumpe eufórica.

—Ha sido él quien lo ha organizado. Llevamos toda la semana trabajando en el cartel.

Mis ojos se clavan en los de Guzmán, que no dejan de recorrer mi rostro y noto algo en el pecho que se expande sin poder pararlo. Cojo las flores que me da y los demás se van dispersando para ir sacando a los niños al recreo cuando la emoción del momento va menguando. Al cabo de unos minutos, estamos solos. Dejo las cosas sobre la tarima donde se dan las charlas y me vuelvo hacia él. Está muy guapo, viene con traje, lo que me dice que ha tenido que escaparse del trabajo por estar aquí. Madre mía, y yo preocupándome porque no me había mandado un mensaje...

—Espero que te haya gustado —dice entonces, dando unos pasitos hasta mí. Me sale una sonrisa entre el hipido del llanto y asiento feliz.

—Me ha alegrado el día, la verdad.

Se mueve de nuevo y creo que no debería acercarse tanto aquí. De hecho, nunca suele hacerlo a no ser que vayamos a acostarnos. Por lo que su movimiento me deja quieta y no puedo hacer otra cosa que observar cómo acorta aún más la distancia y me retira un mechón de la cara que se me había pegado

con las lágrimas.

—Era mi principal objetivo, Gin. —Que me llame así después de dos semanas utilizando ese Ginebra tan frío, me gusta tanto como me aterra. Puedo ver cómo a él también le afecta y me mojo lo labios nerviosa, llevando su mirada hasta allí—. Hoy no íbamos a poder vernos y quería compartir este momento contigo. Te lo mereces por ser tan buena y aguantar mis mierdas todos los días.

Su voz es ronca y su aliento choca en mi cara por lo cerca que está. Mete sus dedos debajo de mi pelo y me acaricia la nuca como tanto me gusta. Cierro los ojos sin darme cuenta y noto sus labios rozar los míos. Es un beso muy rápido, fugaz más bien, pero me calienta el alma.

—Gracias, de verdad —consigo decir con la boca seca cuando el frío aparece entre nosotros porque se ha retirado. Aunque sus dedos no dejan mi nuca. Nos miramos durante unos largos segundos que disfruto hasta que recuerdo lo que ha dicho antes—. ¿Por qué no podemos vernos? ¿Ha pasado algo? ¿Camila está bien?

Coge aire y lo suelta despacio.

—Eres demasiado adorable.

—Lo sé, soy un partidazo —comento divertida, dándole un giro a la conversación.

En vez de decir nada, se vuelve a acercar a mí y por un momento pienso que va a besarme. Sueno absurda, pero necesitaba que lo hiciese. Sin embargo, sus labios acaban en mi frente y su mano sale de mi pelo. Retoma la postura que tenía antes de tocarme y sonríe.

—Hoy trabajaré hasta muy tarde, pero nos vemos mañana. Que te vaya bien el día.

—Igualmente, Magnate. —Le sonrío con picardía.

Me recreo en verlo caminar, abrir la puerta y salir. Experimento un peso sobre los hombros y observo las flores. Las cojo y hundo mi nariz en el ramo para aspirar su olor. Vuelvo a mirar hacia la puerta.

«¿Qué estamos haciendo?», me pregunto con pesar.

Capítulo 23



Hace una semana que Ginebra no tiene trabajo y su culo de mal asiento me tiene histérico. A ver, que no digo que no la comprenda, tiene ¿cuántos? ¿Treinta años? No sé la edad que tiene. ¿Cómo no puedo saber algo así si llevamos viéndonos casi un mes? Giro la cabeza y clavo la mirada en ella.

—¿Cuántos años tienes?

Da un respingo ante la pregunta y se levanta las gafas de sol. Estamos en la playa, hoy he llegado a casa a la hora del almuerzo y me he unido a su tarde de deporte y desconexión. Siempre que se tira sobre la arena —aprovechando el calor que va descubriendo la proximidad del verano— y se le levanta la camiseta, quiero besarle la piel.

Pero no debo. Fuera de su dormitorio no debo.

—Cumplí los veintisiete en enero, ¿por?

Abro un poco los ojos, pensaba que tenía más. Aunque no sé por qué me sorprende tanto, si ahora que lo pienso nunca hablamos de cosas tan privadas como por ejemplo la edad o el color favorito de cada uno. «¿En serio quiero hablar de colores favoritos? Puf», me regaño. Se apoya en los codos y me mira, dejando sus gafas en la cabeza. Enseguida, hace un gesto precioso de impaciencia.

—He caído en que no sabía tu edad —explico y ella asiente con la cabeza antes de recostarse de nuevo.

—Intuyo que estás cerca de los cuarenta, ¿no? —apunta.

Perplejo, la observo ponerse las gafas y mis ojos caen en su boca cuando se mueve en una sonrisa astuta. Miro a mi alrededor, aunque no sé muy bien por qué, y tiro de ella por su brazo hasta que la tengo casi encima.

—Apenas rozo los treinta y dos, listilla.

Me aventuro a tocarle las costillas, casi al descubierto por la corta camiseta que lleva. Explota en risas cuando la punta de mis dedos sube hueso a hueso, como si estuviese tocando las teclas de un piano.

—Te conservas mal, Magnate.

Vuelvo los ojos. A veces me dice eso para enfadarme, pero lo que ella no sabe es que nada de lo que diga me enfada. Seguimos con esta tontería que nos traemos entre manos y que ambos nos negamos a dar nombre. La hago reír y la muevo para quedar esta vez yo encima. Mis piernas están en la arena y mi torso sobre el suyo, pero es suficiente para inmovilizarla.

—Se te da muy mal mentir. Arrugas la nariz. —Le toco la punta de esta y, segundos después, deslizo el dedo hasta el puente. Se queda muy quieta, contemplo sus ojos, continúo el camino hacia arriba y acaricio su entrecejo—. Y se te expande hasta aquí.

Su respiración ha cambiado, juro que me encanta cuando pasa. Me siento menos ridículo cuando me percato de que mi presencia o mis toques también le provocan algo y que no solo me pasa a mí.

Estoy a punto de decir algo cuando Frankfurt salta sobre nosotros, trae algo en la boca. Ginebra me mira un momento, esperando qué iba a decirle, pero ya se ha perdido en mi garganta y me separo despacio. Se levanta para tirarle conchas a su perro. La veo jugar y reír con el animal. Es tan activa, alegre, y agradecida que a veces pienso en qué podría darle un tipo como yo que, en realidad, no tiene nada. Conociéndola, lo poco que la conozco, entiendo que esté frustrada. Le gustaba su trabajo y ya puedo decir que sé de sobra que le encanta estar ocupada. Debe sentirse como un animal enjaulado.

En un momento dado sale corriendo hacia un lado de la playa. Me incorporo de inmediato, me pongo de pie y empiezo a trotar cuando me

doy cuenta de que Frankfurt corre como loco delante de ella. «Mierda», me digo.

Ginebra corre a una velocidad pasmosa y lo llama asustada, hasta que empieza a bajar el ritmo tanto que me encuentro con ella. El susto se ha esfumado de su rostro y ahora sonríe, como pocas veces hace conmigo. Sonríe diferente. Seguimos caminando y no puedo apartar mis ojos de los suyos, sorprendido de repente, hasta que escucho a su perro ladrar. Un tipo con un mono de mecánico sujeta a Frankfurt panza arriba y le acaricia. Ginebra se acerca hasta él y lo abraza de forma muy íntima. De pronto, me doy cuenta de que estorbo, pero ni de coña me largo. Él la mira… como yo, para qué engañarnos, y eso no me gusta nada.

—Joder, qué susto, Fer. —La escucho hablar y mi mirada va de uno a otro.

El tal Fer suelta una carcajada y deja al perro en la arena. Lo estudio con cuidado, no me gusta. Y no solo porque se la coma con los ojos, sino porque hay algo que no sé qué es, pero me provoca algo que no conozco y eso me alerta sobre él.

—Perdona, Gini. He venido a la ciudad y me he pasado a saludar. He visto el solazo que hace hoy y me he asomado primero a la playa para ver si estabas por aquí.

«¿Ha dicho Gini? ¿Qué puto nombre es ese? ¿Le gusta que la llame así? Es ridículo», pienso en silencio.

—¡Cómo me conoces! —Ginebra suelta una risa más ridícula que el apodo de su amigo y luego se gira hacia mí—. Este es Guzmán, un amigo.

—Un placer, tío. Soy Fernando.

—Igualmente —digo sin dejar de pensar en cómo está actuando ella. La veo contenta con la presencia del mecánico.

—No es de aquí, se ha mudado con su hermana hace poco.

El otro se gira hacia mí y me mira del mismo modo que yo a él.

Pero sonríe al dirigirse a ella.

—¿Todavía no ha probado la comida de la yaya?

Me noto un puto tic en el párpado del ojo.

—No, todavía no. —Ginebra me mira, esta vez sonríe como solo la he visto hacer conmigo y consigue que me relaje un poco. Ese brillo divertido e íntimo que a veces, como ahora, veo en sus ojos al hablarme ayuda mucho a que deje de centrarme en el tal Fer—. Quiero asegurarme de que está preparado para el tercer grado.

El otro suelta una carcajada y le pone una mano en el hombro, que ella retira para ponerse la sudadera. Luego me mira.

—Prepárate, todos hemos pasado por su interrogatorio —me dice.

Me concentro en lo que ha dicho cuando ponemos fin a la tarde de playa por él. «¿Todos? ¿Qué todos? ¿Todos los integrantes de la familia? ¿O todos los novios de Ginebra? Entonces, ¿este qué ha sido: su novio?», me pregunto con una curiosidad extraña en mí. Gin va a su lado escalera arriba y, cuando llegamos a la puerta del edifico y Fer se dirige a mí para despedirse, salgo del trance. «¿Qué cojones me importa?», me digo malhumorado por todas estas mierdas que se me pasan por la cabeza. Tienen que parar, entre nosotros no puede haber nada más que esto.

Cuando Gin abre el portal y llegamos a su puerta, me mira.

—¿Quieres pasar? —pregunta con la correa de Frankfurt en las manos, la llave en la cerradura y una sonrisa en los labios que me muero por morder.

Me acerco a ella a pasos gigantes y la atrapo entre mis brazos, besándola con unas ganas que nos sorprende a ambos. No tarda en pasarme los brazos por el cuello, lo siguiente son sus dedos enredados en mi pelo. Doy con el pie en la puerta y se cierra, suelta la cuerda en mi espalda cayendo al suelo. Sin dejar de besarla, la llevo al lugar donde desde hace semanas nos dejamos llevar con más regularidad de lo que seguro es bueno para nosotros, el lugar donde la beso sin inhibiciones, donde he contado los lunares de su espalda a causa del sol y donde he

recorrido esa frase que hace la curva de su cintura: *Donde tú estés, ahí estaré yo.*

Aquí, ella es mía. Solo mía. Y percibo que soy suyo.

—Parece que alguien está hambriento. —Ronronea bajándome los pantalones una vez la he dejado sobre la cama.

—Siempre que estás cerca lo estoy. —Muevo los pies para que los pantalones salgan por los tobillos y me deshago de sus mallas deportivas, el tanga rosa, la sudadera, luego va la camiseta corta y la dejo con un sujetador deportivo que libera sus pechos aun teniéndolos tras la tela. La empujo contra el colchón y ella ríe—. Estás muy *sexy* cuando bajamos a la playa, ¿sabes?

Aquí también, a veces, le digo lo que pienso y no puedo expresarle con palabras porque somos «amigos».

—¿Qué harás entonces este verano cuando esté en bikini? —insiste arrodillándose en la cama y acercándose a mi polla.

Se ve poderosa ahí, acercándose a mí con esos ojos depredadores y ese rostro casi angelical. Su pelo ondulado y castaño cae por delante de su cara y se lo retiro enredándolo en mi puño. Suelto un bufido agónico cuando noto su boca. Baja un momento la mirada, pero enseguida la deja sobre la mía de nuevo. Ya sé que le gusta, por lo que tiro un poquito de su pelo y empiezo a moverme mientras ella me toca también con una mano. Es deliciosa.

Vuelvo a pensar en lo que me ha dicho, observando toda su figura inclinada para saborearme, con su precioso culo en pompa, y embisto su juguetona boca con más fuerza de la que deseaba. Me detengo un segundo, pero succiona de manera brusca instándome a seguir.

—Si te veo en esa tesitura en la playa, tendré una erección todo el puto día. —La embisto de nuevo y mueve su cabeza con ganas—. Y me veré obligado meterte en el agua para follarte como solo yo hago.

Mis últimas palabras le provocan algo en la mirada, pero desaparece enseguida, espero no haberme pasado. Me apodero de su boca hasta que noto en la mano que le he puesto en la barbilla cómo se

le derrama la saliva. Es entonces cuando me detengo y me tumbo sobre ella. Pero se escapa y consigue sentarse encima de mí. Me acaricia el pecho con las palmas de la mano, como si le encantase recrearse en mi cuerpo… en mí.

«Menuda gilipollez. Seguro que cuando encuentre a alguien que quiera algo más serio se olvida de que existo. De esto que tenemos», cavilo en silencio y me tenso sin poder evitarlo. De pronto, alza la cabeza, estaba besándome el pecho.

—¿En qué piensas, Magnate?

Tras decir eso, su lengua se desplaza por mi piel. Ni loco le digo que casi me mareo al imaginarla con otro, dejándome de lado. En cambio, me apoyo en los codos y atraigo su cara con una mano para besarla.

—En las ganas que tengo de follarte ese coñito que tienes, Reina.

—Mmm, no sabes cuánto me pone que me hables así.

Me vuelve loco que me diga eso. La coloco sobre mi polla con ambas manos en su cintura y, cuando empieza a bajar, mi sentido se nubla. Dejo de pensar, noto como su sexo me atrapa y se amolda a mi alrededor. Sus caderas no se mueven y me acomodo para disfrutar de su cuerpo desnudo sobre mí. Se quita el sujetador y sus pechos botan cuando salen de esa tela elástica. Tiene los pezones duros. Me gusta. Me encanta su cuerpo, su mirada, su sensualidad y ese toque de listilla que lleva por bandera. Acaricio su estómago con las dos manos y subo hasta cubrirla con ellas.

Joder…

De fondo suena nuestro grupo favorito, es algo que hemos cogido por costumbre y follar con ella así cada vez me vuelve más loco. Presiono sus pezones y los estiro haciéndola gemir.

Qué locura.

—¿Te he dicho alguna vez que eres muy guapa?

Sonríe y hace círculos con las caderas, haciéndome perder el

aliento.

—¿Crees que lo soy? —pregunta apoyando las manos bajo mi vientre, ayudándose en los movimientos.

—Creo que eres preciosa, Reina. Y me encanta ser quien te hace gritar.

—Ajá… —murmura mordiéndose el labio.

También me gusta cuando hace eso, concentrada, disfrutando. La agarro del culo y muevo su cuerpo a mi antojo, necesito más rapidez, más profundidad. Grita y me como su boca. Estamos así un buen rato, hasta que la quiero debajo de mí y nos hago girar. Le sujeto las manos por encima de su cabeza y le abro las piernas con mis rodillas. La penetro sin aviso.

—Ay… Guzmán…

Sigo empujando, levantándola del culo para pegarla a mí. Sus tetas botan con energía y admiro los lunares pequeños que tiene por el pecho. Sin pensarlo los beso.

—Di mi nombre, Gin.

—Guzmán —gime ardiendo.

La hago mía con ganas, con gusto y necesidad. Empujo tanto que no sé cómo no nos duele. Su cuerpo se contrae.

—¿Vas a correrte, Reina?

—Ajá —asiente varias veces y se moja los labios, luego los lamo yo. Me encanta su sabor—. Sí… voy… me encanta cómo me llenas… cómo me tocas. —Me coge la cara cuando le suelto las manos y me besa, recibiendo mis embestidas—. Estoy muy muy caliente, Guzmán.

—Joder, Gin. No me digas esas cosas.

Abre los ojos un poco y creo que ha entendido que no *quiero* que me diga eso. Cuando reconozco que *necesito* que lo haga.

—Perdona, ¿me he pasado?

Niego con la cabeza y la beso, sintiendo la llegada de mi orgasmo. Grita, jadea y gime de una forma tan erótica al correrse que exploto dentro. Me quedo sobre ella y le quito con cuidado los pelos de la cara. «Estamos perdidos, Guzmán», me dice mi conciencia cuando sus pupilas se dilatan.

—No te has pasado, Gin. Has dicho todo lo que me gusta oír.

Su risita baja me consume.

Capítulo 24



Tengo el teléfono apoyado sobre la encimera mientras me hago algo de comer. Celeste está al otro lado, en su cocina también. Hace dos horas que iniciamos la videollamada, ella no tenía pacientes a esa hora y yo… yo solo soy una desempleada.

—¿No te han llamado de ninguna oferta de trabajo?

Niego con la cabeza, aunque no sé si me ve, y miro la pantalla cuando he sacado las pechugas de pollo a la plancha que me he preparado.

—No. Y cada día que pasa más me comen los nervios. Necesito trabajar.

—¿No has pensado en probar en otros colegios?

—Parece que en la ciudad no hay plazas vacantes. Y no sé si estoy preparada para irme, sabes que no quiero dejar a la yaya.

—Gin, pero tienes que vivir tu vida.

—Y lo hago aquí. —Cojo el plato y me coloco en la mesa—. Seguro que sale algo pronto.

—Es absurdo, Gin. No puedes rechazar más plazas.

Sí, quizá te he ocultado esa información. He recibido dos llamadas, pero no pienso irme ni a Almería, ni a Huelva. Mi hogar es este, Cádiz, con mi familia y amigos.

—Estoy bien, Celeste. Si no encuentro trabajo a lo largo de este mes hasta que vuelvan a llamarme para un colegio en la ciudad, pensaré en mudarme.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo por Snoopy —aseguro, y mi prima suelta una carcajada.

—Idiota… —Hacemos un silencio para comer algo, hasta que vuelve a romperlo—. Y con el vecinito, ¿qué?

—Bien, como siempre. —Me encojo de hombros.

—¿Follando como descosidos?

—¡Celeste! —Hace un gesto de advertencia y me río negando con la cabeza—. Sí.

—Y eso que no querías nada con él.

—No quiero nada serio. Ninguno queremos y lo hemos dejado claro.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí, somos amigos que se acuestan cuando quieren.

—Follamigos de toda la vida.

—Eso se utilizaba cuando teníamos quince años.

—Ya…

Pincho patatas con un tenedor y, después, un trozo de pechuga.

—Bueno, ¿y qué hay de ti?

—De mí nada. Sigo soltera y entera.

—¿Entera? —Me mofo, recordando algo—. ¿Tengo que recordarte tu primera vez con Rafita?

—¡Noooo! —grita.

—¿Y esa vez con Pepe?

—¡Para, por favor! —me pide entre risas. Nos reímos un buen rato, recordando momentos embarazosos de nuestro pasado. Después, hablamos de su trabajo, de cómo le va la clínica esa rara que se montó hace unos años. Y entonces me cuenta que se siente un poco cansada—. A veces me sobrepasa escuchar los problemas de los demás todos los días.

—Tómate un descanso.

—No es tan fácil, Gin. Mis pacientes tienen sus citas y necesitan la terapia.

—Solo serían unas vacaciones —le comento, pero no dice nada y me mira a través de la pantalla un rato, hasta que decide hablar.

—Quizá vaya en verano al pueblo.

Parpadeo algunas veces, intentando comprender lo que quiere decir.

—¿Cómo?

—Estoy intentando organizar unas minivacaciones a casa.

Mi corazón baila feliz en mi pecho. Haces años que Celeste no baja en verano y eso pondrá muy contenta a nuestra familia.

—Eso es una muy buena noticia, Cele. ¡Qué alegría!

—Sí, aunque todavía no le he dicho nada a la abuela porque no sé si iré. Lo estoy preparando.

—No diré nada, te lo prometo.

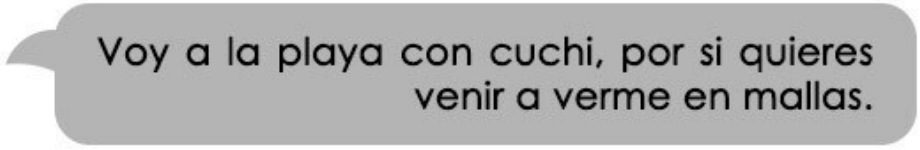
—Me he asegurado de ello —afirma levantando las cejas varias veces—. Jorge estará al tanto.

Volvemos a bromear y hablar de nuestras cosas incluso cuando estoy recogiendo la cocina. Hasta seguimos charlando cuando le digo a Frankfurt que vamos a salir.

—Hablamos mañana. Te quiero, petarda. —Celeste me tira unos besos a la cámara que respondo a su vez.

—Hasta mañana. Te quiero.

Cuando cuelgo, me meto en el chat de Guzmán.

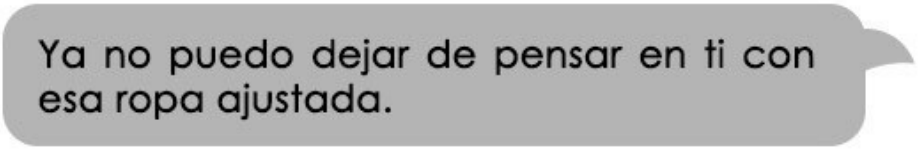


En cuanto se lo envío, veo un mensaje de Camila preguntándome si podemos vernos. Le digo que sí y me voy a la playa. Antes de que aparezca, me da tiempo a correr un rato. A la vuelta, la veo saludarme con el brazo hacia arriba, bien extendido.

—Hola —le digo cuando estoy frente a ella.

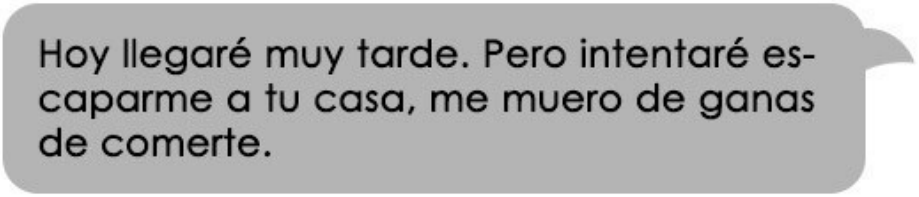
—Hola, perdona por haber tardado, he tenido que terminar cosas de clase antes de que llegue mi hermano.

Al nombrarlo recuerdo que le escribí y saco el teléfono para ver si me había respondido. Se me dibuja una gran sonrisa.



Tecleo rápido mientras camino con Camila delante, que va jugando con Frankfurt.





Un hilo de ansiedad me recorre el cuerpo porque quiero que lo haga.



Guardo el teléfono en el bolsillo y me subo la cremallera de la sudadera, esta tarde hace más fresco de lo normal.

—¿Qué tal las clases hoy? —Me coloco junto a Camila, mirando las olas.

—Genial, la verdad. Me integro muy bien. He hecho amigas y algunas viven cerca. Han quedado este viernes para salir, espero que Guzmán me deje ir.

De repente, deseo que lo haga; más tiempo para nosotros.

—Seguro que sí, mujer. Yo no lo veo tan gruñón como tú.

—Ya, eso es porque no es tu hermano.

—Contigo tendrá que ser mejor que conmigo, ¿no? —Clava sus ojos en mí, cargados de interrogativa—. ¿Y eso por qué?

—Porque te quiere, Cami.

—¿Y a ti no?

Me quedo helada.

—Por supuesto que no —respondo de inmediato, aterrada sin explicación.

—Ah.

Camila se concentra de nuevo en el mar, nos quedamos en silencio y ninguna vuelve a sacar el tema. Ni este ni ninguno hasta mucho más tarde; tanto, que el sol casi se ha ido y la hago levantarse para irnos a casa.

—Me gusta pasar tiempo contigo, Gin. Aunque a veces no sepamos qué decir, siento que me escuchas.

—Gracias, Cami. A mí también me gusta estar contigo.

—A mi padre le gustaba llamarme Cami. —Sonríe triste y el corazón me late con fuerza—. A mi madre apenas la recuerdo, yo solo tenía seis años cuando murió. —La oigo soltar un ruidito que me envía el latido a la garganta. ¿Sufrirá Guzmán tanto al hablar de sus padres?—. Los echo de menos. Quiero tener a mis padres y sé que Guzmán también.

Le paso un brazo por los hombros, sintiendo su pena y su dolor al imaginar a su hermano.

—Lo lamento mucho. —Nos quedamos un momento en silencio y después le digo algo que nunca le había dicho—. Yo también tenía esa edad cuando mis padres se fueron. Los echo de menos cada día, pero a veces pienso en lo afortunada que soy de tener a mi abuela y a mis primos.

Se limpia las lágrimas y se detiene cuando llegamos a la puerta del edificio.

—Y ahora a nosotros.

—Sí —susurro—, soy muy afortunada.



Por la noche, cuando Guzmán toca con los nudillos a mi puerta, a eso de las doce, todo es diferente. Esta vez no he puesto la lista con comienzo aleatorio, sino que la he preparado para que empiece con la que considero nuestra canción. Le doy al Play al levantarme del sofá para abrir la puerta y los primeros acordes de *West Coast* de Imagine Dragons suenan detrás de mí.

—Buenas noches, Reina. —Su susurro me hace cosquillas en los labios —. Bonita canción.

—Hola, Magnate —respondo a su saludo.

Me besa con pasión antes de que diga nada y me aferro a su sudadera con más fuerza de lo normal. Algo ha cambiado en mí, me da miedo, me hace sudar frío a veces y deliro con su presencia en mi cabeza todo el tiempo. Ahora percibo sus manos más sensibles, mi piel reacciona más a la suya. Dejo que me guíe hasta el dormitorio, donde nos deshacemos de nuestra ropa mientras la música sigue sonando en el salón. Lo hacemos con urgencia, como si fuésemos dos personas que se han necesitado durante todo el día.

—Tenía muchísimas ganas de verte. —Muerde una de mis clavículas y sube por mi cuello.

—Sí… yo también te necesitaba. —Me escucho decir, y veo cómo le afecta, pero ni yo me disculpo ni él se molesta.

—Me encanta que lo hagas —afirma y se sienta en el borde del colchón. Después, alarga los brazos en mi dirección—. Ven.

Camino hasta él y me coloco encima, odiando que el látex nos separe. Pero temo decirle que no lo use, no quiero que piense que siento algo más y huya. Así que me conformo. Empiezo a deslizarme por su erección. Esta noche ninguno quiere preliminares. Esta noche apremia la necesidad que parece surgir en nuestro interior y sus dedos se clavan en la carne de mis muslos. A continuación, mete la cabeza debajo de mi barbilla y me besa el inicio de mi pecho.

Muevo las caderas con cariño, con lentitud, alargando esto todo lo posible. Necesito que bese mi boca y le cojo la cara entre las manos. Me observa unos instantes, está agitado por el esfuerzo de moverme con rudeza, de hacer que nos acoplemos más aún y de que gima muerta del deseo. Pego mi boca a la suya y sus dedos se hunden más, arrastrándome hacia abajo después de haberme subido. Nuestros suspiros llenan el dormitorio, aquí huele a calidez y a sexo. El sonido de nuestra piel desnuda me llena los oídos y sus manos acariciando mi cuerpo me seca la boca.

—No quiero correrme aún, necesito que sea más largo. —Lloriqueo al sentir cómo el orgasmo empieza a invadirme.

—Córrete para mí, Reina. Volveré a hacerte el amor. —Me besa con posesión y me bambolea con más fuerza. Aprieta la mandíbula en el beso y le acaricio los músculos. Cuando me mira a los ojos, su frente está perlada de sudor —. Puedo hacerlo durante toda la noche si así lo deseas.

Y es justo lo que hace. Aunque tiene que trabajar al día siguiente, Guzmán no se va de mi casa hasta que ambos creemos que nos hemos saciado. Pero no es así, nunca lo hacemos y creo que los dos nos estamos empezando a dar cuenta de ello.

Capítulo 25



Observo el restaurante desde la puerta de mi despacho, no logro ver toda la superficie, pero lo suficiente para analizar el trabajo de los camareros y el de Vanesa. Me quedo unos minutos más hasta que recuerdo que Connor está al otro lado de la pantalla de mi portátil y vuelvo a entrar, cerrando para que nadie me moleste.

Cuando me acomodo en el sillón, mi amigo clava sus ojos azules en mí. Hace un gesto con la cara y se coloca bien los puños de su camisa.

—Así que ahora jugáis a los amigos que follan, ¿no?

Me doy con la punta de la lengua en el borde de las muelas, pensando en cómo responderle.

—Supongo —suspiro, bastante confundido.

Últimamente es cómo me siento. Anoche fue diferente, lo noté en ella. Nuestro sexo no fue tan individual, Gin estaba atenta y me acariciaba como casi nunca hace. Además, eso de «te he necesitado» se me ha quedado clavado en el cerebro y no dejo de pensar en ello.

—¿Y es solo sexo? —me pregunta un minuto después. «No lo sé, joder», digo para mí mismo.

—Por supuesto —respondo, en cambio.

—¿Estás seguro? Llevas fantaseando con esa mujer desde diciembre.

Me rasco la nuca, bastante incómodo de repente. Por supuesto que solo es sexo, los dos hemos acordado eso. No sé por qué cojones estoy dudándolo siquiera.

—Es una mujer más. Ginebra y yo lo pasamos bien en la cama, pero solo follamos. No pienso enamorarme de ella —aclaro cuando escucho un ruido fuera y le hago un gesto para que espere.

Al abrir la puerta, me sorprendo al ver a Vanesa pegada a ella. En cuanto me ve, se estira la chaqueta del traje y sonríe.

—Iba a llamar —explica y asiento poco seguro de eso, pues me ha dado la sensación de que escuchaba a hurtadillas—. Necesito hablar contigo, uno de los camareros ha tenido que irse. Le he pasado toda la documentación a Recursos Humanos para que le den la baja, pero la plantilla se nos ha descuadrado.

Maldigo para mis adentros. Me jode que un trabajador se me vaya así, a punto de comenzar un servicio, y mucho más el trabajo —y tiempo — que supone encontrar a otra persona. Estoy por decirle que haga su trabajo y solucione el problema, cuando caigo en la cuenta de algo.

—No te preocupes, yo lo soluciono.

Vanesa me mira, abre los ojos un poco y se mueve en su sitio.

—Ah, ya he enviado una alerta para que empiecen a subir ofertas de empleo.

—Cancélalo. —Hago un gesto con la mano, quitándole importancia—. Ya tengo a alguien. —Estoy a punto de darle la espalda, pero su voz me detiene.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —No tengo que decirle nada más, pero ella vuelve a hablar.

—¿Quién es? Aquí no conoces a nadie.

Su tono me molesta mucho más que su presencia, y doy un paso hacia ella olvidándome de mi despacho. Me cruzo de brazos sobre el pecho y noto cómo el músculo de mi bíceps izquierdo vibra.

—A ver, señorita López, creo que no es de su incumbencia. Y me gustaría que no volviese a interrogarme, me incomoda. Céntrese en hacer su trabajo, sería muy molesto tener que buscar también otra persona para el cargo de gerente.

Su cara se crispa al ver que la llamo de usted, pero no dice nada. En cambio, asiente despacio y da media vuelta para irse. Suelto el aire, molesto por su intromisión, y por fin entro en el despacho. Connor suelta una risa calculadora de las suyas, de las que expresa que algo le molesta.

—¿Y quién era esa? —pregunta cuando estoy frente a la pantalla.

—Vanesa, la gerente. Me tiene la cabeza loca.

—¿Te la has follado?

Dejo de mirar las teclas del ordenador y clavo los ojos en la cámara.

—Por supuesto que no. No me acuesto con mis empleadas.

—Eres un calzonazos.

Alzo las cejas, esta vez divertido. Él se ha acostado con casi todas sus secretarias y una vez, para dejar de hacerlo, tuvo que contratar a una mujer bastante mayor que él para mantenerse a raya. Pero eso solo fueron varios meses, la mujer se jubiló y el *show* volvió a empezar.

—Vete a la mierda, Connor. Tirarte a tus secretarias debe ser un dolor de cabeza.

—Me divierte. Y así me compenso cuando no puedo ir al Seduction.

Resoplo, mejor no explico qué es ese lugar. Yo he ido alguna que otra vez, pero no es mi rollo. A mí me gustan otras cosas, como que el cuerpo de Gin sea solo mío. Chisto por lo bajo. «¿Qué cojones hago?», me regaño. Y, ahora que he pensado en ella…

—Oye, tengo que dejarte, tío. Tengo que hacer algo.

—Vale. Yo tengo una reunión antes de terminar el día.

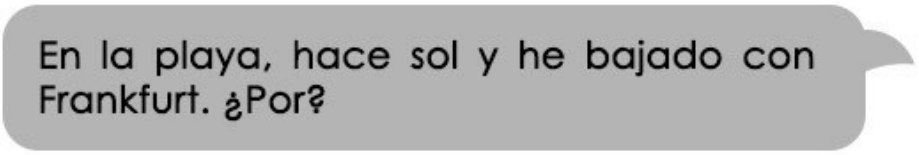
—Que te vaya bien, hablamos pronto.

—Cuídate, dale recuerdos a Camila.

Desconecto la llamada y recojo la mesa, mientras le tecleo a Ginebra.



Apago las luces al salir y cierro la puerta con llave. Busco a Vanesa y la encuentro solucionando algo en una de las mesas. Por lo que escucho, no es nada importante, así que, en vez de involucrarme, dejo que ella termine. Mi móvil suena.



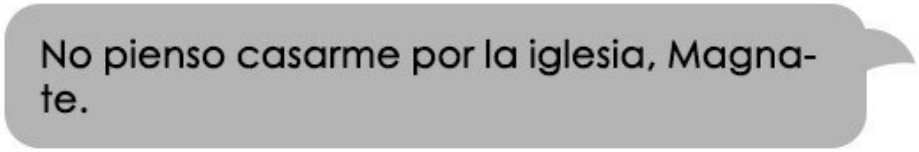


Miro hacia la mesa, todavía están hablando.



Parpadeo un momento y, sin saber por qué mierda se me dibuja en los labios, sonrío. Tecleo de nuevo.





Suelto una carcajada e intento camuflarla.



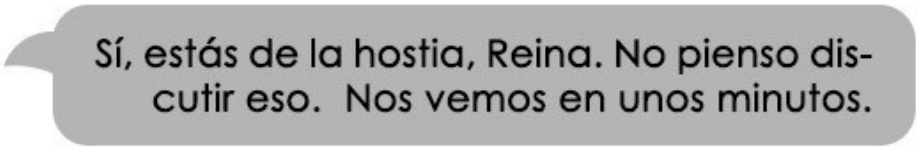
Vanesa se despide de los comensales y se vuelve hacia mí. Antes de enfocarme en ella, leo el mensaje de Gin.



Me río otra vez y escucho que mi gerente se aclara la garganta. Dejo el móvil en el bolsillo y le explico que me voy a casa. También le recuerdo que mañana por la mañana volveré con una compañera nueva y que prepare a uno de los camareros más cualificados para que esté con ella esta semana hasta que aprenda.

—Que tengas buena noche, Guzmán. —Estoy a varios pasos de ella, pero me vuelvo e insisto en recordarle que no me llame por mi nombre de una jodida vez—. No volverá a pasar. Buenas tardes, señor Romero.

Bajo los escalones, salgo del restaurante y me subo en mi coche, que está en los aparcamientos privados a unos metros del restaurante. Antes de arrancar, le respondo a Gin.



Sé que me responde porque lo escucho, pero ya he puesto rumbo a casa y no presto atención al teléfono. Cuando llego, dejo el coche en el garaje y no paso por mi piso esta vez. Llamo a Camila de camino a la playa, cuando me lo coge le aseguro que hablaremos sobre esa cena del viernes que han planeado sus nuevas amigas.

En el último escalón escucho un ladrido y veo a Frankfurt correr hacia mí. Sin saber muy bien por qué, me alegra que lo haga. Lo cojo cuando salta varias veces en mis pies y le hago cosquillas en la barriga. Hace una semana que corre cuando me ve y no puedo evitar reírme cuando a Gin parece que se le va a salir el corazón por la boca. La veo trotar en mi dirección y algo se me tensa en los pantalones. Está muy guapa hoy.

—Hola —me saluda con una sonrisa calmada. Me acerco a ella y le acaricio el pómulo con el pulgar, deseando poder besarla.

—Hola, ¿no tienes frío?

En realidad, hoy hace un viento helado que no sé cómo soporta llevar una camiseta tan corta sin tener el vello erizado. Empezamos a caminar hasta un sitio alejado, donde solemos ponernos siempre. Hay piedras alrededor y casi quedamos escondidos.

—No, he estado corriendo y he entrado en calor.

Me coloco cerca de ella y deposito un beso en su cuello, al que reacciona con una tirantez riquísima en la piel. Y a continuación se coloca un cortavientos.

—¿No prefieres correrte? —pregunto besándole el lóbulo de la oreja.

—Con diferencia. —Ronronea y me gusta que incline la cabeza a un lado para darme accesibilidad.

«¿Cuándo hemos pasado a hacer esto fuera de su casa?», me pregunto. Aspiro su olor con fuerza y me separo cuando creo que voy a tirarme sobre su cuerpo. Me mira desde la distancia un rato, le quito de la cara los mechones que el viento le ha puesto sobre sus labios.

—Quiero proponerte algo —comienzo diciéndole mientras le tiro una concha a Frankfurt.

—Dime.

Clavo los ojos en los suyos y, por un momento, por culpa de mi descerebrado cerebro, pienso que me diría que sí a cualquier cosa. Pero me quito esa idea de la cabeza, tengo que pensar en frío.

—Me he quedado con un hueco libre en la plantilla. Necesito un camarero y he pensado en ti hasta que encuentres trabajo en un colegio.

Lo piensa, lo noto en sus ojos y en ese gesto de concentración que tanto me empieza a gustar. Juega con sus mejillas por dentro de su boca, casi le apremio a que se decida. Pero sé que debe pensarlo.

—No tengo experiencia. Sería un estorbo y acabaría incordiando. —Me muevo hacia ella y sonrío de forma dulce.

—No te preocupes por eso, Vanesa se va a encargar de que tengas un compañero enseñándote. —Se muerde el labio pensando—. Trabajarás ocho horas y cobrarás bastante bien. Entre mis empleados hay muy buen rollo y lo más importante, tienes un jefe que está buenísimo.

Ginebra sube las cejas hasta arriba y suelta una risotada que me encanta.

—Eres un engreído —dice echándose hacia mí para tirar de una de mis ondulaciones.

—¿Yo? —Me acerco con ganas de su contacto y dejo una mano sobre su muslo izquierdo. Me gusta cómo sus ojos van allí—. Eres tú la que lo gime cuando estamos en la cama.

Parpadea varias veces y da otro tironcito a mi pelo, con una sonrisa pícara que conozco muy bien.

—Cuando me excito no pienso. Estar cachonda no es mi mejor faceta, creo.

Subo los dedos por su muslo hasta tocarle la ingle, para entonces estoy durísimo. Pego mi boca y le hablo al oído.

—Pues a mí me encanta cuando estás cachonda.

Mi polla se agita en el pantalón de mi traje y quiero follármela aquí. Joder, si estuviésemos en su casa, la sentaría sobre mí y me frotaría contra ella hasta perder el conocimiento. Llevo la yema del índice hasta el centro de su deseo y aprieto. Su gemido lastimero me pone cardíaco.

—No podríamos acostarnos —dice, apretando mi mano entre sus piernas.

—¿Qué? —pregunto algo desconcentrado, solo quiero tocarla.

—No quiero tirarme a mi jefe, alguien podría enterarse. Y, además, habría un favoritismo que todos podrían notar. Surge sin querer al haber involucración carnal entre dos personas.

Le lamo el cuello y esta vez coloco la palma sobre su ardiente sexo. La muevo con cuidado.

—Vamos, Gin. A mí me encantaría tirarme a la camarera más listilla de mi plantilla sobre el escritorio de mi despacho. Quitarte el pantalón, el tanga, sentarte en la mesa y arrodillarme para comerte entera. —Cojo su mano y la pongo sobre mi erección—. ¿Ves cómo me pones?

Me la agarra y mueve la cabeza hasta mirarme con esos ojos marrones, que a veces se ven algo verdes. Tiene la boca seca, le cuesta respirar y no es capaz de dejar de mover la mano sobre mi erección.

—Ya se irá hablando.

—Entonces, ¿eso es un sí? —Pone los ojos en blanco y hago que nos pongamos en pie. Le doy un silbido a Frankfurt y este corre hasta nosotros—. ¿Es un sí? —insisto cuando le pongo la correa al perro.

—Sí, es un sí. Pero nada de sexo.

—En el restaurante querrás decir, ¿no? —bromeo, algo incómodo con lo que me propone. La cojo de la mano y la guío hasta las escaleras.

—Ya iremos viéndolo. —Me detengo a mitad de la subida y me acerco a ella, sediento de su cercanía.

—Me vale, por ahora. Vamos a tu casa a celebrar que trabajas para mí. —Me río juguetón y ella me sigue le rollo.

—¡He caído en manos de un sádico!

Los dos nos reímos de camino al piso. Le sujeto la cara entre las manos cuando la puerta se ha cerrado y la beso con necesidad. No dejo de pensar en lo que me ha dicho antes, pero prefiero no darle importancia. No quiero pensar que podríamos dejar de tener esto en algún momento y solo me concentro en ella y en cómo se está desnudando para mí.

«Para mí».

Esta vez no llegamos al dormitorio, nos tumbamos en el sofá y recorro cada milímetro de su cuerpo con mis labios, mi lengua y mis manos. La hago gemir, sonreír, morderse los labios y gritar mi nombre.

—¡Sí, Guzmán! No pares.

Empujo con fuerza, conteniéndome las putas ganas de decirle que no lo haré. Que estaré aquí, con ella. Como sea.

Capítulo 26



No sé en qué momento pensé —reconozco que no lo hice— que trabajar para Guzmán iba a ser buena idea.

Mi abuela y mis primos se han alegrado. ¡Claro! Es trabajo, yo también me alegro de volver a tenerlo, pero va a ser difícil. Va a ser jodidamente difícil. Y lo tengo claro cuando en mi puerta suenan varios toques a las diez de la mañana, abro y me encuentro a Guzmán tras ella. Lleva un traje azul, una camisa blanca y el pelo bien peinado.

—Buenos días —saluda entrando en el piso y dejando un camino de perfume. Aspiro y cierro detrás de él.

—Buenos días, ¿qué haces aquí?

Está entretenido con Frankfurt y, por alguna loca razón, me gusta que juegue con él sin importarle el traje.

—He venido a recogerte.

Eso llama mi atención y me asomo por la cocina. Me pongo nerviosa.

—No. De eso nada.

Al escucharme, levanta la cabeza y busca hasta que me ve. Se levanta, se acerca a mí y me huele de cerca. De forma directa, como si fuese suya y como si mi cuerpo le perteneciese —que a veces no lo dudo—, cuela su mano en mi nuca y la acaricia.

—¿Como que de eso nada?

—No puedo ir contigo —suspiro, agobiada. Pero ya se lo dije—. No voy

a llegar con el jefe, como si nos conociésemos.

Eso le molesta, es fugaz, pero lo noto en su mandíbula.

—Es que nos conocemos. No pienso hacer como que no te he visto en mi vida —rebate con un tono más serio de lo que suele hablarme. Su mano ya no está en mi cuello.

No me gusta esto, pero creo que también sería la oportunidad para frenar lo que está creciendo entre los dos. Cada vez nos tocamos más en la calle, nos sentimos más del otro y creo que nos va a venir bien.

—Sí, pero… no me sentiría cómoda acostándome con mi jefe. Y encima llegar con él allí.

Algo cambia en su mirada y me doy cuenta del paso que ha dado hacia atrás para separarnos. Me observa desde arriba y más lejos, con los brazos cruzados, bastante enfadado.

—¿Ese es el problema? —No lo entiendo y, como si me leyese la mente, decide explicarse—. Si querías que dejáramos de acostarnos solo tenías que haberlo dicho. No tendrías que haber estado dándole tantas vueltas.

Parpadeo un instante, confundida por lo que insinúa.

—Nunca he querido eso.

—No lo parece —contradice de inmediato.

—Ahora es diferente, eres mi jefe y no quiero que haya problemas por eso.

Guzmán se detiene a pensar, no se acerca ni un milímetro a mí. No me pasa el pulgar por el pómulo, ni me acaricia la nuca, ni me quita los mechones que caen sobre mi frente. No me toca.

Parece que han pasado horas cuando reacciona, y sé que volvemos al principio. A cuando no nos habíamos tocado más de la cuenta después de aquel beso en la discoteca.

—Está bien. No volverá a haber sexo entre nosotros. —Se mueve y quita sus brazos cruzados, observándome como si esto le doliese. Pero es una locura, ¿no? Solo somos amigos—. De todas maneras, no permitiré que haya problemas en mi restaurante, Ginebra. Ni contigo ni con nadie, pero sobre todo contigo.

Se gira para irse y algo presiona mi garganta. Voy tras él y le agarro del codo, cuando me mira, mi cuerpo arde.

—Pero, seguimos siendo amigos, ¿no?

La risa irónica que suelta de repente me trastorna y su mirada sobre mí, también.

—Claro, como siempre. Amigos.

Abre la puerta y cierra con un toque más fuerte de lo normal. Y algo me dice que ya nada va a ser como siempre.



A las once de la mañana estoy en la puerta del restaurante. La reja negra está medio bajada y la puerta, negra también y de cristal, medio abierta. Accedo al interior y ya hay gente dando vueltas por aquí. Mi horario de entrada es a la una del mediodía, pero Guzmán quería que hoy viniese antes para explicármelo todo mejor y presentarme al equipo.

Observo la decoración como si no lo hubiese hecho antes, y de fondo hay el barullo típico de un restaurante: trabajadores hablando, ruido de platos y vasos en la cocina y algunas puertas que se cierran. De pronto, Guzmán sale de una puerta al fondo del local y mi corazón se pone a latir como loco.

—Buenos días, Ginebra.

Odio que me llame así, con ese tono tan frío. Pero no digo nada, solo le respondo.

—Buenos días.

Está unos segundos mirándome, pero luego mueve la mano y me señala hacia el lugar de donde ha salido. Camino hasta allí, notándome inquieta el tenerlo detrás. Cuando la puerta se cierra, escucho su respiración, pero intento concentrarme en que es él. Lo conozco, somos amigos, no debo estar nerviosa.

—En cuanto Vanesa esté aquí tendrás tu uniforme. Ella será la que te asigne al compañero o la compañera que te ayudará esta semana. —Se sienta tras el escritorio y mi entrepierna palpita al imaginar lo que me describió ayer en la playa—. Aquí tienes el contrato. —Alza la vista y me hace un gesto para que me

siente. Como tardo en hacerlo, toma aire y se echa hacia atrás en el sillón, enlazando los dedos sobre su estómago. Su tono de voz se dulcifica—. No muerdo, Ginebra. Soy yo, nada va a cambiar entre nosotros, seguimos siendo los dos. No te preocupes por eso.

Sus palabras deberían tranquilizarme, pero las odio. No quiero esto, quiero que aproveche esta privacidad para robarme un beso, tocarme el cuello o decirme lo guapa que estoy. Pero me lo he buscado yo, así que debo callarme la boca y dejar de pensar idioteces.

—Lo sé.

Procedo a sentarme, cojo los folios y los leo. Guzmán teclea en su ordenador mientras tanto. Estamos así un rato bastante largo, me tomo mi tiempo en leer esto y él responde a todas las preguntas que tengo. Me las aclara y en alguna ocasión se ha levantado, colocado detrás y me ha señalado lo que quería explicarme. Su mano ha rozado la mía, su pecho mi hombro y no he podido resistirme en dejarme caer un poco para que me sostenga. Se inclina un poco más a mí y lo escucho decir muy cerca de mi oído:

—¿Puedes recogerte el pelo? —Sin moverme, abro los ojos un poco y trago saliva. ¿Quiere tener acceso a mi cuello? ¿Empieza la fiesta? Aún no me he girado cuando escucho cómo recoge aire y lo expulsa por la nariz mirándome el perfil de la cara—. Debes llevarlo recogido. Va con el uniforme —me explica con la voz un poco ronca.

Asiento, sintiéndome idiota, y le sonrío. «Mala idea», me digo. Está tan cerca como siempre que vamos a besarnos, sus ojos marrones corren por mi rostro como siempre que busca respuestas.

—Sí, claro. ¿Un aseo?

Carraspea poniéndose recto, colocándose la chaqueta, y me señala una puerta detrás de él. Voy allí sin mediar palabra, cierro y me miro al espejo contemplando la cara de tonta que tengo. ¿De verdad que estoy tonteando así con él después de decirle que no podemos acostarnos? «Estás jugando con fuego, Ginebra», me digo suspirando.

Saco la goma negra que siempre llevo en la muñeca y me recojo el pelo en una coleta alta, a pesar de tenerlo corto. Me echo un poco de agua en los pelos salvajes que se me sueltan del agarre y salgo decidida. No puedo seguir comportándome como una cría. Cuando vuelvo a estar frente a él, sus ojos van a

mi garganta y recuerdo cada beso que ha dejado ahí. Me mojo los labios, consigo atraer su mirada allí y me siento ansiosa porque temo que me estallen las venas por la tensión. «¿Qué me pasa? He estado con Guzmán a solas un centenar de veces, ¿por qué ahora es diferente?», me cuestiono extrañada y enfadada a la vez.

En algún momento decide que debe dejar de mirarme y cierra su portátil. Se levanta tan rápido, camina tan seguro hasta mí y me mira tan intenso que, por un momento, espero, ¡deseo! y creo que va a besarme.

Pero no.

—Voy a enseñarte el restaurante.

Salimos del despacho y me guía hasta la puerta de los servicios para clientes, a la cocina y a la recepción. Después, subimos a la segunda planta con forma de balcón interior y me explica el funcionamiento. Al parecer, hay camareros para la planta de abajo y otros para esta parte.

—Por ahí está la zona para empleados —indica con una mano en mi espalda cuando vamos a pasar por las puertas.

—Debo reconocer que tu restaurante es precioso y muy elegante.

—Gracias —me susurra muy cerca—. Estos son los vestuarios de las mujeres y este el de los hombres. Hay taquillas y podrás cogerte una para guardar tus pertenencias. Ahí al fondo hay una sala de descanso.

Lo escucho, pero estoy pensando en otra cosa. Me giro, me saca al menos una cabeza, y veo una sonrisa en sus labios, como siempre que hablamos.

—Me imaginaba que estaría más ambientado en Egipto. —Sube las cejas, como si lo que digo no fuese obvio.

—¿Y eso por qué? —Se ríe.

—No sé, se llama La Pirámide. —Su sonrisa se va esfumando. Baja los brazos y pone una mano en mi bíceps.

—No sé por qué nunca te lo he dicho. Hemos pasado muchas noches hablando de nosotros. —Asiento, pues lleva razón—. El nombre es por mi familia. Por eso el dibujo del símbolo tiene dos líneas que divide la pirámide en tres partes. Camila, mi madre y mi padre.

Siento que me pican los ojos y me acerco a él en un impulso.

—Va a resultar que eres un magnate de lo más sentimental. —Se moja los labios sonriendo.

—Si eso me da puntos…

Suelto una risa y, por un momento, quiero besarlo. Ojalá me hubiese contado esto en mi casa, o en la playa, o cenando. Lo hubiese besado sin pensármelo. Guzmán es tan familiar, tan protector y cariñoso que desarma todas las ideas que pueda tener alguien acerca de que los hombres son todos iguales. Estoy a punto de decirle que todo en él le da puntos conmigo, que está al principio de la lista, pero la puerta se abre de golpe y ambos nos enderezamos. Vanesa, vestida con traje, nos clava esos ojos verdes que tan bien recuerdo de aquella noche en la discoteca. Lo que me hace mirar la hora en el reloj de muñeca que me he puesto, la mañana ha pasado volando.

Capítulo 27



—Hola —digo con toda mi educación, sin quitar ojo de cómo se coloca junto a Guzmán , y lo mira a los ojos.

—Guz… —Carraspea y no entiendo—. Señor Romero, ¿esta es la chica nueva?

«¿Señor Romero?, no me jodas», pienso aguantándome la risa.

—Sí, esta es Ginebra. Asígnele su compañero y le da el uniforme. Elegirá su taquilla después.

Los ojos de Vanesa se clavan como dagas en mi persona cuando él utiliza mi nombre y algo me dice que aquí no llama por su nombre a nadie. Y que esto va a traer consecuencias.

—Por supuesto. —Deja de mirarlo y se centra en mí—. ¿Señorita…?

—Cazorla.

—Muy bien, acompáñeme, señorita Cazorla.

Miro a Guzmán cuando Vanesa dice eso y este asiente. Agarra el pomo de la puerta y escucho que dice antes de salir:

—Que tengas buen día, Ginebra.

Nos quedamos solas, nos miramos, nos estudiamos, y Vanesa se gira y empieza a entrar en los vestuarios. Abre una taquilla al fondo y saca cajas con ropa.

—¿Tallas?

Algo me dice que va a utilizar esa información para joderme, solo hay que ver cómo me mira para saber que esta mujer me ha declarado la guerra. Menos mal que no puede darme más igual. No me importa qué talla tengo ni cuál sea la de otras, cada cuerpo es de una forma y todos son perfectos a su manera. Pero es que esta tía es tonta del culo.

—La mediana de camiseta, la treinta y ocho de pantalón y un treinta y siete de pie.

—Lo suponía —murmura por lo bajo doña talla S y treinta y cuatro de pantalón.

—¿Cómo dices?

—Nada. No he hablado. —Saca varias bolsas y me las da—. Intenta no tardar. Coge una taquilla y coloca tu nombre en las pegatinas en blanco que hay en las que están libres. Estaré en el despacho de Guzmán.

Sin decir nada más sale y me quedo con la sangre hirviendo. *Istirí in il dispichi di Guizmín.* «Idiota, esta mujer», me digo. Me fijo en el uniforme —pues claro que es negro, el color favorito de Guzmán—, suelto un bufido ahogado y me pongo a cambiarme. Cuando termino, sonrío. El caso es que me ha llamado la atención que me haya tratado de usted cuando estábamos delante de Guzmán y ahora aquí me haya tuteado, además con ese tono tan ¿despectivo?

Salgo de los vestuarios, colocándome bien la camiseta que se me ha salido un poco del pantalón y saludo a los compañeros que van llegando. Me dirijo al despacho y me encuentro una escena que me enfurece más de lo que debería. Vanesa está apoyada en el escritorio, pegada a Guzmán, mientras este le enseña algo en la pantalla del ordenador. Maldita, tiene una mano en el hombro que yo he mordido tantas veces y eso me pone furiosa.

—Hola.

Él mueve la cabeza rápido y no duda en levantarse para recibirme. No vuelve a mirar a Vanesa y esta se ve obligada a colocarse junto a él.

—Te queda bien. —Me fijo en Vanesa al oír lo que me dice Guzmán y este se percata—. Quiero decir que es tu talla.

—Sí, me va bien.

Hay un silencio. La mujer estirada, maquillada y con cara de oler mierda

que está con nosotros se centra en hacernos saber que está aquí.

—Vamos, voy a presentarte al resto de la plantilla. Emilio será quién esté contigo esta semana —me explica saliendo por la puerta, pero Guzmán nos detiene al hablar.

—¿Emilio? ¿Por qué él? —Su voz destila desaprobación y recorro su rostro, curiosa.

—Lo considero el más cualificado. Además, ambos trabajarán juntos en los reservados. ¿Qué mejor que esta oportunidad para que se conozcan?

—Ya… —comenta sin entusiasmo—. Voy con vosotras.

—Como desee.

Caminamos por el restaurante con Guzmán pisándonos los talones y llegamos a la segunda escalera que está ubicada en la parte izquierda. Arriba está Emilio: alto, moreno, tatuado y con el pelo un poco más largo arriba que abajo. Sonrío al oír a Guzmán chistar cuando este me da la mano.

—Emilio Gutiérrez. Un placer conocerla, señorita…

—Cazorla —decimos Guzmán y yo al unísono, y eso llama la atención de todos. Está detrás, observándonos con los brazos cruzados.

—Emilio, quédate con ella y explícale todo. Estará contigo una semana y después trabajaréis juntos, pero cada uno en su sección.

Mi compañero acepta, y con una sonrisa me dice:

—Acompáñeme.

Voy a empezar a caminar cuando una voz grave y gruesa, demasiado familiar, me detiene.

—Señorita Cazorla, pase por mi despacho antes de marcharse al final de su jornada.

Algo vibra en mi interior, me activa la piel y me burbujea el estómago. Muevo la cabeza de manera afirmativa y voy con Emilio. Este me lo explica todo al dedillo: cómo se manejan aquí los problemas, la forma de hablarle a los clientes, de coger la bandeja, de comprobar una reserva e incluso de cómo actuar cuando Guzmán está presente. Es majo, atractivo y divertido, pero para nada mi tipo.

Hemos comido antes de empezar con el servicio y he conocido a más compañeros, son todos muy majos. Media hora más tarde, Emilio y yo volvemos a nuestra área. Por lo que me explica, a no ser que haya muchísima gente, donde los balcones interiores solo hay un camarero exclusivo por zona. Solo seremos reemplazados en el rato de descanso.

A las tres de la tarde el restaurante está hasta arriba. Yo no atiendo a nadie, solo sigo a Emilio y me empapo de su forma de trabajar. *Imagine Dragons* envuelve la estancia y no puedo estar más cómoda. Volvemos al lío y cuando me doy cuenta, mi turno ha finalizado. Me despido y me dirijo a las taquillas a por mis cosas. Antes de ir al despacho de Guzmán, paso por delante de la cocina y sigo hasta el final del local. Llamo a la puerta con los nudillos y, tras varios segundos, abre.

—Pasa —me dice con tono autoritario y así hago. Después, me acomodo en la misma silla de esta mañana y él lo hace en la suya—. ¿Cómo te ha ido? No he podido salir a verte en toda la tarde.

Eso me produce algo muy agradable en el pecho, pero lo rechazo.

—Genial, Emilio me lo ha explicado todo muy bien. Dice que mañana podríamos probar a estar un rato sola mientras él observa cómo trabajo.

Muerde con fuerza, pero se lleva unos dedos a la mandíbula. De la misma forma como suelo hacer yo. «Solía», me digo.

—Ya me encargaré yo de observarte —apunta con contundencia y se me calienta todo el cuerpo.

—Perfecto.

—Como tiene que ser, ¿sabes?

Acepto, sabiendo que esto empieza a desviarse. Lo hace mucho, siempre dice que nunca ha tenido pareja, pero conmigo se comporta como si lo fuésemos. Es curioso, pero no puedo dejar de pensar en él y en sus manos sobre mi cuerpo.

—Lo sé. —Me escucho decir como una idiota y eso enciende la mirada de Guzmán.

Se levanta de la silla, camina hasta mí y se pone de cuclillas a mi lado. Cierro los ojos cuando toca mis rodillas.

—Gin…

Pero la puerta es golpeada varias veces y maldice más fuerte de lo que estoy segura quería hacer. Asiente con la cabeza, como si algo en su cerebro lo hubiese hecho recapacitar, y quita sus manos de mi cuerpo. Se pone de pie y me observa.

—¡Un momento! —exclama sin quitar sus ojos de mí—. ¿Cenamos luego? —Mis labios se estiran en una sonría, me alegra que no vaya a cambiar mucho entre nosotros. Guzmán junta sus manos—. Perfecto, reservaré en un bar que he visto cerca y sé que te va a gustar.

Por un momento noto la decepción en mi pecho.

—Oh, vale. ¿A qué hora? —Guzmán arruga el entrecejo y viene hasta mí.

—¿Qué pasa, Gin?

—Nada. —Su dedo índice masajea mi nariz y entre mis cejas. Ambos reímos.

—Creo que te voy conociendo lo suficiente para saber que me mientes —aclara en un tono de voz muy íntimo—. Dime, ¿qué pasa?

Niego varias veces y acabo diciéndolo casi avergonzada porque he sido yo la que quería dejar de acostarnos ahora que es mi jefe.

—Pensaba que sería en mi piso.

Sonríe de manera dulce y me acaricia la nuca con sus dedos. Sí, por fin. Soy ridícula. Ni siquiera ha pasado un día y no puedo mantenerme alejada.

—No puedo ser un amigo y un jefe prudente contigo si nos quedamos a solas en tu piso sabiendo lo que podemos hacer ahí —murmura muy cerca de mi boca.

—Entiendo —respondo asustada por lo que siento—. Estaré lista a las nueve y media.

Se aleja y deja mi nuca fría.

—Genial.

Vamos a la puerta, pero, antes de que abra, me detengo. Llevo toda la semana para decírselo y siempre se me pasa.

—Quería invitaros a Camila y a ti a comer a casa de mi abuela este domingo. —Los ojos de Guzmán pasan por todo mi rostro y tengo el impulso de seguir hablando—. Si no tienes planes, claro.

Me pone unos mechones detrás de la oreja y sus ojos me dicen algo, pero no descifro con exactitud qué. O, al menos, no quiero hacerme ilusiones.

—No pienso perdérmelo.

Sonrío y me despido de él antes de abrir y encontrarnos a Vanesa a punto de llamar de nuevo. Guzmán la invita a pasar, arañándome por dentro sin saberlo, y lo último que veo es una sonrisa enorme en los labios de esa arpía.

La guerra ha empezado, lo noto.

Capítulo 28



Llegamos a casa de la abuela de Gin sobre las once de la mañana. El trayecto ha sido más largo de lo normal, también porque nos ha estado enseñando a Camila y a mí el paisaje y no hemos dejado de charlar y contarnos cosas. Mi hermana se ha abierto con ella como un maldito libro y me he sentido tan bien que no he dejado de sonreír. Incluso ha bromeado conmigo una vez.

¿Cómo se consigue mantener distancias con una persona que lo pone todo en regla en tu vida? Pero es lo que quiere ahora que trabajamos juntos y yo no quiero perderla. Por lo que solo me queda aceptar.

Hemos venido en mi coche, muy a pesar de Gin, pero al final la he convencido diciendo que al suyo le vendría bien un descanso. Tras discutir un rato, ha accedido. Lo mismo ha pasado con Camila que, para mi sorpresa, no ha puesto ninguna objeción por ir sentada detrás, al lado del perro.

—Oye, Gin. ¿Pasas el verano aquí?

La miro cuando detengo el coche en un aparcamiento libre y espero que le responda a mi hermana.

—Sí —contesta con una sonrisa—, aunque me gusta nuestra playa, adoro pasar el verano con mi familia.

—¿Os reunís mucha gente?

Por cómo ha cambiado su cara y ha mirado por la ventana, creo

que mi hermana ha preguntado más de la cuenta.

—No seas cotilla, enana.

Camila abre los ojos ante mi comentario, pero, a diferencia de otra ocasión cuando se me ha escapado ese apodo que usaba cuando no me odiaba, se lo toma bien. Incluso sonríe un poco.

—Perdona —dice, y saca al perro del coche.

Nosotros nos quedamos dentro, observando cómo Camila se aleja un poco para mirar la playa. Cuando estamos solos, o no puede vernos, me giro hacia ella y pongo una mano en su pierna. La mira y se gira hacia mi rostro.

—Es una adolescente… no… —No sé qué cojones decir, pero sus ojos turbios me ponen nervioso. Nunca los he visto así. ¿Será que cada vez vemos más el interior del otro?

—¿Cómo iba a saber nada? Ni siquiera tú lo haces. —Asiento, comprendiendo que hasta ahora no ha sido el momento en el que se ha sentido segura de hablarme de lo que sea que ha arrastrado a mi preciosa Gin al fondo de su interior—. No tengo más familia, aparte de Celeste, Jorge y mi abuela.

Su mirada recorre mi cara por si me sorprendo de lo que dice, pero lo que me impresiona es que hasta eso lo tenemos en común. Bueno, y el dolor que experimento de repente por ella. Se mueve en su sitio y arrastro mi mano por el interior de su muslo para apretarlo con afecto. Debería estar prohibido lo que siento en estos momentos.

—Las Navidades pasadas hizo veinte años que han muerto mis padres.

Cierro los ojos un momento y respiro hondo. Cuando los abro, los suyos están empañados y me muero de ganas de hacerla reír, pero sé que no es el momento. Sin poder evitarlo, llevo mis dedos a su nuca, sé cuánto le gusta. Y, para qué mentirnos, a mí también. ¿Qué han pasado, tres días? Mierda, la necesidad que tengo por ella es más que palpable y agónica. Cierra los párpados tranquila, para sentir mi caricia, y con ello caen unas lágrimas. Las quito de inmediato con el pulgar. Sus ojos

dorados se clavan en los míos. En mí. En el dueño de mi maldito pecho.

No puedo controlarlo, solo sé que la estoy atrayendo y que la beso segundos después. Tomo aire, ansioso, cuando me corresponde. Tengo ganas de más, de mucho más, pero me doy cuenta de lo que estoy haciendo y me pidió que no lo hiciéramos. Me alejo con la intención de disculparme, pero sus manos atrapan mi cara y se pega a mí con la misma demanda que yo hace unos segundos. No pienso rechazar que ella me quiera tocar. Agarro su cintura con las manos y me aferro ahí, porque sé que no puedo sentarla sobre mí. Nuestras respiraciones se aceleran, eso es un hecho, pero creo que los dos nos sentimos igual de bien con esto. De un momento a otro el beso tiene que llegar a su fin y le acaricio la mejilla. La observo extasiado.

—Siento muchísimo que los perdieras —dice llorando y, no me malinterpretes, aunque se me parte el corazón verla así, es el gesto más humano, natural y precioso que he visto en mi puta vida.

—Eh… —le susurro bajando la cara para mirarla y se la levanto por el mentón—. Estoy aquí, contigo. Para ti.

Se le intensifican las lágrimas y mi corazón late.

—Lo sé. —Llora, sorbiendo la nariz e intento animarla como sea. Ya llorará sobre mí más tarde.

—No llores, Gin. No… no puedo verte llorar. —Se limpia los ojos con los puños de la camiseta verde que lleva. Está preciosa. Le paso el dedo por el labio—. Tienes que sonreír para no preocupar a tu abuela. Además, me prometiste dar un paseo por la playa.

—Es verdad —dice bajito. No me lo esperaba, pero se inclina y me da un pico en los labios antes de abrir la puerta y mirar al frente—. Vamos, tu hermana nos está esperando.

Afirmo con la cabeza, porque no puedo decir nada. Nos bajamos y caminamos, sin tocarnos, claro, hasta el murito que separa las casas de la playa.

—¿Qué hacíais? —nos pregunta Camila y, de repente, tengo ganas de darle un coscorrón.

—Nada.

Sonrío, pero la sonrisa se me borra cuando escucho la voz de otro hombre.

—¿Manolo da problemas de nuevo? —pregunta el mecánico al no ver el coche de Gin.

—¡Fer! —saluda con una sonrisa muy falsa, pero no sé por qué.

—¡Gini! —Odio que la llame así. Tengo ganas de agarrarlo de la garganta—. Me ha contado Ana que venías a comer y me he pasado a saludar. —Mira por encima de su hombro mientras la abraza. Luego se separa, mirándonos a Camila y a mí y le dice demasiado cerca—. Lo que no sabía es que venías acompañada.

Ginebra se gira, nos sonríe y se me relaja cada maldito músculo.

—Ya era hora.

—¿Le ha pasado algo a Manolo? —interroga mirando mi BMW.

—No, solo hemos decidido venir en el de Guzmán.

Mis ojos no se mueven de los suyos y apuesto mis restaurantes a que el idiota de Fernando se siente incómodo. Como si no quisiera estar ahí, se disculpa con él y nos hace andar a nosotros tras ella. No es mucho, quizá unos pocos metros, cuando llegamos a una casita con doble puerta. La primera es una reja y la segunda, una de madera. Observo algunos niños jugando en la calle a la pelota y otra reunión en la playa aprovechando el sol. Frankfurt, que estaba dentro ya, sale a recibirnos como si no hubiese venido con nosotros.

—Mi Gin —dice su abuela y se detiene al abrazarla cuando nos ve. Le acaricia el pelo y viene hasta nosotros—. Vaya, vaya. —Canturrea mirándome.

—Yaya… —le advierte su nieta al tiempo que el que ya sé que es su primo y otro chaval más de su edad salen de una habitación.

—¿Qué, niña? No me esperaba a don *nopiensoentrarenelpisonitenernadaconsunieta* aquí.

Se me escapa una carcajada porque esta mujer da un miedo de la hostia. Luego observo a Gin, espero que no se moleste; en cambio, está sonriéndome con dulzura y dejo de pensar. Jorge, me palmea el hombro, pero no me mira, si no detrás de mí.

—Te cazó —me suelta dando un paso adelante y lo escucho decir —: Hola, soy Jorge.

Me giro de inmediato.

—Camila —se presenta mi hermana sonriendo. «¡Venga ya!», me digo.

—Y tiene dieciséis años —añado por si lo duda el muchacho.

—¡Guzmán! —se queja Camila y él me regala una carcajada.

—Tío, tranquilo. Solo quería ser educado. —Se marcha al mismo sitio por el que ha salido.

—Encantado, Guzmán. Camila, soy Rodri.

Saludamos al otro chaval y también desaparece. Ana me dedica una sonrisa terrorífica y me hace un *tour* rápido por la casa. Me sorprende ver tantas imágenes religiosas por las paredes. Ginebra nos sigue en silencio, pero se queja cuando su abuela me mete en la que era su habitación y la de Celeste. Es como si estuviese dividida por una línea imaginaria. Una es rosa, con volantitos donde hay tela, pósteres de cantantes y actrices de nuestra época. Y la otra es serena, con fotos de atardeceres, un tablón con imágenes de amigos, familia —supongo— y un peluche en el centro.

Totalmente Gin.

Cuando nos ponemos en la cocina, pues Ana ha advertido que hay que hacer el pollo al horno, las observo cocinar. Han incluido a mi hermana y está radiante, sonriente, feliz. Y no quiero perdérmelo ni observarlo, quiero participar. Así que me levanto, bajo a Frankfurt de mis piernas y me lavo las manos en el fregadero. Ginebra me observa mientras corta perejil. Sin darme cuenta, le guiño un ojo y miro a mi hermana y a Ana, pero no me han visto. Gin suelta una risita que me

hace sonreír.

—¿Os puedo ayudar? —pregunto acercándome a ellas.

—Guzmán cocina muy bien —dice mi hermana. Estoy que no la reconozco—, una vez me contó que cocinaba con nuestros padres en su restaurante.

Es la primera vez que los nombra para recordar algo de ellos frente a mí. Le paso una mano por el pelo y, de repente, quiero abrazarla, pero me contengo, no quiero asustarla. Sí, desde que me convirtió en su enemigo tengo que ir con pies de plomo.

—¡No me digas! —exclama Ana—. En ese caso, haz la salsa. —Acepto y me pongo a ello.

Lo pasamos bien, bromeamos, reímos y escuchamos las historias de la abuela. Estoy muy a gusto en este ambiente familiar, hacía muchísimo que no teníamos algo así. Camila y yo llevamos muchos años solos y no es hasta ahora que me doy cuenta.

Quizá volver no sea necesario.



Sobre las tres del mediodía, Ana abre por última vez la puerta del horno y esta vez nos avisa de que está listo.

—¡Qué bien huele! —Escucho que dice Jorge, entrando en la cocina con su amigo Rodri.

—Venga, venga —comenta Ana y luego clava la mirada en sus nietos—. Niños, la mesa.

Ambos acatan la orden y cogen las cosas, también Rodrigo se une y yo animo a Camila, siguiéndola después.

—¡Vosotros sois los invitados! —nos regaña a los tres haciéndonos reír.

—¡Anacleta, yo soy de la familia! —De repente, una cuchara de

madera da directo en la cabeza del amigo de Jorge. Se escucha un «¡Auch!» grupal y rompemos en risas. El chico se pasa la mano por la zona dolorida y guiña un ojo al mirar a la mujer que hace de abuela de todos—. ¡Qué brutita eres a veces!

Para calmar el siguiente ataque, le quito la paleta a la mujer de la mano y la dejo sobre la encimera. Puedo ver algo de Gin en su carácter.

—Ana, mi hermana y yo pretendemos ser de su familia. Así que no es tan raro que pongamos la mesa, siéntese. —Mira a su nieta y esta mueve los hombros.

—Esta vez lo haré, pero deja de hablarme así. Tutéame, hombre. —Asiento con un gesto y eso pienso hacer a partir de ahora, no quiero que me abra la cabeza.

—Voy a dejar el kebab —anuncia Jorge entre bocados, y me doy cuenta de cómo sus familiares se miran.

—¿Por qué? —pregunta la abuela. Gin solo lo observa.

—Tengo que centrarme en los últimos exámenes y… —Se gira hacia su prima y puedo ver el dolor en esos ojos ambarinos que tanto adoro. La observo confundido, pero no me enfoca.

—Y ¿qué? —insiste Ana, ahora es Rodri el que se tensa. Algo me dice que se viene drama familiar.

—Tengo que irme, abuela.

La anciana nos observa a todos sin saber qué hacer y Gin ha soltado el tenedor. Me encuentro incómodo, pero cómodo a la vez de estar aquí. La mujer retira la silla de la mesa y clava sus ojos marrones en su nieto.

—¿A dónde, chiquillo? —Se palpa el dolor en su voz.

El muchacho se rasca la cabeza y va a hablar, pero centra la mirada a un lado de la mesa hacia su prima. Esta niega con la cabeza.

—Abuela. —Pero Ana se ha levantado y ha abandonado la cocina con Gin detrás. Voy a levantarme, pero Jorge me detiene—. Será mejor

que las dejes solas. —Me molesta un poco que me diga que no vaya con Gin, pero me quedo sentado y lo escucho suspirar—. ¡Qué mierda! —se queja levantándose furioso y se va de allí. Rodrigo lo sigue.

Mi hermana los acompaña con la mirada y luego se gira hacia mí. Quiere decir algo, pero se está conteniendo. Le pongo un mechón claro de su pelo detrás de la oreja.

—Dime —la animo y se encoge de hombros.

—¿Queda horrible si digo que me encuentro muy bien en este ambiente familiar?

«No, en realidad, no», me digo en silencio.

—¿Aunque hayan discutido? —pregunto sabiendo qué me va a responder.

—Sí. Quiero decir… que hayan ido uno detrás de otro para consolarse, que tengan a quien contarle…

Eso me duele, ella me tiene a mí.

—Siempre he estado aquí, Cami. Contigo.

Sus ojos, como los de nuestra madre, se ponen sobre los míos y veo que va a llorar.

—Lo sé, y siento haber sido así.

La abrazo como tenía ganas de hacer antes. Está entre mis brazos, como antaño. En silencio la acuno y acaricio. Aspiro el mismo olor en su pelo que cuando tenía siete años, ocho, diez… Mi hermana.

Me fijo en la puerta de la cocina y creo que nuestro destino era conocer a Ginebra, a su gente.

Para que todo estuviese bien.

Para que mi corazón volviese a latir.

Para reencontrar a mi hermana.

Para tener lo que siempre he querido: alguien a quien poder amar

como se amaron mis padres.

Alguien como Gin.

Capítulo 29



Hace un mes desde la primera vez que Guzmán fue a comer con mi familia. Un mes desde que trabajo en su restaurante. Un mes desde que Jorge le contó a nuestra abuela que tenía pensado irse a vivir con su hermana porque había encontrado un buen bufete de abogados en Madrid donde trabajar. Un mes desde que Guzmán y Camila se llevan como dos buenos hermanos.

Y un mes desde que algo cambió entre nosotros.

Mientras termino de recoger las copas vacías de una mesa, le echo un vistazo desde arriba, está hablando de algo con Vanesa junto a la cocina y ella no parece contenta. Estoy deseando terminar mi turno y pasar por el despacho del jefe para contarle mis progresos. Aunque para eso todavía me quedan unas cuantas horas. Creo que eso no hay quien se lo trague, y mucho menos Vanesa, que pone sus ojos sobre mis movimientos siempre que llega la hora de irme. No es que hagamos nada, quizá algún beso robado, alguna caricia, nada más. Pero a veces tengo la sensación de que esa arpía tiene una cámara en el despacho, es como si supiese que…

—Disculpe —dice alguien a mi espalda. Me sorprendo y me giro.

—Buenas tardes, señores, ¿tienen reserva?

Observo al hombre de unos sesenta años que viene acompañado de una mujer de su edad. Ambos destilan elegancia, dinero y reputación. Con mucha soltura me da un nombre, abro la aplicación que tiene La Pirámide para contactar con la lista de reservas y compruebo que la información es correcta. Los hago pasar a la mesa diez y se sientan. Piden lo más caro de la carta, así me lo han hecho saber, y envío la comanda a la cocina. Los reservados suelen tener prioridad.

Poco después, dos hombres de poco más de treinta años, me requieren en la entrada y me sonríen de forma encantadora en cuanto me aproximo.

—¿Cuál es vuestra mejor mesa? —pregunta el más alto, pelirrojo, de ojos verdes y algunas pecas sobre la nariz.

Yo despliego esos encantos que tanto halaga Guzmán en la intimidad. Además, sé que solo intentan hablar, ya que no se pueden cambiar las mesas que se reservan a no ser que sea estrictamente necesario.

—¡Vamos, caballeros! —digo con educación y gracia, sacándoles una risa a los dos—. ¿Han observado este lugar? ¿Hay una sola mesa que no sea la mejor?

Los dos sueltan una carcajada y veo que Emilio, al otro lado de los reservados, me levanta el pulgar con una sonrisa. A continuación, les hago un gesto para que me acompañen hacia la mesa ocho después de comprobar los datos; aunque, en realidad, esta mesa se la acabo de asignar por mi cuenta y riesgo ya que no tenían ninguna fijada en la aplicación. «Qué raro…», me digo.

—Da gusto venir a un restaurante donde la simpatía y la profesionalidad priman —dice el pelirrojo a mi lado—. Buen trabajo, preciosa.

—Gra-gracias —digo orgullosa y algo avergonzada.

Cuando voy a la bodega a por una de las botellas de vino más famosa de la cadena de restaurantes La Pirámide, me vuelvo para ver si todo está en orden y me encuentro con los ojos de Guzmán clavados en mí. Noto que algo se derrama por mis venas, algo caliente y excitante. Quito la mirada cuando veo que empieza a venir hacia mí. «¿He hecho algo mal?», pienso, pero cuando miro a los comensales me doy cuenta de que el pelirrojo lo saluda.

—Enzo, César. —Escucho decir detrás y mi cuerpo tiembla—. Me alegro de volver a veros.

—Guzmán, amigo. Ya nos tienes aquí. —El pelirrojo me mira y pone sus ojos detrás, pero yo no me giro—. Por cierto, un servicio sensacional.

Ni siquiera sé qué ocurre cuando el cuerpo de Guzmán me da en la espalda como casi de refilón y se coloca en mi campo de visión tras rodearme.

—Sí, en mi plantilla solo hay lo mejor. —Saluda con un apretón de mano a ambos y yo trago saliva, no sé si debería moverme o quedarme aquí—.

Ginebra, que nos atiendan arriba, por favor. —Señala la entreplanta, a dos escalones de donde estoy y veo que solo hay una mesa y es la que utiliza Guzmán para reunirse. Acepto, pensando que no me ha llamado por mi apellido —. También necesito que añadas un comensal más y que le pidas a Néstor que se encargue de nuestra mesa—. Asiento de nuevo y hago las modificaciones pertinentes—. Gracias. Por aquí, caballeros.

Me toca el brazo cuando pasa por mi lado y los observo caminar. ¿Por qué me habrá quitado como responsable de su mesa? Al girarme para buscar a Néstor, antes de mandarle una señal de aviso con el dispositivo que me dio Guzmán al principio y para el que me explicó que se utilizaba a modo de busca, Vanesa pasa por mi lado con una sonrisa diabólica y me hace un gesto con la mirada diciéndome de forma clara: «tú ahí, en tu sitio» mientras la veo saludar a los recién llegados y, a continuación, se sienta con los tres a la mesa. Aprieto los labios y lo último que veo antes de buscar a mi compañero es la mirada de Guzmán que me dice que me olvide de ella. ¡Pero, arrrrrg, no puedo! ¡Es una víbora!

Néstor tarda más de lo que debería en acudir a su puesto y me veo en la obligación de subir los peldaños cuando el pelirrojo levanta una mano en mi dirección. Vanesa me escanea, ¡no!, me fulmina, más bien. El tipo moreno está sentado en un lado con la mano en la barbilla sosteniendo su cabeza y Guzmán recorre mi cuerpo con un ardor y ¿molestia? en los ojos que me calienta entera.

—¿Señorita…? —comienza diciendo el pelirrojo y el magnate carraspea.

—Cazorla —responde Guzmán con la voz grave y mis ojos se mueven con rapidez.

El moreno sonríe de medio lado, da casi miedo. El otro suelta una carcajada que, aunque tenga apariencia alegre y cercana, tiene pinta de dar más miedo que su amigo. Hace un movimiento y su brazo cae sobre el respaldo de Guzmán.

—Señorita Cazorla, ¿podría pedir otra botella de vino? —Afirmo enseguida y, como no me han dado ningún nombre, voy a por otra catalogada como la mejor. Es algo que he aprendido en este restaurante.

—¿Y Domínguez?, señorita Cazorla.

No me molesta en absoluto que Guzmán me llame así, lo que me jode es la reacción de Vanesa hacia ello y cómo sonríe.

—Debe estar al llegar, le he avisado del cambio de puesto. —Asiente para decir algo, pero es Vanesa quien habla mientras se levanta.

—Iré yo. Llevo como gerente aquí varios años ya, sé cómo funciona.

Me mira de paso y me deja sola ante tres mastodontes típicos de novelas románticas. Parpadeo un poco y, cuando sé que no van a pedir nada y sobro, me voy.

—Mmm, menudo dulcecito. —Escucho que dicen por detrás.

—¡Enzo! —lo reprende Guzmán.



Salgo de los vestuarios, mientras le contesto algunos mensajes a María. Me cuenta cositas del trabajo, de cómo está yéndole a mis antiguos alumnos y me recuerda que me echa de menos. También deja caer que ha ocurrido algo con Ernesto, pero prefiere contármelo este viernes cuando salgamos de copas. Después, camino hasta la puerta del despacho y doy varios toques en la madera. «¿Y cuándo habíamos quedado?», le pregunto yo. «Ahora mismo, boba», me ha respondido arrancándome una risa. Me tambaleo un poco cuando la puerta se abre y, al levantar la cabeza, Guzmán está ahí parado esperando que diga o haga algo.

—Hola —saludo con los cachetes un poco calientes, pero me convenzo de que es por el trabajo. Hoy la tarde ha sido agotadora.

—Pasa. —Su rostro solo se destensa cuando ha cerrado la puerta, sus labios dejan de estar rígidos, su mandíbula ya no está apretada y sus ojos se han caído un poco—. ¿Cómo te ha ido el día? —quiere saber y le explico un poco por encima. Le recalco que ha sido el más agotador, que cada vez me hago más amiga de los compis y que he probado una comida diferente que la cocinera dejó en la zona de descanso para nosotros. Sonríe y deja las manos debajo de su barbilla—. Me alegro mucho. Se nota que vas cogiéndole el ritmo al trabajo.

—¿Qué tal tu reunión? —Me preocupo de vuelta, mirando como empieza a levantarse.

—Bastante bien. César y Enzo son dos hermanos que tienen viñedos y son dueños de algunas bodegas. Su vino es el mejor que tenemos y han venido a

ofrecerme uno nuevo que están elaborando. Pero ha habido un momento en el que solo quería que se fueran, sobre todo Enzo.

—¿Por qué? —pregunto tragando saliva. Se acuclilla delante de mí y me abre las piernas para meter su cuerpo ahí.

—Reina, no sé por qué, o quizá sí, pero no estamos listos para escucharlo. No quiero que nadie más, aparte de mí, fantasee con tu cuerpo.

Me besa el muslo por encima de la ropa, enviándome descargas por todo el cuerpo.

—Guzmán.

—¿Sí? —murmura, subiendo por mi pierna. Quiero decirle que pare, que nosotros no hacemos esto aquí, pero cuando sus labios se ponen sobre mi cuerpo pierdo todo el sentido—. Dime —insiste, mordiéndome cerca de la ingle.

—No es el lugar —consigo articular esas palabras mientras le agarro el pelo. Su sonrisa pícara me hace chistar—. Puede venir alguien.

Sus ojos se mueven de mis piernas subiendo hasta los míos. Me besa de nuevo, pero esta vez no continúa y se separa un poco. Me acaricia el dorso de la mano antes de ponerse en pie y recolocarse la erección sin ningún pudor.

—Está bien. Nos vemos esta noche, Reina. —Asiento, con la adrenalina recorriéndome la columna.

Capítulo 30



Tenía pensado invitar a Gin a salir hoy. El tiempo está cambiando, hace más calor, las noches no son tan frías y sé cuánto le gusta. Pero, al parecer, ella ya tenía planes y se le había pasado contármelos: su amiga María la había invitado hacía unos días a tomar algo.

¿Me molesta? Por supuesto. ¿Puedo hacer algo? Definitivamente no. Aunque pasemos tiempo juntos y el sexo entre nosotros haya aumentado, seguimos siendo una especie de amigos bastante raros. Por lo que solo puedo mirarla salir de su dormitorio mientras se cambia de ropa.

—¿Tú crees que estos vaqueros me quedan bien? Me da la sensación de que me quedan fondones.

Levanto la vista del móvil, el mismo que uso cada vez que entra en el cuarto para hacer un cambio, y necesito agarrarme fuerte al sofá para no saltar encima suya. Ese jodido pantalón le queda de escándalo y todos en la maldita discoteca lo sabrán.

—Te queda de muerte, Gin.

Deja de toquetearse la cintura del vaquero y me observa unos segundos, después se abre el botón y baja la cremallera. El borde de lo que imagino es un tanga —siempre los usa— se asoma y tomo aire.

—¿De verdad? ¿O solo lo dices porque eres mi amigo? —pregunta bajando el tono de voz. La agarro de la cintura para que se siente encima de mí cuando la tengo delante.

—Soy un amigo muy sincero. Y si digo que te quedan de muerte es porque no miento.

Le aprieto el culo y la empujo hacia mí, pegando su caliente sexo sobre mi ya abultada erección. Con delicadeza pasa los brazos alrededor de mi cuello y experimento un revuelo en el estómago que solo ella me provoca.

A veces pienso que esto es una gilipollez, que somos adultos para estar follando en cada momento que tenemos libre y que deberíamos afrontar que está ocurriendo algo entre nosotros. Pero siempre que voy a dar el paso me suelta uno de sus comentarios, como que soy el mejor amigo hombre que ha tenido nunca, que me tiene mucho aprecio y mierdas de esas. Y, para qué mentir, a mí me entra el miedo porque no sé cómo debo proceder. A veces, parece muy entregada, como si se olvidase de toda la mierda de que somos amigos; pero, de un momento a otro, cambia las tornas y parece que dejo de ser especial.

—¿Qué? —pregunta. Al principio tiene una leve sonrisa ardiente en los labios, pero empieza a desaparecer y se mueve entre mis manos —. No pasa nada si no te apetece.

Aprieto su cuerpo y la encajo otra vez donde estaba hace unos segundos. ¿Las mujeres no tienen un sexto sentido? ¿Dónde quedó el suyo? La tomo del cuello y la fijo sobre mí atrayendo su boca a la mía. Meto mi lengua y acaricio la suya cuando la encuentro, arrancándole unos gemidos muy prometedores.

—No vuelvas a pensar que no me apetece hacerte mía, Gin. Ya sabes que me vuelve loco follarte.

Asiente con un tono rosado en la cara y los labios entreabiertos. La tumbo en el sofá y le arranco la maldita ropa. Lleva un tanga, como había imaginado. O quizá es que ya me conozco hasta los lunares de su espalda. No me preocupo en desvestirme, estoy ansioso por hacerla gritar y voy directo a su caliente humedad.

La primera lamida la obliga a encorvar la espalda, así que la sujeto con mi mano sobre su estómago. Camino con los dedos por su piel y llego a sus preciosos pechos, ya duros.

—Ay, Guzmán… sí.

Me palpita la polla dentro de los pantalones y no veo la hora de meterme en ella, pero soy paciente y me entretengo en su clítoris. Muerdo este botoncito exigente, lo succiono y le clavo mi lengua en su interior. Vuelvo a repetirlo y ya noto sus dedos tirando de mi pelo.

—Un día me dejarás calvo —bromeo mirándola desde abajo, abierta, desnuda, expuesta. Para mí.

—Es que me follas muy bien.

Se remueve loca de deseo sobre el sofá, buscando con su sexo mi boca. La beso ahí antes de ponerme de pie, atrayendo su ansiosa mirada, y me quito la ropa. En menos de un segundo estoy encima de ella, pero cuando voy a empezar recuerdo que no tengo preservativos.

—¿Qué pasa? —inquiere con la voz irritada y eso me provoca la risa. Cierra sus piernas sujetándome la cintura—. ¿Qué ocurre?

—No tengo condón —confieso molesto, siempre llevo encima pues mi Gin es muy fogosa. Sus iris ambarinos están fijos en los míos y noto la presión que ejerce con su entrada en la punta de mi erección. Me tenso—. ¿Qué haces?

—Tomo la píldora, Guzmán.

Eso me descoloca, pues no me lo había dicho. Pensaba que, de ser así, lo sabría. Y me está jodiendo un poco.

—¿La tomas? —Me escucho preguntando y ella se queja.

—Sí, ¿qué pasa?

Sus caderas se mueven cuando me pilla pensando. Notar sus paredes apretarse a mi alrededor, carne con carne, calidez con calidez, sin nada que nos separe por primera vez, me roba el aliento, mi ser y todas las funciones que pueda mandarme el cerebro en este momento. Empiezo a embestirla extasiado, tocándola sin descanso.

«¿Qué pasa? ¿Que me estoy enamorando o qué? No puede ser, joder, yo no venía con estos planes. Era una temporada, me divertiría

con ella y después cada uno por su lado», me digo con una mezcla de enfado y confusión.

Gin abre más las piernas y me hundo en ella tanto como puedo. Toco sus pechos con ansia, me los llevo a la boca y le muerdo los pezones hasta que se queja con una sonrisa. Se la beso. Lo quiero todo de ella, anhelo todo lo que no tengo porque ninguno somos capaces de pedir o dar. Y es que sentirla así de íntimo me está volviendo loco.

En un arrebato me salgo y la cojo para darle la vuelta, sus rodillas se clavan en el asiento y me hundo de nuevo. Gime y a mí se me va todo detrás de ella. La agarro de la cintura y la follo desde atrás, observando su espalda encorvada, su culo medio abierto y su cara apoyada en el brazo del sofá.

—¿Te gusta así, Gin? —Afirma con la cabeza, pero quiero oírla. Embisto más fuerte—. Dime, Reina.

—Sí, sabes que sí —murmura con la boca seca y la levanto agarrándola por la garganta, le giro la cabeza y la beso.

—¿Qué es lo que sé?

Me gusta retarla, provocarla, calentarla. Me encanta escuchar cuánto ansía mi cuerpo.

—Todo lo que me haces, Guzmán. —Suelta un bufido, pero cargado de deseo. Y la condenada no tiene otra cosa que hacer que agarrarse los pechos y acariciárselos de manera erótica. Cierra los ojos por el deseo y mueve los labios de nuevo—. Todo lo que me haces. Cómo me tocas y me provocas. Cómo me miras. Cómo me llamas Reina o cómo pronuncias mi nombre cuando me dices Gin. Todo, Guzmán.

Aprieto los dientes al oírla, parece que es una declaración. Solo espero que no sea fruto de la proximidad del orgasmo. Yo estoy a punto y sé que ella también. Llevo una mano a su clítoris, hinchado, empapado, listo para que se lo toque y eso hago. Se deshace sobre mi erección, dura como una puta piedra, y las convulsiones y el hormigueo me recorren la columna. Mi corrida explota dentro de ella, sé que Gin lo nota porque la escucho sisear de placer cuando la lleno.

Yo sigo ardiendo, todavía la sujeto del cuello. Paso mi pulgar por su garganta y pego mis labios a su oído.

—Todo lo que quiero, Gin.

Por ahora me ahorro el *eres*.

Capítulo 31



Esas palabras me producen algo. Bueno, me producen todo. Desde que nos conocemos siempre hemos seguido este patrón: tenemos sexo, nos decimos en la cama cosas bonitas que dos amigos no deberían decirse y después como si nada. Sé que esto puede parecer absurdo, pero tampoco es que vaya a mirarlo a los ojos y a decirle: ¿quieres ser mi noviete? Pues no. Pero no por nada, sino porque creo que es algo que debe surgir y está claro que, por ahora, entre nosotros no va a pasar nada.

No sé en qué momento hemos venido a mi habitación, creo que este hombre me embruja tanto que pierdo la noción del tiempo. Recibo un beso en los labios antes de verlo rodar a mi lado. Sonrío sin poder evitarlo, ¡esto es tan placentero y me gusta tanto!

—¿En qué piensas? —me pregunta jugando con un mechón de mi pelo entre sus dedos.

—En nosotros —digo al fin, después de muchos meses picándome en la garganta. Es abrumante la forma en la que se tensa, la forma en la que su mano se va de mi pelo, la forma en la que su mirada, más fría y confusa que nunca, me hace parecer estúpida. Claro que no lo demuestro—. En nuestra amistad, Guzmán —le explico al notar que podría reventarle la cabeza en cualquier momento de tanto cavilar.

Y pensar que habría cancelado mis planes esta noche por estar con él…

Me levanto tras unos segundos bastante incómodos. Cojo mi ropa interior y me la pongo junto con los vaqueros. La cama suena y cuando me doy cuenta, Guzmán me ha cogido del codo para girarme hacia él.

—Ginebra, no quería…

Me suelto despacio, odio cuando me llama así. Doy un paso atrás y me pongo la camiseta, intentando calmar la respiración. De verdad, qué idiota. Saco la cabeza por el cuello y lo miro.

—Oye, tranqui —le digo poniéndome las botas de tela y suela alta que había escogido para esta noche—. No me has entendido. Es que estoy muy agradecida de conoceros, me gusta que nos estemos ayudando los unos a los otros. No me refería… —Tomo aire porque no sé si solo estoy siendo absurda en mi cabeza o Guzmán también está notando mis nervios—. No me refería a nosotros en plan serio, sé que no habrá nada entre tú y yo. Buen sexo, nada más.

Le sonrío, pero él ni siquiera me mira. Está muy concentrado jugando con sus dedos, menos mal que lleva los calzoncillos puestos porque si no, sería muy incómodo todo esto. Al momento asiente, en silencio todavía, y odio cuando se evade tanto. Es como si se marchara de aquí, de mi lado, como si estuviese más lejos que nunca.

—Sí, llevas razón. Lo echaré de menos este mes que estaré fuera.

Frunzo el ceño, y no solo por el tonito de pelea que noto en su voz, sino por lo que acaba de soltar. Pongo los brazos en jarra y, de paso, aprovecho para secarlas. Estoy tan nerviosa de repente que las noto sudorosas. Espero que siga algo más, no sé, por ejemplo por qué ha dicho eso. Pero el muy puñetero solo está recogiendo su ropa y poniéndosela a toda velocidad. ¿Es que quiere irse?

—¿Cómo que este mes estarás fuera? ¿Es que te vas a Madrid?

—Sí. —Su respuesta, carente de sentimientos y ganas de explicarse me sienta como una patada en el estómago. Doy un paso hasta él, esto es surrealista.

—¿Puedo saber por qué? —pregunto y me recuerdo dejar de arrastrarme, pero una imagen de mí en forma de gusano divaga por mi pensamiento.

—Claro, los amigos lo saben todo, ¿no?

Parpadeo, atónita. ¿Eso ha sido ironía? Quiero zapatear en el suelo y luego darle con la almohada en la cara. Pero con la parte de la cremallera, no sé si me explico.

—Por supuesto, Guzmán. Y me sorprende no saber que te ibas.

Me esfuerzo por parecer fuerte, pero lo cierto es que no estoy

gestionando demasiado bien esta noticia. Por dentro quiero llorar. Se va. ¿Seguro que solo será un mes? No lo sé, me he acostumbrado a verle todos los días. Su compañía es tan buena… Me hace reír, frustrarme, sentir mariposas cuando me acaricia. «¿En serio he dicho *sentir mariposas*?», me sorprendo a mí misma.

—No he tenido tiempo. Los dos hemos estado muy ocupados después del trabajo.

Echa un vistazo a la cama y casi percibo calor en las mejillas. Pero no es ahí donde lo noto. Y, si no fuese porque María me está esperando lo arrastraría de nuevo a mis sábanas.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquiero, agarrando el borde de mi camiseta.

No me mira, se pone los zapatos y hace como el que está pensando. Pero lo conozco y sé que no ha sabido cómo contármelo. Que es muy distinto a no haber tenido tiempo.

—Hará una semana o así.

—¿No has tenido tiempo en una semana para contarme que te ibas?

—No, la verdad. —Se toca el pelo y vuelve a sentarse en la cama, con las manos entre las piernas abiertas. Es tan guapo y estamos jodiendo tanto esto...

—Vaya, pensaba que me tenías más en cuenta.

No sé por qué he dicho esto cuando sé que cuenta conmigo para todo y se desahoga también. Pero el caso es que sus ojos son tan oscuros ahora que me dan pavor. Está molesto, lo he insultado y puedo notarlo en su maldita y preciosa mirada.

—¿Más en cuenta? —Se ríe histérico, pero yo no digo nada más—. Te tengo muy en cuenta, Ginebra. Mucho más de lo que me tienes y me tendrás tú. Eso está claro.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —Alzo la voz.

No me gusta que discutamos. Nunca lo hemos hecho, siempre nos hemos llevado bien. Está enfadado de verdad, joder, se le notan los músculos tensos. Pero me está tocando las narices con este cambio tan repentino en su actitud. Por no hablar de la noticia. Ha dado un paso hasta mí, me ha apuntado con el dedo, pero ha guardado la mano detrás de la espalda. Me escanea de arriba abajo, sé

que algo le quema la lengua. A ambos nos lleva quemando demasiado. Pero también sé que no dirá nada.

—Ya decía yo. —Sé que solo estoy empeorando las cosas, pero necesito que reaccione.

Por supuesto no lo hace. Doy media vuelta y me meto en el baño. Camino algunos pasos, aunque no es muy grande este sitio, y apoyo las manos en el lavabo mientras me regaño sin quitarme los ojos de encima en el espejo. Entonces, escucho un portazo. Se ha largado. De repente, me arrepiento de todo lo que ha pasado y salgo de aquí para ir a buscarlo.

Soy una idiota. Solo tengo que dejar que las cosas fluyan.

Abro la puerta más desesperada de lo que parecía y me quedo pasmada cuando me lo encuentro apoyado en el respaldo del sofá con los tobillos cruzados. Sube un poco la cabeza, lo justo para mirarme. Sin descruzar los brazos ni sus piernas, sin despegarse del mueble para venir a tocarme. A mí me hormiguea la piel siempre que imagino sus dedos sobre ella, ¿él siente lo mismo en la yema de sus dedos? Quiero preguntárselo, dejarme de gilipolleces y decirle a este hombre que me gusta, que no quiero que solo tengamos buen sexo, que no quiero hacerle pensar que solo somos amigos, que necesito mucho mas de él.

—Si nos buscamos cuando alguno de los dos desaparece, ¿por qué hacemos esto tan complicado? —Repaso sus palabras en mi cabeza. Me coge de sorpresa, ¿quiere decir que él…? No puede ser, bueno sí, o no. ¡A ver! A los dos se nos nota a leguas que nos gustamos—. Deja de pensar. —Lo escucho decir.

Camina despacio hasta mí. Y casi me río porque crea que podría alejarme. A estas alturas está claro que no. Se queda a unos centímetros de nada, pero Dios, lo quiero mucho más cerca. Su dedo índice pasea por mi entrecejo y ejerce algo de presión ahí, bajando al puente de mi nariz y hasta la punta y la zona se me relaja. Acto seguido el corazón se me desboca al darme cuenta de algo: este hombre produce justo eso mismo en todo mi ser. Y no creo haber encontrado una sensación tan increíble nunca.

De pronto, me encuentro muy blandita, accesible y necesitada del cariño que solo él sabe darme. Noto cómo sus dedos recorren mi nuca. Me hechiza y me derrito con ello.

—No lo sé —confieso sin pensarlo y una opresión en el centro de mi pecho me abruma.

—¿Por qué no dejas que yo me encargue? —pregunta acariciándome los brazos. No lo entiendo, pero eso no evita que su boca presione la mía en un pico rápido y superficial—. Deja que te demuestre que esto no es solo sexo del bueno, Gin. —El corazón me va más rápido. Sus dedos están sosteniendo el dobladillo de mi camiseta, haciéndome cosquillas en la piel cuando la arrastra hacia arriba —. ¿Por qué no dejas de insistir en que solo somos amigos? —vuelve a hablar, quitándome la prenda al completo.

—Guz… —Soy incapaz de pronunciar su nombre en alto. Tomo aire, todo el que puedo si quiero sobrevivir a sus labios de nuevo. Pero ¿la verdad? A estas alturas, en este instante con Guzmán reclamándome, declarándose y mirándome así creo que me importa una mierda el oxígeno.

—Deja que te demuestre lo que quiero hacerte. —Sus manos pasean por mi estómago, sus ojos están clavados en los míos—. Deja que te haga sentir lo que tú me haces sentir.

Se agacha de nuevo y se arrodilla ante mí. Saca la lengua para empezar un recorrido electrizante por todo mi estómago, con la otra mano suelta mi sujetador y se va poniendo en pie, besándome los pechos cuando está a la altura. Mi piel está toda erizada y se me va el pulso detrás de su tacto.

—¿Notas la necesidad? —Su voz es tan ronca que me siento deseadísima.

Sus uñas cortas me acarician la espalda, su boca se recrea en mis pezones. Tirándolos, lamiéndolos, mordisqueándolos y no puedo dejar de arquearme. Tampoco de sujetar su pelo y estrecharlo contra mi cuerpo desnudo.

—¿La notas, Ginebra?

Muevo los ojos furiosa hacia él y su risa me descubre que sabe lo poco que me gusta que me llame así. Tan impersonal, tan frío. Sus dientes me muerden un poco más fuerte y suelto un «ay» flojito.

—¿La sientes? —insiste atrapando mi otro pezón con su boca.

La punta de su lengua juega en mi piel rugosa, la noto sensible, ardiente y peligrosa. La forma en la que me lo succiona despacio me hace perder la razón. Pero entonces, se detiene y me doy cuenta de que espera que diga algo.

—¡Claro que la siento! Siempre la siento. —Jadeo cuando la calidez de su boca me envuelve de nuevo unos segundos más.

—Perfecto.

Y, por fin, me besa. Su boca choca con la mía, mis pechos se pegan al suyo, sus manos me tocan y me sujetan a su cuerpo. Abro la boca cuando me lo demanda y recibo gustosa su lengua.

Me encanta.

Él, me encanta.

Me levanta del suelo con un brazo y envuelvo su cintura con las piernas. Parezco una desesperada, pero me restriego contra él todo el camino hasta el dormitorio. No deja de besarme en ningún momento, murmuro «qué coño sé yo» cuando sus manos abren el botón de mis vaqueros. Y vuelve a ese ritmo erótico y cargado de suspenso que me está poniendo a mil. Sus ojos están clavados en los míos, aunque a veces viajan a mis pezones erectos. Sus dedos rozan la piel que queda sobre la cinturilla del pantalón y la acaricia cuando empieza a bajarlos. Ya experimento la tensión y la ansiedad por tenerlo dentro.

—¿Notas cuánto se calienta tu cuerpo? —Coge el borde de mi tanga con los dientes y lo baja—. ¿Se te altera el pulso como a mí cuando te toco? —Muevo la cabeza hacia abajo varias veces para afirmar sin palabras porque así es, ¡joder!, y el tanga sale a volar—. ¿Sientes que todo a nuestro alrededor desaparece cuando estamos juntos?

Afirmo con efusividad y casi quiero llorar por el momento. Está siendo muy íntimo, cariñoso y romántico. Tengo a Guzmán besándome la piel, soltándome mil formas diferentes de decirme que soy importante para él, aun después de la chorrada que le he dicho antes.

Es imposible que no tenga ganas de llorar.

Él observa mi intimidad como si nunca la hubiese visto y me mira tras unos segundos. Me besa el monte de Venus y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

—Gin, dime que tú también sientes todo eso. Dime que te hago sentir todo eso.

Sus brazos caen en mi cuerpo, atrapando mis pezones entre los dedos y noto su boca coger todo mi sexo.

—Ah… —suspiro, ida por completo.

Su lengua se desliza sobre mí, de arriba abajo, en un ritmo vertiginoso. Se hace con mi clítoris en cuanto me tiene hinchada y lista, y comienza a jugar con él. Querría responderle, pero no puedo si está así. Me sujeta el cuerpo al colchón cuando me muevo más de la cuenta, y me muerde llamando mi atención. Apenas ha hecho cuatro cosas, pero me puedo correr enseguida. Me lleva tan rápido al éxtasis que resulta abrumador.

—Voy a correrme, Guzmán. —Sus ojos vienen hacia mí y niega con la cabeza. Luego, se levanta y se desnuda.

—Tócate, Gin. —Y sus deseos son órdenes. Lo hago, loca del deseo de tenerlo delante observándome. Tengo la presión ahí acumulada, deseosa de explotar en un orgasmo excesivo que me va a destrozar—. No dejes de hacerlo, pero no te corras —me exige subiendo a la cama.

Mi pobre amiga María me va a matar. Pero no puedo pensar en ella en este momento. Solo espero que me perdone.

Continuo con mis dedos sobre el clítoris, estrujando, masajeando, estirando, pero me detengo cuando lo noto. Guzmán se acerca a mi cara, tocándose, y me agarra por la barbilla para introducirse en mi boca. Entra hasta la garganta y sujeto la base entre mis dedos.

—Sí, joder, Gin. Me gusta tanto… —maldice en voz baja cuando me olvido de mi centro y me enfoco en su placer. Succionando, lamiendo y agitando su erección. Gruñe y me mira—. Tú me gustas tanto... —En cuanto dice eso empuja con las caderas. A mí se me escapa una lágrima, pero no me detengo, me encanta esto, que se entregue, que me haya dicho que le gusto, que me haga experimentar todas estas cosas. Sigue moviéndose en mi boca unos minutos más —. Me voy a correr, Reina. —Va a salirse, pero no pienso permitirlo. Sujeto su trasero, invitándolo a continuar y eso hace. Me hace suya, me llena al completo, me penetra la boca con un salvajismo demandante y sujeta mi nuca cuando empieza a gruñir—. Esta es mi puta boca, joder. No quiero que seas de nadie más.

Sus ojos me encuentran, y espero que le quede claro en mi mirada que no volveré a ser de nadie más después de él. Entonces lo noto cálido, espeso y delirante. Me llena la boca, se toma su tiempo con pequeños empujes antes de salir y alzarme la cara pillándome la barbilla entre sus dedos. Sé que hay mucho que decir, pero también que sobran las palabras. Porque así somos nosotros, nos entendemos con una mirada.

Sigo con ganas de más y apoyo las manos en su hombro para tumbarlo en la cama. Me siento sobre él, le entrego mis pechos y vuelve a estar listo. Duro, firme y exigente. Con una sonrisa en los labios, me coloco sobre la punta de su erección. Sin barreras, sin tapujos.

—¿Sientes cómo mi cuerpo se deshace? —le pregunto cerca de la boca, empezando a bajar y asiente mordiendo con fuerza mientras clava sus dedos en mis caderas. Estoy jugando su juego—. ¿Sientes, igual que yo, que estoy hecha para ti? —Sus ojos se mueven por mi rostro, brillan un poco, parecen ansiosos y me coge de la nuca para pegarme a él—. ¿Lo sientes? —insisto cuando estoy bien acoplada sobre sus caderas.

—Sí. —Me besa con necesidad y mis caderas se mueven con hambre—. Te deseo tanto, Reina.

—Me gusta que me desees —susurro con la voz cortada por el placer. Sigo mis movimientos y me adelanto para que no hable—. Adoro todo lo que me haces sentir. —Sus dedos agarran mi culo con fuerza y me empuja de abajo a arriba. Deja libre una mano y me sujeta la cara para besarme, mientras noto cómo entra en mí hasta lo más profundo. No puedo dejar de moverme—. No quiero a nadie más.

Mis palabras lo pillan de sorpresa y su mirada cambia. Ahora está todo dicho y de un movimiento lo tengo encima. Me coge una pierna, levantándola, y me folla con fuerza.

—Repítelo —me exige empujando cada vez más duro—. Pero si lo haces, no creo poder dejarlo a un lado.

Subo las caderas, extasiada ante tanto amor y placer.

—Solo te quiero a ti, Guzmán.

Esta vez uso palabras diferentes y no necesita más. Me besa, me acaricia y me hace suya hasta la saciedad. Y, cuando llegamos al clímax y acabamos cansados y sudorosos sobre el colchón, me parece que lo escucho decir contra mi pelo:

—Eres todo lo que quiero, Gin.

Capítulo 32



Desde la noche del viernes entre nosotros ha cambiado todo. Ya no me oculto ni me privo de lo que se me antoja con respecto a ella. Bueno, quizá en algún momento sí, cuando Camila está cerca. Gin quiere decírselo, después de lo que mi hermana le contó no quiere que la pille por sorpresa.

Lo respeto, por supuesto. Y me he ofrecido a hablar con Camila, pero Gin me ha asegurado que ella le cae mejor. Bueno, puede que tenga razón, aunque ya me tolera muchísimo más. En realidad, sería deshonesto decir eso, porque entre nosotros todo está mucho mejor. Mi hermana me cuenta cosas del instituto, me pide ayuda con los deberes y charlamos a la hora de la cena. Incluso hemos hablado de mis padres, aunque noto que se pone límites. Pero poco a poco.

Ahora está dándose una ducha y yo terminando de prepararme, vamos a comer a casa de Ana. Nos incluyó en la tradición desde el primer momento y nosotros nos hemos adaptado con gusto, hacía mucho que no teníamos una familia.

Suena el timbre cuando me he puesto la camiseta de manga corta. Mayo es un mes caluroso y, aunque a veces haga viento, hace mucho calor. Salgo del cuarto y abro la puerta, el primero en entrar es Frankfurt —que se conoce el piso de punta a punta— y no se detiene a saludarme, va directo en busca de mi hermana.

—Hola —me dice la mujer más guapa que he conocido nunca y me sonríe de esa forma tímida que no me creo nada, pues mi Gin será

muchas cosas, pero tímida, no.

—Hola, preciosa. —Le doy un beso rápido en los labios. Le echo un buen repaso visual cuando entra, lleva un mono vaquero que le hace un culo de infarto y me muero por morderle el cuello al vérselo descubierto por la coleta que se ha recogido. Cierro y me acerco por detrás, agarrándole una nalga con mi mano y se la aprieto—. Estás muy guapa.

—Gracias, tú también. —Se vuelve con una sonrisa en los labios y esta se ensancha—. ¿Preparado para un cocido de la yaya con este calor?

—¡¿Qué?! —pregunto bastante preocupado, entonces nota mi sufrimiento y suelta una carcajada.

—Eso no es nada. Pregúntale a Jorge cómo es comer lentejas en pleno julio a las tres de la tarde.

Se ríe fuerte de nuevo y se acomoda en el sofá. Gin viene mucho, si es verdad que no tanto como nosotros bajamos —yo el que más—, pero sí con regularidad. No hace mucho que vino la primera vez, hará dos meses y fue porque Camila no respondía al teléfono y me llamó preocupada.

Creo que ahí me enamoré de ella un poco más.

Subió y le expliqué dónde guardo las llaves de emergencias en el descansillo. Desde entonces hemos cenado muchas veces aquí los tres.

—Estarás de coña, ¿no? —le pregunto bajito al sentarme cerca de ella. El agua todavía corre.

—No, para nada. —Su tono es suave también y sonríe de nuevo mientras niega con la cabeza. Mis dedos caminan por su pierna y traga saliva.

—Prefiero comerte a ti a las tres de la tarde. —Le doy un mordisquito en la piel del cuello—. O a cualquier hora.

—Guzmán —me advierte, pero tiene la voz cargada de deseo.

—¿Qué? —pregunto cogiendo el aroma de su piel. Esta mujer huele exquisito.

—Camila podría terminar y pillarnos así.

Yo ya he subido a su oreja, se la muerdo y le sujeto la nuca con la mano, acariciándole como tanto le gusta y como a mí me complace hacer. Le paso la lengua por todo lo largo de la garganta y le muerdo la barbilla antes de besarle la boca. Para cuando me separo, casi no podemos respirar y el pantalón verde que me he puesto está demasiado apretado en la zona de mi entrepierna.

La miro a sus increíbles ojos dorados, marrones y con motitas oscuras. Casi no me reconozco. Vale que siempre he sido una persona cariñosa y familiar, pero jamás he actuado así con ninguna mujer.

—Voy a echarte de menos, Reina. —La beso y le muerdo el labio inferior.

—¿A mí o al sexo? —Sé que bromea, pero no me gusta que siquiera lo piense. Le cojo la cara por la barbilla y le clavo la mirada.

—Lo digo en serio, Gin. Voy a echarte muchísimo de menos este mes fuera. Pego mi frente a la suya, mis dedos ya están en su nuca, y me besa la punta de la nariz.

—Yo a ti también, Magnate —dice y no puedo apartar la vista de sus labios que se estiran de una forma hermosa—. Sé que lo sabes.

Necesito besarla de nuevo, y también expresarle cuánto la quiero, pero algo me dice que es mejor ir despacio. La puerta del baño se escucha y se separa de mí al instante. Frankfurt viene hasta nosotros ladrando, avisándonos de que Camila ha salido.

—¡Hola, Gin!

Mi hermana le da un beso y sonrío encantado, estoy seguro de que estarán bien este mes sin mí. Confío en Gin y no me cabe duda de que Camila se comportará.

—Hola, guapa. ¿Estás lista para irnos? —pregunta mi chica, levantándose del sofá.

Sí, he dicho mi chica.

—Solo tengo que coger el bolso. ¡Venga, Frank, que nos vamos a ver a la yaya! —exclama contenta consiguiendo que el perro mueva el rabo deprisa.

Con una sonrisa en los labios, abro la puerta y dejo que las chicas pasen con un Frankfurt más alegre de lo normal. Me tengo que reír al ver su collar. Ana siempre le hace chalecos, pero como han subido las temperaturas le hace recubrimientos para el collar. Este es azul con un estampado de bananas.

Bajamos al garaje hablando de nuestras cosas, como a qué hora sale el AVE y a qué hora llegaré. Camila habla de sus notas, por ahora dice que está segura de que aprobará todas, pero aún queda más de un mes para saberlo. Ginebra sigue esperanzada de que la llamen de algún colegio, mientras tanto aguanta en el restaurante.

Vamos en mi coche, el de Gin se quedó el último domingo en Getares para que su amiguito Fer lo arreglara. A veces quiero comprarle uno, temo por su seguridad cuando conduce ese Seat Ibiza de la misma edad que mi hermana, pero la conozco lo suficiente para saber que me daría con el vehículo en la cara.

No me gusta Fer, tampoco creo que sea un secreto. Solo que no me gusta. Se le acerca demasiado, la babosea con la mirada y me joroba sobremanera esa absurda forma de llamarla. Gini. ¡Joder!, es ridículo.

El camino a casa de la abuela transcurre entre risas, juegos y un mix de música de lo más curioso. Solo he podido escuchar una canción de mi grupo favorito, la mayoría del tiempo ha sido música «*perrota* para el calor», así la llama Gin, y que no es otra cosa que la mierda del reguetón. También debo reconocer que solo la escucha cuando tiene «ganas de jaleo», como dice ella.

Para cuando llegamos son casi la una del mediodía y por suerte hay un aparcamiento libre al entrar en la explanada. Camila sale la primera, suelta a Frankfurt y se lo lleva a la playa en dirección donde está Jorge y su amigo. Gin se gira en el asiento del copiloto y me mira.

—¿Cómo lo has pasado con la música?

En parte no la entiendo, pero el brillo en sus ojos y la mueca en sus labios me hacen soltar una carcajada. Menuda listilla. Le echo los mechones detrás de la oreja y la beso unos segundos.

—Ya lo sabes, pero te gusta regodearte en mi sufrimiento, ¿no?

Una risilla leve sale de sus labios y me da un beso en el contorno de la mandíbula. «Joder, mal asunto», me digo. Otro en al cuello y otro en la oreja, que está mojada cuando se aparta.

—Nada que no se pueda arreglar con una buena disculpa —asegura entornando los ojos. La voy a echar muchísimo de menos.

—Reina, solo tienes que mirarme con esos ojillos para que te lo perdone todo.

Su rostro se cohíbe, me maravilla esta reacción. Gin no es tímida en absoluto y me encanta provocarle estas sensaciones nuevas.

—Será mejor que nos bajemos ya.

—¿Y eso por qué? —le pregunto con burla sujetándola del codo. Me hace ojitos y suelto una risa.

—Me miras como a la mujer de tu vida y eso solo pueden significar dos cosas.

Sus palabras se me atragantan. No sé si es porque lo dice como si no creyese que pudiera sentir tal cosa o porque sé que empiezo a sentirlo. Trago saliva antes de responder con la misma diversión que antes o, al menos, lo intento.

—¿Qué dos cosas?

—O que lo soy o que podrías llevarme ahora mismo a un maldito hotel para recordarme de quien es este cuerpecito.

«Probablemente son las dos cosas», me digo a mí mismo. ¿Por qué me conoce tan bien está mujer?

—¿Y cuál te da más miedo? —susurro cerca de sus labios. Me

mira de esa forma desafiante suya, me besa rápido y niega con la cabeza despacio. Se le cierran los ojos al reírse y me dice muy bajito:

—Guzmán, ya deberías saber que ambas me encantan.

Suspiro encantado y estoy a punto de responderle cuando unos toques en mi ventanilla llaman nuestra atención. Fer sonríe desde fuera. Gin abre la puerta y rodea el coche hasta la mía, donde se funde en un abrazo familiar con su amigo, aunque no irradia mucha alegría. Me cabrea ver cómo cuela los dedos por el hueco del mono vaquero y le toca las costillas. Pero lo que me hace salir del coche es la tensión en la espalda de Gin al alejarse de él.

—Hola, Fernando. ¿Cómo estás? —pregunto, nada interesado, mientras le pido a mi chica que coja las cosas del maletero. Cuando me quedo solo con él lo fulmino con la mirada—. ¿Qué tal si no la tocas más de lo debido?

—Tranquilo, tío. Ya solo somos amigos.

La tensión se me acumula en las cervicales y se expande por todo mi puto cuerpo. ¿Cómo que ya solo son amigos? ¿Es que han sido algo más?

—¿Qué quieres…?

—¿Vamos? —La voz de Gin me interrumpe y veo sus manos cargadas de cosas. Asiento con la pregunta en la punta de la lengua, pero no quiero estropear este día de despedida con la familia.

El pasado es pasado. Y todos tenemos uno, así que no voy a enloquecer con el de Ginebra.

—Trae, deja que te ayude. —Le cojo unas bolsas y le guiño un ojo cuando empezamos a caminar.

Noto a Fernando detrás, me pregunto si nos está siguiendo y me respondo solo al ver que entra en casa de Ana. Perfecto.

—Fernandillo, hijo. No te he visto en toda la semana. —Ana le coge un moflete, esta mujer es terrorífica, y luego se centra en mí—. Guzmán, ¿cómo estás? Imagino que Camila está en la playa con los

chicos y mi Frankfurt. —Tuerzo la boca antes de que me coja la mejilla también y le doy un beso en la frente. Conoce ya hasta las costumbres de mi hermana cada vez que venimos—. Ay, mi Guzmán. ¡Qué suerte tenemos!

Noto el disgusto en la mirada de Fernando, pero solo puedo pensar en que la suerte la tengo yo.



No hemos comido lentejas, algo que me hizo suspirar aliviado. Fernando se marchó después y debo reconocer que me ha escocido un poco la soltura que tiene con la familia, pero qué le vamos a hacer. Ahora estamos en la playa, aprovechando el sol y disfrutando de la compañía de la familia de Gin.

—¿A qué hora sales? —me pregunta la abuela.

—A las siete de la mañana tengo que estar en la estación.

Noto cómo le afectan a Gin mis palabras y le acaricio la espalda sin que nadie me vea. Estamos sentados en la arena, excepto Ana, que se ha sacado su silla de la playa.

—Qué temprano, chiquillo, ¿no tienes a nadie que pueda ir allí por ti? —Niego con la cabeza.

—El negocio era de mis padres —comienzo diciendo, observando a mi hermana en la orilla—, lo único que he hecho es continuar con su forma de hacerlo.

—Y, entonces, ¿vas a vivir así siempre, de aquí para allá? —Hay un silencio entre la última pregunta de Ana y la que hace a continuación —: ¿O tienes pensado regresar a Madrid después del verano? —Debería haberla interrumpido a toda costa.

La calma que se crea tras esta pregunta me ahoga. Gin se ha girado y me observa desde abajo esperando una respuesta. He dejado de acariciarla en cuanto su abuela ha dicho eso y lo ha notado. Pienso un segundo cómo decir que pensaba irme, pero que ahora no quiero.

Estoy a punto de contar cualquier cosa, aunque no quiero explicárselo a Gin delante de los demás —sobre todo con los ojos de su abuela, su primo y Rodrigo sobre nosotros—, pero ella ya se ha levantado, se ha sacudido el pantalón y se va caminando.

Me cago en la puta.

Cuando la pillo ya está en la casa, pero me da igual, cierro la puerta detrás de mí y con llave. Nos vamos conociendo.

—Gin. —La observo desde atrás, sintiendo un miedo atroz—. Oye.

Se mueve airosa delante de mí y se da la vuelta cuando me escucha.

—Pensabas largarte después del verano.

—Eso era antes de conocerte —me defiendo, acercándome a ella varios pasos, los mismos que está retrocediendo. Suspiro, agobiado—. Antes de nosotros.

—Ah, ¿lo hay? —Se queda callada, mirándome con intención y alza las manos al ver que no respondo—. ¿Hay un nosotros? —Se lleva las manos a la cabeza y frunce el ceño—. ¿Acaso pensabas volver después del mes fuera? ¿O ibas a pedirle a Camila que volviera sola para así no despedirte?

Eso me duele, ¿de verdad cree que la abandonaría así? Pensaba que le había dejado claro que estoy colado por ella.

—Para, para. No digas eso. No pienses que te dejaría así.

—Bueno, estaba claro que no pensabas contarme nada. ¿Por qué no largarte sin más?

Está enfadada y noto cómo escupe su veneno.

—No podría, lo sabes. —Aun así, mantengo mi buen tono de voz.

—Bah. —Hace un gesto de indiferencia con la mano antes de dar algunas vueltas más y luego me clava los ojos—. A estas alturas parece que no sé nada.

Eso me enfada, me molesta muchísimo. Camino hasta ella para atraparla entre mi cuerpo y la pared de la cocina, y le cojo la cara para que me mire.

—¿No sabes que me vuelves loco o no sabes que me encantas? —Aprieta los labios con fuerza, pero no aparta la vista—. Vamos, Gin, ¿tampoco sabes que adoro tu risa, tu mal genio o cómo me miras? Me falta el puto aire cada vez que me tocas.

Forcejea un poco y niega con la cabeza varias veces. La miro sin cesar, recorro su cara con los ojos todo el tiempo y no soy capaz de encontrar nada que no adore de esta mujer. Me he enamorado como un loco.

—Te ibas a ir —rebate y esta vez su voz suena más dolida. Voy relajando el agarre, mi cuerpo apenas es un ligero peso sobre el suyo. Ojalá estuviésemos en su piso.

—Sí, iba. —Sus ojos brillan y me parte el alma, no era así como quería contárselo—. Pero cuando vine no sabía que acabaría enamorándome de la vecina del bajo —vacilo un segundo cuando me mira estudiando mis palabras. Su entrecejo y su nariz se arrugan un poco—. Vamos, cariño, a estas alturas no debería ser una sorpresa —bromeo al saber que está pensando en ello. Sus manos están ahora sobre mi pecho y juega con la tela de la camiseta.

—¿Estás enamorado de mí? —pregunta en un susurro, pero la escucho a la perfección.

—Joder, Reina, hasta los huesos. —Apoyo mi frente en la suya, trago saliva y le digo lo que parece que no experimento desde hace mil años—. Te quiero y ni por todo el oro del mundo me arriesgaría a perderte.

Suelta un suspiro que me parece encantador y veo en sus ojos esa pillería que la caracteriza.

—Guzmán… Nunca me habían hecho sentir nada de lo que siento contigo. Nadie se había esforzado tanto por mí. —Se engancha en mi cuello y se pone de puntillas, acercándose a mi boca de manera peligrosa—. A ver cómo hago para darte largas después de esta

declaración. —Le pellizco las costillas cuando me percato de la broma y suelta una carcajada atronadora que me acelera el corazón. Se relaja, su mirada se vuelve dulce antes de susurrar—: Eres mi costa oeste, Guzmán.

La entiendo a la perfección y la beso con devoción. Joder, esto es todo lo que quiero.

Capítulo 33



Faltan cuatro días para que Guzmán vuelva de Madrid, hemos hablado todos los días por teléfono e incluso hemos hecho videollamadas, pero no sé cómo contarle que su gerente me está haciendo la vida imposible en el restaurante.

Hace dos semanas se «chocó» conmigo y me tiró una bandeja cargada de bebidas. Otro día me empujó por detrás y manché a un cliente un traje carísimo ¡con vino tinto!, ni más ni menos. El señor echaba humo. Hace una semana me enfrentó con Cati, la cocinera, menos mal que esta señora es una maravilla y me dejó aclararme. «Esa mujer es una arpía», me dijo cuando, casi llorando por la impotencia, terminé de contarle lo sucedido. Qué alivio que mis compañeros también piensen así de la gerente de La Pirámide.

—¿Puedes decirme que estás haciendo aquí? —vocifera Vanesa entrando en el área de descanso.

Veo el reloj sobre la puerta y luego el de mi muñeca, comprobando que no he metido la pata y que estoy comiendo antes de tiempo. O peor, que me he dormido en los laureles. Pero no.

—¿Comer? —pregunto aguantando las ganas de lanzarle a un ojo una de las patas de cangrejo, por la parte de la punta, que hay en un plato.

Revisa todo a su alrededor, estamos solas porque quedan cinco minutos para que acabe este turno de comidas y los demás han ido a las taquillas. Yo he aprovechado el tiempo para hablar con Guzmán y acabo de colgar.

—Ya has terminado, ¿no? —Se cruza de brazos y se acerca un poco más a mi mesa, echando un vistazo a mi plato vacío.

—Sí, Vanesa. —Me levanto para alejarme de las patas antes de cometer

una agresión.

—Señorita López. —Me detengo en el camino, medio encorvada y con el plato en las manos. Lo que me faltaba. Esta se cree la dueña del restaurante. O peor, que se va a tirar al dueño. Lo que me enfada aún más. Aprieto los dientes antes de ponerme recta y me dirijo al cubo de basura sin responderle. Pero es una maldita y me pincha desde su posición—. ¿Me has escuchado?

Sigo pasando de ella, dejo el plato en el lavavajillas y me giro para irme, pero se ha acercado demasiado y casi estoy pegada a la encimera. Tiene la cara tensa por el enfado, los ojos achinados y esos labios rojos bien fruncidos. Parpadeo ante la evasiva.

—¿Qué coño estás haciendo? —espeto e intento aguantar el tipo, pero está buscándome las cosquillas a niveles indescriptibles. Se apoya detrás de mí y se acerca más.

—Estoy harta de tu presencia, niñata. ¿Piensas que follándote al dueño lo tienes todo perdonado? —Sus palabras me hielan, pero tenía que haberlo visto venir—. Yo también he estado en tu posición, cielo.

El corazón me late a toda velocidad por lo que acaba de decir y por la furia que está creciendo dentro de mí. Retira la mano de detrás y la hija de puta, con toda su maldad, me coge la mía y la coloca sobre la pequeña vitrocerámica encendida.

—¡Vanesa! —grito rabiando del dolor.

Forcejeo para quitarla, pero me la sostiene clavándome las uñas en el dorso y pega la boca a mi oído.

—Aquí no trabajan putas facilonas, niña.

Aparto la mano en cuanto la suya desaparece y me agarro la muñeca con fuerza. Las lágrimas empujan con salir y tengo la palma achicharrada. Vanesa se gira y se va de la sala de descanso, entonces es cuando lloro. Está loca. ¿Qué es esto, una película de adolescentes? Observo mi palma, enrojecida y quemada, aunque por suerte no demasiado. Pero me saldrán burbujas y tendré que ir al médico, que seguro me la vendará.

—Ginebra. —Alzo la cabeza encontrándome a Emilio mirando mi mano. Se acerca a pasos ligeros y me sostiene la muñeca—. Pero ¿qué cojones te ha pasado?

Titubeo antes de responderle lo primero que se me viene a la cabeza, porque estoy muy consternada en estos momentos.

—Me he dejado el fuego encendido.

—¿Qué? —Solo levanta la vista de mi mano cuando entiende algo que no comparte conmigo—. Pero si tu comida era fría, ¿no?

Maldita sea. He olvidado que cogimos juntos la comida. Piensa, Ginebra, joder. Has tenido que hacerlo toda la vida para salir adelante.

—Ya, pero he visto unas sobras ahí de la comida de ayer y he querido probarla.

Los ojos de Emilio me escrutan unos segundos, demasiado para cómo me encuentro. ¡Me hierve la mano! Las lágrimas me caen sin parar y estoy fatal. No quiero mentirle, nos llevamos bien y siempre me ayuda. Ha sido consciente de estos días de mierda en el restaurante y no ha dudado en intentar arreglar las cosas. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Decirle que Vanesa me ha puesto la mano ahí para amenazarme? Esto es de locos.

—Ginebra… —Mi compañero parpadea, en su voz hay algo de advertencia, pero no pienso decirle nada. Suspira cuando se da cuenta.

—No es nada —digo quitándole importancia.

—Sé algo de primeros auxilios, voy a por el botiquín y te prepararé la mano para que no te duela tanto antes de ir al hospital. —No puedo decir nada, solo quiero que el maldito dolor cese. Esa arpía me las va a pagar, estoy harta de sus fechorías y de tenerla todo el día pegada a mi chepa. Tengo que pararle los pies—. Vamos a meterla en agua —me dice cuando regresa con las cosas. Abre el grifo, llena un pequeño recipiente y meto la mano dentro. Me ahogo al aguantar el chillido que me muero por soltar. Él debe notarlo porque me pone una mano en la espalda y sonríe con empatía—. Sé que duele, pero es lo aconsejable —me explica mientras esperamos unos diez minutos—. Ahora vamos a vendarla y luego te tomas un ibuprofeno.

Observo el proceso, la mano me palpita y muerdo fuerte. Estamos de espaldas a la puerta, pero el bullicio de fuera no me deja tranquila y se me viene algo a la cabeza. De repente, el terror se apodera de mí.

—¿Quién nos está cubriendo?

—Norberto y Eulalia. —Mi cara debe ser tal que suelta una risa—. Tranquila, ambos están cualificados.

Con cuidado, me seca bien y me venda la herida. Me sigue doliendo, pero tengo que aguantar. Emilio es una gran persona y un gran compañero, seguro que si Vanesa se percata de nuestra ausencia, le cae una buena. Cuando termina, corta el vendaje y me la examina por última vez. Sonríe, satisfecho con su trabajo.

—Gracias. —Sonrío.

—No puedo llevarte al hospital.

—Por favor, Emilio, no es necesario. Te agradezco muchísimo esto. No te preocupes que iré en cuanto termine el turno.

—Lo suyo es que vayas ya. —Tuerce el gesto—. No es preocupante ni de segundo grado, pero sería lo mejor.

—No sé, no quiero dejar el puesto.

—Estás en tu derecho —rebate recogiendo las cosas. Al ver en mi cara que no cambiaré de opinión, suspira—. Al menos deja que te lleve cuando terminemos.

Estoy a punto de decirle que no es necesario, cuando un carraspeo llama nuestra atención. Mis ojos van directos a la puerta para encontrarme con la última persona que esperaba. Se ha adelantado cuatro días, ha vuelto antes de tiempo. Y va vestido con un impoluto traje a medida.

—Guzmán. —Exhalo sorprendida y contenta, sin darme cuenta de que me dirijo a él por su nombre. ¿Por qué no me ha dicho por teléfono que estaba llegando?

—Señor Romero —saluda mi compañero a mi lado.

Pero Guzmán no nos presta atención, sus ojos están clavados en nuestras manos. Nos damos cuenta y nos soltamos. Sé que no es malo que mi compañero me sujete una mano, pero entiendo qué puede pensar al vernos así después de un mes fuera.

—Vuelve a tu puesto, Emilio. —Su voz es fría y mi compañero sale de la cocina sin mirarme.

Me percato de que lo ha llamado por su nombre. Y hasta que no miro más allá del hombre al que he anhelado todos estos días, no me doy cuenta de la lagartija que trae detrás. Mis ojos se mueven ahí y Guzmán se da cuenta porque dice con voz grave:

—Tú también, López.

A Vanesa le cambia la cara.

—Pero…

—Vete —la corta él.

Los ojos de Guzmán van directos a mi mano vendada. Ahora se ha dado cuenta y, por cómo sus gestos cambian, entiende el porqué de que Emilio estuviera aquí.

—Joder. ¿Qué te ha pasado? —Viene hasta mí con la cara compungida y me coge con cuidado de la mano—. Gin, ¿qué te has hecho?

Pero no respondo, solo puedo mirarlo. Esta aquí conmigo unos días antes de lo previsto, justo en este momento nefasto, preocupado por mí. Como si no hubiese estado un mes fuera. El llanto se apodera de mí y lo abrazo con fuerza. No tarda en envolverme con sus brazos fuertes y cálidos. Sus labios están sobre mi pelo.

—Reina, ¿por qué lloras? No me asustes.

Niego con la cabeza pegada a su pecho y lo estrecho con más fuerza. Al cabo de unos minutos, me besa. Sus labios saben a mis lágrimas, pero también a amor y deseo.

—Te he echado mucho de menos —murmullo contra sus labios y sonríe un poco.

—Y yo a ti, cariño. —Termina el beso y sus ojos se vuelven oscuros por el deseo, pero se centra de nuevo en el vendaje—. Ya tendremos tiempo de ponernos al día. Ahora cuéntame qué ha pasado.

—He dejado un fuego encendido y he puesto la mano —explico y él frunce el ceño.

—Vamos al hospital.

Me da la espalda y cruza la cocina. Con los ojos como platos voy tras él.

—¿Ahora? —Lo veo asentir desde atrás—. ¿Y Vanesa?

Se detiene de golpe, en medio del pasillo que nos separa del salón del restaurante. Da un paso hasta mí, pegándose tanto que su perfume me pica en la nariz.

—¿Qué quieres decir? —Sus ojos se mueven por mi cara y se detienen en mis labios. Veo el tormento por aguantar las ganas de besarme. Cuando mueve los pies, noto su pecho contra el mío y su boca en mi oído—. Aquí mando yo, Reina. Si mi novia tiene que dejar su puesto, lo hará sin que nadie le rechiste. Se separa y a mí el corazón se me ha salido del pecho. Está enganchado a la chaqueta del traje de Guzmán. Traidor. Por cierto, ¿ha dicho novia?—. No me mires así, Gin, y deja de pensar tanto. Eres mía desde hace mucho, cariño. —Y, sin más, se da la vuelta. En la puerta me mira—. ¿Vamos?

—Vamos.

Cruzamos el salón, los camareros nos miran con cuidado y Vanesa nos fulmina con la mirada. Está a un lado, con esa falda y camisa tan impolutas, de brazos cruzados. Cuando salimos a la calle y giramos una esquina, sus dedos y los míos se entrelazan.

—Te respeto y no voy a hacer nunca nada que no quieras —dice sin dejar de caminar y mirar al frente—, pero no voy a estar ocultando mis sentimientos hacia ti toda la vida.

Llegamos al coche y me besa en los labios antes de abrirme la puerta e invitarme a subir. El BMW huele a nuevo, como si estuviese recién salido de la casa, aunque no es así. Cuando Guzmán arranca el motor y pone rumbo al hospital, mi corazón late enviándome un mensaje acompañado de corazoncitos saltarines a cada recoveco del cuerpo y el cerebro: Tendremos toda la vida.

Capítulo 34



El médico me ha recomendado coger la baja por el puesto que desempeño, pero no ha sido necesario porque las quemaduras no son tan graves. De hecho, puedo mover la mano, cerrarla casi al completo y trabajar sin problema. Así que he decidido aguantar el tirón, aunque reconozco que me sigue doliendo un poco.

Por supuesto, Guzmán no sabe cómo ocurrió.

—¿Qué te vas a poner? —me pregunta mi prima al otro lado del teléfono.

Aprovechando que mañana tenemos el día libre, he propuesto a Guzmán salir a tomar una copa a un sitio que sé que le va a encantar.

—No sé si mi top morado o el blanco. ¿Tú qué dices?

Levanto las dos perchas y le muestro las prendas. Son casi iguales, la única diferencia es que uno tiene botones desde el escote hasta abajo y el otro es liso.

—Estás morenita, ponte el blanco —opina. Me quito la camiseta de estar por casa y me lo pongo. Saco el pelo por el cuello y me lo peino un poco—. ¿Falda o pantalón? —pregunta Celeste con un bocadillo vegetal a medio camino de la boca. La miro para que me entienda y suelta un bufido antes de morder—. Enseña esas buenas piernas que tienes, Gin. Ya vas todos los días en pantalón al trabajo.

Me observo en el espejo, pensando. Me toco el pelo, amoldando mis ondulaciones, que están un poco más largas, y ajusto el top a mi cuerpo. Ahora que lo pienso, tengo una falda vaquera muy mona que quedaría genial.

—Cuchi, ¿cómo sobrevives a ella? —Mi perro mueve las orejas al

escuchar que lo llaman, pero no levanta ni un poco la cabeza de mi cama.

Me pongo la falda y las sandalias de tacón, luego me acerco al móvil colocando los brazos en jarra.

—¿Contenta?

—¡Mucho! —Da un grito de felicidad absoluta, incluso da palmadas sin dejar de reír—. ¡Estás guapísima!

—Lo sé, lo sé. —Sonrío, haciendo reverencias.

—¡Creída! —se mofa ella.

Me llevo el teléfono al cuarto de baño para poder maquillarme un poco. Aunque, ahora en verano, lo hago muchísimo menos. Rímel, línea en los ojos y pintalabios. Cuando me bronceo no utilizo base casi nunca.

—¿Tú no sales? —pregunto casi sin mover los labios mientras me pinto en el ojo derecho.

—No sé. No creo.

Miro a la pantalla un momento.

—Celeste, tienes que salir, relacionarte con gente de tu edad. Por el amor de Dios, tienes veintiocho años y estás soltera, ¿desde cuándo no se mete nadie ahí abajo?

—Pero, ¡serás burra! —Pone los ojos en blanco y me río de su cara sorprendida.

—¿Qué? A todos nos hace falta de vez en cuando.

—Lo que me hace falta a mí es coger un vuelo y desaparecer —murmura enfadada consigo misma. Entonces, me preocupo y dejo lo que estaba haciendo.

—Oye, ¿necesitas que vaya? Sabes que lo dejo todo.

—No, tranquila. —Sonríe de manera dulce—. Solo estoy saturada. No dejo de trabajar y trabajar. No es más.

—Vente antes —le pido deseando que sus ojos dejen de estar tristes.

—No, Gin, ya sabes… —Toma aire—. En agosto iré, no puedo adelantarlo.

—Está bien —acepto, sin ganas de discutir con ella, pero no estoy para nada de acuerdo. Hace años que Cele no aparece por casa de la yaya y estoy segura de que no lo hará ahora—. Pero ya sabes que donde tú estés ahí estaré yo.

—Por supuesto que lo sé. —Mi prima levanta la camiseta negra de dormir que lleva y me enseña el tatuaje que tenemos igual, incluso puedo ver la constelación de sagitario que le coge casi toda la espalda—. Yo también lo llevo tatuado. Y siempre estaré donde tú estés.

Casi saco un tema que no debería, pero el timbre me salva de ser bocazas.

—Ya ha llegado Guzmán. Hablamos mañana, ¿vale?

—Claro, pásalo genial. Te quiero.

—Y yo a ti, Celestina.

La pantalla cambia cuando la llamada finaliza y bloqueo el móvil antes de ir a abrir la puerta. Guzmán aparece tan guapo que no puedo hacer otra cosa que recorrerlo con la mirada. Lleva unas zapatillas *beige*, un pantalón azul marino que apenas le roza los tobillos y una camisa de lino con los dos primeros botones abiertos. «Muy pijo para mí», me digo sonriendo. Pero no quiero otro.

—Estás muy guapo —le halago y me atrae para besarme.

—Tú estás exquisita. —Me besa de nuevo y su mano se cuela por debajo de la falda, encontrándose con mi tanga. Sus ojos se oscurecen y me mira—. Uf, muy accesible, amor.

Evito gritar cual niña adolescente con su *crush* delante cuando me dice eso de amor y le beso el cuello.

—Solo para ti.

—Eso no hace falta que lo jures.

Suelta una risa, me aprieta el trasero con fuerza y saca la mano como si fuese consciente de que podríamos quedarnos aquí esta noche si seguimos así. Entre risas salimos de mi piso y vamos a por su coche. El mío sigue sin dar señales de vida y, por lo que me comentó Fer hace unos días, seguro que no vuelve a funcionar. ¿Tiene solución? Sí. ¿Me sale más barato un coche nuevo? También.



Quince minutos después, Guzmán estaciona el BMW en unos aparcamientos cerca de donde vamos a salir. El *pub* al que vamos está a pie de playa. Es bastante conocido, siempre se llena, da igual el día de la semana que sea, y la decoración *chill out* que tiene es chulísima. Le da un toque veraniego increíble y la musiquita —que a Guzmán no le gusta nada— suena por los altavoces.

Siento su mano en la parte más baja de mi espalda cuando nos acercamos a la barra para pedirnos una copa. De repente, empieza a sonar la canción *Santorini* de Beéle y Farruko, casi chillo cuando la escucho. ¡Me encanta! Animada, me acerco a Guzmán, sus manos se ponen sobre mi cuerpo y suspiro hechizada. La letra de esta canción es para nosotros, la excitación me recorre la piel con la música, es inevitable el huracán de emociones que se crea en mi estómago cuando los ojos del hombre más guapo me dicen tanto al mirarme.

—Creo que he encontrado la única canción de este estilo que me gusta —susurra en mi oído.

Un escalofrío me recorre la columna. Debe notarlo porque deposita un suave beso en mi cuello, acrecentando la sensación, y me pega más a su cuerpo.

—No me digas, ¿y eso por qué?

Se ríe en mi clavícula. La sensación es increíble, pero nada se compara cuando me deja un beso en la comisura de los labios, apretando su agarre en mi cintura desnuda.

—Porque no me veo con nadie más perdido por Santorini, Reina. Quiero tenerte en bikini, en la costa, sonriéndome solo a mí. Siempre.

Despega la cabeza de mi cuello, poniéndose delante de mi cara y me mira un rato. Por un momento todo desaparece, solo estamos nosotros y la música. Nos imagino así, en la playa, felices, enamorados, no puedo dejar de soñar un futuro juntos. El corazón me funciona mil veces más rápido, a veces pienso que podría estallar por lo que me hace sentir. Sonrío, rodeo su cuello con mis brazos sin pensar en nada. «¿No es Vanesa la que está allí con aquel grupo?», me pregunto extrañada, mientras echo un ojo detrás de Guzmán con disimulo. Sí, estoy convencida de que es ella. ¿Qué hace aquí? Anda que no hay sitios en la ciudad para tomarse una copa… ¿Y qué? No pienso dejar que esa arpía estropee esto que tenemos.

Me pongo de puntillas para besarlo y noto que se sorprende. Tiene los ojos abiertos, sus manos me aprietan más, pero hasta que no cierro los míos su respiración no se dulcifica. Aunque escucho un gruñido en su pecho. Esto es perfecto y merece que deje a un lado mis preocupaciones. Cuando nos separamos, me pasa la lengua por el labio inferior.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto en un susurro cuando la canción cambia. Me dedica una mirada desde más arriba y una electricidad peligrosa me recorre el cuerpo.

—Pídeme lo que quieras —balbucea en mi oído, humedeciéndome de inmediato.

Contoneo las caderas un poco más de lo habitual al saber que me está mirando y me apoyo en la barra para esperar mi turno. La chica que me atiende es maja, tiene tatuajes en todas las zonas visibles del cuerpo y varios *piercings* en la cara. Me sirve dos ginebras con tónica y le añade una sombrillita a cada una.

—Gracias —digo por encima de la música y me gano una sonrisa.

Cruzo entre la gente para poder llegar hasta los demás cuando un cuerpo masculino me intercepta. Al principio no lo reconozco, pero cuando echo la cabeza hacia atrás y lo observo bien, sí.

—¡Fer! —lo saludo con sorpresa, parece que no he elegido el mejor sitio para estar a solas con Guzmán, y evito acercarme más de la cuenta. Parece que a este viejo amigo le gusta tener las manos encima de mí.

—Gini —dice con esa voz ronca y me mira de arriba abajo. Conozco esa mirada y esa voz—. Estás preciosa, para comerte.

Se me ponen los pelos de punta y no por gusto precisamente. Hace tiempo que le pedí dejar esto, somos amigos, no siento nada por él y es una tontería seguir alargando un juego que deberíamos haber terminado hace mucho. Estaba bien antes, pero ahora que está Guzmán, no. No quiero otras manos sobre mi cuerpo, ni otros labios sobre mi piel. Solo quiero a mi magnate pijo.

—Fer. Estás bebido, no hagas tonterías.

Un brillo oscuro se apodera de su mirada y coloca una mano más abajo de mi cadera. Demasiado abajo.

—¿Y qué? Siempre he sentido y pensado lo mismo.

—Pero hace tiempo que eso acabó —le explico intentando alejarme, pero no me deja. El aire sale con fuerza por mi nariz—. Fer, no jodas nuestra amistad.

—A lo único que quiero joder es a ti, Gini.

Se me altera el pulso. Por un momento, cuando su mano se separa de mi cuerpo y teniendo en cuenta que nos conocemos desde niños, pienso que esto se arreglará hablando entre nosotros. Pero no soy consciente de lo que de verdad se viene hasta que el alto, fuerte y furioso cuerpo de Guzmán se coloca detrás de Fernando.

Capítulo 35



Me tiembla hasta el último de mis músculos. Noto los dedos hormiguearme, la mala leche me presiona para quitar a este tipo de encima de Gin. Mi Gin.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que no la toques?

Apenas puedo reprimir el tono iracundo de mi voz. Mis ojos van de la nuca de Fernando hasta los ojos de ella, que muestran sorpresa por lo que he dicho. Cierro las manos, el tío no se da la vuelta y su actitud me está poniendo enfermo. La gente pasa a nuestro alrededor, baila, bebe y se ríe. Yo casi no puedo respirar de la presión que noto.

—Vamos, Gini. ¿De verdad que eliges a este? —Aprieto los dedos por el puto apelativo y muerdo con fuerza con los labios cerrados, observando que me señala con el pulgar. Ginebra está nerviosa, tiene la cara un poco contraída, sé de sobra que está buscando una respuesta. Y me jode que no la haya encontrado ya—. Gini, preciosa, ¿por qué no hablamos en privado?

Pero, ¿qué cojones…? Es lo que necesito para pegar mi pecho a su espalda y cogerlo de la nuca. Aprieto con fuerza, obligándolo a girarse. Cuando lo tengo de frente veo el deseo que siente por ella, el brillo en su mirada. Tiene las pupilas dilatadas, aunque no solo se deberá a lo que siente por Ginebra, y me vuelvo colérico.

—No la vuelvas a llamar así —siseo cerca de él.

—Guzmán, ya. Déjalo.

No presto atención a la voz asustada de Gin, ni le doy mayor importancia a la angustia que percibo en su rostro. Solo me concentro en este pedazo de mierda.

—¿Por qué?

Me desafía y tendría que haberlo sabido antes. Es lo que busca. Despacio me alejo de él, lo suelto y me coloco al lado de ella. Le dejo un brazo sobre los hombros, no quiero montar una escena, mucho menos con la gente que hay aquí.

—Lo lamento, Reina —le susurro al oído.

Ella apoya la cabeza en mi pecho y Fernando nos observa con desagrado. Sé que esto no termina aquí, que la noche es larga y podría volver a molestarla en algún momento.

—¿Buscamos un rincón más tranquilo? —le pregunto en el oído y asiente.

Una descarga eléctrica me recorre cuando agarra mi mano enredando nuestros dedos y la mueve hasta sus nalgas.

—¡Cuando follábamos te encantaba que te llamase Gini!

Los ojos se me abren, el pulso empieza a agitarse con fuerza debajo de mi pecho. Suelto la mano de Gin y me giro de tal forma que la gente de alrededor se da cuenta de que algo va a pasar. Nos separan diez metros, pero me pego a él como si fuesen cinco. Lo cojo de cuello, lo estrangulo un poco y lo siguiente es un buen cabezazo.

Será hijo de puta.

—Hay que ser muy rastrero para decir eso delante de todo el mundo. —Mi frente choca con la suya—. Era tu novia, pero también tu amiga. Y has sido un cabrón de mierda.

—¡Guzmán! —Gin grita, al principio me jode porque creo que es para defenderlo, pero cuando me vuelvo hacia él veo a otro abalanzarse hacia mí—. Nono, ¿qué coño haces? —Las voces de Gin me llegan de lejos, pero tengo que apartarlas si quiero evitar que me den una paliza.

—Eso, Nono, reviéntalo —lo anima Fernando sin acercarse.

Varios minutos después, cuando consigo que el tipo me quite las manos de encima, tres hombres vienen hasta nosotros y nos separan. Tengo el pulso en los labios, la ceja y el pómulo derecho. Tendría que haber evitado esto, tengo una imagen, un negocio. Pero no podía permitir esa falta de respeto hacia Gin.

—¿Guzmán, estás bien? —Su cara está cargada de angustia. Cojo la servilleta que me da para limpiarme y afirmo con la cabeza.

—Perfectamente. Lamento este numerito.

Niega varias veces con la cabeza, como si no tuviese sentido lo que le digo. Se acerca a mí aprovechando que los seguratas están echando a sus amigos del *pub*, pega su frente a la mía y luego suspira sobre mis labios.

—Me has dado un susto de muerte. —La miro a los ojos, agradecido porque se preocupe por mí. Le acaricio la mejilla con mis nudillos y reacciona a mi tacto rozando la cara con delicadeza contra mi mano—. Tendría que haberte contado lo que hubo entre Fer y yo.

Aunque algo se remueve en mi interior no le digo nada, no puedo cambiar el pasado. Tampoco es que quiera hacerlo. Sé que todos tenemos uno, forma parte de nosotros, de nuestras experiencias, y eso no se puede borrar. La beso en los labios.

—No pasa nada, cielo.

—Sí, sí que pasa. —Noto que ella no está tranquila—. Rompimos hace dos años, pero nunca dejamos de vernos.

Asiento, temiendo qué pueda significar eso y entendiendo muchas otras cosas. Como, por ejemplo, que cuando nos acostamos en Navidades seguían viéndose. Y después de eso. Y hasta hace poco.

Joder, aunque intento aceptarlo, me está cabreando muchísimo.

—Dejamos de hacerlo cuando llegaste. —Es bastante claro lo que ha dicho, pero eso no evita que parpadee como si no la entendiese.

—¿Cuando llegué? —repito como una grabadora sin conocimiento.

Sube los hombros, quitándole importancia a algo que sí que la tiene. A algo que aclara muchas cosas. Hemos estado haciendo el tonto creyendo que ninguno sentía nada por el otro todo este tiempo cuando ahora no cabe duda de que nunca ha sido así.

—Cuando empecé a conocer a tu hermana y a ti a través de ella, nada fue lo mismo para mí.

—¿Qué quieres decir?

Le pongo una mano en la mejilla, preparándome para besarla en cualquier momento. A Gin no le es fácil expresar lo que siente. Todavía hay muchas cosas que no sé de ella por eso mismo, y tenerla delante, a punto de confesarme algo que escapaba a mi entendimiento, me tiene muy intrigado.

Extasiado también.

—Venga, ya lo sabes —bromea sin dejar de mirarme. Sonrío, le hago un gesto con la cabeza para que hable y me gano una vuelta de ojos que me roba el aliento—. Quería saber más de ti. Necesitaba saber qué significaba que aparecieras en mi ciudad cuando las probabilidades no eran tan altas. Quería entender por qué cada vez que tu hermana te nombraba a mí se me alteraba hasta la última célula de mi cuerpo.

Tomo aire, sujetándola con más firmeza por el cuello. Sigue nerviosa e intento sacar toda su alegría de donde sea que la tenga escondida. Le hago cosquillas en la nuca, atrayéndola hacia mí despacio para poder apretar mis labios magullados contra los suyos. Su calidez me envuelve, me provoca y me hace sentir que estoy flotando.

—¿Eso quiere decir que has estado pillada por mí incluso sin saberlo? —pregunto con un deje de diversión.

—Eres un engreído, por el amor de Dios.

Voy a decirle algo, pero dos tipos se colocan detrás de ella.

—Salgan de aquí ahora mismo. No queremos tener que echaros a

la fuerza.

Ginebra se gira, afirma sin pensárselo y me agarra de la mano para empezar a andar. Tras eso, tira de mí por el camino de madera que nos lleva a la salida. No hay mucha gente fuera, casi normal para ser domingo, aunque sí varios grupos en los aparcamientos. El ambiente veraniego se palpa en el ambiente y me enfada tener que meter a Gin en casa por culpa de mi insensatez. Tendría que haber mantenido la calma, sacarla de aquí y haber evitado esta pelea. Pero ya no puedo hacer nada para cambiar la noche, solo para mejorarla.

—¿Te he contado que mi prima viene en agosto?

La miro de reojo antes de poner el coche en marcha.

—No, no sabía nada. —Giro a la izquierda, mirando el GPS y le pregunto algo de lo que me he acordado—. ¿Es la que estaba contigo en Madrid?

Cuando vuelvo a mirarla tiene la cara en dirección al aire que entra por la ventanilla. He descubierto que le encanta abrirlas cuando vamos en coche por la noche.

—Sí, Celeste —responde al cabo de unos minutos, pero sigue con los ojos cerrados—. Nunca viene, desde hace muchos años solo lo hace en Navidades.

Eso llama mi atención.

—¿Puedo saber por qué?

Me gusta saber cosas de ella, saber qué hace feliz a Gin, qué le hace enfadar, llorar y qué la atormenta. Sé que esto es sobre su prima, pero conociendo el significado del tatuaje que comparte con sus primos y el tono amoroso y familiar en su voz cuando habla de ellos, me dice que es otro factor que puede cambiar el humor de mi chica.

Cuando paro el coche en una explanada frente a la playa, me giro para mirarla bien y veo cómo toma aire.

—Su padre, Celestino, maltrataba a su madre. Es un borracho, aprovechado, maltratador y mentiroso que acabó con la vida de mi tía.

La destruyó poco a poco durante años, hasta que no pudo aguantarlo más. —Mi cabeza empieza a recrear lo que eso puede llegar a provocar en la vida de toda una familia. Agarro la mano de Gin, cuando veo sus ojos brillantes, para atraerla hasta mí. Se deja caer en mi pecho y aprovecho la cercanía para acariciarle el pelo mientras sigue contándome—. Mi tía murió cuando éramos muy pequeños. Celestino apareció en el funeral borracho y drogado, dejándonos a todos en ridículo y destrozando a sus hijos una vez más. Mi abuela le pidió desaparecer de nuestras vidas y se quedó a mis primos. En ese entonces mis padres seguían vivos.

Se le quiebra la voz y me parte el corazón. Le cojo la cara, haciendo que me mire. Sus ojos vivos así de apagados me ahogan. La beso un segundo, necesito borrar la pena en ella.

—Reina, siento muchísimo todo lo que has pasado. No hace falta que sigas contándomelo ahora. —Mueve la cabeza debajo de mi barbilla en un gesto de negación.

—Aunque mis primos han crecido bajo la tutela de mi abuela, Celestino nunca los dejó en paz. Nos seguía al colegio, al instituto e incluso cuando salíamos con nuestros amigos. Celeste se lo contó a mi abuela y hasta pusimos órdenes de alejamiento, pero siempre se las saltaba.

»Cuando se le acumularon denuncias y antecedentes, los más graves fueron dos robos a mano armada, terminó en la cárcel unos años. Pero cuando salió con la condicional esperó a Celeste en el instituto. Intentó acercarse, la amenazó y mi prima decidió irse a Madrid. Quería llevarse a Jorge, cuidar de él, pero mi abuela y yo, que ya vivía con ellos desde los seis años, le aseguramos que estaría bien con nosotros en el pueblo.

—Fue una decisión muy valiente la de tu prima —afirmo, y suspira de forma débil.

—Desde ese día nuestras vidas cambiaron para siempre otra vez, dejábamos de ser cuatro en la casa para ser tres. Una mujer cuidando de sus nietos, rota en mil pedazos por la desgracia de su hijo mayor y la muerte de su hijo menor junto a su esposa. Dos adolescentes que tenían

que buscarse un futuro, porque no se tenían a nadie más que a ellos y a su abuela.

»Pero bueno —continúa intentando darle un tono alegre a su voz, aunque es difícil—, pronto nos adaptamos. Que Celeste venga una vez al año se hizo tradición cuando su padre se presentó en la puerta de mi abuela para buscarlos y Jorge durmió en el calabozo esa noche. Por eso, que venga este verano es algo tan importante para nosotros. Estamos felices. —Cuando Ginebra deja de hablar, mis manos están temblando.

El día que mi madre murió se me vino el mundo encima, nada tenía sentido. Me sentía un desgraciado, lloraba todos los días por su ausencia y por la que mi hermana ha padecido toda su vida. Cuando después murió también mi padre, creí que lo había perdido todo. Me encontré con una niña de once años a mi cargo, la cual me costó mantener bajo mi tutela. Me encontré con un restaurante que seguir llevando adelante para poder comer y dejarle un futuro a mi hermana. Pero lo que Ginebra y su familia han tenido que sufrir ante tanta desgracia junta se me ha hecho una bola en la garganta.

La miro desde arriba, aunque lo único que veo es su pelo oscuro, y la quiero tanto que jamás me hubiese imaginado sentir algo tan fuerte por alguien que no fuesen mis padres o mi hermana. La amo tanto, que desafiaría al mismísimo infierno por su felicidad.

—Está bien, amor. —Noto que tiembla, así que la beso en la coronilla—. Tranquila, estoy aquí.

—Lo sé y no tienes idea de lo que eso significa para mí, Guzmán.

Tenía pensado que bajásemos a la playa, colarnos en la terraza de un bar —que está cerrado esta noche— para tirarnos en las tumbonas, muy bien colocadas por parejas bajo unas estructuras de madera con tela blanca. Mirar las estrellas, percibir el calor de la noche y oler la sal del mar mientras charlamos y nos reímos de nuestras típicas bromas. Pero el coche, con las ventanas bajadas, frente a la playa y con Ginebra en mis brazos, es todo lo que puedo desear en este instante. Ella es todo lo que he anhelado sin siquiera saberlo. Y no necesito nada más que esto para ser feliz.

Capítulo 36



Guzmán me propuso ir con ellos a Zahara de los Atunes todo el fin de semana. Al principio no supe qué responder, es la casa de su infancia, donde guarda recuerdos de sus padres. Después, pensé que tendría que estar agradecida, pues es un gran paso que quiera llevarme allí. Es como si, de alguna forma, fuese a conocer a su familia.

Por eso ahora estoy en mi dormitorio, llenando un macuto con bikinis, algunos vestidos, ropa interior y un pijama. No voy a mentir, estoy nerviosa, ni cuando tuve mi primer novio lo estaba tanto. A ver, sí, tuve miedo de no impresionar cuando conocí a los padres de Fer, la primera vez que cené en su casa e incluso la primera reunión familiar a la que me invitaron.

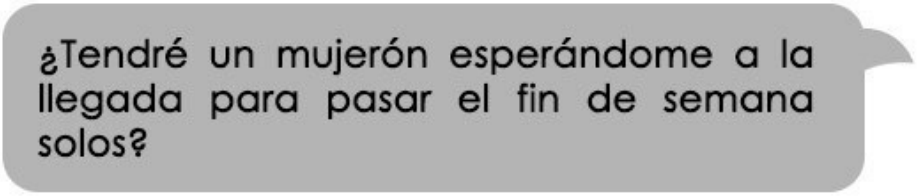
Con Guzmán es diferente por completo. Con él, con esto que tenemos, estoy nerviosa, pero todo el tiempo. Se me mueven rinocerontes en el estómago cuando me mira, cuando me besa o cuando me hace reír. No siento miedo, ni pienso que pueda decepcionarlo. Solo quiero que ir a su casa sea especial, perfecto. Tan perfecto como si sus padres estuviesen ahí presentes.

Cierro el macuto antes de salir de mi cuarto. Me preocupo en comprobar que está todo cerrado y recojo las cosas de Frankfurt. El muy pillo ya salta a mi alrededor, ladrándome, porque sabe que nos vamos a algún sitio. Saco todo a la puerta cuando quedan apenas cinco minutos para la hora a la que hemos quedado en irnos.

Nos hubiese gustado salir por la mañana muy temprano, pero Guzmán ha tenido que ir al restaurante a solucionar no sé qué. Es una suerte lo mío, trabajo de martes a viernes y solo dos sábados al mes. Los lunes se cierra por descanso del personal y los domingos los negocié el mismo día que firmé el contrato, pues

no quería renunciar a seguir yendo a casa de la yaya a comer. Sé que la hostelería en general no es como en La Pirámide. Aunque —hasta ahora— nunca me he dedicado al sector, he conocido a gente que sí y no es el mejor empleo del mundo. Trabajan muchísimas horas y no tienen el salario que merecen, por eso, a veces, me siento mal conmigo misma al quejarme un día que llego cansada. No siempre encuentras una jornada de ocho horas, con buen salario y todo en regla en esta área. ¡Ánimo para todos aquellos trabajadores de la hostelería que luchan día a día por un trabajo digno y reconocido!

El móvil me suena justo cuando cierro la puerta de casa, quedé aquí con Camila para salir juntas cuando su hermano llegase. ¿Cómo se tomó ella que entre nosotros hubiera algo? De escándalo, me sorprendió muchísimo que me abrazara. Después de lo que me dijo, no esperaba menos que una rabieta adolescente y algunas maldiciones en su dormitorio antes de dormir. Al final, va a ser verdad eso de que no debemos preocuparnos por los problemas antes de que ocurran. Con un suspiro, que incluso a mí me parece soñador, leo el mensaje de Guzmán.

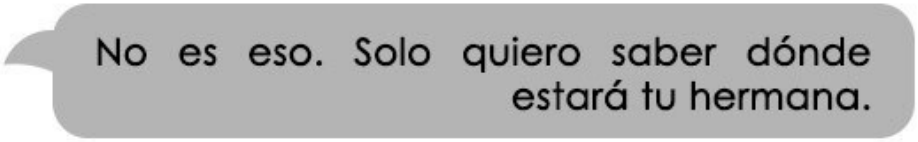


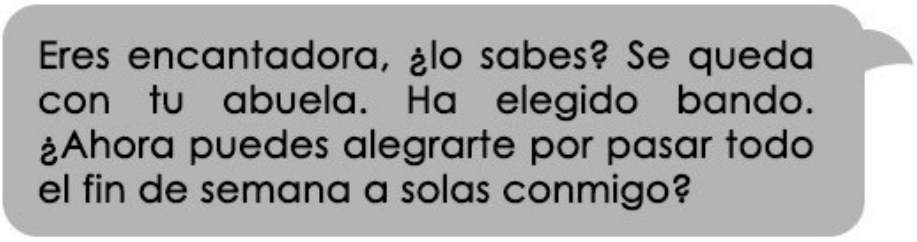
Parpadeo, ¿solos? Miro por inercia al ascensor y luego al teléfono. Tecleo.





Mierda. ¿Qué? No era eso lo que quería que pareciera, solo me preocupa dónde va a estar Camila. Vuelvo a teclear, esta vez más rápido.





Una carcajada se escapa de mi garganta, mi respuesta son unos cuantos emojis. Ya que Guzmán piense lo que quiera.



—Ese mensaje promete muchas cosas, Reina.

Levanto la cabeza del teléfono de inmediato al escuchar el ladrido de mi perro junto con la voz de Guzmán y una sonrisa se dibuja en mis labios al ver que viene hacia mí. Frankfurt está en sus pies llamando su atención con saltos y más ladridos. Lo acaricia en la cabeza, pero su atención es solo para mí. Clavada en el sitio, sin poder dejar de mirarlo, espero a que termine. Es inevitable padecer este encogimiento de estómago cuando sus manos se ponen en mis caderas para acercarme a él y besarme.

—Espero que se cumplan todas —susurra en mi oído, empujándome barranco abajo donde me esperan miles y miles de corazones para hacer de colchón.

—Estoy segura de que probar la cama es la primera, Magnate.

Suelto una risa y su respuesta, antes de ayudarme a coger las cosas, es un cachete en mi trasero que me hace dar un gritito.



—¿Cómo es posible que nunca hayas venido? —me pregunta al ver que lo observo todo cuando llegamos.

—Nunca he tenido quien me llevase a los sitios, mi abuela no ha conducido jamás. Y cuando me saqué el *carnet*, venir aquí se quedó para otro momento.

Hay un silencio cuando deja el coche en la parte de atrás de la increíble casa en la que pasaremos el fin de semana. Es enorme, de dos plantas, paredes blancas impolutas y tejas rojas. Está a pie de playa, literal, esto es un sueño. Solo hay que abrir la cancela para poder pisar la arena y justo a unos cinco metros hay un camino de tablas directo a la playa. La de mi abuela también está a unos metros de la arena, pero nada que ver con esta, ¡menudo casoplón! ¿Cómo pudieron sus padres permitirse esto? Me parece que Guzmán ha sido un poco tímido al hablarme de su familia.

—Esto es alucinante —expreso mirando hacia la segunda planta de la casa desde el patio trasero.

Eso que veo tiene que ser la habitación principal porque tiene un enorme ventanal, con balcón incluido y vistas al mar. Es tan amplio, que hay una mesa pequeña con dos sillas de hierro blanco y, al otro lado, unas macetas y dos butacas con colchones marrones.

Noto que Guzmán se acerca por detrás, deja su cuerpo sobre el mío y me rodea la cintura con los brazos apoyando la barbilla en mi cabeza. Cierro los ojos para degustar esta sensación de estar aquí por primera vez, con él, con el sonido del mar atrás, las gaviotas sobrevolando nuestras cabezas y el murmullo de la gente que debe haber en el restaurante que he visto a escasos metros de la casa. Nunca un verano me había parecido tan maravilloso.

De repente, un cosquilleo me atraviesa el estómago y me muevo entre sus brazos para tenerlo cara a cara. Sus ojos me recorren el rostro, me encanta lo que hay en ellos cuando lo hace, me siento especial. Paso los brazos por su cuello, inclinándome luego para besarlo en los labios con más ganas de las que pensaba demostrar antes de preguntarle:

—¿Podemos probar nuestro dormitorio, Magnate?

Guzmán vacila cuando echa la cabeza hacia atrás para mirarme, subiendo una ceja de esa forma suya tan varonil y exquisita, y me besa la punta de la nariz.

—Mmm, no deseo otra cosa en este momento. Vamos, Reina.

Lo siguiente que noto son sus brazos al cogerme, no puedo contener el grito de felicidad que se me escapa de la garganta, y entramos en la casa —que inspeccionaré más tarde— para subir al dormitorio que pensaba que debía ser impresionante y hermoso. No me equivocaba.



Hemos decidido bajar a la playa, después iremos a cenar al restaurante que está cerca y tomaremos unas copas en la terraza de la casa. Después de hacer el amor me ha confesado que esta mañana a primera hora no ha tenido que ir a solucionar nada al restaurante, sino que ha ido a llevar a Camila a Getares. Parece que entre los dos se habían compinchado para darme la sorpresa de estar solos el fin de semana. ¡Qué romántico es!

Guzmán recoge las cosas y Frankfurt no deja de ladrar emocionado, el pobre cree que también vendrá a la playa con nosotros.

—¿Has terminado? —pregunta Guzmán dejándome un beso en el pelo mientras termino de envolver los dos bocadillos de jamón que vamos a llevarnos para comer.

—Sí. —Los guardo junto con los refrescos en la nevera portátil.

Salimos de la casa con todo en la mano, es un verdadero deporte de riesgo ir a la playa. Pero me encanta la sensación de no poder con todo, de que la arena te dé en el culo al andar, de pincharte con algún palo o concha al caminar... Me parto de la risa cuando a Guzmán se le sale una chancla a medio camino y decide quitarse la otra.

—¡Cómo quema la arena! —se queja cuando está a mi altura.

—Es mejor que no vayas descalzo —le aconsejo aguantándome la risa.

Estamos en medio, no hay mucha gente, algo que me ha sorprendido mucho teniendo en cuenta lo precioso que es esto. Pero, al fin y al cabo, no son muchos habitantes, excepto en verano, claro. Nos instalamos en un momento, él

hace un agujero en la arena para clavar la sombrilla y la refuerza con dos conchas a cada lado del palo.

—A la vieja usanza —comenta bastante orgulloso de su labor, sacudiéndose las manos.

Cuando coloco mi silla, dejo encima la toalla con estampado de flamencos que tengo desde hace algunos veranos. La de Guzmán es azul, con una frase en uno de los extremos y el nombre de la marca al otro. Es el ejemplo evidente de que existen dos tipos de personas. Mientras él se echa crema en la cara, cosa que me parece muy cuqui por su parte, yo me quito la camiseta y el pantalón corto. Me quedo con el bikini color cielo, con la parte superior de palabra de honor y la inferior, brasileña. Al levantar la mirada, me está observando. O más bien parece que me está copiando y guardando en algún archivo de su cerebro. Suelto una risita, a veces parezco una cría, pero es que su mirada tan intensa y provocadora me incapacita de cualquier sensatez madura.

—Estás para comerte —dice al cabo de un minuto. Suelto una carcajada y camino hacia atrás antes de picarlo.

—Tú mucho hablar y poco hacer, ¿no?

Estamos a varios metros de distancia, casi suficiente para escapar de él si quisiera. Pero no quiero. Aun así, grito cuando sale a correr detrás de mí y lo hago en dirección al agua. No puedo dejar de reír por los nervios de saber que me va a pillar.

—¡Te vas a enterar! —Escucho que grita cada vez más cerca de mí.

Entonces, cuando mis pies tocan el agua helada, sus dedos rozan mi piel. Ambos jadeamos, pero la causa es un misterio sin revelar. O no. Sus manos acarician mis costados con cautela, pues, aunque estamos lejos de la gente, tampoco es plan de un manoseo público. Sin embargo, algo me dice que el juego empezará en cuanto el agua nos cubra.

Capítulo 37



Me empuja adentro, despacio, porque el agua —para mí— está fría, causa de que mi piel reaccione como lo hace. Me acaricia el lateral de los muslos sin despegarse ni un milímetro de mí.

—Se te ha puesto la piel de gallina —susurra en mi oreja, mordiéndomela después.

Mi risa es suave, pero estoy segura de que revela mil cosas. Seguimos caminando, Guzmán me va mojando despacio, salpicándome las piernas, tocándome el vientre, la espalda, los brazos y la nuca, donde deposita un beso. El cuerpo se acostumbra a la temperatura cuando llevo más de cinco minutos con el agua hasta los hombros.

—Mucho mejor —susurro sin dejar de mirarlo.

—Ven aquí —me pide estirando una mano que cojo sin pensármelo siquiera. Me gusta y aterra a partes iguales saber que siempre lo haré.

Enredo su cintura con las piernas. Nos lleva un poco más profundo y el agua baja de temperatura de nuevo. El sol pica bastante, lo noto en la cabeza que aún no me la he mojado. Estoy agarrada a su cuello, disfrutando del mar, del movimiento del agua, el sonido característico de las olas, ese olor…

Me echo hacia atrás, Guzmán me sujeta por la espalda y meto la cabeza en el agua. Sus manos me acarician el estómago, disfruto un rato de la sensación sin emerger; cuando lo hago, solo tengo tiempo de coger un poco de aire, pues su boca cubre la mía enseguida y su lengua se abre paso. Me pego a su cuerpo con la intensidad del beso, mis caderas se mueven despacio y noto cómo se pone duro. Con una mano aprieta mi nalga izquierda, llevándome a soltar un gemido.

Se toma unos segundos para respirar, bajando la boca a mi cuello. Me es imposible no echar un barrido con la mirada a nuestro alrededor, pero casi estamos solos. Las personas más cercanas son muy pequeñas a la vista.

El lazo derecho de mi braga se deshace, provocándome un espasmo de placer. No hablamos, pero tampoco hace falta. Me observa cuando hace un nuevo movimiento, como si tuviese que cerciorarse de que acepto. El izquierdo se deshace también. Enreda en su mano la prenda que me acaba de quitar y mete la que tiene libre por debajo del agua, entre nuestros cuerpos. Me acaricia un poco, masajeándome despacio, después noto cómo se baja el bañador y la punta de su erección choca con mi entrada. Jadeo.

—Shhh, reserva tus gemidos para la casa —dice penetrándome despacio.

El agua hace que el proceso sea algo seco, pero lo que me provoca genera suficientes fluidos para que luche contra la aspereza. Me aferro a su cuerpo cuando me llena por completo, enterrándose en mí mientras me muerde un hombro.

—Oh… madre mía…

—Me encanta tu voz cuando estás excitada, Reina. —Se sale un poco y vuelve a entrar. Aprieta la mandíbula, conteniéndose muchísimo, lo sé. Me besa en la boca cuando empieza a moverse de forma más constante, aunque igual de despacio—. En realidad, me gusta todo de ti. Lo sabes, ¿verdad?

Afirmo, y me muevo de tal forma que lo succiono aún más.

—Eres tan rico, Guzmán —murmuro acariciándole las mejillas, me encanta cuando sonríe así.

Los hombros, más bronceados por los días de sol, tienen movimientos agitados por su respiración alterada. Los músculos de los brazos se le mueven cuando me coge mejor, cuando me toca, y eso me vuelve loca.

—¿Lo soy o lo estoy? —bromea mordiéndose el labio, empujándome de nuevo hacia él por el cuello.

—Lo eres, eres maravilloso. Y…

Los movimientos son deliciosos, pero también muy excitantes. La mezcla del placer con la adrenalina de hacerlo aquí me está llevando al límite. Mis caderas se mueven más rápido ahora, siento que a él le pasa lo mismo. Su

cuerpo se hace con el mío, llevándonos al placer.

—¿Y qué? —pregunta besándome, ajustándome con una mano debajo de mis nalgas cuando me resbalo. Echa la cabeza hacia atrás cuando me muevo hacia delante—. No hagas eso.

Lo repito, y sonrío.

—¿Esto? —Lo hago de nuevo. Cuando me mira sus ojos están negros, cargados de lujuria.

—Sí, joder. Voy a correrme.

Me pego a él, dejo mis labios en su oído y digo:

—Mmm, quiero sentirlo.

Lo siguiente es que me muerde el cuello, sacándome un jadeo y un grito —muy flojito— cuando el orgasmo me atraviesa. Arde en mi clítoris, en mi vagina y recorre cada centímetro de mi cuerpo hasta que mis poros lo expulsan. Noto las mejillas encendidas y el calor intenso que irradia mi cuerpo. El corazón me va a mil por hora. La calidez de Guzmán se abre paso en mi interior, lo noto como una bienvenida abrasadora haciéndose con cada parte de mi ser. Se expande, se acopla a mí y no hago más que recibirlo encantada.

Con las respiraciones todavía agitadas, seguimos un rato así, juntos, pegados y tocándonos. Me da un pico rápido en los labios, llega el momento de salirse de mi interior. Lo hace despacio, con cuidado, y cuando estamos separados me muevo para seguir a flote.

—Ten, póntelas. —Me entrega las bragas y cuando me anudo ambos laterales, sigue observándome, pero solo se fija en mis ojos. Entonces habla—. ¿Y qué? —repite y yo me río.

No me separo, ni vacilo, cuando estoy a punto de decir algo que nunca le había confesado. Pero esto, nosotros, me abre el corazón en canal y me hace necesitar asegurarle cuánto significa para mí.

—Que te quiero, Guzmán. Eres maravilloso y estoy loca por ti.

Su mirada se intensifica, noto el brillo, el cambio en sus ojos. Cómo se turban, cómo me dicen mil veces, de formas diferentes, que siente lo mismo y eso me hace flotar en las nubes. Me abraza, sosteniendo mi peso y pega su frente a la mía.

—Jamás pensé que podría tenerlo todo. —Abro los labios, tomando aire, es tan romántico y cariñoso que me encoge el estómago. Me besa la punta de la nariz—. Pero entonces me mudé a un extremo del país y te encontré. Ahora temo perderte porque me quedaría sin nada, vacío.

—Eso no va a pasar, Magnate —niego, convencida de que no va a ocurrir por nada del mundo.

Nos miramos unos segundos, sus ojos viajan por toda mi cara, asegurándose que no le miento y me parece lo más tierno que he visto nunca. Luego asiente despacio.

—Te quiero, Reina.



Sobre las ocho de la tarde recogemos las cosas, tras una tarde de risas y descubrimientos. Como, por ejemplo, que Guzmán odia la limonada, no le gustan mucho los garbanzos y es fanático del queso. Lo sé, no son cosas del otro mundo, pero para mí lo es todo. Yo le he contado que soy más de jamón, que detesto cuando alguien come con la boca abierta o masca el chicle como una vaca —por lo que se ha partido de risa— y que mi fruta preferida es la naranja.

Hemos hablado un poco de nuestro pasado, y me sorprende bastante saber que lo nuestro es lo más serio y duradero que ha tenido nunca con respecto a una relación. Yo le he hablado de mi relación con Fer, aclarándole algunas dudas que tenía y dejándole muy claro que no siento nada por él. Pero que es muy importante para mí porque, antes de ser mi novio, fue mi amigo y se le considera de la familia. Aunque la otra noche fuese un capullo.

Nada más entrar por la puerta, Frankfurt nos ha recibido saltando y ladrando como si lleváramos días sin vernos. Imagino que se le ha tenido que hacer raro estar tanto tiempo solo en un sitio que no conoce. Ahora nos estamos arreglando tras una ducha conjunta que no ha tenido desperdicio. Aunque todo lo que se refiera a Guzmán arrodillado ante mí, con sus manos a cada lado de mis caderas y la cara enterrada entre mis muslos, no lo tiene.

Me he puesto un vestido amarillo pastel, con tirantes finos y un escote muy bonito. Es bastante veraniego y fresquito, va ajustado en el pecho y suelto por el cuerpo.

—Qué guapa estás —me halaga Guzmán antes de besarme en la cabeza —. Me encanta cuando te recoges el pelo en un moño. Nunca algo tan desenfadado ha sido tan atractivo.

—Gracias, tú tampoco estás mal. —Me río mirándolo a través del espejo con marco de madera que hay de pie al lado de la preciosa cómoda a juego.

Se lleva una mano al pecho desnudo, por ahora solo lleva un pantalón de verano color arena y unas zapatillas blancas. Mi vista va hasta el camino de vello negro que empieza en su ombligo y se pierde en la cintura del pantalón. Su mano se mueve ahí abajo, moviendo los dedos índice y corazón, de arriba abajo atrayendo mi mirada cuando empieza a subir la mano. Luego, se señala a la altura de su boca.

—Mi cara está aquí, preciosa. No querrás que mande a la mierda la cena en este preciso instante, ¿verdad?

Para cuando voy a responder está pegado a mí y mis manos sujetan su pecho. Lo acaricio como si estuviese hipnotizada, entonces su carcajada me trae de vuelta.

—¡No! —grito divertida—. Quiero cenar en ese restaurante.

—Solo si tú eres el postre —asegura muy cerca de mi cara.

—Solo si hay nata —añado tras besarlo. Me encanta tentarlo. Se ríe fuerte, sincero, y me separa un poco de él para mirarme mejor.

—Oh, por Dios…

Sigue riendo, moviendo la cabeza de un lado a otro callándose lo que sea que se le ha pasado por la mente. Prefiero no saberlo para tener una cena tranquila, sin tensión sexual, excitación, ansiedad por lo que me espera y un ligero calambre entre las piernas.

Aunque creo que ya es tarde.

Sigo arreglándome, Guzmán se coloca la camisa de lino azulona y le pone a Frankfurt su correa verde con el collar a juego. Mi abuela le ha recubierto este con una tela estampada en kiwis.

Con un paseo tranquilo nos dirigimos al restaurante cogidos de la mano, riendo por las bromas de Guzmán y escuchándolo hablar sobre sus amigos Connor y Álex, ambos de Londres, y a los que conoció allí.

—Connor viene a mediados de julio. Quiere conocerte.

Eso me llama la atención, saber que le ha hablado de mí a su amigo me provoca un vuelco en el corazón. Lo miro animada.

—Será genial conocerlo. Tengo ganas de que me cuente cosas embarazosas de ti.

Tira de mi mano para pegarme a él mientras seguimos avanzando.

—Oye, pero serás malvada...

Ambos nos reímos y llegamos al restaurante sin darnos cuenta. Nos sentamos en la mesa que tenemos reservada, la cual está junto a la barandilla de madera de la terraza. El mar está oscuro, el cielo limpio de nubes y cargado de estrellas y, para mi sorpresa, el local está lleno. No tardan en ponernos una botella de vino —aunque a él una cerveza— que está exquisito, por cierto.

De un momento a otro, Guzmán saca su teléfono, hace algo en él y me toma una foto.

—¿Qué haces? —pregunto bastante feliz.

—Inmortalizar a mi preciosa chica. —Se me derrite todo el cuerpo y las mariposas revolotean en mi estómago. Apoyo la barbilla en la mano para mirarlo, ¡es tan guapo!—. Otra, otra. —Me hace algunas para las que, riendo y bromeando, empiezo a posar hasta que el camarero nos interrumpe—. Perdone, ¿podría hacernos una foto?

El hombre, de unos cincuenta años, coge el teléfono. Me tengo que levantar porque estamos cada uno a un extremo de la mesa y me coloco sobre la rodilla de Guzmán cuando me lo pide. Una de sus manos me rodea la cintura, la otra agarra mi mano izquierda, entrelazando nuestros dedos sobre su pierna libre.

Siento un beso en el lado de mi cuello justo cuando el camarero hace la foto. Tras agradecérselo y pedir la cena, el señor se marcha y regreso a mi asiento. Guzmán observa la foto embobado, toquetea el móvil y luego me la enseña. Es preciosa, realmente preciosa. Para sacarla, enmarcarla y ponerla en el recibidor de nuestra casa, donde todos podrían ser partícipes del amor que existe entre nosotros, de una pequeña parte de lo felices que somos y seremos. Bloqueo el teléfono para dárselo, sorprendiéndome al ver que la ha puesto de fondo de pantalla. Sin poder evitarlo dibujo una sonrisa, quiero llorar de felicidad.

—¿Qué? No puedo esconder lo que siento por ti.

Le cojo la mano por encima de la mesa para jugar con nuestros dedos y el corazón me late con más vida que nunca.

—Soy la mujer con más suerte del mundo por tenerte.

Y lo digo de verdad. Con galantería me besa los nudillos, no necesito que me diga más, no hace falta. Pasamos una velada maravillosa, con música tranquila de fondo, el sonido de las olas rompiendo en la orilla, hablando de nosotros como si nos conociéramos de toda la vida, riendo y bromeando. Cuando regresamos a su casa son más de las doce. Me he bebido casi una botella de vino y él, muchas cervezas; y el plan de tomarnos unas copas en la terraza se va al garete en cuanto Guzmán pone una mano en mi nuca, me besa en los labios y dice eso de: «Quiero comerte, Reina» que tanto me hace perder la cabeza.



Tras una noche extraordinaria con el hombre más increíble que he conocido nunca, ponemos rumbo a Getares a eso de las once de la mañana. Queremos comer con la familia. Porque sí, Guzmán y su hermana son de la familia.

Cuando llegamos, la playa está llena de gente. Camila, Jorge y Rodri están jugando al Uno, mi abuela —con sus gafas de sol puestas— está sentada en su silla debajo de la sombrilla de rayas de colores, y grita de felicidad cuando Frankfurt salta sobre sus piernas. Cuando se gira y nos ve, ríe feliz.

—¡Ana! La he echado de menos —saluda Guzmán mientras recibe el beso y el pellizco en la mejilla que mi yaya acostumbra a hacer.

Y no puedo negarlo, estoy muy enamorada de Guzmán.

Capítulo 38



Con el inicio de julio, Vanesa está histérica todo el maldito tiempo. Viene a mi despacho varias veces seguidas, bien sea para quejarse de algo o de algún trabajador. Cada vez me molesta más su presencia y me está jodiendo el día a día.

Por no hablar de que solo quedan dos semanas para la fiesta del segundo aniversario de La Pirámide aquí en Cádiz. Ella quiere que sea en un salón enorme que hay en la ciudad y que los invitados sean exclusivos. En realidad, así son las fiestas en Madrid, por lo que no estoy en total desacuerdo con ella. Pero hay algo en su insistencia e impaciencia por la fiesta que me está poniendo de los nervios. Solo quiero que se largue de mi despacho y me deje trabajar tranquilo. Demasiadas vueltas da mi cabeza al saber que Camila está en Getares con Jorge y los amigos. Menos mal que Ana está al mando.

Tengo la agenda abierta, con las fechas de mis eventos próximos y la fiesta está subrayada en rojo. El departamento de finanzas es el que me informa del progreso de los restaurantes y se comunican conmigo de forma regular. También contacto con Marketing para que me pongan al día del seguimiento de la publicidad que estamos usando en el momento para nuevos proyectos. Ahora tengo una reunión con ellos, quieren dejar claro todo lo que habíamos planeado hace un mes para el evento. La puerta del despacho se abre, tengo que contener el impulso de mirar a Vanesa y echarla.

—¿Qué pasa ahora? —Mi voz es temible.

Camina hasta mí, haciendo sonar el tacón en la baldosa. Su perfume es muy fuerte.

—He hablado con el ayuntamiento, tendremos el local.

—Perfecto —apruebo, al menos es eficaz, aunque no es su trabajo preocuparse tanto por el aniversario—. Pásame todos los detalles. —Hay un silencio, pero noto su presencia. Dejo el bolígrafo en la mesa y me giro hacia ella, bastante irritado—. ¿Qué ocurre?

—Solo quería saber en qué más puedo ayudar.

Levanto la mano haciendo un gesto de indiferencia, a veces pienso que solo quiere estar conmigo. Eso me joroba teniendo en cuenta que mi novia trabaja al otro lado de la puerta y que, pese a ser la única de la que quiero escuchar una opinión, no puede estar presente. Por no hablar de que no me gusta un pelo, aunque sepa que es la gerente, que la vea entrar aquí cada dos por tres. Somos adultos y Gin es demasiado perspicaz, sabe que Vanesa no necesita hablar tanto conmigo.

—No hace falta. Tu trabajo es llevar la plantilla y traer orden a este restaurante, no es necesario que te involucres tanto respecto a la fiesta. De todas formas, si fuese necesario, te lo haré saber.

Veo cómo parpadea nada de acuerdo, pero sabe que me da igual. Tampoco se va a poner a discutirlo aquí. Cuando me quedo solo, programo la llamada con el departamento de Marketing para dentro de diez minutos. Tiempo suficiente para repasar lo que tenemos que hablar. Cuando lo tengo todo listo, me coloco bien la camisa y le doy a iniciar la llamada. Ante mi aparecen tres personas, todas sonrientes, en la oficina de Madrid.

—Un gusto verle, señor Romero.

—Lo mismo digo, equipo.

Me centro en buscar la mejor publicidad en las tres horas de reunión. La fiesta es muy importante.



A las nueve de la noche, decido poner fin a mi jornada. Aunque eso no hace que no tenga el teléfono operativo hasta el cierre por cualquier cosa que pase o por si necesitan mi presencia. Estoy en la puerta cuando Gin aparece con su bolso. Lleva el uniforme, pero está guapa de cualquier manera.

—¿Muy cansada hoy? —Me intereso mientras le sujeto el bolso. Se masajea el pelo cuando se lo suelta para volver a recogérselo en una cola.

—Sí, pero ha sido divertido. Todavía me sorprendo al ver a la gente tan rica que entra aquí.

Sonrío entendiéndola, a mí me costó también acostumbrarme a tratar con ellos.

—Que sigan haciéndolo, son quienes nos dan de comer —comento y guiño un ojo.

Vamos hasta el coche charlando de nuestro día de trabajo. Estoy muy bien con esta interacción entre nosotros. Una vez llegué a pensar que tardaría mucho en tener esto pues, con veintiséis años criando a una niña y unos restaurantes que llevar adelante no tenía mucho tiempo para centrarme en relaciones. Pero ahora que lo tengo con Gin, no me imagino sin esto.

Ya en casa, espero en la puerta de su piso a que saque a Frankfurt, salimos para que haga sus necesidades y subimos al mío. Nos ducharemos tranquilos y prepararemos la cena, seguro que terminamos poniendo Netflix para no ver nada. Pero a mí me parece un planazo si eso cuenta con mi preciosa novia a mi lado en el sofá.

Al llegar arriba, el perro va directo a su comedero. Hace poco le compré unos cuencos para la comida y el agua, además de una cama y una pelota. Como solemos pasar tiempo en los dos pisos, me parecía una idiotez tener que estar subiendo sus cosas por si se quedaba aquí a dormir.

Cuando la tengo en el salón, con el pelo húmedo por la ducha que acaba de darse, vestida con una camiseta que apenas le tapa el inicio de sus muslos y sabiendo que debe llevar un tanga precioso debajo de

esta, las ganas de irme a dormir —y despertar— con esta imagen todos los días me cosquillea por todas partes. Sé que llevamos poco tiempo, pero desde que perdí a mis padres aprendí que la vida son dos días y que ya estamos viviendo el primero. Por lo que me planteo pedirle que vivamos juntos.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunta viniendo hasta mí, que estoy sentado en el sofá.

La miro de arriba abajo, jamás habrá otra cosa que me apetezca comer más que ella. Dejo las manos en sus caderas cuando se sienta sobre mí, encajándose a la perfección. Me masajea los hombros con cariño y me mira a los ojos.

—¿A ti? —propongo con mis labios rozando los suyos.

Me besa de inmediato, introduciendo su lengua a la vez que me envía escalofríos directos a mi miembro. El muy cabrón ya está duro. Pero Gin decide alargar el momento, preocupándose ahora por mi trabajo.

—He visto que Vanesa ha ido a verte más de lo normal hoy. —Evita mirarme cuando la nombra e intento quitarle importancia metiendo la mano bajo la camiseta para acariciarle la piel de debajo de la fina tira del tanga. Se le eriza el vello.

—Sí, está algo inquieta con el tema de la fiesta.

Hemos hablado el tema, pero creo que Gin no conoce casi ningún detalle.

—¿Ha ocurrido algo? —Me besa la punta de la nariz.

Niego con la cabeza, hipnotizado por sus caricias y muestras de afecto. Ahora mismo solo quiero tirarla en el sofá para que pasemos un buen rato, pero sé que espera una respuesta.

—No, solo quiere que todo esté perfecto. Ha alquilado un salón enorme donde se hacen los mayores eventos aquí.

Asiente, pensando en algo. Sus dedos se clavan con ímpetu en mis hombros.

—¿Nunca has pensado en celebrarlo en la playa? El verano en Cádiz es increíble, tenemos playas alucinantes y sería algo novedoso hacerlo ahí. No sé, puedes poner etiqueta si quieres o recrearlo en algo ibicenco. —Me quedo callado un segundo, pensando en la posibilidad. A mi madre le encantaba la playa, no me parece mal. Tendré que reorganizarlo todo. Mi silencio ha debido durar más de la cuenta, porque Gin me habla con la disculpa en la voz—. No quiero meterme donde no me llaman, sé que es un tema importante para ti. Solo quería dar una idea.

—¿Qué? No, para nada. —Atraigo sus caderas hasta mi estómago todo lo que puedo, friccionando su delicioso sexo contra mi duro pene—. Siempre puedes opinar, de hecho, me gusta escuchar lo que piensas. Además, me importa mucho todo lo que tienes dentro de tu cabecita.

—Está bien, Magnate —dice muy contenta.

—Pero ahora, vamos a dedicarnos a otra cosa, Reina. Dejemos el trabajo para mañana.

Gin sabe a qué me refiero y su respuesta a eso es mover las caderas de adelante hacia atrás sobre mi regazo. La fricción es dulce, pero me arden las venas por el deseo. Hundo los dedos en sus caderas por debajo de la camiseta, aumentando el ritmo. Deslizo las manos por sus costados, topándome con sus dos bonitos pechos desnudos.

Me cago en la puta.

Me deshago de su camiseta de un tirón, dejándola solo con un tanga blanco. Es exquisita. Sus pezones están duros, erectos, listos para que los agarre entre mis dientes y los chupe. Y es lo que hago, robándole un suspiro y haciendo que encorve la espalda, apretándose todavía más contra mi erección. Pone los pies sobre el cojín del sofá, levantándose para poder deshacerse del tanga. No se molesta en bajarme el pantalón corto de chándal, solo lo baja lo suficiente para que mi miembro salga por la cinturilla.

—Tengo muchas ganas de que me llenes. —Ronronea en mi oído succionando el lóbulo de mi oreja y percibo cómo se me escapa una

gota de líquido preseminal.

—Madre mía, Reina. Te comía de un bocado —juro entre dientes, notando cómo sus fluidos me empapan.

Pone una sonrisa super *sexy* en los labios cuando se coloca sobre mí y guía mi erección. Cojo aire cuando empieza a descender. Se sienta sobre mí, arropándome con su calidez y mojándome por completo. Sin poder aguantar la necesidad de ella, la levanto por la cintura y me hundo hasta el fondo.

—Sí… Guzmán. Dame placer.

Me encanta cuando me reclama, es tan erótica y sensual… Mis ojos viajan por su cuerpo y por todo su rostro. Como necesito besarla con desesperación al notar cómo su interior me succiona mientras sube y baja sobre mí, llevo una mano a su nuca y la atraigo más.

—Vivo para ello, Reina —sentencio uniendo nuestras lenguas.

Capítulo 39



Llevo toda la semana, junto con Camila, preparando la fiesta sorpresa para el cumpleaños de Guzmán. Como cae en jueves y el trabajo no nos permite irnos a Getares para pasarlo con los demás, hemos decidido celebrarlo los tres en el piso.

En mis ratos libres he ido a comprar los preparativos para la decoración —de la que se encargará Camila— y para la tarta. No se me da muy bien la cocina, pero estoy segura de que los cumpleaños de Guzmán y su hermana no han tenido una tarta casera en mucho tiempo. Por lo que he querido hacerle una. Como trabajo, no me quedó más remedio que prepararla ayer por la noche. No fue fácil porque hace bastante que no dormimos separados, así que tuve que esperar a que cayera rendido para poder levantarme a escondidas e ir a mi piso a prepararla. Cuando terminé mi obra maestra me sentí orgullosa y emocionada.

Espero que le guste la sorpresa.



La mañana en el restaurante es tediosa, no confundáis mis palabras, trabajar para Guzmán es genial y mis compañeros son maravillosos. Mi único problema es Vanesa. La misma que está caminando hacia donde estamos Emilio y yo.

—¿Podéis tener mejor presencia? —se queja en voz baja para que solo nosotros la escuchemos. Emilio y yo nos miramos sin entender. Seguro que él está viendo que estoy bien, que nada se ha salido de madre en mi aspecto, al igual que yo lo veo en su apariencia—. Que os pongáis los putos polos bien, he dicho.

No alza la voz, esta mujer sabe muy bien lo que hace. Mi compañero se coloca bien el cuello de su uniforme, aunque veo la poca gracia que le ocasiona que esta pava real esté hablándonos así. Nunca había tratado a Emilio de esta forma, normalmente se ceba conmigo. No quiero parecer mala, pero me alivia que alguien sea testigo.

—No quiero volver a ver nada fuera de su sitio.

Me hierven los malos pensamientos, como girarme hacia ella y tirar de ese horrible moño que lleva en la cabeza. Le da al menos diez años de más. Creo que estoy a punto de hacerlo cuando se vuelve hacia nosotros y mi cuerpo se detiene en medio de un impulso.

—De acuerdo —contesta Emilio entre dientes.

—Por cierto, hoy estamos a día seis.

Yo sé a qué se refiere, pero teniendo en cuenta que Guzmán no pasa tiempo con los demás camareros, es normal que mi compañero no. Por lo que no hace ningún gesto a su referencia. Bueno sí, me mira como preguntándome a qué se refiere y eso lo lleva directo a la guillotina imaginaria de Vanesa. Seguro que tiene una cesta cargada con las cabezas de todas las personas a las que odia.

—Es el cumpleaños de Guzmán —informo y, con mis palabras, mi cabeza es una más en su montón imaginario. Sus ojos se entornan y me fulminan con odio.

—Señor Romero —me corrige, sabiendo de sobra que estamos juntos. Qué zorra, por Dios.

—Ah, no sabía nada —interviene Emilio, tan incómodo como yo.

Estoy segura de que pensaba igual que yo y esperaba alguna respuesta por parte de esta arpía, en cambio, da media vuelta y baja las escaleras. Como no, su camino termina en el despacho de Guzmán. Otra vez.

—Puf —resoplo cansada de sus formas.

—Estoy hasta los huevos de esta tía. —Casi doy un salto ante su sinceridad, si algo lo describe es la forma suave y disuasiva con la que habla siempre. Debe estar muy enfadado—. Parece que te la tiene jurada, no sé cómo no has tomado medidas al respecto.

Echo un vistazo a mis mesas intentando olvidar cómo se me han tensado

los músculos. Si tengo suerte, me quedan dos telediarios aquí trabajando, no quiero hablarle a Guzmán de todo lo que me ha hecho y hacer que la reprenda. O algo peor, que la eche.

—¿De qué hablas? —Actúo como puedo, rezando para que no haya sido espectador de nada.

—Vamos, te odia, Gin. Y es evidente que el motivo es tu relación con el jefe.

Muevo la mano restándole importancia. Mis ojos van a una pareja que cruza la puerta y empiezan a subir las escaleras hasta mi mesa.

—Qué va, Emilio. Me trata igual de bien que a ti, no hay ningún trato diferente por su parte. —Suelta una carcajada ante mi ironía. Y de verdad que le hubiese correspondido, pero tengo que trabajar.

Al rato, después de presenciar cómo Vanesa ha llevado una botella de alcohol al despacho de Guzmán, mi humor es de perros. Me he marchado a toda prisa, no podía verlos salir juntos de allí.

—Hola, te has escapado muy rápido, ¿no?

Tengo que cerrar los ojos un segundo, buscando control desde lo más profundo de mí, para poder mirarlo a la cara. Cuando lo hago, me sonríe.

—No me apetecía presenciar lo contentos que estaríais por la botellita que os habéis bebido.

Sin esperar a que responda, comienzo a andar. Apenas nos separan cinco metros cuando ya se ha puesto a mi altura y me sujeta por el codo, deteniendo mi marcha para que lo mire. Esperaba que me dijese algo, no sé. Pero en cambio me está mirando de forma intensa a los ojos, intimidándome sobremanera. Me agarra el otro brazo con la mano libre y me pega a su cuerpo para besarme. La ginebra en su lengua me revuelve el estómago, pero no me separo.

—Eres una celosa preciosa —susurra en mi boca al separarse y, cuando no respondo, su sonrisa se ensancha—. Reina, no ha pasado nada ahí. Ya deberías saber que soy todo tuyo. Pero tienes que comprender que no puedo sacarla a patadas.

Me reprimo el impulso de contarle lo que me hace, a ver si es excusa suficiente para que la eche a la calle. Pero me callo. Cojo aire, intentando

ponerme en su lugar. Es su cumpleaños y no quiero jorobarle lo que queda de día, mucho menos la fiesta que le espera en casa.

—Perdona —susurro poniendo cara de pena mientras le abrazo la cintura —. Y feliz cumpleaños, otra vez.

Sus labios envuelven los míos.

—Es el mejor de todos.



Antes de ir a su piso, nos metemos en el mío para ducharnos. Sé que tardaremos lo necesario para que Camila termine de ultimar los detalles que me ha comentado por WhatsApp. Bueno, quizás un poco más.

—Joder, Reina… Sí, madre mía…

Paso la lengua desde la base de su erección hasta el glande, mojado por el agua y salado por sus primeros fluidos. La lluvia de gotas frías cae por nuestros cuerpos mientras estoy arrodillada en el suelo de la ducha, sujetándole los testículos a Guzmán para masajeárselos y meterme en la boca su pene sin ningún autocontrol. Con cada lamida enreda más los dedos en mi pelo, agarrándome para poder guiarme a su antojo. No me quejo, me gusta mucho que pierda la cabeza. Succiono con fuerza y rápido hasta que le arranco un gruñido y mi lengua le rodea la punta, llevándose toda su esencia.

—Reina… —me avisa entre dientes, moviendo las caderas con fuerza.

No le respondo, solo pongo más empeño en lo que hago. Por lo menos hasta que me la mete hasta la garganta, haciendo que trague saliva y coja aire, y sale de mí con toda la voluntad que tiene en este momento. Metiendo las manos en mis axilas hace que me levante, me besa con brusquedad y deseo antes de darme la vuelta, pegando mis pechos al frío azulejo de la pared. Sus rodillas abren mis piernas, sé lo que va a pasar. Pero antes de que ocurra me besa entre las nalgas, luego me pasa la lengua por mi sexo y provoca que me estremezca.

—Ay, Guzmán…

Acapara toda mi zona con la boca, pasando una y otra vez la lengua por la entrada a mi interior y terminando en el clítoris. No creo aguantar más, llevamos bastante tiempo con esto. Como si escuchase mis pensamientos, vuelve

a ponerse detrás de mí. Su duro miembro se apoya en mi trasero, pero solo son unos segundos porque después entra en mí sin preámbulos.

—Me cago en la puta —suelta un bufido muy *sexy* y se me contrae todo —. No me agarres así que exploto —me reprende en el oído, sin dejar de penetrarme.

Pongo las palmas de las manos en la pared, apoyándome también con la mejilla en ella. Se desliza con facilidad en mi interior, siempre me moja tanto que se cuela sin problemas. Noto su piel, su miembro subiendo y bajando, empujando para encontrar ese punto que me lleva al éxtasis. Sé que lo que voy a decirle hará que no pueda aguantarse las ganas de correrse.

—Te quiero más dentro, Guzmán. Métemela más fuerte. —Me muerde el hombro y hace lo que le pido. Ahora tiene la mano al lado de mi cara, apoyándose en los azulejos para follarme con todas sus fuerzas. A veces tengo que coger aire para contener oxígeno en los pulmones—. Dios, me voy a correr. —Mi voz es casi inaudible, pero no es para menos cuando me lo hace así.

—Vamos, Reina, báñame.

Sus obscenidades me vuelven loca y noto las contracciones dentro. Un ardor placentero me recorre todo el interior, impulsando el calambre hasta mi clítoris y enviándolo por la espina dorsal. Me corro con fuerza, convulsionando con agresividad, contrayéndome alrededor de su miembro duro e hinchado. Tengo que agarrarme a su antebrazo por la flojera que me ocasiona el orgasmo. Él sigue empujando y pegándose a mí desde atrás.

—Eres. Mi. Mejor. —Empuja una última vez con fuerza antes de que sienta su líquido esparcirse en mi interior, luego suelta una última exhalación—. Regalo.

Más relajados después de nuestra ducha, estamos subiendo en el ascensor. Frankfurt huele la puerta, ansioso porque se abra y poder entrar corriendo. Y es lo que pasa unos segundos después. Guzmán tiene una mano en mi espalda al sacar la llave del bolsillo de su pantalón, no sabe que Camila está dentro. Cuando abre la puerta me deja pasar primero, en vez de encender la luz espero que lo haga él. Una vez todo queda al descubierto, me enamora mucho más. Está tan sorprendido por esto que mi corazón se desboca. Sé que es muy feliz en este momento. De repente, un montón de confeti salta por nuestras cabezas después de un ¡plof! significativo. Mira a su hermana bastante impresionado aún.

—¡Sorpresa! —gritamos las dos para que reaccione y lo siguiente es abrazarlo con cariño.

—¿Y todo esto? —pregunta tras varios minutos mirándolo todo.

—Queríamos celebrar tu cumpleaños. Ahora solo somos los tres, pero…

—No necesito a nadie más —me interrumpe Guzmán, besándome en el pelo.

—Lo sé —respondo.

—Pero este domingo lo celebraremos en familia. —La frase la termina Camila, atrapando la atención de su hermano. Para ellos eso es muy importante.

—Me habéis hecho muy feliz, chicas. Os quiero.

Volvemos a abrazarlo y entonces Camila se separa dando una palmada y riendo.

—Verás la tarta que te hizo Gin anoche.

Los ojos oscuros de Guzmán encuentran los míos, hago un gesto con la cara como si no supiera de qué habla.

—¿Anoche? —pregunta, divertido.

—Sí, tuve que esperar a que te quedaras dormido. Pero ha merecido la pena, solo espero que te guste.

Viene hacia mí para abrazarme, pasándome un brazo por la cintura y me besa en la boca. Cierro los ojos ante el gusto que me provoca.

—Todo lo que viene de ti me gusta, cariño.

Capítulo 40



—Gin te encantará, tío. Me preparó una fiesta de cumpleaños sorpresa después del trabajo y, con la ayuda de mi hermana, organizó otra con toda su familia el domingo pasado.

—Suena a partidazo. —Lo miro al escucharlo, cogiendo sus maletas de la cinta. Las arrastro hasta que caen al suelo sobre las ruedas con un sonido que, si el aeropuerto no estuviese hasta arriba de gente, se habría escuchado demasiado—. Ten cuidado, hombre, que son caras. —He aquí la respuesta a ello.

—Como todo lo que rodea, Connor. —Empiezo a andar, sabiendo que me seguirá. Casi en la puerta me vuelvo hacia él y lo miro sobre el hombro—. Sí, es una mujer increíble.

—Me alegro por ti. De verdad.

Me sorprende, aunque sé que me quiere y se preocupa por mí, nunca demuestra sus sentimientos.

—Parece que las flores te han ablandado un poco. —Está a punto de quitárselas, por lo que suelto las maletas y le detengo las manos—. ¡No! Has dicho que estarías con esto hasta que llegaras a mi piso.

—Estoy haciendo el ridículo, Guzmán.

Le echo un vistazo. Me quedé con la boca abierta cuando lo vi aparecer con uno de sus trajes puesto, aquí, con el calor que está haciendo en pleno julio. Mínimo hace treinta y dos grados en la sombra. Así que mi idea para darle un aire más veraniego ha sido comprarle un

collar hawaiano en la tienda de regalos y una gorra azul que pone Cádiz en letras de colores.

—Para nada. Habrás traído ropa de verano, ¿no?

Sé que no, pero tenía que intentarlo. Guardo su equipaje en el maletero y, justo cuando voy a subir al coche, me dice mirándome por encima del techo.

—No.

Nos observamos un momento, perplejos. ¿Cómo que no?

—Pues habrá que ir de compras, así matamos el tiempo hasta que Gin salga del trabajo.

—Ni de coña. He alquilado una casa con piscina, no necesito ropa.

—¿Piensas ir todo el día desnudo o qué, pervertido? —Cierro la puerta cuando ambos estamos dentro.

—¿Qué problema hay? Será como mi casa.

—¿Y si llevo a Gin? ¿O a Cami? —Hay un silencio que aprovecho para poner en marcha el coche y salir del aparcamiento—. Además, estaremos casi todos los días en la playa. No me jodas, Connor.

Deja escapar un suspiro largo y se abrocha el cinturón, aunque ya he empezado a conducir.

—¿Tu novia no trabajaba? —me pregunta y afirmo, mirando al frente.

—¿Y qué? Además, lo hace en mi restaurante y puede cogerse vacaciones cuando le dé la gana. Se lo diré, así cuadra con las mías y pasas tiempo con ella. Ya sabes que quiero que os llevéis bien.

—Lo sé. Y lo haremos, soy un encanto.

Aunque su gesto es serio de cojones, esto es lo más cercano que sabe llegar a un chiste. Suelto una risotada.

—Deja que discrepe.

—Eres un gilipollas cuando quieres, ¿no te lo ha dicho Ginebra?

Cuando dice su nombre recuerdo algo.

—Intenta llamarla Gin. Le gusta más.

—¿Puedo saber por qué? —Asiento con la cabeza. Es mi mejor amigo, otro hermano más. No veo por qué no.

—Así la llamaban sus padres. A su madre le gusta respetar su nombre, cuando ambos murieron decidió que no quería que nadie más lo hiciese. Todo el mundo la llama Gin.

No hay respuesta por parte de Connor, pero sé que lo respetará. Como no volvemos a hablar de nada más, le pongo algo de música del repertorio *perreote*, la lista de Spotify que mi chica me hizo hace unas semanas. Ya sabes, con la música que le gusta para motivarse antes de salir de fiesta.

—¿Qué cojones es esto? —pregunta horrorizado en cuanto escucha cómo la cantante dice que lo hace muy bien, que lo quiere hasta el fondo y caliente. Me parto de la puta risa.

—La música que escucha Gin para salir de fiesta.

—No me jodas.

—Pero, oye, no lo tengas en cuenta. Tiene buen gusto musical.

—Pues brilla por su ausencia —afirma convencido y le doy un puñetazo en el hombro, riéndome aún.

—Que sí. Solo que todo el mundo tiene un lado oscuro.

Esta vez hago que suelte una carcajada. A partir de entonces, no dejamos de reír o de hablar de nosotros, poniéndonos al día de nuestra vida. Unos minutos después estamos saliendo de Jerez de la Frontera.

Sobre las cuatro de la tarde, después de comer por ahí, llegamos al edificio donde vivo. Soy consciente de que esto no tiene nada que ver

con mi casa de Madrid, pero no podría importarme menos. Solo necesito a mi vecina del bajo para que sea perfecto.

—Está bien —comenta Connor cuando está en el salón del apartamento.

—Quédate en el dormitorio de mi hermana por esta noche, ya iremos mañana a tu casa alquilada con piscina —digo con ironía porque sé lo exquisito que puede ser mi amigo cuando se lo propone.

—¿Dónde está Camila?

—Se queda en Getares con la abuela de Gin desde que le dieron las vacaciones. —Le llevo las maletas al cuarto—. Por cierto, las ha aprobado todas.

—*My blonde* es muy lista. Siempre te lo he dicho.

Sonrío bastante orgulloso de ella, por fin está encaminándose y centrándose por tener un buen futuro.

—Sí y, como recompensa, le dejé quedarse.

—¿Tiene amigos allí? —Se interesa mirando las fotos de mi familia que hay sobre la cómoda de mi hermana.

—Sí, se lleva muy bien con el primo de Gin, Jorge. Y con Rodri, el amigo de este.

—¿Con dos tíos? —Sus ojos se clavan en los míos como dos flechas envenenadas.

—No lo digas así, joder. Son dos amigos, le sacan casi diez años.

—¿Estarás de coña, no?

—Connor, ya le doy yo muchas vueltas a lo largo del día. Confío en ellos.

—Está bien, entonces —asegura levantando los brazos.

Salgo del dormitorio para darle unos minutos y que se instale. No me he olvidado de que iremos a comprar ropa. Está chalado si piensa que va a ir por ahí así, por mucha tela de diseño o veraniega con la que

estén echas.



A las seis llegamos a la primera tienda. Ya no lleva las flores ni la gorra, claro. Pero da igual, porque está aún más raro y gracioso con los pantalones cortos chinos que le he dejado y la camiseta blanca. Aunque para blanco él, la verdad. Está pálido de cojones.

Una chica nos lleva hasta la zona de espera donde hay algunos probadores que llena de ropa para él. Connor, aunque me ha repetido mil veces que no pensaba hacerlo, abre la cortina para que le eche un vistazo a su nuevo estilo.

—Pero ¡mírate!, pareces el típico guiri de vacaciones.

Totalmente, vamos. Solo le falta el tono rojo por haber estado al sol más de la cuenta.

—Pruébese esto —le ofrece la misma chica de antes.

Connor la mira como sé que quiere mirarla, y esta sonríe con timidez. Pero no le dice nada, hace años que mi amigo no dirige un cumplido o suelta alguna frase para ligar con una mujer. Solo asiente y se pierde tras las cortinas de nuevo. Cuando sale es otro rollo. Lleva unos pantalones parecidos a los que le he dejado en casa, una camisa de manga corta azul oscuro y unas zapatillas blancas.

—¡Pero mira qué guapetón! —digo levantándome y palmeándole el hombro. Mi amigo me clava la mirada.

—Ropa —murmura muy seco.

Paso de él, a veces es tan hermético que no puedo sacar a lucir esa simpatía que sé que tiene. Lo observo un rato, tanto, que acaba metiéndose las manos en los bolsillos antes de girarse otra vez.

—Eres imposible cuando te pones así, joder.

Suelto un bufido y me acomodo de nuevo en el sillón, esperando a que salga con otra ropa. También pienso en que solo quedan dos

horas para que Gin salga del trabajo. Sonrío, tengo bastantes ganas de verla y de que conozca a Connor. Seguro que lo pone a raya.

Lo miro de reojo para saber qué se prueba y lo pillo mirándome, pero es tan cabezota y orgulloso que no dice una palabra. Por lo que me concentro en pensar en mi preciosa novia.



—¡Menuda cara de estirado que tienes, guapetón! —le suelta Gin en cuanto los he presentado.

Solo puedo mirarlos con las cejas tan subidas que noto que se me estiran los párpados. No es nada nuevo que Gin es una descarada de cuidado, pero no me esperaba que le dijera algo así cuando solo hace tres minutos que lo conoce. Aunque eso tampoco evita que me parta de la risa. Le paso un brazo por los hombros, todavía lleva el uniforme y la coleta está un poco despeinada, pero tan preciosa y apetecible como siempre.

—Cielo, no seas tan brusca —le susurro aguantando un poco la risa.

—¿Qué hago? —me responde antes de clavar sus ojos rasgados en mi amigo, que está de pie frente a nosotros—. Solo te digo que cuando conozcas a mi abuela seas un pelín más accesible y simpático, si no quieres que te coja de las *pinzorras*.

Como no tiene ni idea de qué ha dicho, porque aún no registra esa palabra —no es que yo la haya usado alguna vez, ya que es más de por aquí, pero sí sé que es—, para que le quede claro qué significa, me acerco a él y le pillo entre los dedos la patilla derecha, próxima a su oreja, para tirarle hacia arriba.

—¿Qué cojones…?

—Eso te hará Ana como no le sonrías.

No dejo de reír, Gin tampoco. Se acerca a nosotros con una lata de cerveza en la mano y le da unos manotazos amigables en el hombro

con una sonrisa que me parece increíble. Dios, qué guapa es. Es preciosa.

—No te lo tomes a mal, Connor, que nos vamos a llevar muy bien. —No le quita la vista hasta que consigue una media sonrisa por su parte y le ofrece una bebida—. ¿Te gusta la cerveza?

—¡Por supuesto que sí! —respondo yo, dándole un beso en la coronilla antes de sentarme en el sofá e invitarla a hacerlo a mi lado con unas palmaditas en el cojín.

—A los ingleses nos gusta mucho.

—¿Sí? No lo sabía. Pensaba que solo bebían té.

Mi amigo se sienta también, cruzando las piernas, y le da un sorbo largo a la lata, antes de responderle:

—¿No eres un poco listilla?

¡Pero ¿qué?! Me río con fuerza cuando Gin se hace la ofendida y luego pone una mano sobre mi muslo.

—Eso dice este, pero siempre pensaba que era coña. Ahora voy a tener que creérmelo.

Los tres nos reímos. Estoy bien aquí, con dos de las personas más importantes para mí, con el sonido de la televisión de fondo y el ruido de la calle porque tenemos los ventanales abiertos, aprovechando que hace aire y es fresco, un regalo para estas temperaturas.

—A mí sí me gusta el té, pero no de esa forma tan exagerada como todos piensan. Por no olvidar que no a todos los ingleses les agrada.

Gin me mira con una «o» formada en los labios y sonrío complacido. Quiero que se lleven bien, son mi familia.

—No tenía ni idea. Cuéntame más, porfa.

Para mi sorpresa, Connor se abre ante ella. Se sumergen en una conversación de culturas y costumbres que yo disfruto muchísimo. Tranquilo, le doy un trago a mi cerveza, escuchando cómo se cuentan

cosas y empiezan a relajarse. Me siento bien. Muy bien, de hecho.

Me siento en casa.

Capítulo 41



Observo cómo Gin se prepara frente al espejo de su dormitorio. Está retocándose el pelo, recogido en una coleta baja. Le queda genial.

El vestido largo hasta los tobillos y de tirantes finos realza su figura de una forma brutal. Por no hablar del magnífico contraste de su piel morena por el sol con la tela blanca de la ropa. Al final de su cuerpo, por el borde de abajo del vestido, se le ven las uñas rojas de los pies, casi cubiertas por la tira —blanca también— de las sandalias de esparto que se ha puesto. Ha elegido los complementos dorados y el escote le brilla un poco, imagino que será por la crema que se ha echado hace unos minutos. Respiro hondo levantándome de la cama cuando me mira una vez que ha terminado de ponerse brillo en los labios.

—¿Cómo estoy, Magnate? —me pregunta dejando el pintalabios sobre la cómoda.

—Sensacional, Reina. Como siempre.

La beso en los labios, rodeándole la cintura con los brazos. Cuando creo que puedo separarme de ella, aunque no he quedado saciado, nos sitúo de cara al espejo. Apoyo la barbilla sobre su coronilla, mirándola sin cansarme. Paseo la mirada por todo su cuerpo, entreteniéndome en su escote, y termino en sus bonitos ojos marrones.

Por un momento, aquí observándonos, nos imagino llegando a la fiesta de aniversario de La Pirámide y me considero el tío más afortunado del mundo por ir con ella cogida de mi brazo. Aprieto un poco mis manos en su estómago, consiguiendo que pegue su espalda aún

más a mi pecho. Bajo la cabeza, besándole la sien, la oreja izquierda y el cuello.

—Te quiero —susurro sobre su piel.

Escucho a la perfección cómo toma aire. Sus manos cubren las mías y no tarda en estar dándose la vuelta para mirarme de frente.

—Y yo a ti, cielo.

—Mmm… —Cierro los ojos, disfrutado de esta sensación.

—Odio tener que interrumpir este momento, pero tenemos que irnos.

La magia se rompe en cuanto oímos la voz de mi amigo. Lo miro de inmediato, deseando poder clavarle una daga en esa lengua que tiene.

—Vamos, vamos. En algún momento teníamos que marcharnos —comenta Gin divertida.

Me da un beso rápido y sale del dormitorio por debajo del brazo de Connor que está apoyado en el marco. Este lo baja cuando llega mi turno. Le doy un empujón al pasar por su lado, asegurándome de arrugarle la camisa.

—¿Qué? —Encima se hace el sorprendido y viene detrás de mí —. No haberme dicho que bajara con vosotros. ¿Qué esperabas, que estuviera en el sofá jugando con el perro mientras follabais?

Me giro de manera brusca hacia él.

—Mismamente.

—Tú estás chalado.

Abro la boca, sorprendido al oírlo. ¿Chalado? Busco a la causante de este nuevo vocabulario y la encuentro en la puerta de la calle observándonos con una sonrisa delatadora en los labios.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¡Guzmán! No me mires así, sus insultos eran muy anticuados.

Connor va hasta ella y le coloca un brazo en los hombros, haciendo que suelte la puerta para irse sin mí. Voy a toda prisa para salir, me despido de Frankfurt, apago las luces y cierro la puerta con llave.

Cuando estoy a unos pasos de ellos escucho que mi amigo le dice:

—¡Menudo pánfilo!

Bufo. Prefiero al otro Connor. Sin duda alguna. Bueno, en realidad, no.



Cuando llegamos al sitio donde al final he decido celebrar la fiesta de aniversario, Camila ya está esperándonos junto a la abuela y al primo de Gin. Mandé un taxi a Getares para que los recogiera y los trajese hasta aquí. Los veo muy arreglados, elegantes y con una sonrisa en los labios, como siempre. Beso a mi hermana en la mejilla, le estrecho la mano a Jorge y recibo encantado el abrazo de Ana. Una vez nos hemos saludado, procedo a presentar a Connor.

—Pero qué hombre tan apuesto.

—Gracias, señora.

Todos nosotros miramos a mi amigo, sabiendo qué puede causar esta respuesta. Como sé que quizá esté a punto de recibir una buena colleja, me coloco delante de la abuela.

—Perdónalo, Ana. No está acostumbrado, pero no volverá a hablarte tan formal. —Me giro hacia él, haciéndole señas para que me siga el rollo—. ¿A que no?

—Por supuesto que no. Perdona, Ana. Eres una mujer muy guapa. Es un gusto conoceros.

—Esto ya está mucho mejor. Qué rápido aprende tu amigo, Guzmancito.

—A base de golpes, ¿quién no? —bromea Jorge acercándose a nosotros.

Los demás reímos, caminando detrás de la abuela que ya se ha enganchado a su brazo.

—¡Guzmán Romero! ¡Qué alegría volver a verte! —Me encuentro de frente con un antiguo amigo de mis padres. Lo saludo con bastante afán, recordándole quién es mi hermana y presentándole a mi novia—. Feliz aniversario.

—Gracias. —Aprieto a Gin a mi lado, rodeándole la cintura con el brazo—. Espero que disfrutes de la noche.

—Eso está garantizado. Has montado una buena fiesta.

Tras charlar unos segundos más, tan solo podemos dar unos pasos hasta que nos encontramos con Vanesa, que no duda un momento en aprovechar este evento para acercarse demasiado a mí, poniendo tensa a Gin. Me separo de forma considerable, pidiéndole con la mirada que mantenga las distancias como debe ser en el preciso instante que Connor se acerca a nosotros.

—Vaya, ¿quién es este apuesto caballero? —se interesa mi gerente, mirándolo de arriba abajo.

—Soy Connor O'Brien. —Mi amigo se presenta solo, le coge la mano y le da un beso en los nudillos—. Un placer conocerla, señorita…

—Vanesa. Puede llamarme Vanesa —responde emocionada.

Más de una vez le he hablado a Connor sobre ella, su actitud y lo agobiante en extremo que es conmigo. Al parecer, le está cogiendo mucho cariño a Gin, a pesar de conocerla desde hace tan solo unos días, porque dice:

—Es la segunda mujer más bella de la fiesta.

Eh, sí. Mi amigo se las gasta así. A Vanesa no le gusta nada el cumplido, pero aun así, sonríe y se atreve a preguntarle:

—¿Quién tiene la suerte de ser la primera?

Connor se acerca a mi chica señalándola con la mano como si fuese una obra de arte. Cosa que tiene sentido porque es una preciosidad.

—Gin. Está deslumbrante.

Me parece ver que a Vanesa le tiembla el párpado, pero lo disimula muy bien. Se despide con educación y nos deja atrás.

—Esa mujer es una arpía. Si hubiese mirado a mi mujer de la misma forma que ha mirado a la tuya ya estaría en la calle.

La forma en la que Gin se tensa en mis manos y se mueve nerviosa llama mi atención. Por no olvidar lo que ha dicho Connor. No sé qué me provoca imaginar que pudiera hacer algo en contra de Ginebra. No lo había pensado por ahí.

—Señor Romero.

Me giro al escuchar que me llaman y me encuentro con Emilio. Va impoluto con la camisa y el pantalón blanco.

—Puedes llamarme Guzmán —digo mientas estrecho su mano, sé que Gin prefiere que sea más cercano con los trabajadores.

—¡Emilio! Pero qué guapo te has puesto —lo saluda ella. Su efusividad para con este hombre me joroba, pero me contengo.

—Bueno, mira quién habla. Tú estás preciosa.

Ella se ríe encantada, consiguiendo que me joda un poco más esta amistad entre ellos. No quiero ser maleducado, pero no soporto que…

—Cariño, avísame cuando te muevas. No sabía dónde buscarte entre tanta gente.

Observo con detenimiento al hombre de casi metro noventa que viene en busca de Emilio. Debo estar tan descolocado, que Gin tiene que darme un pellizco en el brazo.

—Guzmán, ¿conoces a Hugo? Es el marido de Emilio.

¿¡Marido!?

—Sí, perdona. Hugo, este es mi jefe, Guzmán Romero.

Le doy la mano con una sonrisa, encantado de saber que Emilio tiene pareja. Nos quedamos un rato a charlar, en lo que Connor se lleva a mi hermana y a Gin a tomar algo. Me encanta descubrir que Hugo hace surf en Tarifa, lo que me cuenta sobre este deporte es bastante emocionante.

Diez minutos después, echo de menos a mi chica. Me despido de los dos, prometiéndoles seguir hablando más tarde, y me uno a mi familia. Cuando llego, están bromeando con Connor, que parece que empieza a soltarse.

—¿Qué te ha parecido Hugo? —me pregunta Gin al oído—. Le conocí un día a la salida del trabajo. Cuando la miro, descubro la guasa en sus ojos. Le cojo la barbilla entre mis dedos y la beso.

—Nunca me cansaré de decírtelo.

—¿El qué, Magnate?

—Que eres una listilla, Reina. —Suelta una carcajada muy dulce y luego me acaricia la mandíbula con la yema de los dedos.

—Pero te encanta esta listilla. —Me paso la lengua por los labios, mirando con ganas los suyos.

—No sabes lo enamorado que estoy de ella.



La noche pasa rápido. Bebemos, reímos y presento orgulloso a Gin a todos mis conocidos y a otros empresarios que han venido al evento.

Observo como todos los invitados, de pie sobre la arena de La Caleta y vestidos de blanco, me prestan atención cuando me toca dar un breve discurso en el que hablo de mis padres, del inicio de los restaurantes y de mi plan de futuro con estos.

—Y para terminar y no aburriros más —digo y arranco más de una risa entre todos los asistentes—, me gustaría reconocer ante todos que esta nueva dinámica para celebrar el aniversario de La Pirámide ha sido idea de mi preciosa novia, Gin, que está entre vosotros mirándome de esa forma que me vuelve loco. Te quiero, Reina. —Las cabezas se mueven para buscarla, cuando la encuentran noto la sorpresa en su cara. Hay cuchicheos, sonrisas y luego aplausos—. Espero que estéis disfrutando de la celebración. ¡Que continúe la fiesta!

Me bajo del atril después del discurso. Sigo saludando conforme me voy encontrando con gente conocida hasta llegar a mi chica, quien me espera con una sonrisa deslumbrante en los labios.

—Qué vergüenza he pasado.

Me da un manotazo cariñoso en el pecho. Le sujeto la mano y le beso los nudillos antes de ponerle sus brazos alrededor de mi cuello. Le agarro la cintura, disfrutando de su compañía y de la música lenta que suena de fondo, moviendo nuestros cuerpos al son de la canción *West Coast* de Imagine Dragons.

Nuestra canción. La he añadido al repertorio a conciencia.

—Necesitaba gritar delante de todo el mundo cuánto te quiero.

Pone los ojos en blanco, pero sus labios se elevan de manera sensual. Mueve las caderas contra la mía de forma melosa, acariciándome la espalda con sus uñas por encima de la camisa blanca de lino que me he puesto.

—Ay, no te haces una idea de lo feliz que me haces —asegura sin perder la sonrisa.

La estrecho contra mí necesitado de su contacto. Gin me dice de mil formas diferentes cuánto me quiere, ya sea llamándome *cielo* o con cualquiera de sus apelativos cariñoso, acariciándome con esa ternura que solo ella sabe utilizar o mirándome como lo está haciendo ahora: como si yo fuese todo su mundo. Quizá lo soy. Solo espero que nunca dude que ella es el mío.

Capítulo 42



Hoy es uno de agosto y estoy de los nervios.

—¿En qué vuelo viene? —me pregunta Guzmán.

Clavo otra vez la mirada en la puerta de salida. Aún no sale nadie, pero hay muchas personas esperando a que lo hagan, igual que nosotros. Cartel con purpurina en mis manos incluido.

—No me acuerdo, pero debería estar aquí en cinco minutos —respondo mirando el reloj.

Sus dedos se cuelan bajo el moño que cae en mi nuca, y me acaricia la zona con tranquilidad. Después, me besa en la mandíbula.

—Relájate, va a darte algo, cariño.

—¡No puedo! Llevo días esperando este momento. —Doy saltos emocionada cuando veo que la gente a nuestro alrededor empieza a remolinarse —. ¡Ya, ya, ya!

—Se ha adelantado entonces —dice Guzmán cuando los pasajeros empiezan a asomar tras las puertas.

Caminamos despacio hasta ellos, aunque me muero por salir corriendo y buscar a Celeste como una desesperada. Pero tampoco hace falta porque la veo en cuanto su pelo rubio hace acto de presencia.

—¡¡Ahhhh!! —chillo, emocionada.

—¡¡Ahhhh!! —grita Celeste con la misma emoción.

—¿Qué pasa, Gin?

Escucho de fondo la voz de Guzmán, pero paso de él. Salgo pitando hacia mi prima y la abrazo con fuerza. Damos saltos de alegría, a Celeste se le caen las gafas de sol de la cabeza, pero nos da igual.

—Vaya tela. —Oigo que se ríe Guzmán, imagino que más tranquilo al confirmar que no estaba dándome una especie de ataque o algo así.

—No puedo creerme que estés aquí —murmuro al borde de las lágrimas.

—Ay, cuchi, no me llores. Que venir siempre me pone sentimental.

—¡Hermanita!

Celeste mira encima de mi cabeza, ensanchando una sonrisa. Abre los brazos y, unos segundos después, estoy entre dos cuerpos. Me salgo como puedo para observar el reencuentro desde atrás. Jorge es más alto que ella —más bien es más alto que las dos—, al menos una cabeza y media. Me encanta verlos juntos, se llevan muy bien y se palpa el amor que se profesan a pesar de estar tan lejos el uno del otro desde hace tanto.

—Mi preciosa niña.

Mi abuela la acoge entre sus brazos, acunándola y llorando por tenerla aquí. Esto no pasa desde hace al menos unos cuatro años. Normalmente viene por Navidades, aprovechando que su padre está tan borracho siempre que pasa más tiempo en el calabozo que en la calle. La última vez que mi prima pasó un verano con nosotros, tuvo que marcharse. Su padre la acosó todas las vacaciones provocando que Jorge llegase a las manos con él. La pobre decidió que lo mejor era irse. Ojalá su padre desapareciera para siempre.

—Celeste, quiero presentarte a Guzmán.

Con una sonrisa, se acerca a nosotros y le da dos besos. Él sonríe, bastante emocionado por verla, y eso me da un vuelco al corazón.

—Encantado. Aunque ya nos conocemos.

—Es un placer…

—¿Cómo que ya os conocéis? —le pregunta mi abuela.

—Se refiere a que le he hablado tanto de Celeste que es como si la conociera de toda la vida —explico ante la atenta mirada de mi yaya. La verdad

que no es plan de contarle que cuando estuve en Madrid tuve un increíble encuentro con su Guzmancito en el coche. No es relevante—. ¿Vamos a la playa?

Todos me miran, hay un silencio en el que mi guapísimo novio alza las cejas al percatarse de mi intención. Da una palmada en el aire, ríe, coge una maleta de mi prima y me echa un brazo en los hombros.

—¡Venga! Quiero que conozcas a Connor, te va a encantar —le dice a Celeste.



Encantar, lo que se dice encantar, no se encantan. Tanto en la cara de mi prima —que reconoce al rubio como el otro pibonazo que vimos aquella noche en la discoteca de Madrid— como en la de Connor se ve a leguas que no son del agrado del otro. Pero no sé por qué. A ver, sé que lo arisco que es Connor no compagina con lo simpática y alegre que es mi prima. Pero tampoco es para tanto.

—¿Cómo te va el trabajo? —se interesa Guzmán, mirando a Celeste mientras pincha con el tenedor en una ración de chocos.

Estamos comiendo en el paseo marítimo de Getares y tenemos la mesa cargada de fritos. Hay música de fondo, pero se distingue de forma clara a Los Delinqüentes, en concreto esa canción suya *A la luz del Lorenzo*.

—Genial. Aunque, como quiero tomarme un año sabático, solo estoy haciendo terapia a muy pocas parejas. Les estoy recomendando…

—¿Parejas? —la interrumpe Connor.

Hay que decir que el inglés está muy mono con esta vestimenta tan veraniega. Parece más relajado, que lo es, en realidad, y lo he descubierto en este tiempo que lleva aquí con nosotros.

—Sí, me dedico a la terapia de parejas. —La voz de mi prima parece suave, pero la conozco tanto como para diferenciar ese deje a la defensiva.

—Ah.

Es la única respuesta de él y parece que a Celeste le molesta. Deja el

tenedor sobre el plato de puntillitas para mirarlo con los ojos entornados.

—¿Ah? ¿Cómo que «ah»?

Nuestro amigo no sabe qué decir, aunque saque ese dote de negociador que tiene.

—Es una respuesta monosílaba.

Celeste me mira muy ofendida, como diciendo: «¿De qué va este tío?». Luego vuelve a clavar la mirada en Connor, que acaba de subirse las gafas de sol sobre su pelo rubio.

—Ya lo sé.

—¿Entonces? —pregunta él.

—Deberías dejar tu petulancia en otra parte.

—¡Celeste! —intervengo, nada de acuerdo con su actitud.

—¡¿Qué?! Perdona, Guzmán. Sé que es tu amigo, pero no veas los aires de superioridad que tiene. —Pasa los ojos de un hombre a otro hasta dejarlos sobre Connor de nuevo.

Mi chico hace un movimiento con la mano para quitarle importancia antes de meterse en la boca un trozo de adobo.

—Si ya decía yo que algún integrante de la familia Cazorla tendría un encontronazo con él. —Me besa la frente—. Solo que pensaba que serías tú, Reina.

Subo las cejas, a punto de defenderme, pero el rubio me interrumpe.

—Siento si has malinterpretado mi tono. Pero déjame decirte que no deberías esperar que todo el mundo piense que tu trabajo es importante. Eso dice bastante de tu personalidad.

«Menudo capullo», pienso mirándolo, a punto de reírme. Ya no puedo defenderlo si Celeste decide clavarle el tenedor en un ojo.

—¡Pero bueno! ¡Serás insensible, pedazo de cretino!

Connor aprieta la mandíbula. No le ha gustado nada eso, pero después de lo que le ha dicho no esperaba menos de mi prima.

—Es imposible hablar con una persona que está tan a la defensiva.

—No estoy a la defensiva. Es solo que no me gusta la gente que infravalora la profesión de otra sin saber nada de ella.

No lo conozco demasiado, pero estos días me ha dejado ver mucho de él y me doy cuenta de que está aguantando las ganas de responder. Le agradezco con la mirada no hacerlo. El comportamiento de mi prima está siendo demasiado exagerado y hasta que él no ha dicho eso de que está a la defensiva no lo he entendido. Seguro que ella está de este humor porque su cabeza no la deja tranquila. El temor a que Celestino aparezca debe tenerla histérica. Y no es para menos.

—Desde luego eres psicóloga. Lo que no sabía es que eso dotaba de telepatía al terminar la carrera.

—Eres insoportable.

Mientras ellos discuten, nosotros los miramos como si fuese un partido de tenis. ¿Qué tienen estos dos?

—Bueno, al menos no soy un cascarrabias —le responde Connor.

—Oye, Cami, ¿vamos a la playa? Rodri y las chicas están allí.

¡Menudo listo mi primo! Curiosamente mi abuela no ha abierto la boca en todo este rifirrafe, pero la mirada llena de picardía que les está echando vale más que mil palabras.

—¡Sí! Ya he terminado. —Camila se levanta, besa a su hermano en la cabeza y después a Connor en la mejilla—. Voy abajo, ¿vale?

Ambos hombres asienten. El rubiales es muy protector con ella y he descubierto también que Camila lo tiene muy en cuenta.

—*Blonde* —la llama, atrayendo la atención sorprendida de mi prima—. Ten cuidado.

—Síííií… —Tras sonreír se va con mi primo.

—¡Fer!

El grito de mi prima llama mi atención, tensando a Guzmán. Se me pasó contarle lo que hizo en el *pub*, de saberlo, no lo estaría abrazando así.

—Menuda sorpresa, Cele.

Están cerca de la mesa, por lo que escuchamos todo.

—Fer, por favor. No me llames así.

Y cuando digo que se escucha todo, es *todo*. El tono de mi prima al hacer esa petición no me pasa desapercibido. Y a nuestro amiguito inglés tampoco, que ahora los observa con un interés raro teniendo en cuenta que no se soportan.

—Perdona. Hace mucho que no te veo. —Fer me mira, pero deja de hacerlo en cuanto Guzmán me pasa el brazo por los hombros—. Tengo que marcharme, pero me alegro de verte.

—Igualmente, a ver si quedamos y tomamos algo.

—Claro. Ana, siempre es un placer verla.

—Lo mismo digo, hijo. Dile a tu abuela que deje las novelas turcas y salga por la noche a la puerta.

—¡Se lo diré!

Desaparece a lo lejos, corriendo hasta el grupo de gente que lo espera en la playa.

—¿Ese es el tal Fer que la llamaba Gini? —escucho que Connor le pregunta a Guzmán.

—Ajá —responde este antes de darle un último sorbo a su cerveza.

—¿Necesitan algo más? —pregunta el camarero que, sin saberlo, nos acaba de salvar de otro alboroto. Niego con la cabeza y pido la cuenta. En cuanto regresa hay un revuelo por quién paga, al final Guzmán se hace cargo sin que nos demos cuenta.

—Solucionado —dice riendo. Sin esperarlo, me coge y me echa al hombro. Dios, ¡qué vergüenza!—. Ahora, por favor, vámonos a la playa. Hace un calor de dos pares de cojones. —Se separa de mi abuela y me dice mirándome por encima de su hombro—: Además, me apetece ver a mi chica en bikini.

Me guiña un ojo, provocándome un cosquilleo en el estómago. Estoy a punto de decirle algo cuando escucho detrás de él:

—Deberías dejar de insultarme. A una señorita no le quedan nada bien los insultos tan vulgares que sueltas por esa boca.

Es Connor hablando a Celeste. Dejo caer la cabeza hacia abajo, observando como el suelo pasa de ser de hormigón viejo y amarillento, a ser unos peldaños y luego arena de la playa.

—Bien podía venir una ola, darte un revolcón en la orilla y llenarte el bañador de arena y conchas.

Controlo una risa ante lo que acabo de oír.

—Quizá es a ti a quien le hace falta un buen revolcón, *darling*.

Mi prima ahoga un quejido, la ha dejado callada. En cambio, yo pongo los ojos en blanco al oírlos, menudas vacaciones nos esperan.

Capítulo 43



Hace cuatro días que llegó mi prima y no nos hemos separado para nada. Bueno sí, para dormir y esas cosas, pero ya entiendes a qué me refiero.

Guzmán me ha echado del trabajo. Bueno, dicho así, suena fatal; pero está convencido de que en septiembre voy a tener mi plaza en un cole y ha preferido despedirme para que disfrute este mes de agosto que está mi prima en Cádiz. Al principio me pareció un disparate —sobre todo si no me sale de lo mío después—, pero confío en su intuición y no hay nada que me apetezca más que pasar mucho tiempo con Celeste. La yaya ha quedado hoy con unas amigas, así que no nos acompaña en la playa.

—Es que es un grano en el culo.

Ella me saca de mis pensamientos. Miro al frente, donde lo está haciendo ella, para estudiar a Connor. Está en la orilla junto a Guzmán, Jorge, Rodri y Camila.

—Para nada. Es algo serio, pero cuando lo conoces es un buenazo.

—¿Serio? No, por favor, si es don *sonrisa*.

Su ironía frustrada me hace reír. Cojo la lata de cerveza que he hundido en la arena para darle un sorbo largo y Celeste hace lo mismo con su lata de refresco.

—Dale una oportunidad, anda —le pido haciendo pucheritos, pero ni por esa.

—Es que es tonto del culo, Gin.

—¡No seas exagerada! Es muy majo, pero si le entras como lo hiciste

cuando os conocisteis, ¿cómo esperas que sea su actitud?

—Por favor… y encima tiene la jeta de llamarme *darling*. ¿Qué se cree?

—Solo ha querido ser educado.

Me mira como si tuviese otra cabeza sobre los hombros.

—Se ha reído en mi cara. —Abro los ojos como platos.

—¿Por llamarte querida?

—No, por hacerlo con ese tono de desdén.

—Con sinceridad, Celeste, pensaba que congeniaríais.

Hace un ruidito por lo bajo, pero ya no la estoy mirando porque Guzmán es mucho más interesante en este momento. Te pongo en contexto: Más de metro ochenta de un cuerpo muy en forma salpicado de gotitas de agua salada, bronceado por el sol, con ese hilo de vello perdiéndose en el bañador y trotando hacia nosotras. Sus ojos marrones me recorren de arriba abajo y los labios se le curvan en una pícara sonrisa.

—Cielo, ¿por qué no me acompañas a por unas toallas secas? —Suelto una risa y me pongo en pie sin pensarlo.

—¡Menuda excusa mala! ¡Aquí ya hay cinco! —exclama Celeste desde atrás.

Riéndonos, entramos en casa de mi abuela. Está vacía, cerrada con llave y en silencio. Perfecta. Guzmán me atrapa entre sus manos en cuanto estamos solos. Empieza a masajearme el trasero a la vez que me estruja contra su cuerpo.

—No sabes las ganas que tengo de tenerte solita para mí.

Me muerde el cuello, el lóbulo de la oreja y la mandíbula.

—Pero si me tienes todo el día —bromeo aceptando uno de sus húmedos besos.

—Nunca es suficiente. —Tras besarme de nuevo, ahondando con la lengua en mi boca para arrasar con mi razón, me coge de la mano y me guía hasta mi antigua habitación—. Vamos a profanar este dormitorio. —Su tono es tan lujurioso que me provoca cosquillas en todo el cuerpo.

—¿Quién dice que no lo ha sido ya, Magnate? —Lo pico mientras me deshago de la parte de arriba de mi bikini.

Se detiene, mirándome los pechos desnudos. Sus ojos suben hasta los míos, oscuros, demandantes. Brillan por el hambre que tiene de mí. Sus dientes envuelven unos de mis pezones y apenas puedo contener el gemido.

—Entonces haré que cualquier recuerdo que haya aquí sea borrado. Voy a encargarme de hacerte jadear y gritar mi nombre en cada esquina.

Y sé que lo hará. Mientras su boca me derrite poco a poco, empieza a bajarme las bragas, abriéndome luego las piernas con el dorso de la mano. Sus besos bajan, regalándome descargas allí por donde los deja. Usa la lengua, dejando un rastro húmedo en mi piel y llevándose el salitre del agua. Cuando tiene los labios sobre mi monte de Venus, alza la mirada.

—Podría llevarme toda la vida arrodillado ante ti, Reina.

Juego con los mechones de su pelo, mojados y gruesos. Tiene el pelo tan oscuro, que me parece una auténtica fantasía, le queda fenomenal con esos rasgos serios y perfilados de su rostro.

Hay una fracción de segundo en la que no dejamos de mirarnos, hasta que la primera lamida llega. Tener la mirada de Guzmán sobre la mía cuando su lengua me regala caricias así es vivir en la novela erótica más sensual de la historia. Abre la boca, la cierra, me coge entera, sujetándome por el culo para que no me desplace, hasta que empieza a empujarme despacio hacia atrás, llevándome a la cama. Mis piernas topan con el mueble, así que me tumbo y pongo los talones sobre el borde del somier de madera.

—Eres tan preciosa —dice dándome otro lametazo.

—Ay, Dios…

Su lengua se enreda en mi clítoris, golpeándolo luego con la punta hasta que la primera convulsión me zarandea en la cama. Entonces se hunde en mí. Abro las piernas por inercia, queriendo darle todo. Cada centímetro, cada milímetro de mi piel. Soy toda suya.

—¿Te gusta?

—Me encanta, Guzmán. —Tiro de su pelo para pegarlo más. De golpe, relaja el ritmo, sacando la lengua de mi interior y besándome antes de separarse

un poco.

—He visto una casa cerca de aquí, en venta.

Su aliento choca con mi piel estimulada, creando una combinación exquisita. Muevo las caderas delante de su cara y consigo que me bese ahí otra vez.

—¿Estamos hablando de casas ahora? —pregunto frustrada al no sentir su lengua.

Me chupa con una sonrisa, estirando el condenado botoncito que me explota en miles de estrellas cada vez que me da un orgasmo.

—Sí, quiero que vivamos juntos —suelta como si esto no hubiese que hablarlo en *otra* ocasión más apropiada.

Nerviosa, por notar el cosquilleo del placer irse cada vez que se retira para hablar, me incorporo y hago que se levante. Tiro su bañador por ahí, lo tumbo en la cama y me monto encima.

—Creo que este no es el momento —murmuro entre dientes cuando tengo su miembro en mi más que empapada entrada.

Me mira con los ojos achinados y una sonrisa en los labios, acompañando esta increíble y orgásmica imagen suya con sus fuertes brazos debajo de la cabeza. Empiezo a bajar sobre su carne dura, hinchada y caliente. Dios, qué placer. Muevo las caderas de delante hacia atrás, haciendo fricción con mi clítoris contra su piel. No tardo mucho en subir el nivel de rapidez a mis vaivenes, ni él en sujetarme por la cintura para ponerme a su gusto.

—Quiero vivir con mi novia —dice empujando desde abajo, robándome el aliento—. No creo que necesite un momento específico para pedírselo.

—Tu novia está… está algo ocupada ahora mismo.

Se le escapa una risa ronca que me roba la vida. Es tan *sexy*, este hombre es tan *sexy*, que debería estar prohibido. Aprieta hacia abajo con sus dedos clavados en la carne de mis caderas, haciendo que la fricción y la penetración sean colosales.

—Y puedo asegurarte que jamás encontraré unas vistas más increíbles que estas, joder. —Echo la cabeza hacia tras, dejando las manos en su estómago

e impulsando la pelvis hacia delante. Su erección da en ese punto, mi culo se arrastra por sus muslos—. Quiero vivir contigo —llama mi atención, pellizcándome luego los pezones—. Mírame, Reina, ¿quieres que vivamos juntos?

Mis ojos están turbios, demasiadas emociones. Puede parecer una idiotez, pero jamás ningún novio me había pedido vivir con él. Ni siquiera Fer, y eso que nos conocíamos de toda la vida.

Nadie me ha mirado así. Nadie me ha tocado así.

Cojo aire con fuerza al volver a notar cómo su hambrienta erección choca con ese punto que me hace alcanzar el cielo. Lo vuelvo a percibir cuando sus manos cogen mis pechos para manosearlos.

—Amor, te quiero conmigo a cada segundo y todos los días de mi vida. Dime que quieres vivir conmigo.

Dejo ir el aire cuando noto la bomba de placer explotar por todo mi cuerpo. Suelto todo lo que tengo y mi cuerpo se deshace sobre el de Guzmán. Me froto muy rápido, jadeando, gimoteando y diciendo su nombre mil veces.

No pasa mucho cuando me sujeta de la nuca, me lleva hacia él para besarme con posesión, y gruñe en mi boca dejando salir todo lo que tiene para mí. Después, empuja, vaciándose en mi interior. Me hace suya un poco más y yo no puedo hacer otra cosa que seguir dejando escapar el aire de mis pulmones. Observando cómo el hombre que me ha robado el corazón se deshace de placer por mí mientras me susurra cuánto me adora.

Jamás, me han amado así.

—Sí —digo sobre su boca—. No creo que pueda rechazar la oferta de despertar junto a ti cada mañana frente al mar.

Sus labios se estiran en una sensual sonrisa. Desliza las manos por mi espalda y me echa hacia delante para poder besarme. Sabe rico, a amor y necesidad.

Sabe a Guzmán y es el sabor más delicioso que he probado en mi vida.

En la playa de nuevo nos tumbamos sobre las toallas. Los demás están jugando al Uno mientras escuchan música en un pequeño altavoz. Por lo que se ve, Camila le ha echado a Rodri al menos cuatro cartas de *+2* y Jorge se está riendo de él.

Mi prima acaba de salir del agua. Camina hacia nosotros tres, que charlamos sobre la vida de Connor en Londres. Me empiezan a brillar bombillitas sobre la cabeza cuando me cuenta que es dueño de O'Brien Group, una empresa de construcción que compra otros proyectos que o bien han ido a la quiebra o al final no han sido rentables para reconstruirlos y venderlos a otras entidades. Dicha empresa, a su vez, funciona como inmobiliaria donde alquilan y venden casas. Pero lo de verdad importante es otra cosa.

—Connor, ¿tienes ahora muchos apartamentos y casas para alquilar? —Este gira su cabeza hacia mí en cuanto me escucha.

—Sí, ¿por qué?

—Podías buscarle uno baratito a mi prima. Es de confianza, trabajadora y simpática. No tendrías problemas con ella. Te paso su número y la llamas.

No lo dejo pensar, ni a Celeste, que acaba de llegar y se ha puesto en su toalla de flores junto a su —nótese la ironía— gran amigo Connor. Si piensan, serán capaces de rechazar mi idea. El rubio no desprende efusividad, de hecho, incluso parece que esté molesto. Aun así, asiente.

—Claro, pásamelo y estaremos en contacto.

—¿¡Has oído, Celeste!? Ya tienes destino para poder disfrutar tu año sabático.

Mi prima sonríe como puede, taladrándome con la mirada. Me disculpo, aunque algo me dice que esta intervención mía va a ser muy divertida a la larga.

Capítulo 44



—Joder, no puede ser.

Guzmán revuelve unos papeles entre un montón de hojas desordenadas sobre la mesa de la cocina. Solo se escucha la fricción entre los folios y su murmullo frustrado.

Esta mañana el departamento de Recursos Humanos de Madrid lo ha llamado para hablar sobre unas incidencias que han llamado la atención de la jefa del departamento. No es demasiado preocupante, pero ha querido solventar el problema en cuanto se lo han hecho saber. Además, en una semana tendrá una reunión con un inspector y otra con un jefe de riesgos laborales. Tiene que estar todo en regla.

—¿Qué ocurre?

Me separo de la encimera y me coloco a su lado, dejando la mano sobre su hombro desnudo. Va vestido con un bañador negro que le llega hasta la mitad de los muslos. Está guapísimo. Hoy hemos estado en la playa todo el día, luego hemos comido en el restaurante donde siempre solemos hacerlo cuando estamos en Zahara de los Atunes. Me mira un momento, apenas mueve la cabeza para hacerlo, y vuelve a sumergirse en los papeles.

—Guzmán, ¿qué pasa?

Esta vez deja lo que está haciendo para darse la vuelta, se apoya en el borde de la mesa y me atrae hacia él agarrándome de los codos.

—Perdona, es que la jefa de Recursos Humanos me ha pedido cierta documentación que no encuentro entre las carpetas y me estoy volviendo loco. —Asiento despacio, entendiendo cómo puede sentirse.

—Tranquilo. —Le acaricio la mandíbula lisa, cuadrada y delineada. Luego deposito un suave beso en sus labios cuando se me viene algo a la cabeza —. Quizá lo tengas en el despacho del restaurante.

Levanta las cejas, seguro que sorprendido por no haber pensado en esa posibilidad.

—Es verdad, joder. Están allí, en la carpeta verde. La llevé hace unas semanas para poder hablar con ella de unas cosas. —Me besa la frente—. ¡Qué haría sin ti!

Sonrío, pero arrugo el ceño cuando lo veo recoger todo con rapidez.

—¿Qué haces? —pregunto, pero no me mira.

—Voy al restaurante a por los documentos.

Está bastante estresado, solo hay que verlo para darse cuenta. Guzmán intenta llevarlo todo y, como tiene muchos profesionales detrás ayudándole, no debe cargarse con esto él solo. Así que tomo una decisión.

—Quédate aquí, iré yo —propongo, y levanta la cabeza de la mesa para mirarme.

—De eso nada, Gin. Se me ha olvidado a mí, relájate en la playa; cuando quieras darte cuenta, ya habré vuelto.

—Cariño, estás muy agobiado. Solo será un viajecito, recogeré los papeles y volveré enseguida. —Hace un gesto de desaprobación, pero ya estoy cogiendo las llaves del BMW—. Además, tú necesitas relajarte más que yo.

Le lanzo un beso en el aire y salgo de la cocina. Subo al coche en lo que la puerta del garaje del patio trasero se abre, le doy al botón de arranque y salgo marcha atrás despidiéndome de él con la mano.

Bueno, el viajecito como tal se me antoja pesado. Es de una hora, o poco más, y no es que la salida del pueblo sea preciosa. Para que se me haga más ameno pongo música y canto como siempre que voy sola en el coche. Es como que suelto adrenalina. Cuando llego al restaurante son las siete de la tarde. Al ver a Vanesa de un lado a otro maldigo porque esto no haya ocurrido el día que ella tiene libre. Conforme voy pasando entre mis excompañeros, los saludo. Esta semana no están los que iban en mi turno, que son con los que más confianza tenía, así que no me paro a hablar con nadie. E incluso pensaba que Emilio

estaría descansando, pero, por alguna razón, lo veo en la parte de arriba donde siempre trabajábamos. Me guiña un ojo como saludo y le sonrío en respuesta.

Voy sacando la llave que me ha dado Guzmán una vez estoy cerca del despacho, decidida a abrir.

—¿Dónde vas? ¡Tú ya no trabajas aquí!

Cierro los ojos con fuerza sacando la llave de la ranura al oír esa voz que tanto se me atraganta. Tomo aire mientras me pido a mí misma mantener la calma y me giro para encararla.

—A por una cosa.

Esos ojos verdes, rodeados por una línea de lápiz negro, me escrutan con la mueca de asco más sincera que he visto en mi vida.

—¿Cómo sé que tienes permiso? —me reta Vanesa, cruzando los brazos sobre su pecho tapado por una camisa negra y una americana blanca de tela de verano.

Me aguanto las ganas de rechinar los dientes. Bueno, y de sacar las llaves entre los dedos para darle un buen derechazo en la cara. Esta mujer lleva haciéndome la vida imposible desde hace tiempo y, por respeto a su trabajo y por lo cualificada que se supone que está —según Guzmán— me he callado cada una de las veces que me ha jodido. Pero no pienso dejar que insinúe que vengo a husmear o sabrá Dios qué se está montando en la cabeza.

—¿Porque soy la novia de Guzmán?

Mi respuesta le jode. Uf, no sabes cuánto. Veo la ira en sus ojos, incluso creo que se le ha subido el labio en un llamativo tic de frustración. Por un momento, pienso que va a gritar y el pelo se le va a convertir en una llamarada de fuego.

—¿De verdad crees que eres tan importante? —me suelta con esos labios rojos demasiado perfilados para la lengua de víbora que tiene siempre fuera.

Esto ya me toca la fibra y me da una rabia desbordante. Guardo la llave en el bolso, consciente de que esto va para largo porque ahora no pienso callarme.

—¿Por qué no te centras en tu vida y dejas de una vez que los demás

vivamos la nuestra? Estás demasiado ocupada en este restaurante trabajando como para tener tanto tiempo para estar pendiente de las vidas ajenas. ¿No crees que deberías buscarte un *hobby* para estar ocupada en tu tiempo libre?

¡Toma castaña! No es un insulto superelaborado, pero a ella le molesta sobremanera. Da un paso hasta mí, amenazante y se muerde el labio bastante cabreada.

—Eres tan ingenua que me das vergüenza ajena. —Hay un silencio en el que pienso una respuesta, pero ella se adelanta—. Eres tan patética que no puedo callarme más. —«¿Eh? ¿Qué me he perdido?», me digo un tanto confundida. Vanesa mira de un lado a otro—. No le importas una mierda. Y lo sé porque se lo oí decir a ese amigo suyo inglés hace unos días. Estaban en el despacho y Guzmán le dijo bastante clarito que no eras más que otra mujer. Que el otro no tenía que preocuparse por él, pues pensaba volver a Madrid en cuanto terminase aquí.

Me acaba de soltar las palabras más frías y dolorosas que he escuchado en muchísimo tiempo. No he oído algo que me hiciese tanto daño desde la muerte de mis padres. Y en ese momento era una niña. Mi cara debe ser un cuadro digno de enmarque. Estoy helada, tensa y tiesa en el sitio sin atreverme siquiera a respirar. Mi cerebro me dice que no la crea, pues esas palabras ha podido decirlas al azar. Es capaz de eso y más. Intento tragarme la humillación que empieza a surgir en mí por si una mínima posibilidad de verdad pueda existir en lo que me ha dicho, y contraataco defendiendo a Guzmán y lo que sé que siente por mí.

—Eres tan desgraciada y estás tan sola que te imagino ensayando esas palabras una y otra vez en tu casa antes de venir a escupírmelas. Vete a hacer tu trabajo. —Me giro para pasar de ella, dispuesta a abrir la puerta. No pienso creer ni una palabra que salga de su boca.

—¿También me estudio la parte en la que os acostasteis en su coche en el puente de diciembre cuando fuiste a ver a tu prima a Madrid?

No pienso creer ni una palabra, excepto estas. Me vuelvo de nuevo hacia ella, sin aire. Esta vez no me queda otra que creerla, pues nadie sabe nada de esto a excepción de nosotros y mi prima. Parpadeo algunas veces, reteniendo el picor en mis ojos. De repente, las llaves del coche de Guzmán me queman en el bolso y estar aquí me provoca náuseas. Tengo unas ganas de vomitar abrumadoras. Debe ser eso lo que me obliga a ponerme una mano en el

estómago. No tengo palabras, no tengo un insulto ni una defensa ante lo que me acaba de decir. Pues no la hay. Todo empieza a darme vueltas y la cabeza me recrea nuestras conversaciones, momentos y risas como un puto castigo en bucle. Como si estuviese en esos episodios de *Crónicas vampíricas* en los que Damon está en el interior de la piedra fénix viviendo siempre la misma experiencia traumática de su pasado.

Una y otra vez. Una y otra vez.

De repente, los besos y recuerdos de Guzmán me hacen trizas, me arañan y me hacen sangrar cada segundo que pienso en él. Qué idiota soy. He creído en él como en nadie y me hace esto. Tenía que haberlo imaginado.

—Hazte un favor —me dice Vanesa y clavo los ojos en ella, sintiendo una ira tan fuerte que me horroriza incluso a mí—. Lárgate de aquí y deja de humillarte. Solo pareces una zorra calienta braguetas a la que han usado de entretenimiento.

Se me encoge el corazón. Lleva toda la razón. Pero no pienso reconocerlo y, desde luego, no pienso permitir esta falta de respeto hacia mi persona. Por lo que le doy tal bofetada que algunos compañeros se percatan. Ella pone una mano sobre su mejilla y jadea del susto, pero me da igual.

Ya todo me da igual.

Me doy la vuelta y empiezo a salir del restaurante todo lo digna que soy capaz, pero con los ojos llorosos, ahogados en unas lágrimas que me duelen horrores. Al pasar de largo, me percato de que Emilio me observa desde arriba, incluso que va a venir hacia mí, pero le pido que no con la cabeza. El corazón me va a mil por hora. Estoy tan rota que no puedo ni respirar. Saco el teléfono en cuanto estoy en la puerta de la calle, y marco el único número de teléfono que puede salvarme en este momento.

Me lo coge al tercer tono.

—Gini.

Cierro los ojos, no estoy para esto ahora mismo.

—¿Mi coche funciona? —pregunto sin saludar. Sé que se lo di, pero no creo que lo haya vendido aún.

—Bueno, no tan bien como me gustaría, pero se podría decir que sí.

—¿Llega hasta la ciudad y me lleva a Getares?

—Sí, por supuesto. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Me trago las lágrimas. Lo último que estoy es bien, pero no voy a decírselo a Fer.

—Sí, prepáralo, por favor. Jorge va a ir a por él. —Hay un silencio, pero él lo ocupa hablando otra vez.

—Puedo ayudarte en lo que sea, iré a por ti si quieres.

—Perdiste esa oportunidad al ser un capullo conmigo. —Suelto el aire cuando soy consciente de que lo estoy reteniendo—. Prepáralo, irá enseguida.

Cuelgo sin esperar a que diga nada dejando que algunas lágrimas me caigan. Lo necesito. He sido una estúpida. A continuación llamo a mi primo todo lo rápido que puedo. Cuando se interesa, le pido que no me haga explicarle nada ahora. Tras un forcejeo verbal, consigo que se calle y me prometa estar aquí enseguida.



Han pasado veinte minutos desde que hablé por teléfono cuando Emilio sale del restaurante.

—Oye, ¿a qué ha venido eso? —No quiero contarle nada, ni siquiera a él con lo bien que se ha portado siempre conmigo. Ya será suficiente con tener que contárselo a mi familia y a María. Voy a decirle que mejor otro día, pero el llanto se me escapa como si fuese una niña pequeña. Dios… no me puedo creer que me haya hecho esto—. Eh, eh. —Emilio me envuelve entre sus brazos.

Estoy así un rato, ni siquiera se preocupa por estar desocupando su puesto. Estoy imaginando que habrá pedido a otro que se ponga en su lugar cuando veo mi antiguo coche aparecer. Jorge salta del vehículo para venir a buscarme. Antes de decirle nada, me vuelvo hacia mi amigo.

—Toma, solo confío en ti. —Le entrego la llave del despacho y las del coche de Guzmán—. Dásela a tu jefe cuando lo veas. Ya hablamos estos días.

—¡Emilio! —exclama Vanesa desde la puerta—. Vete a tu puesto si no quieres irte a la puta calle —sisea para que solo nosotros la escuchemos. Es una

lagarta inteligente.

—Vete, tranquilo —le pido intentando poner una sonrisa.

Vanesa me reta con la mirada unos segundos, pero me siento tan derrotada que no me preocupo. Ni siquiera cuando escanea mi Seat y a mi primo. Como si no acabase de joderme la vida en apenas una hora.

Capítulo 45



Dos llamadas…

Tres…

¿Por qué no coge el teléfono?

Empiezo a desesperarme. Bueno, de hecho, tras el segundo intento he ido a vestirme para ir a buscarla; pero, al salir al patio, me lo encuentro vacío. Por los nervios, no recordaba que se había llevado el coche.



No obtengo respuesta, ni a ese, ni a ninguno de los mensajes anteriores. Me cago en la puta. Solo puedo hacer una cosa. Tras cuatro toques, me coge la llamada.

—Tienes que venir a por mí.

—¿Qué?

Cierro los ojos, no tengo tiempo para esto. Le explico a Connor por encima qué pasa, intentando mantener la calma, sin pensar que le haya podido ocurrir algo en el trayecto. Solo imaginármelo me roba el aliento.

—Voy para allá —asegura mi amigo al instante.

Todavía es de día, pero son ya las ocho de la tarde. Hace ya una hora que no sé nada de Gin. En teoría tenía que llegar, coger la carpeta y volver. Pero no lo ha hecho y he perdido la tranquilidad cuando no ha atendido mis llamadas, ni respondido los mensajes.

Cuando veo el coche de alquiler de Connor en la puerta salgo a toda prisa cerrando con llave la casa. Por suerte, Frankfurt está en Getares, porque si no tendríamos que exponernos a salir a la carretera sin la seguridad pertinente. Juraría que estoy temblando y seguro que cualquiera podría verlo a simple vista.

—No has… —digo tragando saliva— no has visto nada en la carretera, ¿verdad?

Noto el corazón en la garganta y me late tan rápido que bien podría terminar en un infarto. Pero se me destensan los músculos cuando Connor niega con la cabeza.

—No. —Apoya su mano en mi hombro—. Tranquilo, quizá haya dejado el móvil en el coche.

Lo miro unos segundos más, no creo que haya pasado, pero es una posibilidad. No tengo tiempo para adivinarlo, tenemos que ir ya a buscarla.

—Venga, vamos.

Estoy ansioso, necesito teletransportarme y llegar al restaurante. Quiero verla, saber que está bien y besarla. Dios, me muero por besarla.

—¿No te avisó de que había llegado?

No me molesto en mirar a mi amigo, digo que no con la cabeza y me concentro en volver a llamarla. Esta vez el corazón se me detiene.

—Me ha colgado. —Me escucho decir con la sorpresa en la voz.

—Estará en el despacho o hablando con los compañeros.

—¡¿Una puta hora?! —grito bastante histérico.

Connor conduce todo lo rápido y legal que se puede, lo que viene siendo asquerosamente lento. «¡Mierda!», maldigo para mis adentros.

Le doy un manotazo a la radio del coche, no tengo ganas de escuchar música. Intento llamarla de nuevo, pero me cuelga otra vez y opto por Celeste.

—Voy a llamar a la prima. A ver qué me dice.

Pero no tengo respuesta y en casa de Ana tampoco. Le mando un mensaje a mi hermana.



Dejo el teléfono en el sillón, tan nervioso como ansioso por obtener una respuesta cuanto antes. Pero llegamos al restaurante y no tengo ninguna. Paso por la puerta como un huracán, buscándola entre la gente. ¿Dónde cojones está?

—¿Gin ha estado aquí? —le pregunto a una de las cocineras.

—Sí, pero… —La mujer se calla y entonces escucho:

—Guzmán.

Me giro airado al reconocer la voz.

—¿Ha estado aquí mi novia? —le pregunto sin dejar que diga nada más.

—Sí, venía a por unos papeles.

Asiento, algo más tranquilo al saber que ha llegado. Voy al despacho, a ver si se ha dejado el teléfono aquí, pero no está. Al cerrar guardo la llave que siempre tengo en el restaurante escondida en el mismo sitio que estaba.

—Sé que no, pero ¿te ha comentado si tenía que ir a algún sitio o si le pasaba algo? —El desasosiego se apodera de mí. ¿Por qué no responde ya?—. Vanesa, ¡responde! —insisto, aguantándome las ganas de zarandearla por los hombros.

—No, no me ha comentado nada. —Se queda en silencio y pasea

sus ojos por mí. Entonces se saca algo del bolsillo de su americana—. Pero ha dejado las llaves de tu coche antes de irse con un hombre en un Seat Ibiza viejo.

El cuerpo se me paraliza. Cada músculo de mi cuerpo se tensa tanto que podrían parecer placas de acero.

—¿Qué? —pregunto sin poder creer que eso haya ocurrido. Debe ser un error.

—Sí, ese tal Fer. Vino a buscarla hará una hora o así. Quizá menos, no sé con exactitud.

Trago el nudo que se forma en mi garganta, áspero y asqueroso. Ese hijo de perra con ella. Juntos en la puerta de mi restaurante. La respiración se me altera y le arranco las llaves de las manos a Vanesa tras golpear en un arranque de ira la puerta del despacho.

Salgo del restaurante y busco mi coche, encontrándolo en los aparcamientos donde suelo dejarlo. Paso de Connor, ni siquiera me giro al oír que me llama. Subo al jodido coche, que apesta a ella, y me largo de ahí. Cuando llevo dos minutos conduciendo, el móvil se conecta y la primera canción en reproducirse es *West Coast*. Apago la radio de un golpe.

—¡Joder!

Aprieto el volante tan fuerte como quiero hacérselo al pescuezo de Fernando. Pero soy consciente de que no es el único culpable, Ginebra también y, el principal, yo. No tendría que haber caído en este puto juego. Me río en voz alta, como un lunático. Si ya me lo decía ella, que esto solo era un juego. No tendría que haber insistido en nosotros, debía haberlo dejado en el primer polvo.

Acelero un poco más, necesito llegar a casa. Mi teléfono suena y enciendo la radio para que se oiga por los altavoces.

—Guzmán. —Es Cami. Intento tranquilizarme.

—Dime.

—¿Qué ha pasado? —Enseguida sé que Gin está en casa de su

abuela—. Gin está…

—Me la sopla, Camila. Vete de allí, quiero que llames a Connor y le pidas que te recoja, yo no puedo.

—Pero, Guzmán…

—No me hagas repetírtelo. —Aprieto los dientes sin una pizca de paciencia en este momento. Necesito acompasar la respiración y aguantar las ganas de llorar que tengo de repente, estoy bien jodido—. Por favor, enana.

—Está bien. Pero ve a recogerme en cuanto puedas.

—Lo haré, avísame cuando estés con él.

El coche se sume en un silencio horrible. Un silencio vacío, muerto. Como todos mis sentimientos por Ginebra en este momento. La odio. Ahora entiendo eso que siempre se ha dicho que del amor al odio solo hay un paso.

La odio con todo mi corazón.

La odio con la misma intensidad que la amo.

Capítulo 46



Lo echo tanto de menos, que a veces es como si el pecho tocase mi espalda. Percibo como se hunde, como me presiona dejándome sin aire.

Y duele. Duele tanto...

Ya han pasado muchos días desde que no sé nada de Guzmán. Ni siquiera se ha molestado en llamarme más, las ultimas llamadas las recibí el día que ocurrió todo. Tampoco me ha enviado ningún mensaje. Creía que me quería… ¡qué estúpida! Creía que lo nuestro era de verdad… ¡qué ilusa! Incluso creía que era el indicado… ¡qué patética! Por mí podía ser el último. No quería que hubiese nadie más, solo él.

Ahora no quiero a nadie.

A veces flaqueo. Cuando viene Camila a casa, pienso en que podríamos hablarlo, intentar solucionarlo porque me muero por volver a verlo. Pero me recuerdo que solo he sido un polvo más. Una tía más que sumar a su lista. Que hablaba con Connor sobre lo que hacíamos, riéndose a mi costa y diciéndome que me quería…

Aprieto la tela de la colcha con fuerza, sintiendo la impotencia bullendo en mi interior por haber creído sus palabras. Quiero gritar, patalear, seguir llorando y plantarme delante de él para tirarle a la cara un gato con las uñas fuera y afiladas. Cuando *Wrecked* de Imagine Dragons llega a esa parte en la que dice que el tiempo todo lo curará, pero que todo le recuerda a ella, las lágrimas caen por mi cara recorriendo mis sienes y perdiéndose en mi pelo.

—¿Ya?

—Ya, ¿qué?

—¿Que si ya has dejado de compadecerte?

Cierro los ojos con fuerza antes de pausar la tortura de música que estoy escuchando. No me muevo ni un centímetro. Bueno, miento, giro la cabeza un poco para mirar a Celeste de pie junto a mi cama. La misma donde Guzmán me…

Mi prima bufa.

—¿Por qué no dejas que llore sola y tranquila? —pregunto en voz baja, todavía tumbada en la cama bocarriba. Por el rabillo del ojo veo que cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro, colocando los brazos en jarra.

—Llevas muchos días así. Por Dios, Gin.

—Tienes que hacerte con un pez o un gato, o de algún ser vivo que necesite de tu atención. Eres muy joven para ser tan fría.

No pienso mis palabras, tampoco es que las diga para hacerle daño. Pero es el efecto que producen en ella y hacen que dé media vuelta y salga del cuarto con un portazo. Es el único motivo que ha conseguido levantarme de la cama, me cambie el pijama por un vestido veraniego, me recoja el pelo en un moño con la pinza naranja que hay sobre mi escritorio y me preocupe en lavarme la cara a conciencia.

Llego hasta la cocina, donde no hay nadie. ¿Qué esperaba? Son las doce de la mañana en pleno agosto, todo el mundo está en la playa. Incluso Frankfurt. En su defensa diré que quiso quedarse conmigo, pero es un Teckel muy empático y si yo lloro, él también. Y no necesito que seamos dos gimoteando a lágrima viva, por lo que Jorge se lo llevó.

Conforme me voy acercando a la puerta de la calle, el ruido del verano se cuela por debajo, por la ventana medio abierta, por cada uno de los poros de mi piel. El sonido del mar, de la gente jugando, charlando y riendo. Y hasta del matrimonio que vende dulces, refrescos y helados desde hace más de diez años en la playa. El calor abrasador me golpea como un buen puñetazo en el estómago en cuanto abro. O quizá es la sensación de exponerme en sociedad tras tanto tiempo sin hacerlo. O tal vez es la ansiedad por imaginar que todos saben que estoy así por un hombre que solo buscaba un buen revolcón.

Cierro la puerta y no salgo. Subo los escalones que dan a los dormitorios pensando en las lágrimas que he dejado caer estos días y me quito la ropa

recordando sus manos sobre mí. Cuando me percato de que me he mirado demasiado al espejo, cavilando en cómo Guzmán me tocaba mintiéndome sin parar, me pongo un bikini. Y encima de este vuelvo a ponerme el vestido de antes. Ahora sí salgo de casa. No tengo ganas, bien podría correr al interior otra vez para ponerme música machacona que me haga convertir el colchón viejo que aún conserva mi abuela en una cama de agua. Pero, si él cree que soy una mujer más, está clarísimo que él es un hombre más.

Llego a la zona en la que mi familia está ubicada con dos sombrillas del Decathlon, tres sillas de playa del bazar chino de la esquina, una nevera azul y blanca, una mesa pequeña —del Decathlon también— y dos o tres toallas alrededor.

—Hola.

Mi abuela, Celeste, Camila y Jorge se giran hacia mí. Cami sonríe con pena. Más de una vez me ha dicho que si lo deseo, no vuelve, pero le he asegurado que ella es de nuestra familia. No hemos hablado del tema, aunque me ha preguntado en alguna ocasión, pero ¿qué le digo? ¿Que su hermano colecciona encuentros sexuales? ¿Que es un mentiroso? Prefiero evitarlo, teniendo en cuenta cuánto les ha costado llevarse bien de nuevo.

Me coloco en la silla que hay libre al lado de mi yaya, que está picoteando de una tortilla de papas troceada, y me cojo una cerveza.

—¿Cómo estás? —se preocupa ella, mirándome con ese cariño inigualable.

—Mejor. —Le sonrío para darle veracidad—. No voy a estar toda la vida metida en el cuarto llorando por un hombre.

Me doy cuenta de que Camila retira la mirada y que no tarda en irse al agua con mi primo. Les echo un vistazo, se llevan genial. Más de lo que a Guzmán le gusta, pero confío en la sensatez que sé que tiene mi primo. Jamás miraría a Camila de una forma inadecuada, él es consciente de que aún tiene dieciséis años. Le queda poco para cumplir los diecisiete, un mes en concreto, pero sigue siendo menor de edad. Además, si no recuerdo mal Jorge está medio liado con una de sus amigas. ¡Anda! Justo la que se acaba de colgar de su cuello.

—¿Estás segura de que no es mejor que hables con Guzmancito? —me pregunta mi abuela y niego con la cabeza sin dejar de ver cómo se meten en el agua. También soy consciente de cómo Celeste me mira desde su toalla.

—No hay nada que hablar. Se ha reído de mí, ha sido todo un juego.

—Pero, hija, esa mujer te ha estado incordiando todo el tiempo. Seguro que se lo ha inventado.

Me paso la lengua por los dientes, a punto de soltarle a mi abuela por qué sé que no mentía. Pero me mantengo callada. Cuando llegué hecha un mar de lágrimas y les conté lo que había pasado también tuve que decirles lo que Vanesa ha estado haciendo. Mi abuela puso el grito en el cielo, Jorge despotricó todo el tiempo y Celeste me prometió vengarse. Pero insistí en dejarlo estar. Sé lo importante que es para Guzmán contratar a alguien en quien confiar y, aunque me cueste reconocerlo y dejando a un lado lo sátira que es, Vanesa es una buena profesional. Así que no había posibilidad de contarle nada. Nunca.

—Abuela, me dijo cosas que ella no debería saber porque se las escuchó a él. No hay nada que decir.

Para que no me agobie más, me levanto y voy al agua cristalina; parece una playa paradisíaca, pero a mí me sigue pareciendo que está helada. Entro hasta que me llega a la cintura, parándome junto a los demás. Estoy sola unos minutos y enseguida Jorge se pone a mi lado en cuanto me ve.

—¡Pero mira quién nos honra con su presencia!

Sonrío un poco. Tiene el pelo mojado y el cuerpo embarrado por la pelea de arena de la que se ha salido para hablar conmigo.

—Ya ves.

—¿Has mirado si te han notificado sobre alguna plaza libre?

Pues no, la verdad es que no me he acordado de eso. Un revoltijo de emoción por la esperanza de encontrarme una noticia positiva al respecto me chispea en el cuerpo.

—Lo miraré en cuanto vuelva a casa. No he estado muy concentrada estos días.

—Lo sé. —Mi primo se echa el pelo hacia atrás y forma una sonrisa de las suyas—. ¿Una carrera? —Lo miro por primera vez desde que estoy en el agua y frunzo el ceño—. ¡Hasta la boya! Venga, quien gane tendrá que hacerle masajes en los pies al otro durante una semana.

Antes de que yo pueda responder se tira al agua y empieza a nadar.

Chasqueo la lengua, incapaz de rechazar el reto, y empiezo a nadar también. Va más aventajado, pero mis brazadas siempre han sido más rápidas y estoy a su lado pronto. Hay un tramo considerable desde donde estábamos hasta nuestra meta, aun así, llegamos sin problemas, como en los viejos tiempos.

—¡Te lavarás los pies antes de que te los masajee!

—Es una pena que no siga trabajando en el kebab. Me encantaría plantarte los pies en la cara después de diez horas allí. —Hago un gesto de náuseas y rompemos en carcajadas. Parece que hace una eternidad que no me reía. Bromeamos un poco más sobre pies sudados, con uñas largas y peludos, hasta que me mira sin pestañear—. Odio decirte esto en este momento, pero he estado esperando hasta que estuvieses mejor.

Una tristeza me cala los huesos. He estado tan sumida en mis problemas, que me he olvidado de los de mi familia. Y todo por un hombre que resulta no merecer la pena.

—¿Qué pasa? —Me acerco a él y me sujeto a la boya para dejar de intentar mantenerme a flote.

—Me iré con Celeste cuando vuelva a Madrid. —Ya lo sabía, pero que la fecha esté tan cerca me cae como un jarro de agua helada y se me saltan las lágrimas—. Oye, oye, no te me pongas así.

Bueno, quizá no se me saltan, sino que corren mejillas abajo y sin frenos.

—Perdona, estoy muy sensible. Y separarme de un trocito de mí nunca es fácil. —Mi pequeñín sonríe y me lleva hasta él para abrazarme.

—Sabes que donde tú estés, ahí estaré yo.

Pasa los dedos por mi tatuaje y señala la misma frase sobre su omóplato. ¡Cuánto lo quiero! Asiento varias veces y lo espachurro un poco más contra mí.

—Llevas razón. Además, será la excusa perfecta para viajar.

Me besa la frente, bastante emocionado también, pero se deja de rollos y me guiña el ojo.

—Venga, volvamos. Que si ganas esta vez no me tendrás que hacer masajes.

Suficiente aliciente para salir pitando. Lo escucho gritar detrás hasta que

se lo toma en serio. Refunfuño como una niña cuando, poco después, soy consciente de que tengo que hacerle masajes en los pies durante una semana.



Por la noche, salgo a la puerta para esperar que recojan a Camila. El coche de alquiler de Connor aparece en los aparcamientos pasadas las nueve y media. Nunca se para, mucho menos se baja. Pero esta vez es diferente y se me acelera el pulso. Tampoco quiero saber nada de él.

—Hola, Gin —me saluda y aprieto los labios.

—Buenas noches. Cami, avísame cuando estés en casa. Nos vemos mañana.

Me doy la vuelta cuando ya se ha subido al coche, pero solo doy media vuelta porque la voz de él me detiene.

—¿Podemos hablar?

—No tengo nada que hablar contigo —asevero volviéndome.

—Gin, no te he hecho nada. Solo me preocupo por los dos.

Suelto una risa irónica. ¿Cómo puede pensar que no ha hecho nada? ¿Le parece poco permitir que su amigo juegue conmigo y mirarme a la cara sin inmutarse? Menudo imbécil.

—Connor, lárgate. No quiero saber nada ni de ti ni del otro. Me habéis demostrado ser unos falsos, que solo os habéis divertido con una idiota más. Hazle un favor a tu amigo y dile que deje de jugar con los sentimientos de los demás.

—Pero ¿qué dices?

La ira me sube por la columna vertebral ante su falsa sorpresa, me doy la vuelta antes de quitarme la chancla para darle en esa cara de inglés que tiene. Camino a toda prisa dejando atrás a un hombre que empezaba a considerar un amigo y obviando cómo me llama con un tinte de angustia en la voz que no entiendo muy bien.

Airada, subo al cuarto para coger mis cosas y darme una ducha antes de salir a cenar con mis primos y María, que me llamó por la tarde para vernos esta

noche. Con toda la ropa en la mano, me acuerdo de lo que hablé con Jorge y reviso mi teléfono. El corazón me salta eufórico cuando leo que podré empezar en septiembre como profesora en un colegio de Algeciras no muy lejos de mi abuela.

Por fin respiro tranquila y feliz, tras unos días de mierda.

Capítulo 47



Volví a centrarme en el trabajo a los pocos días de separarnos y eso que pensaba desconectar todo el mes de agosto. No soportaba estar en casa dándole vueltas al tarro, pensando en ella de manera constante y mirando las fotos que volví a sacar de la basura apenas un minuto después de tirarlas.

Debía tener la cabeza ocupada.

—¿Puedes explicarme por qué te has equivocado de vaso?

Uno de mis trabajadores lleva la bandeja en la mano con algunos platos sucios que ha recogido de la mesa que ha servido de forma pésima.

—Discúlpeme, no quedaban limpios y creí que sería mejor que no servirlo.

—Creí, creí. No te pago para creer. —Me giro sobre mis talones para mirar a todos los demás de la plantilla—. ¿Por qué no funcionan los lavavajillas como deben?

—Hubo una avería hace una semana. El sábado, en concreto, se lo avisamos a la señorita López, pero…

—¡La empresa de reparaciones es una inepta! Estoy buscando otra mejor. —Vanesa interrumpe al cocinero y me obligo a no decirle delante de todos que se vaya de aquí de una puta vez. Rechino los dientes y tomo aire.

—No puede quejarse ningún comensal. ¿No sois conscientes del prestigio de este restaurante?

Ninguno dice nada, buena elección, porque solo espero que salte uno para ir directo a la yugular. Así llevo estos días de mierda. Los observo a todos, uno por uno, consciente de que deberían haberse marchado a casa hace treinta y cinco minutos. Pero estoy encabronado, frustrado y tan jodido que quiero que los demás también lo estén. Así que me la trae floja a la hora que lleguen a su maravillosa casa, donde los esperan sus parejas que les regalarán una espléndida y candorosa sonrisa antes de darles un beso de bienvenida. Donde un perro les ladrará como recibimiento y se tirará en el suelo panza arriba para que lo acaricien.

Me da igual que lleguen tarde a todo eso. Seguro que les hago un favor.

—Guzmán. —Me vuelvo entre la plantilla, mientras ellos van rompiendo el círculo para ir a por sus cosas después de haberles dicho que se vayan.

—López, llámeme de una vez por mi apellido. No soy su amigo, sino su jefe.

Hace caso omiso de lo que le digo y camina detrás de mí hasta que entra en mi despacho. Me acomodo en el sillón del escritorio después de servirme un poco de Watenshi con hielo. Es dificilísimo conseguir una botella de estas, ya que solo se ponen en venta muy pocas unidades. Por eso es bueno tener contactos.

—Creo que hay que hacer limpieza en la plantilla —me dice de buenas a primeras.

Dejo el vaso sobre la mesa más fuerte de lo que pretendía, pero es que esta mujer me saca de mis casillas. Lo que menos necesito ahora es hacer lo que propone. Por no hablar de que no hace falta, mis trabajadores son excelentes profesionales. A excepción de hoy. Pero un fallo lo tiene cualquiera.

—Para nada. Y ahora, vuelva a su casa. Necesito terminar unas cosas.

Da un paso hasta mi mesa, apoyando sus palmas sobre ella. Se deja caer hacia adelante, lo suficiente para que su escote sea más visible. Aparto la mirada.

—Hay trabajadores que están en contra de mí. Me hacen el trabajo difícil y no dejan de contradecirme.

La miro, sin entender. Eso jamás había pasado. Es evidente que no puedo tolerar este tipo de comportamientos si lo que dice es verdad. Resoplo, cansado, pero la señalo con la mano para que continúe.

—Emilio es el primero. Siempre me mira mal, me rebate todo lo que le digo y no acata ninguna de mis tareas.

Frunzo el ceño, podría esperármelo de cualquiera, pero no de Emilio. Antes no lo conocía, pero se lleva muy bien con Gin y desde que he podido saber un poco de él no lo considero alguien problemático. Pero, en fin, esto es lo que pasa por confiar en la gente... Que se van con sus exnovios para dejarte plantado…

—Hablaré con él. —Niega con la cabeza y me cabreo un poco más.

—Necesito que esté fuera de la plantilla ya.

¿Esta mujer quién se cree? Ni que esto fuera suyo. Me trago el resto de la ginebra de un solo trago y me levanto del sillón, haciendo que retroceda unos pasos.

—No te pases, Vanesa. —La tuteo—. Esto no es tuyo, sino mío. Yo soy el dueño, el jefe. Nadie decide nada a excepción de mí. ¿Queda claro?

Aprieta los labios con fuerza, y se atreve a decir:

—Pues esa mujer sí que cambió la fiesta de aniversario que se ha celebrado igual desde que existen los restaurantes. Quizá solo haya que follar contigo para hacerte cambiar de idea.

Abro los ojos, sorprendido. Esto ya es el colmo, no pienso tolerar esta falta de respeto.

—Fuera de este despacho.

—¿O qué? —me reta la insensata. La fulmino con la mirada, doy un paso hasta ella. Será lo más cerca que va a estar de mí nunca.

—¡Estás despedida! —Se le salen los ojos de sus órbitas—. Largo. ¡Ahora! Sale del despacho tras ahogar un gemido lastimero. ¿Quién coño se cree que es para hablar así de ella? Cierro de un portazo que hace temblar las paredes.

Necesito estar solo de una puta vez. Pero no puede ser. La puerta se abre apenas tres minutos después de que haya echado a Vanesa.

—Buenas noches. —La voz de Emilio ocupa toda la estancia.

Lo invito a pasar. Aprovecharé para comentarle lo que me ha dicho Vanesa. Deja algo sobre la mesa que me llama mucho la atención.

—He tenido que hacer copias. ¿Puedes explicarme que haces con mis llaves?

Se queda quieto un momento, pensando. Pero no tengo tiempo y debe notarlo en mi rostro porque hace un gesto para que espere.

—Debo hablar algo con usted.

Levanto la mano recordando algo que Ginebra me dijo.

—Tutéame, por favor. —Asiente una vez.

—Es importante y delicado —continúa. Dejo que hable porque pienso que es más fácil que se sincere a tener que acusarlo directamente. Me echo hacia atrás en mi sillón—. Quiero denunciar a Vanesa por acoso laboral.

Alzo las cejas hasta el nacimiento del pelo. «Qué curioso», pienso.

—¿Disculpa? ¿Sabes lo que dices?

—Por supuesto.

Me echo hacia delante y entrelazo las manos, a la espera de escuchar qué tiene que decirme. Después de lo que Vanesa me ha

contado, quiero conocer la versión de Emilio. A saber de qué ha sido capaz esa mujer para hacerle el trabajo tan difícil como para querer denunciarla así.

—Cuéntame con exactitud qué problemas has tenido para querer tomar estas medidas —lo animo a seguir y niega con la cabeza.

—No lo sufro yo. —Se queda en silencio y piensa—. Bueno, creo que todo el que trabaja con Vanesa lo sufre. Pero me refiero que no es en mi nombre.

Eso llama más mi atención.

—¿Entonces? —pregunto cada vez más interesado.

—Esto es difícil. La chica no sabe que estoy hablándolo contigo y después de ver cómo estás reaccionando, he perdido la esperanza que tenía de que te lo contase en algún momento.

Me está poniendo nervioso, así que me sirvo otros dos dedos de Watenshi.

—¿Puedes ir al grano? ¿A quién acosa Vanesa de tal manera que necesitas denunciarla?

Toma aire, baja la mirada y estoy a punto de insistir más para que me lo diga de una jodida vez. No se escucha nada a excepción de nuestras respiraciones y me estoy volviendo loco.

—En realidad, acosaba. Pero le pido discreción y, atreviéndome, que se la despida. Si no se toman medidas, tendré que buscarme otro empleo.

«Vale, esto es gordo», pienso muy serio.

—No será el caso. Habrá solución, además Vanesa ha sido despedida hace unos diez minutos. Ahora cuéntame a quién hay que defender. Haré lo que esté en mis manos para que esa chica no…

—Es Gin. —Dejo de hablar. Por un momento deseo que me esté preguntando cuál es el contenido de mi vaso. Que no esté contándome que Ginebra ha sufrido acoso y no lo he visto. Que no esté diciéndome

que esa impresentable y malnacida ha sido capaz de poner un dedo encima a Gin—. La chica… es Ginebra.

—¿Qué dices? —Noto que me falta el aire. Tiene que ser un puto error—. Debes estar equivocado.

—En absoluto. Echa un vistazo a las grabaciones de las cámaras de seguridad. Así lo comprobarás tú mismo. —Se pone en pie y juraría que le tiemblan las manos. O quizá es mi vista porque hasta el último músculo de mi cuerpo está tenso y tal vez estoy agitado por la ira—. Mira las de la calle también.

—¿Es que estás al tanto de algo?

Sonríe, pero no de buena forma, sino como si quisiera decirme que soy un jodido idiota que no se da cuenta de nada.

—Vanesa siempre se encarga de que todos nos enteremos de todo. Sé que te dijo que un tal Fernando vino a por ella. Pero no es verdad, vino su primo.

Me rasco el cuello, agobiado, saturado, estresado, muy enfadado. Estoy en *shock*, en uno que no me permite articular palabra ni moverme. Estoy seguro de que es por eso por lo que Emilio se va sin decirme nada más.

En cuanto el sonido sordo de la puerta al cerrarse llega a mis oídos todo en mi interior explota. Rompo una silla de madera en la pared lanzándola con todas mis fuerzas. Respiro con mucha irregularidad, el pecho me sube y me baja con ferocidad. Doy dos zancadas y tiro todo lo que está sobre mi escritorio; grito, golpeo y vuelvo a gritar.

«No puede ser. No puede ser», me repito sin parar.

Con las manos temblorosas, la respiración como si estuviera sufriendo un ataque de pánico —que no lo niego, solo que no estoy seguro— y la cabeza nublada por este sentimiento tan horrible que crece en mi interior, llamo a la empresa de seguridad. Discuto con ellos al menos media hora hasta que me facilitan las grabaciones desde que Gin empezó a trabajar aquí. Lo siguiente que hago es llamar a Connor y pedirle que venga. No puedo hacer esto solo.

Capítulo 48



Estoy esperándolo fuera desde que lo llamé. Hora y pico. Por fin aparece el coche, lo veo perderse al final de la calle y unos tres minutos después Connor gira la esquina. Sin poder estar más tiempo esperando, entro en el restaurante y me meto en el despacho. El ordenador de mesa ha salido mal parado, por eso saco el portátil que guardo en el ropero.

—¿Qué cojones…?

Lo inspecciona todo a su alrededor. El despacho ha desaparecido, no tiene ni un poco de lo que era hasta hace menos de dos horas. Debemos levantar el escritorio para poder apoyar el ordenador, Connor tiene que coger una silla de las mesas del restaurante para poder sentarse a mi lado y, con algunos de mis lanzamientos, me habré cargado la lámpara de cristal, porque solo está la bombilla colgando del cable.

—La he jodido pero bien —digo mientras me concentro en poner las grabaciones.

—¿Me lo vas a contar? —Niego con la cabeza.

—Míralo tú mismo. —Le muestro la pantalla.

En cuanto las imágenes empiezan a moverse ninguno dice nada. Revisamos cada uno de los días en los que Gin ha trabajado aquí hasta que, un buen rato después, veo el primer indicio que corrobora lo que me ha contado Emilio.

—¿Acaba de estamparla contra la pared? —La voz de Connor

irradia frustración. Se gira para mirarme y yo no puedo inmutarme—. ¿Esto es lo que querías que viera?

—Emilio me ha dicho que Vanesa ha estado jodiendo a Gin. Me dijo que mirase las grabaciones de seguridad, que lo entendería todo.

Veo el día en el que Vanesa le echa un pie para que se le caigan las cosas. El día en el que le cambia la bebida cuando Gin se descuida y por lo que se gana la reprimenda de uno de los comensales. O el día en el que no la deja comer...

—Qué hija de puta… —murmura Connor sin apartar la mirada de la pantalla. No es el momento, lo sé, pero me hace mucha gracia escuchar esa expresión en español de su boca.

Yo noto que me están exprimiendo los pulmones. Tengo un nudo en la boca del estómago que me provoca ganas de vomitar. Ver a Gin, *mi* Gin, sufriendo esto me está rompiendo.

Nunca dijo nada.

En medio de una inhalación de algo de aire, después de ver otros fatídicos días, llega el más horrible de todos. Vanesa le atrapa la muñeca, poniéndole la mano sobre el calor de la vitrocerámica encendida. No se quemó con un descuido.

Abro la boca, la cierro. Me levanto de tal manera que se cae el sillón que hay detrás de mí. Tengo que acabar con ella. No permitiré que vuelva a trabajar en su vida. Pienso denunciarla y hacer que pague por todo esto. Voy a destrozarla.

—Eh, mira esto.

Me acerco a Connor, que ha adelantado las fechas y se ha quedado en el día que rompimos. Qué guapa iba ese día. La observo en la pantalla caminar por la acera, entrar en el restaurante, mirar a su alrededor y llegar a la puerta del despacho. Hasta que Vanesa la interrumpe. En cuanto Gin la ve, noto la incomodidad que siente. La otra le está diciendo algo y ella le responde bastante airada. Vuelve a hablar y, de un momento a otro, recibe un buen bofetón de parte de Ginebra. La que era la gerente, con la mano en la mejilla, le dice algo más y es

entonces cuando mi novia sale a la calle. Llama a alguien por teléfono, imagino que a Fer para que vaya a recogerla pues su coche llega más o menos una hora después de haber hecho la llamada. El corazón se me acelera, a la espera de ver cómo se marcha con él.

De repente, sale Emilio, cuando… ¿Cómo? ¿De verdad que no la recogió Fer? La mirada de Connor está clavada en mí, seguro que pensando lo mismo que yo. ¿Cómo he creído a Vanesa? Permití que me consumieran los celos y ahora la he perdido.

—Fue Jorge… —murmuro sin dejar de observarla en la pantalla, corroborando lo que me ha dicho Emilio.

—Hay que averiguar qué le dijo Vanesa. Está claro que a ambos os ha dicho algo distinto. Hace unos días intenté hablar con ella por primera vez en dos semanas y me dijo que habíamos jugado con sus sentimientos.

Arrugo la frente pensando en lo imbécil que he sido. En lo imbécil e idiota que he sido.

—Tengo que arreglar esto. —Cojo las llaves del coche y mi móvil —. Vamos, hay que averiguar qué coño le dijo.



Sé que no son horas de llamar a nadie y seguro que está dormida, pero insisto tanto que al final Connor acaba haciéndolo. Pone el teléfono en manos libres y suena por toda la cocina de la casa de alquiler de mi amigo.

—¿Qué coño quieres? —Él, para mi sorpresa, sonríe.

—¿*Darling*?

—Mi nombre es Celeste, caraculo. —Bufa al otro lado de la línea —. ¿Por qué me llamas a estas horas?

Connor me mira bastante frustrado. A la mierda se ha ido su sonrisa. Yo no puedo borrarla, las dos primas se parecen muchísimo. Aunque debo reconocer que mi chica es mucho menos… ¿agresiva?

—Tengo que saber algo.

—No, no me gustas nada. —Se calla un momento, lo justo para que piense por qué narices le ha cogido el móvil en plena madrugada. Aquí hay algo que me he perdido—. Hala, adiós.

—Espera, espera —pido, presa del pánico. No puedo permitir que cuelgue y arriesgarme a que no coja ninguna llamada más.

—¿Guzmán? —pregunta, incrédula—. Hay que tener la cara muy dura para hablarme siquiera.

—Lo sé, pero escucha.

—No tengo nada que escuchar. Adiós.

—¡Por favor! Por favor, Celeste. Estoy desesperado. Tu prima y yo hemos sido engañados.

El corazón me martillea a la espera de algún sonido por su parte. Vuelve a bufar. «Hay que ver con esta mujer», me digo en silencio. Hace un largo y extenso suspiro. También escuchamos el sonido de la fricción de la ropa en la cama, intuyo que está saliendo del dormitorio.

—Tienes dos minutos. Aligera —le cuento todo. Cada detalle, cada cosa que hemos descubierto en las cámaras de seguridad—. ¿Estás hablando en serio?

—Nunca he sido tan sincero. Jamás me tomaría a broma algo respecto a la seguridad de Gin. No sé qué le contó, pero es mentira. —Supongo que estará pensando en lo que le he dicho, pero necesito seguir explicándole, asegurarle que amo a su prima y que he sido un auténtico idiota—. Vanesa me mintió. Me dijo que se había ido con Fernando y me lo creí como un auténtico gilipollas.

—Esa mujer es un monstruo —habla en susurros, está caminando —. A mi prima le contó cierta conversación entre tú y el estirado de tu amigo. Bueno, intuyo que no la tuvisteis de verdad, teniendo en cuenta que os ha mentido.

—¿Qué le dijo? —me intereso mirando a Connor.

—Al parecer le decías a tu amigo…

—Connor —la interrumpe este.

—¿Qué? —La voz de Celeste es algo más alta.

—Mi nombre es Connor. No amigo, ni inglés ni estirado ni…

—Sí, sí, entendido.

Le hago un gesto impaciente, tipo «¿De qué vas, tío? Cállate», y lo hace. Después, animo a Celeste a seguir.

—Continúa, Celeste. Por favor.

—Bien. Le dijo que hacía unas semanas te había escuchado decir que solo era una más, que no te enamorarías de ella y que volverías a Madrid en cuanto pudieras.

Cierro los ojos con fuerza. Recuerdo esa conversación, fue hace meses. Cuando Gin no dejaba de insistir en que debíamos ser solo amigos. Recuerdo que Vanesa llamó a la puerta, pero no imaginé que estaría poniendo la oreja.

—Pero fue mentira, así que…

—No del todo —la corto, cabreado con todo.

—¿Cómo dices? —Celeste empieza a mosquearse, lo noto en su voz.

—Esa conversación es real —confieso en una exhalación.

—Serás cabrón.

Empieza a llamarme de todo y a mí me da vueltas la cabeza.

—Escucha. —Consigo detener su retahíla de insultos—. Esa conversación la tuve unas semanas después de llegar aquí. Tu prima me insistía en que no podía haber nada entre nosotros, pero yo ya estaba colado por ella. Esa conversación fue el resultado de que la mujer que me gustaba no hiciera otra cosa que darme largas. —Pienso en Gin, sintiendo una necesidad de su contacto abrumadora—. No iba a volver a Madrid. Quizás antes de volver a verla sí, pero en cuanto empecé a

conocerla sabía que no tenía que estar en otro sitio. Vanesa escuchó la conversación y la ha utilizado a su antojo —suspiro, bastante agobiado por cómo están las cosas. Me paso las manos por el pelo en un arranque de desesperación—. Estoy enamorado de ella, Celeste. Hasta los huesos.

—¿Y entonces qué hacemos?

—¿Cómo que qué hacemos? —Frunzo el ceño.

—Mi prima no deja de llorar. Apenas sale y está todo el santo día castigándose con esa música depre que escucháis.

Sonrío, bastante aliviado al descubrir que mi chica aún me quiere. Hay esperanza, puedo recuperarla. ¡Joder! ¡Voy a recuperar a la mujer de mi vida!

—Primero: no es depre —defiendo al grupo musical que tanto nos gusta, no dejo de sonreír como un adolescente—. Segundo: tengo un plan.

—Pues soy toda oídos —comenta con la voz mucho menos tensa.

—Tiene que llevarse a cabo hoy. No pienso perder ni un día más, no voy a estar más tiempo alejado de ella.

Por fin, Celeste deja escapar una risa flojita.

—¡Qué mono eres! ¡Qué suerte tiene mi prima! —exclama contenta—. Venga, dime qué hay que hacer.

Y lo hago. Empiezo a explicarles a Celeste y a Connor lo que se me ha ocurrido. Ella se encargará de contárselo a la familia y harán todo lo posible para ayudarme sin que Gin se entere. Estamos al menos dos horas organizando.

Ciento veinte minutos en los que ya no tengo el mismo miedo, en los que ya no me veo en un futuro sin ella.

Siete mil doscientos segundos en los que me siento emocionado, esperanzado e ilusionado de nuevo.

Voy a recuperar a mi chica.

Capítulo 49



Cuando me levanto ya no tengo los ojos hinchados ni ese pesar en los párpados por no haber dormido las horas suficientes como estas noches de atrás en las que me he torturado con los recuerdos bonitos que he vivido con Guzmán.

Parece que todo pasó ayer. Pero han pasado muchos días. Muchos días sin Guzmán. Y cada uno de ellos han dolido como si me clavasen puñales por todo el cuerpo.

He salido de la cama en cuanto el calor me ha obligado. Anoche me quedé dormida a eso de las dos de la madrugada viendo vídeos de mierda en mis redes sociales, y haberme despertado casi a la una del mediodía es fruto de ese insomnio. También de lo cansada que estoy mentalmente.

Estos meses han sido muy difíciles. Perder el trabajo en el colegio y encima sufrir el acoso continuo por parte de Vanesa me han agotado hasta tener los ánimos por los suelos y que estos días se me estén haciendo más cuesta arriba. Mi único aliciente, lo que de verdad me hacía feliz, como hacía mucho que nada lo conseguía, era Guzmán. Lo que teníamos. La relación tan sana que pensaba que compartíamos. Reír y crecer con él. Descubrirnos juntos. Y perder todo eso de golpe me ha dejado algo jodida. Pero, en fin, es lo que toca.

Me meto en la ducha para quitarme el calor y el sudor de toda la noche, y salgo cuando huelo a gominolas. A la yaya le encantan los geles con olores que dan ganas de bebértelos: tipo sandía, melón, algodón de azúcar, caramelos… Me pongo un bikini negro, me coloco un vestido calado de color mostaza y largo hasta los tobillos, me recojo el pelo en un moño retorcido bajo con un coletero negro, me aplico protector solar y salgo de mi habitación.

Como siempre, no hay nadie en casa. Me coloco en la silla de la cocina,

hace mucho calor, pero quiero estar sola un momento y pensar en cómo hemos llegado a esto. A veces quiero llamar a Guzmán, preguntarle por qué lo hizo y no fue sincero y me contó que en realidad no quería estar conmigo. Sé que Cami me lo dijo alguna vez, pero pensé que era una artimaña suya porque no quería que su hermano saliera con nadie, por no repartir la atención de la única persona de su familia que le quedaba. Juro que lo habría entendido. No digo que ahora doliese menos, o quizá en ese momento de nuestra extraña relación-amistad no habría sentido lo que ahora. Tal vez si lo hubiéramos parado antes no me encontraría tan devastada.

Acaricio la superficie de la mesa vieja de la cocina, sigo las betas oscuras que se mezclan con las claras haciendo un dibujo bonito. Cuántos almuerzos hemos tenido aquí, todos juntos con la abuela haciendo un cocido y yo discutiendo con mis primos sobre algo del colegio frente a la chimenea encendida. Cuántos desayunos con los vasos de leche hasta arriba de galletas o de pan. A Jorge le encantaba migar pan en la leche. Sonrío, siempre hemos estado los cuatro. Y parece que siempre será así.

Hubo un momento en el que pensé que la familia se había agrandado, que Guzmán y Cami formarían parte de ella. Bueno, la niña sigue estando presente y puede que esto sea lo mejor. Los ojos empiezan a escocerme un poco y decido marcharme ya a la playa, no voy a perder el fantástico día de verano que hace llorando por alguien a quien no le he importado nunca.



Tras un día increíble en la playa, decidimos volver a casa para darnos una ducha y salir a cenar. Aunque tenemos casi treinta años, en casa siempre peleamos por quien se ducha primero y solo el más rápido lo hace. Por eso Celeste y yo nos quedamos con la ropa en la mano frente a la puerta que se acaba de cerrar en nuestras caras.

—¡Solo debería haber agua caliente! —le grita al hermano con una mueca de niña enfadada. Mi primo se descojona al otro lado de la puerta y poco después se escucha el grifo abrirse.

—Hemos perdido esta guerra, Celeste —digo haciéndome la derrotada.

Después, vamos hasta la cocina, donde pillo a mi abuela hablando por teléfono. Aunque lo curioso no es eso, sino que manda callar a la persona con la

que está hablando y cuelga en cuanto se da cuenta de nuestra presencia.

—¿Acabamos de presenciar el diseño de un plan cotilla con tu amiga? —bromeo con ella sentándome en la encimera.

—Ay, niña. ¿Qué te crees, que las abuelas en verano solo alcahueteamos?

—Solo en verano no sé, pero sacar la silla a la puerta y poneros un paquete de pipas en el regazo mientras habláis de la gente que pasa por delante o de algún vecino, en mi pueblo se llama alcahuetear.

Mi abuela chasquea la lengua, pero no está molesta.

—Son como ese meme del Facebook, el de las cámaras de seguridad —añade Celeste y nos tronchamos de la risa.

—Qué harta me tenéis —dice mi abuela haciéndose la ofendida—. Cría cuervos y te sacarán los ojos —murmura casi para ella.

Al rato, Celeste se va a la ducha, entonces cojo a Frankfurt y juego con él mientras espero a que mi prima termine. Su hermano ha sido rápido, solo ha tardado diez minutos. De pronto, mi abuela sale de casa y Jorge la sigue, sin decirme dónde van. Frankfurt viene detrás de mí justo cuando voy a subir las escaleras para ir al cuarto de baño, pero, enseguida, corre a la puerta ladrando como un poseso. Me acerco hasta allí y me sorprendo al ver a Camila.

—¡Hola! ¿Habíamos quedado y se me ha olvidado? —me preocupo sintiéndome horrible.

Ella niega con una sonrisa y viene hasta mí para abrazarme. De repente, un líquido hirviendo me inunda el estómago, revolviéndomelo. ¿Esto es una despedida? ¿Se van a Madrid? La aferro contra mí al percatarme de que estoy llorando. Se van de verdad. Todo me parece enorme a mi alrededor y yo demasiado pequeña. Me ahogo en la pena de saber que estaremos a tantos kilómetros el uno del otro. Mientras en mi cabeza lloro más de lo que estoy haciendo ahora, Camila se separa un poco y sonríe bastante contenta.

—¿Por qué lloras? —me pregunta incrédula.

—¿Qué? —Me seco las lágrimas fingiendo que no me había dado cuenta. No digo nada, no me sale decir en voz alta que lloro porque se van.

—He pensado que podía venir a verte sin necesidad de avisarte antes.

«¿Eh?», pienso confundida, y parpadeo varias veces.

—Oh, yo… Ah.

—¿Qué pasa? —Me observa con esos ojos claros que tiene tan diferentes a su hermano.

—Como me has abrazado, pensaba que te estabas despidiendo porque te vas. —Frunce el ceño, no me entiende—. A Madrid.

—¡No! —Abre la boca sorprendida—. Solo he querido hacerlo, llevas semanas muy triste y quería demostrarte mi afecto.

De verdad que esta niña es un sol. La abrazo de nuevo y la voz de Jorge, que aparece de repente, nos interrumpe.

—Hola, Camila. ¿Vienes a cenar? —Ella asiente—. No tardes, Gin. Vamos cogiendo mesa —me dice mi primo aguantando la puerta para que ella pase.

En cuanto se van, subo corriendo las escaleras que llevan al cuarto de baño con Frankfurt siguiéndome los talones.

—Eres el único que va a estar siempre conmigo.

Me mira como si me entendiera y, tras acariciarle la cabecita, me meto en la ducha.

Capítulo 50



Voy camino del bar y los veo a todos hablando y riendo. En cuanto me acerco, me pongo en la única silla que hay vacía y que sé que han dejado libre para mí.

—Los adobos más ricos son los de aquí —dice Rodri mientras mi primo lo confirma y se come un trozo.

—Y no te olvides de las puntillitas —apunta mi abuela dando un trago a su tinto de verano.

Disfruto en silencio de este encuentro. Soy una persona que aprecia estos momentos y gozo de la compañía de mi gente. Pasamos una velada bastante divertida en la que no faltan las típicas discusiones como quién lleva razón acerca de cuándo fue el último verano que Paquita abrió la heladería de la esquina. O si el hijo de Sonsoles es del nieto de Maricarmen o del sobrino de Agustín que vino un verano a pasar las vacaciones.

Vamos, lo que mi abuela dice que no es alcahuetear. Pero que sí lo es.

Decidimos tomar algo en uno de los *pubs* del paseo marítimo, por lo que mis primos toman asiento enseguida. Cuando voy a hacerlo yo, mi abuela me mira.

—¿Por qué no me vas a por mi silla de la playa?

—¿Y eso?

—Me voy a sentar al fresco con Lourdes después.

—Pues luego la coges, ¿no?

Anacleta —que no sepa que la he llamado así— me mira achinando los ojos y sé que tengo dos opciones: ir a por la silla o… ir a por la silla. Dejo a Frankfurt con los demás y voy a casa. Está al lado, apenas dos minutos. Entro y busco la silla. ¿Dónde está? Juraría que estaba en el patio. Miro si la ha dejado en el salón, pero nada. Llamo al móvil de mi prima, que me pasa con la abuela y me dice que busque bien.

—No está, yaya.

—Virgen Santísima, ¿a que voy yo y la encuentro enseguida?

Con el paso de los años he aprendido que esa frase siempre se hace realidad. Y es preferible seguir buscando hasta encontrarla a dejar que ella venga y lo haga. Porque si es ella quien la ve primero, luego, tienes que escuchar cosas como «si es que esta casa sin mí se viene abajo. ¿Ves? Si es que no buscáis». En fin, qué te voy a contar.

El caso es que busco la silla por todos lados y hasta que no han pasado al menos quince minutos no desisto. ¡Mira, me arriesgo! Llamo de nuevo y le pido a mi abuela venir, pero se niega.

—Déjalo anda, le pediré a Lourdes que me traiga una. ¡Seguro que la habéis perdido vosotros!

Eso es suficiente para que se escuche una algarabía al otro lado de la línea y cuelgo antes de quedarme sorda. Apago las luces, abro la puerta de la calle y cierro con llave. Después, me doy la vuelta para empezar a caminar, pero me quedo helada en el sitio. Se me acelera el pulso y se me seca la boca. Frente a mí, a pocos metros de distancia, está él, de pie. Sin poder creerlo, observo a mi alrededor y en cuanto descubro a los demás mirándonos desde lejos, lo entiendo.

Sé que en estas ocasiones lo mejor sería irse. Quitarse de en medio y no tirarse de cabeza a lo que sea esto. Pero, en cambio, mis pies se mueven cuando pasan unos minutos. Estoy temblando, tiritando como si hiciese muchísimo frío en vez de casi treinta grados a las diez de la noche. No puedo dejar de llorar, bien por verlo, por no entender nada, por la impotencia de lo que ha hecho con lo nuestro o por las ganas que tengo de ir hacia él para tocarlo y pedirle que no vuelva a irse.

Sí, pedírselo, porque, aunque queramos hacernos los duros, cuando estamos sufriendo en nuestro interior crece una agonía y una necesidad de rogar

que no nos abandonen. Y yo quiero hacerlo con él.

Llego hasta lo alto de los peldaños, donde me percato de que me está sonriendo. Lloro más, claro, hasta el punto de que casi no veo. ¿Qué se supone que significa que esté aquí? Aún estamos lejos el uno del otro como para que diga lo que sea que tiene que decirme. Pero ya mis pies no siguen moviéndose, mi cerebro se ha abierto camino entre el prado verde cargado de flores que se ha imaginado mi corazón, ese por el que Guzmán y yo corremos felices como si no hubiese pasado nada; y me grita que me detenga, piense y recuerde por qué rompimos.

Es entonces cuando empieza a caminar hacia mí, despacio. Pero imagino que ha acelerado el paso cuando me he dado la vuelta dispuesta a pasar de él porque, de pronto, su mano sujeta mi codo y todo mi cuerpo responde al ansiado contacto.

—Reina, no te vayas, por favor. —No me giro, estoy demasiado ocupada cerrando los ojos y aguantando los quejidos que el llanto está provocándome. Sus dedos me acarician el tríceps, haciendo cada vez más fuerza hasta que casi me da la vuelta—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Su voz suena tan agónica como lo es mi llanto y tan triste como me he sentido yo estas semanas. Sus dedos en mi piel parecen tan ansiosos de tocarme como yo lo he estado estos días porque me toquen. Y no lo entiendo. Si dijo eso, si habló así de lo nuestro, ¿cómo puede parecer tan… enamorado?

Parpadeo algunas veces para que se me aclare la vista antes de volverme del todo. Le recorro el rostro con la mirada, estamos cerca, pero hemos estado muchísimo más y esta distancia me corta la respiración. Casi río al apreciar de nuevo su parecido con el actor Chino Darín. Aunque los rasgos de Guzmán son más serios, como un chiste malo hacia su personalidad, que es todo bromas y romanticismo.

—Reina, tengo tanto que decirte… —Su voz me cala hondo y hace que reaccione, dando un paso atrás—. Por favor, amor. Ha sido un malentendido.

—¿Un malentendido? —Me escucho decir con voz apagada—. ¿Vanesa no debería haber escuchado nada? ¿No tendría que haberme dicho nada? Toda esa mierda tendría que haber quedado entre Connor y tú, ¿verdad?

Me doy la vuelta y camino hasta la casa con paso ligero. Guzmán viene

detrás, sé que intenta darme espacio y también está a la espera de tener que agarrarme de nuevo porque me conoce lo bastante bien como para esperar que le dé con la puerta en las narices.

Y eso duele mucho más.

—No, nada de eso. Ha sido un malentendido creado por Vanesa, esa conversación no pasó hace días. —Aprieto los dientes. Guzmán suspira, pero no me toca y yo no me doy la vuelta—. Esa conversación fue poco después de instalarme aquí. —De repente, el corazón va muy rápido. «¿Será que…?», pienso. Sus manos se ponen en mi cintura, pero no pega su cuerpo contra mí. Sigue guardando distancias y yo no me vuelvo—. No dejabas de asegurar que teníamos que ser amigos, que no éramos nada. Connor me llamó y… fui un idiota al decir eso porque no lo sentía. Pero estaba frustrado.

Esta vez no digo ni hago nada porque todavía estoy procesando lo que estoy escuchando. Pero, si eso es verdad, ¿por qué no ha venido a buscarme? ¿Por qué dejo de hablarme?

—¿Y por qué no viniste a explicármelo y lo dejaste estar? ¿Esperas que me crea todo eso, después de haber pasado casi un mes en el que no has hecho nada por nosotros? Un tiempo en el que has sabido que estaba mal informada y no has hecho nada para que sepa la verdad.

Veo el asombro en su mirada cuando habla.

—¿De verdad crees que si fuese eso solo lo que ha ocurrido no habría venido a explicártelo? —Se pasa las manos por el pelo—. Joder, Reina. —El simple hecho de que esté frustrado y no deje de llamarme de esa forma tan íntima, me produce un hormigueo—. Si eso hubiera sido el único problema me habría quedado postrado a tu puerta cada maldito día hasta que quisieras escucharme.

Respiro hondo, parece que he dejado de llorar y noto las lágrimas secas en las mejillas. No puedo hablar, ¿qué voy a decirle? Bueno, quizá deba preguntarle a qué otro problema se refiere, pero antes de que pueda hacerlo me coge una mano y la pone sobre su pecho, luego hace lo mismo con la otra.

Está temblando. Y yo. Los dos.

—Pensaba que te habías ido con Fernando.

—¿Qué? —Levanto la vista, sorprendida.

—Fui a buscarte al restaurante, pensaba que habías tenido un accidente. —Se me encoge el pecho—. Vanesa me dijo que había ido a buscarte con tu coche. —Mis ojos se abren como platos. Esa bruja…—. Como no me cogías las llamadas, pensaba que… te habías ido con él.

—Guzmán…

Quito una mano de su pecho y se la pongo sobre la mejilla. Acaricio su mandíbula con la yema de mis dedos y cierra los ojos por mi contacto.

—He sido un insensato al creerla. Pero estaba tan aterrado que confié en ella.

—Por Dios… —No me salen más que susurros. Estoy muy triste por lo ocurrido, aunque algo aliviada por lo que estoy descubriendo.

Traga saliva cuando apoyo la frente en sus labios y veo como le sube y le baja la nuez; después, sin moverse, me besa y se separa un poco para mirarme a los ojos. Ya estoy llorando otra vez.

—Emilio me contó todo, me pidió que mirase las grabaciones de las cámaras de seguridad. —Baja el tono, levantándome la cara por la barbilla—. Vanesa va a pagar por todo lo que te ha hecho. Lamento muchísimo que hayas tenido que pasar por eso sola.

—Yo…

Rompo a llorar cuando lo entiendo. Ha visto lo que me ha hecho, sabe lo de la quemadura y todo lo que he sufrido por culpa de esa mujer. Me estrecha en un abrazo fuerte, pegándome a su cuerpo y aspirando mi olor al hundir la nariz en el hueco de mi cuello. El beso que me regala me hace estremecer.

—¡Reina, si supieras cuánto te quiero! Estas semanas sin ti han sido un infierno. —Se me escapa un hipo y agarro con fuerza la tela de su camisa en la parte de la espalda—. No quiero perderte. —Niego contra su pecho, moviendo la cabeza y mojándolo con mis lágrimas. Por fin está aquí, conmigo. Lo siento más que nunca.

—No vas a perderme, Magnate —susurro cuando levanto la cabeza.

Sujeta mi barbilla entre el pulgar y el índice, levantándome la cara despacio hasta que roza mis labios con los suyos. Noto la leve caricia, su aliento contra el mío.

—Reina —dice con un hilo de voz, cada vez está más cerca—, mi maravillosa y hermosa Gin. Te amo tanto que me consume.

Respiro hondo y lo beso con ganas, con fuerza, apretando mi agarre en su camisa.

Lo beso como se besa al amor de tu vida.

Lo beso como se besa a la persona con la que quieres pasar la eternidad.

Lo beso como lo que es, mi costa oeste.

Epílogo



Unas semanas después…

—Prométeme que no ves.

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita, Guzmán? No veo nada.

Hay un silencio y, acto seguido, me da un beso en un lado de la cabeza, justo encima del pañuelo que ha utilizado para taparme los ojos.

—Está bien, allá vamos.

No tengo ni idea de dónde me ha traído, no me ha dado ninguna pista. La única ha sido poder contar el tiempo que ha durado el trayecto hasta aquí desde la casa de mi abuela. Han sido exactamente unos diez minutos. Por lo que podríamos estar en el centro de Algeciras o cerca.

Me ayuda a bajar del coche, guiándome con una mano en la parte baja de la espalda, hasta que llegamos a lo que parece una escalera. Subo los peldaños con sus indicaciones de precaución en la oreja. Los cuento, son diez.

—Casi estamos.

Su voz suena superemocionada y me la está contagiando. Tengo ganas de saber qué lo tiene tan feliz. Se escucha el mar de fondo, hace viento —oh, qué raro— y el ruido de la vida que todavía tienen las playas, me llega hasta donde estoy.

Eh… Me ha parecido oír algo que llama mi atención.

—¿Son unas llaves? —curioseo.

—Ajá.

Voy a hacer más preguntas, pero un beso en mi boca me calla. Al separarse se me forma una sonrisa en los labios.

—Vamos.

Subo un escalón, camino unos escasos tres pasos hasta que subo otro. Oigo que se abre una puerta, Guzmán me detiene y se coloca detrás de mí. Pone la barbilla sobre mi hombro, una mano en mi estómago y con la otra me deshace el nudo que sujeta la tela que me impide ver. Me besa el cuello y yo solo puedo coger aire. Me pongo una mano en la boca ante la sorpresa. Un salón enorme se abre ante mí rodeado de ventanales y con unas increíbles vistas al mar. Una escalera blanca empieza unos pocos metros delante, dejando a su izquierda una increíble cocina de muebles claros que da a las montañas.

—¿Qué…?

Esta vez me besa el hombro y me agarra por las caderas.

—Es nuestra casa.

Unos rinocerontes enormes me corren por la barriga en cuanto escucho sus palabras y me giro hacia él.

—¿Hablas en serio?

Asiente con la cabeza y entonces una idea cruza mi mente y achino los ojos. Mi más que perfectísimo y guapísimo novio suelta una carcajada de lo más apetecible. Me conoce demasiado bien.

—El papeleo todavía no está terminado, falta tu parte. No iba a comprarla y a hacerme cargo de las facturas yo solo. —Me hace un guiño, divertido, pegándose a mi boca.

Pongo los ojos en blanco y empiezo a reírme. Lo abrazo con fuerza, él sabe muy bien lo importante que era para mí que esto fuera de los dos. Tanto, que hasta que no lo vea plasmado en el papel no me quedaré tranquila. Dejo que me bese porque en este momento solo deseo estrenar toda la casa. Pero parece que eso va a tener que esperar porque se saca un sobre del bolsillo y me lo da.

—Ábrelo.

—¿Es mi cumpleaños y no lo sé, Magnate?

—Solo quiero tener unos detalles con mi chica. Tú ábrelo.

Lo hago y vuelvo a quedarme sin aire. Lo leo varias veces antes de ponerme a gritar como una loca.

—¿¡Son entradas para ver a Imagine Dragons!?

Guzmán afirma sonriendo. Chillo, eufórica, al leer la fecha. Será en apenas seis meses. Dios, no puede ser. ¡Y voy a ir a México! Lo beso un montón de veces, sin poder dejar de reír, gritar y repetirle cuánto le quiero. De pronto, sus manos viajan por todo mi cuerpo. Me tocan por todas partes y se detienen en mi estómago, por debajo del corto top negro que llevo. Me muerde la barbilla mirándome a los ojos.

—¿Qué te parece si, antes de seguir viendo locales y de que Camila se haga con un dormitorio, estrenamos nuestra nueva cama?

Ah, sí. ¡Qué tonta! Se me olvidaba contarte que, por las tardes, como no tengo que ir a trabajar al cole, nos dedicamos a buscar un buen local cerca de la playa, donde queremos abrir nuestro nuevo restaurante: Familia R&C.

Ya ves, va a ser verdad eso de que después de la tormenta siempre sale el sol.

—Me parece el mejor plan del mundo.

Suelto un gritito cuando me coge y me echa sobre su hombro. Madre mía, qué bien sienta la felicidad.

—Reina, eres todo lo que quiero.

Fin…

Agradecimientos

Vaya, no me puedo creer que ya esté escribiendo los agradecimientos al final de este libro.

Ha sido un viaje muy intenso y bonito escribir Todo lo que quiero. He llorado, reído y reflexionado mucho en el transcurso de esta historia. Llevo a mis chicos clavados en el corazón.

Mis agradecimientos van primero directos a mi amor, Antonio, la persona más bonita y buena que he conocido nunca. Soy realmente afortunada de tenerte.

También van dirigidos a mi familia, que siempre me da el apoyo necesario que reconforta cuando crees que todo está perdido.

Para esos amigos que no dejan de creer en mí.

A Tentación, por supuesto, por leer, disfrutar y darle una oportunidad a esta historia de amor en Cádiz.

A Claudia, que dio en el clavo a la primera con la cubierta. Eso sí que es saber lo que se hace.

Elena, no me olvido de ti. No ha hecho falta mucho para saber que te encanta tu trabajo y eso es lo más bonito de todo.

Rocío, ha sido superbonito trabajar contigo en la corrección. Gracias por ser tan amante de tu trabajo y transmitirlo como lo haces. Has hecho que el proceso sea ameno, divertido y especial, y eso para mí ha sido muy importante. Me ha encantado también conocer a la tiquismiquis, que al final también le he cogido cariño. Gracias por todo, una vez más.

Y, por supuesto, no puedo dejar atrás a mi gordi, Nala, lo más bonito de mi corazón, que me ha inspirado para poder crear a Frankfurt.

PLAYLIST



ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Epílogo

Agradecimientos

PLAYLIST